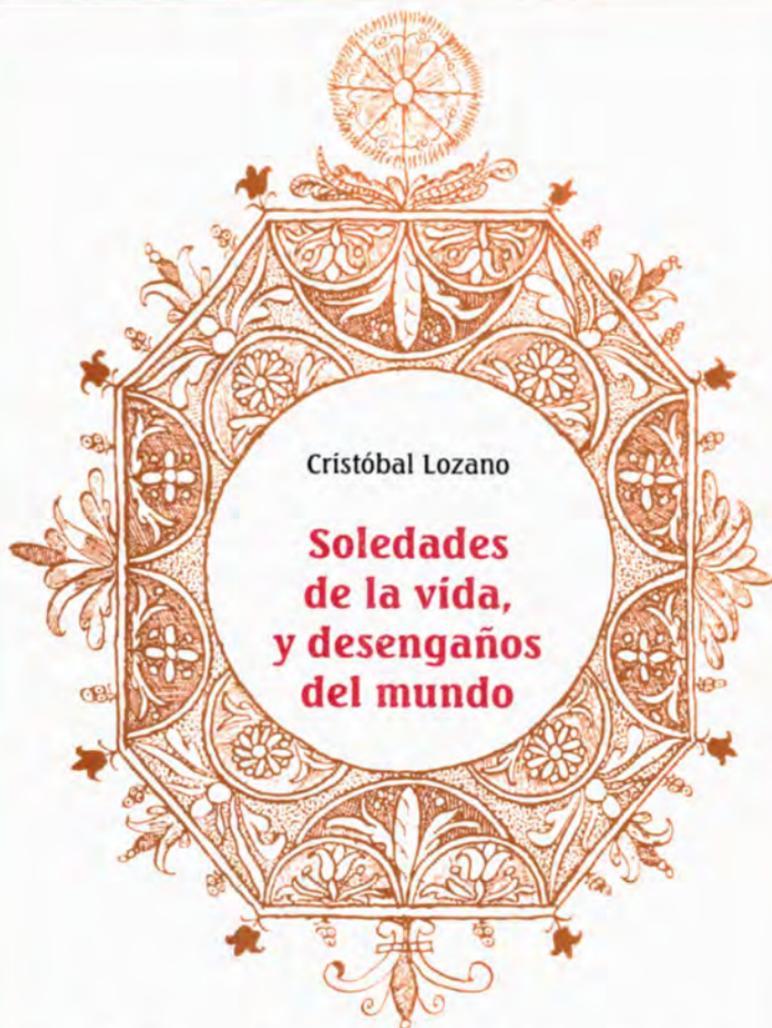


# CLÁSICOS ALBACETENSES, 9



Cristóbal Lozano

**Soledades  
de la vida,  
y desengaños  
del mundo**

**Prólogo y edición: Irene Rodríguez Haro**

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES "DON JUAN MANUEL" DE LA EXCMA. DIPUTACION DE ALBACETE

# **CLÁSICOS ALBACETENSES, 9**

**Cristóbal Lozano**

## **Soledades de la vida, y desengaños del mundo**



**Prólogo y edición:  
Irene Rodríguez Haro**

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES  
"DON JUAN MANUEL"  
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN DE ALBACETE

ALBACETE 1998

LOZANO, Cristóbal

Soledades de la vida y desengaños del mundo / Cristóbal Lozano; prólogo y edición, Irene Rodríguez Haro.-- Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel", 1998

LXXXIII, XV, 182 p.; 19 cm.-- (Clásicos Albacetenses; 9)

Reproducción facs. De los prelim. de la ed. de 1663

ISBN 84-87136-84-2

I. Lozano, Cristóbal – Crítica e interpretación. I. Rodríguez Haro, Irene. II. Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel". III. Título. IV. Serie.

821.134.2 Lozano7Soledades de la vida, y desengaños.07

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES "DON JUAN MANUEL" DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN DE ALBACETE  
ADSCRITO A LA CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE CENTROS DE ESTUDIOS LOCALES. CSIC.

D.L. AB-375/98

I.S.B.N. 84-87136-84-2

IMPRESO EN GRÁFICAS RUIZ

Juan de Toledo, 44 - 02005 ALBACETE

# INDICE

	Páginas
Prólogo o Introducción Preliminar.....	V a LXXXIII
Soledades de la Vida, y desengaños del mundo.	
- Preliminares.....	I a XV
- Soledad Primera .....	1 a 43
- Soledad Segunda .....	43 a 61
- Soledad Tercera.....	61 a 107
- Soledad Cuarta .....	107 a 182

# PRÓLOGO

I

INTRODUCCIÓN

Hace algún tiempo que el Instituto de Estudios Albacetenses me honró con el encargo de prologar y preparar la edición, para su serie *Clásicos Albacetenses*, de una obra, a designar por mí, de Cristóbal Lozano, el gran escritor de Hellín <sup>1</sup>. Como todo llega en este mundo, me apresto, por fin, a trazar el obligado "estudio preliminar" de la obra que he escogido: *Soledades de la Vida y Desengaños del Mundo*, que me ha parecido, después de haber leído las restantes obras de Lozano, la más idónea para las características de esta serie editorial, tanto por su máxima calidad como por su mediana extensión. Además, hace más de 180 años que no se ha reeditado.

De una forma bastante similar suelen estructurarse las consabidas "introducciones" o "estudios preliminares" (esta serie editorial los denomina "prólogos") en: una breve descripción de la vida del escritor, una visión general de sus obras y, por último, un análisis, algo más detallado, de la obra que se publica.

---

<sup>1</sup> En 1987 mi padre, F. Rodríguez de la Torre, publicó en esta misma serie editorial el libro *Maravillas de Naturaleza*, del también hellinense Manuel Ramírez de Carrión.

Después de pensarlo mucho, he optado por seguir un camino no tan ortodoxo. Una primera razón material es que no dispongo de mucho espacio. Pero otra cuestión más importante es que ha existido en España, en este siglo XX, un gran erudito, llamado Joaquín de Entrambasaguas <sup>2</sup>, catedrático que fue de las Universidades de Murcia y de Madrid (y, *honoris causa*, de la de Castilla-La Mancha), gran crítico e investigador literario, quien con su estudio fundamental sobre Cristóbal Lozano <sup>3</sup>, marcó un "antes" y un "después" en el conocimiento fiel de nuestro escritor. Baste decir que gracias a él conocemos las fechas de bautismo y de muerte, datos ignorados hasta entonces. Y aún publicó, por primera vez en el siglo XX, una edición escogida de *Historias y Leyendas*, con un valioso "Prólogo" <sup>4</sup>. El análisis de las fuentes históricas, crónicas y leyendas en que se inspiró Lozano para sus obras *David perseguido* y los *Reyes Nuevos de Toledo*, en particular, con algunas otras más, fue la causa de que Ent. eligiera el asunto de "historias y leyendas", "a pesar del gran valor de las *Soledades*", dice <sup>5</sup>. Pero aún remató más su investigación sobre Lozano al publicar un voluminoso libro de *Estudios y*

---

<sup>2</sup> Joaquín de Entrambasaguas y Peña falleció en Madrid el 1 de febrero de 1995, a los noventa de edad, cuando yo estaba trabajando con sus obras sobre Lozano. Advierto que, dada la cantidad de veces que me he de referir a este autor adopto, por excepción, la abreviatura Ent. de su largo apellido.

<sup>3</sup> Ent. "El Dr. Cristóbal Lozano", En *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, Madrid, 1927-1928. Fue su tesis doctoral. Vid. cédula detallada en mi epígrafe VII: "Algunas referencias..."

<sup>4</sup> Lozano. *Historias y Leyendas*. Madrid, Espasa-Calpe, 1943. En 1969, 3ª ed. Edición, prólogo y notas de Joaquín de Ent. 2 vol. "Prólogo" (pp. VII-XLVIII).

<sup>5</sup> *Ibidem*, I, p. XLVIII.

*Ensayos de Investigación y Crítica* <sup>6</sup>, en donde su estudio sobre Lozano no fue una "reedición" de su obra de 1927 (como dice José Simón Díaz) sino que está "corregida y aumentada", según su autor, y ello considerablemente, según yo he comprobado. En resumen, me he valido del estudio de 1973 para obtener datos, documentos y bibliografía de las *Soledades...* y de su autor.

Creo que se ha terminado una noche oscura de dos siglos sobre Lozano. La brusca reacción del neoclasicismo hizo que a Lozano se le arrinconara, se mofaran de él y se dijieran barbaridades sobre su vida y obra. Por ejemplo:

a) Leandro Fernández de Moratín, en *La derrota de los pedantes* cuenta cómo Argensola "cayó al suelo sin sentido de un golpe que le dieron con los *Reyes Nuevos* del famoso Lozano" durante la lucha que sostuvo con los malos poetas.

b) Tomás de Iriarte, en su comedia *El señorito mimado o La mala educación*, le hace exponer al mentecato protagonista:

"Pues no he leído en mi vida  
después del *Catón Cristiano*  
sino *David perseguido*  
y *alivio de lastimados*".

c) Alberto Lista, en "El imperio de la estupidez" (1798) presenta en el canto III:

"... un sabio no difícil  
de conocer; sus extendidos hombros

---

<sup>6</sup> Ent. *Estudios y Ensayos de Investigación y Crítica*. Madrid, 1973. "El doctor don Cristóbal Lozano", en pp. 297-419. Vid. cédula en mi epígrafe VII.

y sus largas orejas mostraban  
*ser Lozano...*"

Y aquí añade una nota a pie de página que dice: "Escritor de mal gusto del tiempo de Felipe IV, bien conocido por su célebre *David perseguido. (Nota del Autor)*" <sup>7</sup>. Más adelante le hace exclamar:

"También yo versos hice, y *Soledades*,  
 con perdón tuyo, ¡oh Góngora!, sea dicho".

con lo que, según Ent. nos demuestra que no había leído las *Soledades...*, de Lozano, porque en modo alguno pueden relacionarse, si no es por el título, con las de Góngora <sup>8</sup>.

d) Ya en el siglo XIX, el gran polígrafo Pascual Madoz, en su por tantas causas elogiado *Diccionario...*, en el artículo "JUMILLA" nos golpea de pronto con estas tres barbaridades:

"De entre sus hijos deben citarse... el Dr. D. Cristóbal Lozano, autor, entre otras obras, de cinco novelas sumamente ingeniosas, por no jugar en cada una de ellas más que una vocal" <sup>9</sup>.

Primer error: Lozano nació en Hellín, no en Jumilla.

Segundo error: nadie, porque es imposible, ha escrito novela alguna "jugando más que una vocal" (quiere decir lo

<sup>7</sup> Vid. Biblioteca de Autores Españoles, t. LXVII. Madrid, 1979, p. 386.

<sup>8</sup> Ent., *op. cit.* en (6), p. 270.

<sup>9</sup> Madoz, Pascual. *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España...*, t. IX. Madrid, 1847, p. 663a.

## IX

contrario: novelas escritas *sin utilizar una determinada vocal* en todo el texto).

Tercer error: Estas cinco novelas (cada una con la falta de una vocal) no las escribió Lozano sino Alonso de Alcalá y Herrera <sup>10</sup>, aunque otros "genios" literarios también intentaron estas exhibiciones más curiosas que literarias <sup>11</sup>.

¿Cómo explicar su fama --más de 150 ediciones de obras suyas en menos de 150 años-- conocido el posterior olvido o la mofa de Lozano? En la historia de la literatura universal se dan múltiples casos. Tan sólo algunos, muy pocos, "monstruos" de las letras han tenido fama perenne y aún habría que hablar de épocas más favorecidas y más olvidadizas. Es cuestión de ciclos históricos. Los mismos neoclásicos que he mencionado antes arremetiendo contra Lozano, también lo hacían con Góngora y con Calderón de la Barca. En el siglo XX se ha "redescubierto" a Garcilaso y a tantas otras celebridades literarias.

Redescubramos a Cristóbal Lozano.

---

<sup>10</sup> Alcalá y Herrea, Alonso. *Varios efectos de amor en cinco novelas exemplares y nuevo artificio de escribir prosas y versos sin una de las cinco letras vocales... excluyendo vocal diferente en cada novela*. Lisboa, 1641.

<sup>11</sup> Citadas por Ent., *op. cit.* en (6), nota 8 en pp., 271-272.

## CRISTÓBAL LOZANO, HELLINENSE

Deseo seleccionar algunos aspectos que refuercen la idea de un nativo de Hellín, con clara ascendencia hellinera, amante de su patria chica, a la que volvió en varias ocasiones sirviendo algunos cargos y, otras veces, llamado incluso por amigos y hermanos para que bendijera sus bodas, un Lozano, que en las portadas de sus *Soledades...* posteriores a su muerte (compruébese en los facsímiles que publico más adelante) aparecía como "Comisario de la Santa Cruzada de la Villa de Hellín, y su Partido".

Como ya he dicho, será del erudito Ent. de quien tomaré los datos que, seleccionados por mí, muestran todo lo relacionado con el dual Hellín-Lozano.

Su partida de bautismo dice:

*"En la uilla de hellin en beinte y seis del mes de diciembre de mil y seiscientos y nueve años yo Matheo morzillo cura de la parroquial de hellin bautice a xtoval [= Cristóbal] hijo de Gaspar loçano y de ana sanches fueron compadres andres de lorca y maria Sanches fueron testigos miguel hernandez sastre y andres de questa y martin de bolaba la capita a la caxa./ matheo morzillo"* [hay una rúbrica]<sup>12</sup>.

---

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 410. Documento de la iglesia parroquial de la Asunción de Hellín. Libro 29 de Bautismos. 3ª partida del folio 314.

Sus padres y sus abuelos maternos eran hellinenses, también sus cinco hermanos (todos varones). Criado en la humilde casa de su padre artesano (al parecer, primero alfarero; después carpintero) las buenísimas cualidades intelectuales del joven Cristóbal proporcionaron a éste una educación sacerdotal y universitaria.

En noviembre de 1634, sin haber cumplido los 25 años, ya era sacerdote y licenciado por Alcalá. Se hallaba en Hellín, donde aparece su firma, con autorización del cura propio, en una partida de casamiento<sup>13</sup>. Siguió viviendo allí durante 1635, hasta el otoño, aproximadamente, porque antes de terminar el año se trasladó a Valencia, donde imprimió su primera obra, *Flores Sacramentorum*, escrita, indudablemente, durante su estancia en Hellín<sup>14</sup>.

De nuevo cursa estudios en Alcalá. Y retorna otra vez a Hellín, en donde suscribe, con licencia del párroco, una partida de bautismo el 25 de enero de 1637<sup>15</sup>. Continúa en Hellín durante el resto de 1637 y parte de 1638, pues en 29 de abril de ese año tomó posesión como párroco de San Salvador, de Lagartera (Toledo).

Volvió a Hellín en septiembre de 1638 para bendecir los esponsales de su hermano Felipe con María Fernández, suscribiendo la oportuna partida.

En posesión del título de Doctor en Teología se dirigió a Hellín al poco tiempo, pues el 8 de diciembre de 1639 aparece firmando otra partida de bautismo, titulándose "Doctor", sin otro empleo.

---

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 278.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 279.

<sup>15</sup> *Ibidem*.

Dedicó su nueva obra *El Buen Pastor* (Tortosa, 1641) al obispo de Cartagena, don Mendo de Benavides, "en cuya ayuda confiaba para alcanzar un buen destino próximo a Hellín" <sup>16</sup>.

Por entonces se encontraban vacantes en la Parroquial de la Asunción, de Hellín, los cargos de "cura ecónomo y vicario", y el de "Comisario de la Santa Cruzada de la vida de Hellín y su Partido", que solían desempeñarse por la misma persona. Le fueron concedidos a Lozano, quien renunció a la parroquia de Lagartera.

De todos modos, no debió empezar a ejercer los nuevos cargos hasta abril de 1641, en que aparecen las primeras partidas firmadas por él con tales títulos. En 26 de abril se asienta en el Libro de Fábrica (folio 1) el otorgamiento y entrega de fianzas del nuevo fabriquero, ante el provisor y vicario general del obispado de Cartagena-Murcia, en representación del obispo don Mendo de Benavides.

Residió en Hellín desde 1641 a 1644, bien probado esto por partidas sacramentales firmadas en los libros parroquiales. "A pesar de ello, es fácil que hiciera alguna escapatoria de las que solía, aunque fuese por poco tiempo" <sup>17</sup>.

Por la ausencia de firmas parroquiales parece que fue en el año 1645 cuando abandonó Hellín para ir a Murcia como "Promotor o Procurador Fiscal de la Reverenda Cámara Apostólica".

Y en 1650 lo hallamos en Madrid. Pero sabemos que en diciembre de 1652 había retornado a Hellín de nuevo (las pruebas constantes son sus firmas en las partidas

---

<sup>16</sup> *Ibidem*, pp. 280-281.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 281.

### XIII

sacramentales de la parroquia). En Hellín debió vivir hasta 1656, en que vuelve a Madrid, dedicado a su ministerio sacerdotal, a escribir y a publicar sus obras. De 1658 es la primera edición de las *Soledades...*, pero a nombre de su sobrino Gaspar. Otra vez aparece en Hellín para bendecir otros esponsales el 18 de octubre de 1658 (su firma, en el libro parroquial). Vuelve a Madrid, donde publica libro tras libro.

Hacia 1662, agotado físicamente, y contrariado por no sabemos qué disgustos <sup>18</sup>, decidió buscar un cargo tranquilo para los que ya pensaba que serían los últimos años de su vida (aunque sólo contaba 52 de edad). Así que consiguió el nombramiento de Capellán Real en la capilla de los Reyes Nuevos, de Toledo, con 900 ducados de sueldo anual --estipendio bastante alto--. Fue elegido por méritos entre una terna. Felipe IV firmó el nombramiento el 7 de diciembre de 1663 y tomó posesión el 26 de marzo de 1664. En Toledo, mientras realizaba sus funciones sacerdotales, escribió *Los Reyes Nuevos de Toledo*, laboriosamente impresa en Madrid, con presencia constante de Lozano en el taller de Francisco Serrano de Figueroa. Mas, al poco tiempo, escribiendo una nueva obra "soltó la pluma --relata su sobrino Gaspar, que lo asistió--, acometido del achaque que le quitó la vida" <sup>19</sup>. No sabemos la clase de su enfermedad.

El 2 de octubre de 1667 hizo testamento, postrado en el lecho, dejando por heredero universal a su hermano menor,

---

<sup>18</sup> "Antes quizá, o sin quizá, haber puesto mi esperanza en humanos poderíos me ha traído a los ahogos, apreturas y trabajos que han sido patentes". En la dedicatoria de la *Segunda Parte de David Perseguido* (1664).

<sup>19</sup> Así se lee en la *Tercera Parte de El Gran Hijo de David*. Madrid, 1729, p. 34.

Gaspar, quien había ido a verlo en su enfermedad. El testamento incluía varias mandas a sus sobrinos, criados y a su anciana tía y madrina de bautismo<sup>20</sup>.

Al día siguiente, 3 de octubre de 1667, a las once de la mañana, expiró. Trasladóse su cuerpo, con numerosa comitiva, para su depósito en la iglesia de San Andrés, hasta su definitiva sepultura en Hellín, según expreso deseo de su testamento<sup>21</sup>. Se hicieron solemnes funerales, y se le enterró en la capilla del Santo Cristo de la Esperanza, llamada vulgarmente de *los Lagartos*.

El traslado de sus huesos a Hellín se llevó a cabo a los dos años, y se les dio sepultura definitiva el 20 de marzo de 1669, en la capilla de San Pascual, del convento de San Francisco, colocándose una sencilla lápida de mármol negro, que "se conserva admirablemente todavía"<sup>22</sup>. Existe un largo documento de "acta de enterramiento y traslado de los restos de don Cristóbal Lozano a Hellín"<sup>23</sup>.

La lápida dice (no hago transcripción literal, sino un trasunto modernizado, pues contiene numerosas abreviaciones, algunas no muy comprensibles):

"Aquí yace el Doctor Don Cristóbal Lozano, capellán de Su Majestad en la Real Capilla de los Reyes nuevos de

<sup>20</sup> Testamento publicado por Ent., *op. cit.* en (6), pp. 413-414.

<sup>21</sup> "Difunto sea sepultado por uia de deposito en la iglesia Parrochial De san Andres desta ciud. para que desde alli Se lleven Y Sepulten mis guesos a la uilla de Hellín Donde estan enterrados mis padres". *Ibidem*, p. 413.

<sup>22</sup> (*Ibidem*, p. 289. En el semanario hellinense *¡Adelante!*, nº 100, del 6 de julio de 1923, hay un breve artículo de Juan Fajardo, titulado: "Hellín ante la Historia. Don Cristóbal Lozano" que empieza así: "Tres siglos y todavía no se ha borrado el nombre del Dr. Lozano en el jaspe de la losa que cubre sus restos en el Convento de PP. Franciscanos de nuestra Ciudad..." (p. 4).

<sup>23</sup> Ent. *Ibidem*, pp. 415-417.

Toledo, y natural de esta villa. Falleció en Toledo a 3 de octubre de 1667. Mandó traer sus huesos a esta su capilla donde están enterrados Gaspar Lozano y Ana Sanchez, sus padres, y sus hermanos y demás sus difuntos. Y se trasladaron y se le hizo su entierro y honras a 20 de marzo de 1669. [Escudo]".

En Hellín nació, de Hellín eran sus padres, cinco hermanos y abuelos maternos, y en Hellín quiso que se sepultasen para siempre sus restos mortales, junto a sus allegados. Y Hellín le guarda en su memoria como uno de sus más preclaros hijos.

Incluso de la vida real de Hellín tomó argumentos para sus obras. Por ejemplo: *Buscar su propia desdicha*, novela de *Las Serafinas*, está basada, en parte, en un hecho real acaecido en Minateda, pedanía de Hellín, villa ésta última "de las más principales del reino" [de Murcia, se sobreentiende], según afirma el propio Lozano. El "valentón de Hellín", que aparece en esta novela, no es una invención del autor, sino personaje real y verdadero que perteneció a una encumbrada familia, con uno de cuyos parientes casó doña Ana Lozano, sobrina de nuestro autor<sup>24</sup>.

Por último, se me ocurre aludir a que en la dedicatoria a Don Diego Gamarra y Valcárcel, ilustre personaje de Hellín, de la edición de 1662 de *Soledades...* se lee: "En la aprobación de la primera parte de *David Perseguido*, dixo el ilustrísimo Cárdenas, que *debía à la pluma de su Autor su conocimiento en España nuestro Hellín*" (cursivas mías).

---

<sup>24</sup> *Ibidem*, pp. 336-337.

## CRISTÓBAL LOZANO, ESCRITOR

Cultivador de casi todos los géneros literarios y mezclados algunos entre sí (poesías dentro de novelas, por ejemplo), Ent., su biógrafo y estudioso, declara que es difícil efectuar una división de sus obras, pero la hizo, y esta clasificación viene siendo aceptada (y copiada) por todos los historiadores de la literatura. No tengo más remedio que traer aquí, aunque de una forma más sintetizada, esta clasificación general <sup>25</sup>:

## 1. OBRAS EN PROSA.

1.1. DIDÁCTICAS. *Flores Sacramentorum* (¿1635?). *El Buen Pastor* (1641). *Marial* (perdida; le fue robado el original por alguien a quien Lozano llamó "curioso" en vez de "ladrón").

1.2. ASCÉTICO-HISTÓRICAS. *David perseguido. Tres partes* (1652, 1659, 1661). *El Rey Penitente David arrepentido* (1656). *El Grande Hijo de David más perseguido. Tres partes* (1663, 1665, 1673 [terminada por su sobrino Gaspar]), *La Gran Hija de David más excelente* (perdida).

1.3. HISTÓRICO-NOVELESCA. *Los Reyes Nuevos de Toledo* (1667).

---

<sup>25</sup> *Ibidem*, pp. 293-294.

1.4. NOVELAS. *Persecuciones de Lucinda y trágicos sucesos de don Carlos* (¿1636?). *Soledades de la Vida y Desengaños del Mundo* (1658). *Las Serafinas* (1672).

## 2. OBRAS DRAMÁTICAS.

2.1. COMEDIAS. *Darse celos por vengarse* (¿1636?). *Los trabajos de David y finezas de Micol* (1658). *Los amantes portugueses y querer hasta morir* (1658). *Herodes Ascalonita y la hermosa Marienna* (1658). *El estudiante de día* (1658). *En mujer venganza honrosa* (1658).

2.2. AUTO. *Los pastores de Belén* (1658; dice el autor: "Que lo escribí en cuatro días / brevedad que me parece / digna de que se le suplan / los defectos que tuviere").

## 3. POESÍAS LÍRICAS.

3.1. RELIGIOSAS. *Paráfrasis de los Salmos de David* (incluidas en el *David perseguido*).

3.2. PROFANAS. *Romances, sonetos, silvas, canciones*, etc. (incluidas en las novelas y en las obras dramáticas).

Como Lozano escribió tantísimas leyendas y relatos cortos, inmersos en *Los Reyes Nuevos de Toledo*, en la amplia serie de los *David...* y algunas otras obras, Ent. hace una clasificación de sus "historias y leyendas", "conforme a su asunto". Es la siguiente:

- I. Religiosos.
- II. De la Historia de España.
- III. De la Historia extranjera.

IV. Clásicos y grecorromanos.

V. Bíblicos.

Estos son los cuadros de las obras de Lozano, aceptados por todos los historiadores de la literatura española.

Era Lozano un magnífico latinista, teólogo de primer orden, dominaba el francés y el italiano; citaba con profusión los clásicos griegos y latinos, así como los Santos Padres [*vid.* en el comienzo de las *Soledades...* citas de San Juan Clímaco (pp. 17 y 22, aquí bajo el apelativo de "El Penitente Sinaíta"), San Jerónimo (pp. 16 y 20) y los *Salmos*]. Su erudición, nada petulante, era objeto de sincera admiración. Su biblioteca, de la que se conocen algunas excelentes piezas<sup>26</sup> contenía grandes obras de geografía, historia, ciencias naturales (Plinio; las *Etimologías*, de San Isidoro), patristica, literatura clásica, historias de ciudades y reinos, de Órdenes religiosas, cronicones, obras ascéticas, litúrgicas y devocionales, poesías de Góngora, comedias y dramas de Lope de Vega, numerosas obras de Quevedo y de su amigo Pérez de Montalbán, así como el *Jardin de Flores curiosas*, de Antonio de Torquemada (Salamanca, 1571), libro del que tendré que hablar más adelante.

El enjuiciamiento general de la obra de Lozano fue abordado por Ticknor (traducción al español en 1854) y prosigue hasta nuestros días. De Ticknor es la frase: "El reinado de Carlos II no ofrece obra alguna que se les pueda comparar"<sup>27</sup>.

---

<sup>26</sup> *Ibidem*, pp. 287-288.

<sup>27</sup> Ticknor (1854), III, p. 424. *Vid.* cédula en el epígrafe VII.

Baquero Almansa, parcial, acertó bastante al definir su estilo: "suelto y narrativo, ingenioso, abundante, en ocasiones demasiado palabrero..."<sup>28</sup>.

Federico Carlos Sáinz de Robles, ecuánime, comenta: "Extraña en un período de decadencia del lenguaje, encontrar a un escritor, como Lozano, que conserva una prosa castiza, de cierta elegancia y sin afectación alguna"<sup>29</sup>.

Y el erudito Ent., a quien no puedo abandonar, plasma así su concepción general sobre la obra en conjunto: "Lozano no es un autor más que viene a engrosar inútilmente nuestra historia literaria, sino uno de los que es preciso conocer para completar el cuadro de las letras de su tiempo"<sup>30</sup>.

En el epígrafe VII de este Prólogo: "Algunas referencias..." hallará el lector una diversidad de pareceres, desde quien lo califica de "novelista rezagado" para su época (?) (Díaz-Echarri y Roca Franquesa, 1972), hasta el cúmulo de los que señalan su "prerromanticismo" (Valbuena, 1974; Díez Borque, 1975; Fuster Ruiz, 1975; Alborg, 1983, etc), pasando por la curiosa calificación de "folletinesco" (Baquero Goyanes, 1973).

Del éxito de Lozano en vida, y después de su muerte, dan idea las múltiples ediciones de sus obras que, con una profunda investigación, se pueden acrecentar, como me ha pasado con *Soledades...* (vid. el epígrafe VI). Lozano fue un autor conocidísimo y admirado durante, al menos, los años 1660-1760. No puedo resistir, aunque todos los que tratan

<sup>28</sup> Baquero Alonso (1894), p. 93. Vid. cédula en el epígrafe VII.

<sup>29</sup> Sáinz de Robles (1964), p. 655. Vid. cédula en el epígrafe VII.

<sup>30</sup> Ent., *op. cit.* en (6), p. 273.

de Lozano la inscriben, la conocida cuarteta en asonante del mediocre poeta Francisco Gregorio de Salas (autor, por cierto, de una insultante décima "A la Mancha") que en su poesía "Ajuar o muebles que vio el autor en varias casas", dice, entre uno de los 14 ajuares que describe:

**En la de un zapatero:**

“Una *gaceta* atrasada,  
un jilguero y un pardillo,  
los *Doce Pares de Francia*  
con el *David perseguido*”.

Me salvo del tópico indicando al curioso lector dónde puede leer estas 17 palabras, cosa que nadie hace<sup>31</sup>.

Más útil es conocer que la Real Academia Española ha consagrado a Lozano como "autoridad". He visto citada muchas veces esta atribución, pero ¿dónde la comprobamos? También se lo indicaré al lector amable<sup>32</sup>.

---

<sup>31</sup> Vid. Biblioteca de Autores Españoles, t. XXVII. Madrid, 1975, p. 542.

<sup>32</sup> Vid. Academia Española, *Catálogo de los Escritores que pueden servir de autoridad en el uso de los vocablos y de las frases de la lengua castellana*. Madrid, 1876, 116 pp. "Lozano (D. Cristóbal). Siglo XVIII [sic]. *Reyes Nuevos de Toledo. David perseguido*. Y en el ejemplar de la Real Academia, que he consultado, una mano anónima (¿pluma académica?) señala, con letra del siglo pasado: *Soledades de la vida*.

**LAS SOLEDADES..., UN IMPACTO LITERARIO**

Las *Soledades...* fueron escritas, probablemente, cuando Cristóbal Lozano estaba de párroco en Lagartera (Toledo), hacia los años 1638-1639 (tendría el autor unos treinta años) o, quizá, en una larga visita que efectuó al monasterio de Guadalupe. No fueron publicadas hasta 1658 y, aun así, bajo la autoría de su sobrino Gaspar (quien había nacido en febrero de 1640 y, por tanto, sólo contaba 18 años). El propio Gaspar reconoció públicamente el apaño y su causa en un "Prólogo" a ediciones posteriores:

"Estas *Soledades*, flores que en la Primavera de los años aseguran frutos para el Otoño de la vida, fueron entretenimientos del Doctor Don Christoval Lozano mi tío, los quales permitio à los ratos del ocio, siendo desahogos del afán de sus primeros estudios. En mas madura edad dió a conocer sus letras, y su espíritu en diferentes obras, voz de esta clausula, porque la mia con la ponderacion no se culpe. El empeño de su estudio en materias de mas peso, le obligó a publicar estas *Soledades* a nombre mío; corrieron como suyas, aunque sin su nombre..."

"Corrieron como suyas, aunque sin su nombre..." Es muy curioso.

Solemne contradicción es que en la edición de 1663, que es la que publicamos, aparezca en la portada como autor "Gaspar Lozano" y siga inmediatamente una dedicatoria de 8 páginas "Al Excelentissimo señor Don Pedro Portocarrero, Aragón, Cordoua, y Cardona, Conde de Medellin,

Marques de Villarreal, Duque de Camuña...", firmada por "El Doctor Chistoval Lozano". Además, la falsa atribución se deshizo públicamente con rapidez, no como pasó con otro albacetense, el bachiller Sabuco, que, por más de tres siglos, mantuvo bajo la autoría de su hija su trascendental obra *Nveva Filosofía de la Natvraleza del hombre...*

Muy elogiosa es la "Aprobación" que efectuó y firmó Don Pedro Calderón de la Barca, cuya parte más importante, para mí, dice:

"No solo he hallado en èl proposicion alguna que disuene a la pureza de nuestra Catolica Fè, y Politicas costumbres; pero singular doctrina, y enseñança, con que tal vez mañoso el ingenio al viso de lo deleytable, sabe introducir lo vtil; q. es tal nuestra malicia, que aun la virtud ha menester valerse contra ella de adornos que la dissimulen, para que a sombra de licito diuertimiento, se halle alumbrada de la preciosa luz del desengaño. Este es el fin del argumento de este libro, y tan bien explicado en su contexto, tan bien executado en su designio, y tan bie. conseguido en su desvelo, que a mi corto juicio merece su Autor, sobre las gracias de auerle escrito, la licencia que pide de imprimirle. Este es mi parecer, saluo, &c. En Madrid 12, de Iulio de 1658. *Don Pedro Calderon de la Barca.*"

Y la "Censura" para la edición, firmada el 11 de abril de 1662, por "el Maestro Fr. Benito de Ribas, Monge de San Benito, Predicador de su Magestad, y Calificador del Santo Oficio", dice, no sin ironía:

"El Licenciado Don Gaspar Lozano, Autor deste ingenioso estudio, tan parecido en la abundancia, cordura, y metodo à su tio Don Christoual Lozano, Autor de tantos, y tan bien recibidos libros, que leyendo estos asseos de su florido

ingenio, me estaua picando el dicho de Raguel, quando sin auerle conocido oyò a Tobias el moço: *Quam similis est iuuenis iste consobrino meo*, Tob. c. I. [Traducción: ¡Cómo se parece este joven a mi primo! y advierto que no está en el cap. I del libro de Tobías, sino en el VII. IRH.]. Y pareciendose tanto, imitarle, y copiarle en lo Moral, y Catolico, era muy cierto..."

*Soledades* es un vocablo ya usado en la literatura como título. Y después de Lozano se ha venido repitiendo<sup>33</sup>.

Como el paciente lector que me sigue va a poder disfrutar de la lectura de las cuatro *Soledades*..., dudo si traer o no un resumen sucinto, harto difícil de hacer, dada la complejidad de episodios y hasta la ucronía (o, por mejor decir, saltos atrás) de algunos. Me decido por tener en cuenta la sinopsis de Ent., aligerándola cuanto puedo:

**SOLEDAD PRIMERA.** El eremita Enrico y unos pastores encuentran a una dama, Teodora, clamando ante el cadáver de Lisardo, un caballero. Lo entierran y Teodora cuenta sus amores con Lisardo. Su tío y hermano la obligaron a profesar en un convento, mas ella concertó con él su huída. Llegados día y hora, Teodora aguarda en vano. Supone que él ama a otra y, en despecho, cuenta todo a su hermano, que sale para matar a Lisardo.

Mientras, Teodora recibe una carta de su amante, en la que le explica la causa de su abandono. Arrepentida, corre a evitar la venganza, pero llega tarde; sólo puede estrechar el

---

<sup>33</sup> En el *Manual...*, de Palau, vol. VI de *Títulos-Materias*, 1986. aparecen 28 obras que principian por *Soledad...* y 12 que comienzan por *Soledades...* Ello sin tener en cuenta otros títulos, como *Antídoto contra las Soledades*, de Juan Martínez de Jáuregui y Hurtado de la Sal. Además, hay una novela en catalán, *Solitude* (= *Soledad*) de Víctor Catalá (seudónimo de Caterina Albert y Paradís), de 1908, que trata de unos esposos que van a unos agrestes montes a realizarse como eremitas.

cadáver de su amado. Enrico la consuela y Teodora decide hacerse ermitaña.

*SOLEDAD SEGUNDA.* [Toda en verso]. Lisardo vive (el asesinado es un peregrino con el que cambió sus vestidos). Se dirige a una montaña y otro ermitaño le cuenta su vida: enamorado de su madrastra mata a su padre para conseguirla; ella se mata arrojándose desde su ventana. "Es una historia bastante más cruda e inmoral que la versificación no suaviza bastante"<sup>34</sup>.

*SOLEDAD TERCERA.* Lisardo encuentra otro penitente que también le cuenta su vida. A una dama, pasado largo tiempo de la ausencia de su marido, la hacen creer que éste ha muerto y se ve obligada a casarse con un viejo y rico pretendiente. Regresa el primer marido, quien, convencido de la inocencia de su esposa, mata al viejo y a la tía que había amañado su boda. Se une de nuevo a su esposa, con la que tiene una hija, pero es detenido por el crimen y condenado a muerte. Sobornan al verdugo, que mediante un narcótico le sumerge en profundo sueño, fingiendo el ajusticiamiento y entierro<sup>35</sup>. Libre, cuando va a reunirse con su esposa, se le aparece ésta (que ha muerto mientras tanto) y le mueve a hacer penitencia.

*SOLEDAD CUARTA.* Enrico acompaña a Lisardo a una alquería, donde le ruegan refiera los motivos por los que ha ido allí. Lisardo cuenta que él y otro caballero, don Fernando, se enamoran de dos damas de Córdoba, pero que, por una compleja situación (casi un vodevil) tienen que casarse cada uno con la amada del otro. Enterado Lisardo

---

<sup>34</sup> Ent., *op. cit.* en (6), p. 328.

<sup>35</sup> Ent., *ibidem*, dice que este episodio es muy repetido en varias obras literarias y que "su origen tal vez está en un cuento de *Las mil y una noches*", p. 328.

de que su mujer y don Fernando intentan envenenarle, mata a éste y obliga a su infiel esposa, puñal en mano, a beber la ponzoña<sup>36</sup>. Después, Lisardo va a Salamanca y conoce a Teodora (su relato es el recíproco al de ésta en la *SOLEDAD PRIMERA*, pero bajo su punto de vista). Cuando se dispone a raptarla<sup>37</sup>, siempre a la hora mágica de las doce de la noche, oye en la calle gritos: "*Lisardo es, matadle!*". Y, a poco, una voz gimiente: "*ay, que me han muerto*". Intrigado, se acerca al lugar del suceso y ve el cadáver ensangrentado de un hombre. En una horrible visión le parece que él es el muerto. Vuelve al convento a consumar su propósito, cuando presencia un lúgubre entierro. Lisardo ya no duda de que su alma está en pena y, por eso, aunque muerto, pisa todavía la tierra. Llega a la iglesia donde presencia sus propios funerales. Pregunta quién es el muerto: "*Lisardo, el de Córdova, que vos conocéis como a vos mismo*" (p. 168), le responden. Horrorizado, afirma que no puede ser, que está vivo. Y el maestro de ceremonias le dice que eso es cierto, pero que ellos (almas salvadas del Purgatorio) le hacen el funeral porque su alma se va a perder. Lisardo se desmaya y, cuando vuelve en sí, la iglesia está vacía. Toma lo sucedido como un aviso del Cielo, escribe a Teodora contándole todo y le aconseja que, como él, se haga eremita.

---

<sup>36</sup> Ent., *ibidem*. "Episodio harto conocido, tomado de ejemplos históricos que Lozano incluyó en su *David Perseguido* (Parte 1ª, XI, ejemplo III, y Parte 2ª, XVIII, ejemplo I), p. 328.

<sup>37</sup> El rapto de la monja es una constante literaria, y no sólo en la figura de Don Juan Tenorio. Ya el caústico Quevedo escribió un *Romance a los devotos de monjas*, en el que dice: "... Dejád el juego de monjas / que es inútil pasatiempo" (*Obras Completas. Obras poéticas*. Madrid, Aguilar, 1943, p. 93).

Concluída la historia, llegan a la alquería el hermano de Teodora en su búsqueda, y también la viuda cordobesa. Enrico sermonea sobre los desengaños del mundo. Y todos toman hábitos de monjes. Su entrada en la vida de eremitas se celebra con un asombroso festival pirotécnico, corridas de toros y representación de comedias y autos sacramentales (p. 182, última).

Dejo para tratarlo seguidamente el interesante tema de las fuentes, préstamos y plagios de algunas situaciones y encaro a continuación una sencilla digresión sobre el estilo de la prosa y del verso de estas cuatro novelas. Naturalmente, no deseo elaborar eruditos estudios, ni creo que éste sea el lugar, pues se trata de una edición para un público medio, no especializado en la *jerga* de la crítica literaria. Sencillamente, he tomado nota de algunas frases y vocablos, y ofrezco así una leve idea del lenguaje y del estilo de Lozano, que para mayor facilidad de enfoque dividiré en prosa y verso.

### *La prosa.*

Es conceptual, con elevación, sin dejar de entrar en algunos golpes de efectos castizos, lírica en las descripciones, efectista en la acción y en los estados anímicos. Prosa alargada, con pocos puntos y aparte, pero, a veces, con un zig-zag de frases cortas, como en este ejemplo:

*"Quitó la vista del libro, alzó los ojos a mirarme; estremeciósse toda; fue a hablar y no pudo; bañóse de claveles; mostrósse más hermosa; quiso desmayarse; provocóme a pena; iba ya a caerse; detúvela compasivo..."* (p. 149).

Es una prosa muy narrativa, sin diálogos. Hay buena descripción de los estados de ánimo; por ejemplo:

- tristeza: "*deshecha en llanto provocaba a dolor y sentimiento*" (p. 15); "*hecha un mar de lágrimas...*" (p. 26),

- sospechas: "*me vi herido en sus umbrales de otro relámpago de sospechas*" (p. 83); "*otras veces sospechaba, y esto me traía a puntos de muerte*" (p. 126),

- enojos: "*consideraré un ejército de enojos que me movían*" (p. 138),

- pasiones: "*enfermó el alma de un calenturón de inquietudes*" (p. 18),

- desilusión: "*todo cuanto pueda ofrecerte una hermosura es un engaño*" (p. 5),

- angustia: "*tragando por entre mil ahogos la saliva*" (pp. 35), verso alejandrino en prosa,

- ansiedad: "*Allí me estuve una hora, que la juzgué una eternidad, batallando con infinitos pensamientos...*"; (p. 36),

- ira: "*quedé tan hecha tigre... que, despidiendo volcanes de fuego por los ojos, y por la boca la ponzoña que se engendró en el pecho*" (p. 35),

- miedo: "*la sangre, helándose en las venas*" (p. 9),

- pánico: "*con temores de muerte, descuadrado el aliento, y añudada la garganta, y la sangre convertida en un sudor frío...*" (p. 27); "*entre temores mortales, dándose dientes con dientes*" (p. 168),

- deseo de venganza: "*previne los castigos que si acaso pasaron a venganzas, el exceso de la culpa puede disculparme*" (p. 138),

- dudas: "*Fluctuando, pues, el pensamiento en medio de estas borrascas*" (p. 24),

- celos: "*me fui por las calles y plazas a vengar mi imaginación celosa*", (p. 37),

- arrepentimientos: "*Si ya, deshecha en lágrimas os pido clemencia ¿no habrá perdón?*" (p. 11); "*cuando me acuerdo de aquel día, pedazos se me hace el corazón, y fuentes mis dos ojos*" (p. 142).

Hay lamentaciones y ayes constantes: "*¡ay de mí,...*" (p. 17); "*acordéme entonces (¡ay de mí!)...*" (p. 20); "*(¡ay de mí y cuánto me cuesta decir esto!*" (p. 131), "*(¡ay de mí triste!)*" (p. 135); etc. Hay soliloquios (oídos siempre por otros). Y hay acción: cabalgadas, sobornos, criados y criadas --una, esclava "morena"-- comprometidos en los planes de sus señores, billetes (cartas), citas amorosas "a las doce de la noche", un criado travestido, vuelcos de coches, uso de armas (daga, estoque, espadas, rodela, pistoletes, escopeta), bandidos de Sierra Morena, venenos, llaves dobles, camerinos secretos, espías, peleas, asesinatos, un parricidio, un suicidio...

Lo agreste del paisaje se describe bien ("*montezuelos*", "*breñales*", "*maleza*", "*riscos*", "*cavernas*", "*grutas*"). Las plantas o árboles son adjetivados: "*fresnos copados, y apiñados pinos*" (p. 1, bello quiasmo), "*verde aliso*" (p. 7), "*impenetrables jarales*" (p. 8), "*caduco roble*" (12); y, en una tormenta: "*se desgajaban los robles, los pinos se arrancaban y la encina más robusta se descuadernaba...*" (p. 108).

El efecto discursivo se consigue con admiraciones e interjecciones entrelazadas (ejemplo absoluto: toda la p. 11). También encontramos:

- anáforas: "*¡qué lástima! ¡qué desdicha! ¡qué desgracia!*" (p. 93), "*¡qué de miedos, qué de horrores, qué*

de espantos...! (p. 151), "*¿Qué suspiros, qué quejas, qué lamentos...?*" (p. 173). "*¿Quién duda que aquellos...? ¿Quién duda que ya dejaría...? ¿Quién duda que ya no...? ¿Quién duda que ya el orden...?*" (p. 19).

- duplicaciones: "*claro está, claro está*" (pp. 11 y 19), "*perdonadme, perdonadme*" (p. 11), "*¡Ay Lisardo mio!... ¡Ay Lisardo mio! (volví a repetir)*" (p. 40), "*Pues... ¿tan malo es Lisardo? replicó ...¿tan malo es Lisardo...?*" (p. 111).

- dubitaciones: "*si entraré, si no entraré*" (pp. 35 y 167).

Pero he dicho que no pretendo analizar las figuras retóricas y otros aspectos estilísticos...

He conservado pocas palabras arcaicas: *parasismos* (p. 1), *sonorosa* (p. 14), *prieta* (pp. 34 y 73), *digresos* (pp. 62, 63), *azutea* (p. 93). Y alguna frase castiza: "*te haya cogido el garlito*" (p. 121) o vocablos vulgares: "*despepitadamente*" (p. 122).

He quedado asombrada del lirismo de las descripciones, tan numerosas como variadas, de los amaneceres y de los anohecidos, que pueden ser distintos según el estado de ánimo. No resisto a citar el comienzo de la *Soledad* primera: "*Una tarde, que con los soplos del céfiro apacible se ostentaba deleitosa...*" (p. 1; prosiga el lector saboreando la lectura).

Amaneceres: "*Y cuando ya rompa el día las vidrieras de la noche*" (p. 13). "*... despertó el día en brazos de la aurora*" (p. 33). "*Ya el alba, en su recamado lecho estaba trenzando la madeja rica de sus lucidos cabellos, y el Sol, en su regazo despertaba en alegre risa...*" (p. 61; comienzo de la *Soledad* tercera; prosiga el lector saboreando la descripción). "*Apenas la aurora, haciendo los primeros*

*botetes, derramaba lágrimas, porque ya el Sol la iba mirando desnuda..."* (p. 94).

Pero si el estado de ánimo o la acción es pesimista, el amanecer es descrito de otra manera: *"Amaneció, pues, el día, no como otras veces el alba risueña, Apolo brillante y la luz alegre, sino todo ofuscado en crepúsculos tenebrosos, y metido en un capuz de pardas nubes, porque hasta los astros parece que, en su modo, arrastran lutos"* (p. 39); *"hasta el Sol, que se puso ayer en el océano vestido de un nacarado rubí de mil rojos arrebales, en que se atramaron sus dorados rayos, hoy amaneció cubierto de un capuz de mil nubes negras, calado papahigo con que rebozó sus luces"* (p. 96).

Una sintética descripción, que abarca desde al alba al anochecer sería ésta: *"... desde que el padre de la luz tomaba el carro, hasta que bañando las ruedas en el ancho océano, hacía tumba de sus luces los turquesados cristales"* (p. 135).

Y ahora vamos con las descripciones del crepúsculo vespertino: *"... al tiempo que la noche, cogiendo el negro manto, quebraba las vidrieras"* (p. 43; es prosa, y son tres perfectos heptasílabos). *"... y cuando ya la noche comenzaba a ceñirse el apretador de estrellas sobre frente de azabache (porque hasta una noche negra se adereza en su modo para parecer hermosa)"* (p. 69). *"... ya el padre de la luz bañaba su madeja rica en el profundo océano, para prestarle luceros a la noche..."* (p. 91). *"... hasta que cerrase el día las primeras puertas de su luz..."* (p. 137).

Pero hay anoheceres o noches que acompañan una acción trágica:

- "... noche, tan oscura y triste, que, con capuces de nubes tenebrosas enlutaba lo poco que alumbraban sus estrellas" (p. 8). "Llegóse la noche señalada, más triste me pareció que otras veces, pues calando la Luna al papahigo, embozó toda su claridad, y amortiguadas las demás estrellas, quitaron lo brillante de sus luces, y sirvió de manto un capuz de negras sombras, que hasta una noche con ser triste descubre más tristezas..." (pp. 35-36). "Salio [la noche] tan oscura y negra, envuelta en pabellones de algunos densos nublados que, verdaderamente, parecia que todo el cielo salió arrastrando bayetas" (p. 164).

Un bello e insistente efecto lírico es el tropo de "cristales" = el agua (agua "cristalina"):

- "derretidos arroyos, murmuradores cristales" (p. 1). "Quiso cruzar un arroyo, pero apenas con un pie rompió sus cristales..." (p. 62); "... un melindroso cristal, bostezo de una fuente..." (p. 62); "... las aguas más claras... no podían volverse a sus primeros cristales" (p. 108); "... el cristalino Betis, derramando cristales" (p. 113).

Aunque también son "cristales" los dedos femeninos: " - No, por favor. Quería tocar vuestros cristales..." (p. 156).

Por último, la palabra "clavel", para designar la boca femenina:

- "... apenas salió por el clavel de su boca" (p. 84); "comenzó a decir, deshojando el clavel de sus labios..." (p. 150).

Y Lozano no tiene empacho en sacar a relucir más "claveles", aun cuando es consciente de la retórica y metáfora de la palabra: "... porque la metáfora de las mejillas rosas, el apodo del clavel à los labios, y el símil de

*las estrellas a los ojos...*" (p. 64); "... *imprimir en mi rostro con labios de clavel círculos de rosa (y perdona la retórica en esta parte...)*" (pp. 79-80).

Escribiendo prosa, a Lozano le salen versos; por ejemplo, en p. 63 leemos tres octosílabos: "ya os entiendo, y no me admiro / que excuséis al descubriros / a quien nunca habéis hablado" y en la p. 173, otro tanto: "y el que menos de la casa / abrazado de Lisardo / no cuidaba de otra cosa". Un endecasílabo hay en la prosa de la p. 11: "formaba por compases de suspiros".

### **La poesía.**

En las *Soledades...* aparecen las siguientes poesías:

- En la *Primera*: un romance de 148 versos (pp. 2-4) y 5 décimas (50 versos) (p. 23).

- En la *Segunda*: toda es en verso; octavas reales (con heptasílabos y endecasílabos); son 632 versos (pp. 43-61).

- En la *Tercera*: un romance de 24 versos (p. 72), un soneto (pp. 73-74), 25 octavas (con variaciones en la combinación de los seis primeros versos), con 200 versos; (pp. 101-107).

- En la *Cuarta*: un soneto (pp. 115), 7 décimas ("espinelas", dice muy bien Lozano) (p. 123), un romance de 68 versos (pp. 133-134), un romance de 46 versos, con 40 octosílabos y 2 estribillos de 6+7+5 versos (p. 147), 5 décimas (p. 148), una "canción fúnebre", de 130 versos, estrofas de 13 versos, en combinación de 7 + 6, con dominio de heptasílabos sobre endecasílabos (pp. 174-178).

Tenemos, pues, 1.446 versos en 12 poesías.

Lozano no es mal poeta, aunque demasiadas veces se nota esforzado con la versificación. Es mejor poeta lírico que dramático. Me gustan los dos sonetos y las décimas, mucho más que las octavas (con algunos ripios). Los romances tienen de todo, desde alta calidad a versos muy mediocres.

En un siglo de tan altísimos poetas, Lozano no puede destacar como tal. Ent. dice que sus poesías merecen "un piadoso silencio"; no es para tanto. Baquero Almansa, ensalzador, confiesa: "fue poeta a la moda de su tiempo, más ingenuo que delicado, cifrando el toque de la inspiración en la gala de las hipérbolas retóricas y en las caídas de efecto. No llega al gongorismo..."<sup>38</sup>

En sus poesías aparecen parecidas descripciones líricas de amaneceres y anocheceres, similares tropos de "cristales" y "claveles". Veamos tan sólo unos ejemplos:

Sobre el alba:

*Hasta que al declinar la noche fría  
por bostezos del alba salió el día (p. 59),  
... llorando el alba muda  
huye del Sol, porque la ve desnuda...* (p. 61)

Sobre los "cristales" del agua:

*... ya con mirar cómo el cristal se vierte  
de un pardo risco en perlas desatado (p. 53)  
... discurro por las flores, donde pasa  
un cristal derretido...* (p. 55).

Y el "clavel" ahora son arreboles de las mejillas:

*... desperdiciando los claveles rojos...* (p. 51).

---

<sup>38</sup> Baquero Almansa, A. (1884), pp. 94-95. *Vid.* cédula en mi epígrafe VII.

... *hecha estuvo un clavel a las primeras..* (p. 52).

Hay un juego de palabras (paronomasia) con el nombre de la protagonista:

... *quieres mostrar, Clemencia, ojos clementes...* (p. 51).

Y una sorprendente descripción erótica de un *voyeur*:

*Sobresaltada estaba y temerosa;  
medio desnuda estaba y tan vestida  
de púrpura, jazmín, clavel y rosa;  
que, aunque la holanda pudo ser cabida  
de que mi vista, algo licenciosa,  
llegase hasta sus pechos divertida,  
solo entre nieve vi, y aun esto apenas  
dos apretados pomos de azucenas* (p. 56).

Esta selección de urgencia corresponde tan sólo a la *Soledad tercera*, toda ella en verso. En las otras poesías, intercaladas en las tres *Soledades...* restantes, vuelven a aparecer las metáforas en las descripciones líricas y en asuntos recurrentes:

*Montañas de Guadalupe  
cuyos nevados peñascos  
polos de cristal parecen...* (p. 2).

*A la margen de un arroyo,  
que del risco desatado  
iba ciñendo los fresnos  
con cristalinos abrazos* (p. 2).

*... a un arroyo se va, y en sus espumas  
con jabón de cristal lava sus plumas* (p. 104).  
*... y verás cómo bajan a la fuente*

*sedientos animales*

*a templar el calor con los cristales...* (p. 104)

*Yace de Guadalupe*

*(cristal que en sombras frío...* (p. 174)

Sobre el amanecer:

*Mira al nacer el día*

*con cuánta lozanía*

*asoma el Sol su frente*

*por las doradas rejas del Oriente,*

*rompiendo los cancelos*

*con los rayos, que brillan paralelos,*

*desempedrando el coche*

*todas las sombras que empedró la noche* (pp. 102-103).

Sin tanto esfuerzo consonántico, es mejor este trazo de un solo verso:

*que a un sollozo del alba se abren rosas* (p. 106).

Hay una conjunción de los "cristales" del agua con los de las manos:

*... dio a los cristales del agua*

*los cristales de sus manos* (p. 3).

Creo que ya es suficiente.

El éxito de *Soledades...* lo confirman las múltiples ediciones (22, como mínimo, en los primeros cien años, y debieron correr más, piratas o clandestinas, y quizás, en ocasiones, sueltas o en fragmentos). Verdaderamente, fue un impacto literario.

A mí me parece que más que el "tema" del estudiante de Salamanca, del que diré algo a continuación, Lozano se sitúa en la historia de la literatura, no como un "rezagado"

(ni mucho menos) sino como un gran precursor. Cuando Valbuena lo define como un "prerromántico" no está aludiendo a que muchos argumentos suyos los iban a plasmar los escritores del siglo XIX (Espronceda, Merimée, Zorrilla ...) sino a que en pleno siglo XVII (en 1658) apareció, frente a la estética barroca de la literatura y de las bellas artes, un modelo de pensar y de escribir que por su "sentido de lo lúgubre y lo macabro" (Valbuena) se adelanta 180 años al gusto del Romanticismo.

En doce páginas seguidas de su *Soledad cuarta* aparece cuatro veces el adjetivo "fúnebre": "... *cánticos, aunque fúnebres*" (p. 167), "*Del fúnebre aparato...*" (p. 169), "*en el fúnebre tono*" (p. 174), "*la canción fúnebre*" (p. 179). También usa Lozano el adjetivo "lúgubre": "*hiere con voces lúgubres el viento*" (p. 59, es prosa y es un perfecto endecasílabo), "*no otra lúgubre nueva*" (p. 155), "*las campanas en lúgubres clamores*" (p. 154), "*lúgubre vacío*" (p. 163). En los argumentos aparecen las situaciones de desengaño de los placeres, arrepentimiento de graves pecados juveniles, el cansancio de la vida, la huída del mundo cruel hasta purificarse en la montaña, como eremitas:

*"Esto es la soledad, hija querida,  
a esto te convida  
un padre que te adora..."*

leemos en la última estrofa de la *Soledad tercera*, después de cantar la vida silvestre, solitaria, entre peñas, arroyos, aura en los árboles y pajarillos.

Gracias a la aplicación de la informática al estudio filológico puedo traer un recuento de algunas voces utilizadas, características del estilo. Traigo los vocablos y,

entre corchetes, el número de veces que aparecen (recuerdo que *Soledades...* tiene apenas 182 páginas):

“Amor, amoroso-a” [177]; “muerte, muerto-a” [119]; “noche, noches” [119]; “alma, almas” [98]; “mano, manos” [79]; “ojo, ojos” [74]; “hermosa, hermosura” [69]; “pena, penas” [63]; “sospecha, sospechas, sospechar” [60]; “triste, tristeza” [53]; “voluntad, voluntades” [53]; “dama, damas” [49]; “dolor, dolores” [49]; “temor, temores, atemorizar” [49]; “Cielo, Cielos, cielo” [49]; “corazón” [42]; “mujer, mujeres” [42]; “verdad, verdadero” [41]; “lágrimas” [39]; “¡ay!, ayes” [39]; “Dios” [39]; “duda, dudas, dudar” [38]; “enojo, enojos” [37]; “hombre, hombres” [36]; “suspiro, suspiros” [36]; “sentimiento, sentimientos” [33]; “miedo, miedos” [29]; “celo, celos, celoso-a” [29]; “olvido, olvidos, olvidar” [29]; “cristal, cristales, cristalino” [28], “lloro, lloros” [25]; “soledad, soledades” [24]; “penitente, penitentes” [23]; “queja, quejas, quejarse, aquejar” [23]; “caballero, caballeros” [22], “oscuro-a, obscuridad” [21]; “pecado, pecados, pecador-a” [21], “fracaso” [17]; “desengaño, desengaños” [16]; “llanto” [15]; ‘enamorado-a’ [15], “melancolía, melancólico-a” [13]; “negro-a [10; otros colores: ‘blanco-a’, 11; ‘verde’, 5; ‘rojo’, 3; ‘azul’, 0], “fúnebre” [7].

Por sus argumentos, su concepción vital, sus vocablos, por todas estas cosas, Lozano es un "prerromántico", es decir, un "romántico muy adelantado", que lo es "por la índole de sus asuntos, en el gusto por lo macabro y en el sentido de desilusión y hastío ante la vida" (Alborg).

Este es el gran impacto de *Soledades...* Y este es el gran valor de Cristóbal Lozano.

## SOBRE FUENTES, PRÉSTAMOS, PLAGIOS

A consecuencia de lo enunciado anteriormente, entiendo que la cuestión de los préstamos literarios, efectuados por escritores románticos, de los argumentos de Lozano, se ha desorbitado y, sin ningún afán de desmitificación, creo necesario efectuar, al menos, dos puntualizaciones:

### A) LAS FUENTES DE LOZANO.

Brevemente. Lozano se inspiró en muchas leyendas y episodios de la historia de España, del extranjero y bíblica, para sus relatos. El erudito Ent. señaló, una a una, las diferentes fuentes que usó<sup>39</sup> ¿Le reprocharemos por ello?

---

<sup>39</sup> Ent., *op. cit.* en (4), ed. cit., pp. XXX-XLIV. De entre las 49 leyendas de Lozano que tienen el estudio de sus fuentes y obras derivadas posteriores, elegimos una, al azar:

"*El nacimiento de Don Pelayo*. Esta "historia sabrosa" --como dice su autor--, que puede relacionarse con la de Moisés, figura en la *Crónica del Moro Rasis* (II, caps. V y sgs.) y se utilizó luego en el *Amadís de Gaula*, aplicándose a la protagonista. De aquí lo copió Pedro del Corral para su *Crónica sarracina*, refiriéndose ya a Don Pelayo. Se inserta asimismo en la *Historia del orbe*, de Alonso Meneses, y en la *Historia de Toledo*, del conde Mora, a través de la cual la conoció Lozano, y entre otras derivaciones que ha tenido se cuentan *El sol de España en su oriente y Toledano Moisés*, comedia del dramaturgo del siglo XVIII don Manuel Fermín de Laviano, el drama de Hartzbusch *La madre de Pelayo* (1848) --inspirado en Lozano--, y *La princesa doña Luz*, incluida en los Cantos del Trovador-- que, según costumbre, siguió a Don Cristóbal. Al relatar esta leyenda del nacimiento de Don Pelayo alude de paso Lozano a la de los Porceles, popular en Murcia, y, con otros nombres, en varios lugares, que utilizó antes Lope para su comedia *Los Porceles de Murcia*, y ha sido objeto de otras obras literarias" (p. XL).

Véase, pues, un caso de inspiración romántica en un asunto de Lozano, pero véase, a su vez, las muy diferentes fuentes escritas anteriores a Lozano, unas directas, otras indirectas, que éste utilizó.

También nos ilustra Ent, sobre los posteriores tratamientos de otros muchos literatos, algunos tomando el argumento del texto de Lozano; otros, no. ¿Trataremos de plagiarlo a Lozano o sólo a los que se inspiraron, de alguna forma, en los textos de Lozano? No creo que deba encararse así la cuestión. Se trata de "fuentes" si aparecen en las historias, y de "préstamos" si están copiados de otras leyendas, escritas ya con intención literaria. Lozano, recordamos, tenía una buena biblioteca, con abundantes libros de Historia y de creación literaria.

## B) EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA.

1. El episodio de Lisardo, el estudiante que, al ir a raptar a una monja, contempla en una noche espeluznante su propio entierro, no es original de Cristóbal Lozano.

"Su origen --dice el erudito Ent.-- está en una conseja popular muy extendida, especialmente en las comarcas del Norte (no sólo es popular en España: Galicia, Asturias, la Montaña, etc.) sino también en otras partes del extranjero (Portugal, Bretaña, País de Gales, Escocia, Alemania, Suiza, con diversas variaciones, pero siempre coincidente en los rasgos principales). En España esta conseja medieval, popularísima en Galicia como "La Santa Compañía" se unió luego a la leyenda semierudita formada en torno a don Miguel de Mañara"<sup>40</sup>.

Esta conseja o leyenda medieval simplemente expresa la creencia de que algunas personas que van a morir ven, a medianoche (la que he llamado "hora mágica" de las doce de la noche) una terrorífica procesión de muertos, que

---

<sup>40</sup> Ent., *op. cit.* en (6), pp. 331-332 y nota 164.

llevan a enterrar un sosia suyo, cantando con voz lúgubre y portando hachones encendidos.

Se pasó la leyenda a varios romances de ciego, que culminaban, como casi siempre, con tintes moralizantes. Según la profesora e hispanista italiana Anna Maria Gallina: "La visión en vida del propio funeral se encuentra por primera vez en un cuento del siglo XV de intención moralizante" (41, traducción mía). Y esta versión no es otra que la figurada un siglo después en un exótico libro, *Jardin de Flores Curiosas*, del fraile Antonio de Torquemada 42, libro zarandeado por Cervantes en el famoso "escrutinio" de la librería del ingenioso hidalgo 43. En él se inspiró el ciego cordobés Cristóbal Bravo, que versificó el asunto, publicándolo en Toledo, en 1572 44.

Inspirado en estos antecedentes, Lope de Vega escribió *El niño diablo* y, también, *El vaso de elección*, *San Pablo*, es decir, dos comedias. Y Tirso de Molina aplicó el asunto a la segunda parte de *Santa Juana* (Madrid, 1636). Pedro Rosete Niño escribió la comedia trágica *El rayo y el terror*

---

41 Gallina, A-M. "Su alcune fontí dell'Estudiante de Salamanca". *Quaderni Ibero-Americani*. Torino, 1974, nº 45-46, pp. 231-240.

42 Torquemada, Antonio de. *Jardin de Flores Curiosas*. Salamanca, 1570, (Coloquio II). "Libro popularísimo en su tiempo" [Ent., *op. cit.* en (6), p. 332, nota 165]. He utilizado la edición crítica de Giovanni Allegra. Madrid, Castalia, 1982.

43 Cervantes, Miguel de. *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, I parte, cap. VI. Tiran al patio el otro libro de Torquemada, de caballerías, *Don Olivante de Laura*, pero el cura alude también al *Jardin de Flores Curiosas* y refiriéndose a ambos libros alega que no puede decir cuál de los dos es "menos mentiroso".

44 Citado por Gallardo, *Ensayo...* [cédula en mi epígrafe VI], t. II, columnas 139-140. También, en Rodríguez Moñino, Antonio, *Diccionario de pliegos sueltos poéticos del siglo XVI*. Madrid, Castalia, 1970, pliego nº 69.

de Italia<sup>45</sup>. En 1623 el argumento de la aparición de un muerto resucitado surge en *La Constante cordobesa*, de Gonzalo de Céspedes<sup>46</sup>. Recordemos que es en 1658 cuando aparece en la *Soledad cuarta*, de Cristóbal Lozano.

2. Que después de la publicación de Lozano el asunto no hizo más que extenderse es certísimo, porque, al poco tiempo, salieron, en pliego suelto, dos romances distintos, titulados ambos *Lisardo, el estudiante de Córdoba*, copiando el argumento al pie de la letra de Lozano. Estos dos distintos romances, hechos por la misma pluma anónima, los podemos leer en un tomo de la *Biblioteca de Autores Españoles*<sup>47</sup> y aún se llegó a sospechar que estuvieran hechos por el mismo Lozano, lo que la crítica moderna ha desechado de plano.

Tal popularidad perduró durante todo el siglo XVIII. A principios del siglo XIX salió la adaptación como una versión libre de *Soledades...* Próspero Merimée recogió el asunto en su viaje a Sevilla en 1830 y publicó, en 1834, *Les Ames du purgatoire*<sup>48</sup>. Y, por fin, en 1840, apareció, después de laboriosa gestión y algunas previas publicaciones fragmentarias, *El estudiante de Salamanca*,

---

<sup>45</sup> Está en manuscrito en la Bib. Mun. de Madrid; sign. I-63-12. Sigo a Ent., *op. cit.*, p. 332, nota 168. No he visto el manuscrito.

<sup>46</sup> Céspedes y Meneses; Gonzalo de. *La Constante cordobesa*. En *Historias peregrinas y ejemplares*. Zaragoza, 1623.

<sup>47</sup> *Romancero General y Colección de Romances castellanos* (compilación de Agustín Durán). 2º t. Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, t. XVI, 1945. "Lisardo, el estudiante de Córdoba" (pp. 264-266); "Lisardo, el estudiante de Córdoba" (pp. 266-268).

<sup>48</sup> Merimée, Prosper. *Les Ames du purgatoire*. *Revue des Deux Mondes*, París, 1834.

de Espronceda, hermosa versificación de 1.704 versos<sup>49</sup>. Después, Zorrilla, con *El capitán Montoya*, y muchos otros más siguieron el hilo argumental (Gutiérrez de la Vega, J.J. de Mora, J. García Villalta, Widmann, Haecourt, Cano y Cueto, todos en el siglo XIX).

Respecto al teatro lírico y tan sólo con el propio título de *El Estudiante de Salamanca* tenemos en España: una ópera del siglo XIX, musicada por M. Mus Giró y hoy perdida; una zarzuela en tres actos de Salvador Ruiz y música de Eduardo Zamora, de julio de 1863 (BN., sign. Ms. 14198-5); otra zarzuela con música de A. Brull y libreto de M. Cuartero Pérez, estrenada en Madrid el 24 de septiembre de 1887; otra zarzuela más en dos actos, música de L. Pujol y libreto de Merino García y Rodríguez, estrenada en el Apolo de Madrid el 7 de marzo de 1917; una ópera de Juan Gaig Andreu, libreto de José Garner y Juan Francisco Vidal, estrenada en el Liceo de Barcelona el 15 de enero de 1935. Y, finalmente, una ópera-bufa [*sic*], con música de Salvador Bacarisse y libreto desconocido, fechada en 1944 e inédita. Si diéramos entrada a otros títulos, como *Don Miguel de Mañara*, haríamos demasiada extensa esta coletilla dramático-musical. (De todo esto no habla Ent. para nada. Se trata de investigación mía).

### 3. Estos son los pasajes fundamentales:

- Año 1570, Torquemada:

"En abriendo la primera puerta, vio que la de la iglesia estaba abierta, y que dentro había muy grande claridad y resplandor de hachas y velas encendidas, y que sonaban voces como que estaban cantando y haciendo el oficio de un

---

<sup>49</sup> Espronceda, José de. *El estudiante de Salamanca*. He utilizado la ed. crítica de Robert Marrass. Madrid, Castalia, 1984.

difunto. Él se espantó... llegóse cerca de uno de los clérigos y preguntóle quién era aquel difunto por quien hacían aquellas honras, y el clérigo le respondió que se había muerto un caballero que se llamaba ... (*sic*; el nombre siempre aparece con tres puntos suspensivos, para dar la sensación de que el episodio, que se cuenta como auténticamente cierto, es reciente y podría ser identificado el protagonista) nombrando el mismo nombre que él tenía, y que le estaban haciendo el entierro..." Reacciona diciendo que ese caballero es él y que está vivo, pero le replican que "está bien muerto". Confuso, torna a preguntar a otro clérigo: "... y le respondió lo mismo, afirmándolo tan de veras, que le hizo quedar espantado". Huye a caballo de la iglesia "... y no hubo dado la vuelta, cuando dos mastines muy grandes y muy negros le comenzaron a acompañar..." Llega a su casa, demudado, entra en su cámara y "entraron los dos mastines negros, y dando asalto en él, le hicieron pedazos y le quitaron la vida, sin que pudiese ser socorrido, y así salió verdad lo de las obsequias que en vida le estaban haciendo" (pp. 272-274, versión Castalia, *op. cit.* en 42).

- Año 1572. Romance de Cristóbal Bravo. Resume el argumento Gallardo (44) de la siguiente forma:

"Este caso viene a ser el de Lisardo el Estudiante. Enamorado el caballero de una monja, va una noche a sacarla del convento, y hallando la puerta abierta, se entró en la iglesia, donde hacían unos funerales; preguntando quién era el muerto, le dijeron su nombre de él. Sale desfavorido de la iglesia, y asáltanle dos mastines negros; defiéndese con la espada, entra en su casa. Cuenta el caso a los criados, sube a su corredor, ve desde él otra vez a los perros, que subieron y le despedazaron".

## XLIV

- Año 1658. Versión de Lozano (pp. 164-169 de la edición de 1663 y de esta misma reedición). Como se ve, el final queda dulcificado.

- Año ¿1660? En uno de los dos romances de *Lisardo, el estudiante de Córdoba* leemos:

*Le pregunté al más cercano  
de los cantores que había,  
que quién era aquel difunto;  
y dio un suspiro y decía:*

*- Es Lisardo, el estudiante,  
de quien podéis dar noticias  
vos, como que sois el mismo...<sup>50</sup>*

- Año 1834. Merimée:

"Tout à tout une musique lugubre et solennelle vint frapper son oreille. Il distingua d'abord les chants que l'Eglise a consacré aux enterrements... Deux longues files de pénitents portant des cierges allumés précédant une bière couverte de velours noir...

"A ce spectacle, don Juan éprouva d'abord cette espèce de dégoût que l'idée de la mort inspire à un épicurien... Don Juan arrêta par la manche une des figures qui portaient des cierges et lui demanda poliment quelle était la personne qu'on allait enterrer. Le pénitent leva la tête... Il répondit d'une voix sépulcrale:

" - *C'est le comte don Juan de Maraña*" <sup>51</sup>.

- Año 1840. Espronceda:

---

<sup>50</sup> *Vid. op. cit. en (47), p. 268.*

<sup>51</sup> Merimée, *op. cit. en (48)*. Ed. Classiques Garnier. Paris, 1960, pp. 287-288.

- "Diga, señor enlutado,  
¿a quién llevan a enterrar?"  
- "Al estudiante endiablado  
don Félix de Montemar",  
respondió el encapuchado.<sup>52</sup>

Y así podríamos continuar con *El capitán Montoya*, de Zorrilla y con las obras de los que, de corrido, hemos enunciado anteriormente.

Como sabemos, la conjunción del estudiante de Salamanca con la figura de Don Juan Tenorio y con la de Don Juan de Mañara forma un buen cúmulo de asuntos entremezclados y constituye uno de los "temas" propios de la literatura española.

---

<sup>52</sup> Espronceda, *op. cit.* en (49), versos 1.121-1.125.

## EDICIONES DE LAS SOLEDADES...

Me apoyo en Palau<sup>53</sup>, La Barrera<sup>54</sup>, Tejera<sup>55</sup>, Ent.<sup>56</sup>, Simón<sup>57</sup>, catálogos de la Biblioteca Nacional de Madrid, Bibliothèque Nationale de Paris<sup>58</sup>, *National Union Catalog*<sup>59</sup>, *British Library*<sup>60</sup> y algunos otros instrumentos que mencionaré en su momento.

---

<sup>53</sup> Palau y Dulcet, Antonio. *Manual del Librero Hispano-Americano. Bibliografía general española de hispanoamericana*. 2ª ed. Barcelona, 1948-1977. 29 vols. Lo mejor en bibliografía general española. Sin embargo, he descubierto ediciones no citadas en esta monumental obra.

<sup>54</sup> Barrera y Leirado, Cayetano Alberto de la. *Catálogo bibliográfico y biográfico del Teatro Antiguo Español, desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII, por --*. Madrid, Rivadeneira, 1860.

<sup>55</sup> Tejera y R. de Moncada, Pío. *Biblioteca del Murciano. Ensayo de un Diccionario biográfico y bibliográfico de la literatura en Murcia...* 3 vols. Madrid, 1922-1941.

<sup>56</sup> Ent., Joaquín de. "El doctor don Cristóbal Lozano", pp. 267-419, de *Estudios y Ensayos de Investigación y Crítica*. Madrid, CSIC, 1973. En pp. 373-381, cédulas bibliográficas, con amplio detalle de las ediciones de *Soledades...* que conocía. Sin embargo, he encontrado alguna edición no citada por nuestro erudito.

<sup>57</sup> Simón Díaz, José. *Bibliografía de la Literatura Hispánica*. Tomo XIII. *Siglos de Oro (continuación)*. Madrid, CSIC, 1984. En pp. 549-551, cédulas núms 3.987-4.000 con las ediciones de *Soledades...* que conoce. Sin embargo, he encontrado alguna edición no citada por este gran bibliógrafo.

<sup>58</sup> *Catalogue Général des Livres imprimés de la Bibliothèque National*. Tome 101. Paris, Imprimerie National, 1930.

<sup>59</sup> *The National Union Catalogue Pre-1956 Imprints*. Volume 343. London, 1974. [Es la suma integrada de todas las Bibliotecas Públicas de los Estados Unidos y Canadá]. La mayor bibliografía de todos los tiempos.

<sup>60</sup> *The British Library General Catalogue of Printed Books to 1979*. T. 201. London, 1983.

## CÓDICES

0. "SOLEDADES da vida e dezenganos do Mundo". Ms. en portugués [Lisboa, Ajuda, Ms. 50-1-58. Simón, 3.935].

## EDICIONES

1. *Los Monges de Guadalupe. Soledades de la Vida y desengaños del Mvndo. Novelas y comedias exemplares. Compuesto por el licenciado don Gaspar Lozano...* Madrid, 1658. Aprobación de Pedro Calderón de la Barca, fechada el 12 de julio de 1658. [La Barrera, 226b: "primera y peregrina edición". Tejera; 399. Palau, 142.870. Ent., nº 47: "Ed. rarísima... La única noticia concreta que hay de ella es la presente papeleta de La Barrera". No Simón. No se conoce en la actualidad ningún ejemplar].

2. *Soledades de la Vida y Desengaños del Mvndo...* Segunda Impression. Madrid, F. Sanz, 1662. (16) + 378 pp. [Palau, 142.871: "muy raro". No Ent. No Simón. British Library, Londres, sign. 1568/6036. Univ. North Caroline, Chapell Hill (¡2 ejemplares!). Hispanic Society, Nueva York (según *National Union Catalog*, t. 343, p. 636, aunque no aparece en el Catálogo impreso de la propia Hispanic Society; caso no infrecuente). De todas formas hay grave peligro de confundir esta edición con la de 1692, por las razones que apuntamos en la cédula nº 6].

3. *Soledades de la Vida, y Desengaños del Mvndo. Novelas, y Comedias Exemplares...* Madrid, Mateo Fernández, 1663. (14) + 428 pp. [La Barrera, 226b. Gallardo<sup>61</sup>, III, nº 2.824. Tejera, 399-400.

---

<sup>61</sup> Gallardo, Bartolomé José. *Ensayo de una Biblioteca Española de Libros raros, curiosos, ...* Madrid, t. I, 1863; II, 1866; III, 1888; IV, 1889.

Vindel<sup>62</sup>, V, nº 1.523, sólo el facsímil de la portada. Palau, 142.872. Ent., nº 48; "rarísima edición". Simón, 3.987. B.N., 2 ejemplares: R-604, con márgenes anotados por Gallardo, y R-14127. Montpellier, Bib. Mun., 10.151. Hispanic Society, Nueva York. Y, ¡atención!: Albacete, Bib. del Instituto de Estudios Albacetenses, adquirida a la librería "Els Gnoms"]. Sobre esta edición realizo la presente reedición. [El gran escudo de la portada es el de Portocarrero]. .

4. *Corregidas, y enmendadas en esta Segvnda impresion [sic; por 4ª]*. Madrid, A. García de la Iglesia, 1672. (16) + 378 pp. Por primera vez, aparece como autor Cristóbal Lozano en vez de su sobrino Gaspar. [Único ejemplar citado por Nicolás Antonio<sup>63</sup>, I; 247. La Barrera, 226-227. Gallardo, IV, col. 1.547. Tejera, 401. Palau, 142.873. Ent., nº 49, "rara". Simón, 3.988. B.N., 2 ejemplares: R-23491 y R-23493. San Lorenzo del Escorial, M<sup>a</sup>-6<sup>a</sup>-II-19, "muy maltratado". Lisboa: Ajuda, 71-V-33; Bib. Nacional Lisboa, R-72.40V. British Library, Londres; 12.490.d.4. Paris, Bib. National, Yg.65.

5. Madrid, ¿García de la Iglesia? 1688. [Palau, 142.874. Ent., nº 50, "rara edición de la que Salvá sospechaba su existencia". Simón, 3.989. Sin ejemplares detectados].

6. *Soledades de la Vida, y Desengaños del Myndo, Novelas Exemplares... Corregidas y enmendadas en esta Segunda impresion...*; ["error incomprensible, dado que el

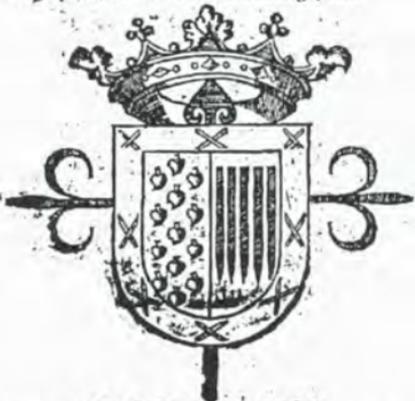
<sup>62</sup> Vindel, Francisco. *Manual Gráfico-Descriptivo del Bibliógrafo Hispano-Americano (1475-1850), por ---*. T. V, Madrid. 1930.

<sup>63</sup> Antonio, Nicolás. *Bibliotheca Hispana Nova. Sec. Editiones. Tomus I, Matrii*. 1783.

propio editor ya había impreso la obra dos veces, cuando menos, antes de ésta", Ent.]. Madrid, Francisco Sanz, 1692. (En realidad, aparece, por error, "1662", "errata de imprenta debida a haber invertido el cajista la tercera cifra del año 1692, según se ve, claramente", Ent. Me permito matizar a Ent.: no 'tan claramente'. El lector puede juzgar). (16) + 378 pp. [Palau, 142.875: "1662 (*sic*, por 1692)". Ent.,

SOLEDADES  
DE LA VIDA,  
Y DESENGAÑOS DEL MVNDO,  
NOVELAS EXEMPLARES,  
POR EL DOCTOR DON CHRISTOVAL LOZANO,  
Comissario de la Santa Cruzada de la Villa de Hellin,  
y su Partidos.  
CORREGIDAS, Y ENMENDADAS EN ESTA  
Segunda impresion.  
DEBEN IMPRIMIRSE EN MADRID  
EN EL OFICINA DE GAMARRA Y ALCARCEL,  
Cavallero del Orden de Santiago, &c.

Año 1662.



CON PRIVILEGIO.

EN MADRID: Por Francisco Sanz, Impresor del Reyno,  
y Porrero de Camara de Su Magestad.  
A cargo de Francisco Serrano de Figueras, Familiar, y Notario del Santo Oficio,  
y Mercader de Libros en la Calle Mayor.

Edición de 1692 que, por error tipográfico,  
aparece como "1662"

nº 51, "rara". Simón, 3.990. B.N., 2 ejemplares: R-9079, *ex-libris* de W.B. Chorley, de Liverpool, legado por Pascual de Gayangos; y R-17320: con nota manuscrita en la portada: "este libro dexó a la cong<sup>on</sup> el D. [Doctor] Manuel de Valencia", muy bien conservado. Otro ejemplar en la Bib. del Instituto de Estudios Albacetenses]. Ofrezco facsímil de su portada..

7. *Soledades de la vida y desengaños del mundo. Novelas exemplares... Corregidas y Enmendadas en esta Segunda impresion...* ("siendo Sexta o Séptima", dice Salvá). Sevilla, 1712. (16) + 376 pp. [Salvá<sup>64</sup>, II, nº 1.876. Heredia<sup>65</sup>, nº 6.061 (Simón Díaz consigna, por error: '606'). Palau, 142.876. Ent., nº 52, "rarísima edición" . Simón, 3.991. Bib. Universitaria, Barcelona, C-218-4-25 y 26. British Library, Londres, 1074.i.22; sin embargo, en el Catálogo impreso (60) dice "Sexta impresión. Sevilla, 1700 ? " , *sic*; quizás, porque, según Ent., este ejemplar está "incompleto"].

8. ... *Corregidas y enmendadas en esta Tercera impresion* ("equivocación debida a no conocer el editor todas las impresiones anteriores", anota Ent.). Madrid, M. Román, 1713. (8) + 378 pp. [La Barrera, 227. Palau, 142.877. Ent., nº 53. Simón, 3.992. B.N., 3-23916, donado por Pascual de Gayangos. No conozco más ejemplares o citas].

9. ... *Corregidas y enmendadas en esta quarta impresion*. ("basándose en la precedente que se titula erróneamente tercera", exculpa Ent.). Madrid, J. de Ariztia, 1716. (8) + 376 pp. [Palau, 142.878. Ent., nº 54, "edición

---

<sup>64</sup> Catálogo de la Biblioteca de Pedro Salvá y Mallén. 2 t. Valencia, 1872.

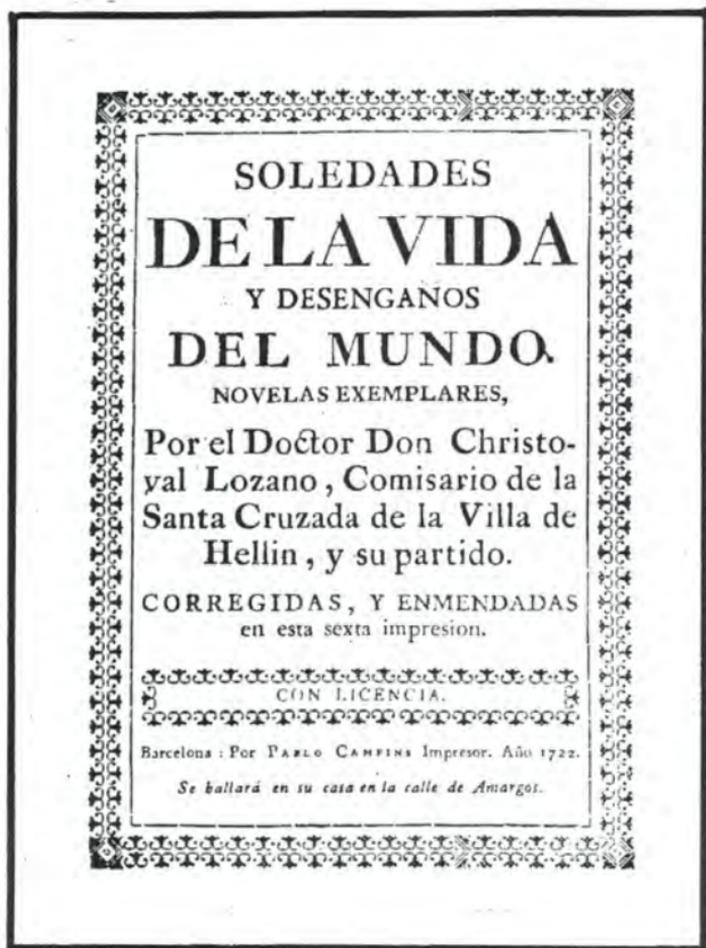
<sup>65</sup> Catalogue de la Bibliothéque de M. Ricardo Heredia. Paris, 1891-1894. 4 vols.

poco corriente". Simón, 3.993. B.N., 2-70746, donado por Pascual de Gayangos. Bib. National, Paris, Y<sup>2</sup>.503].

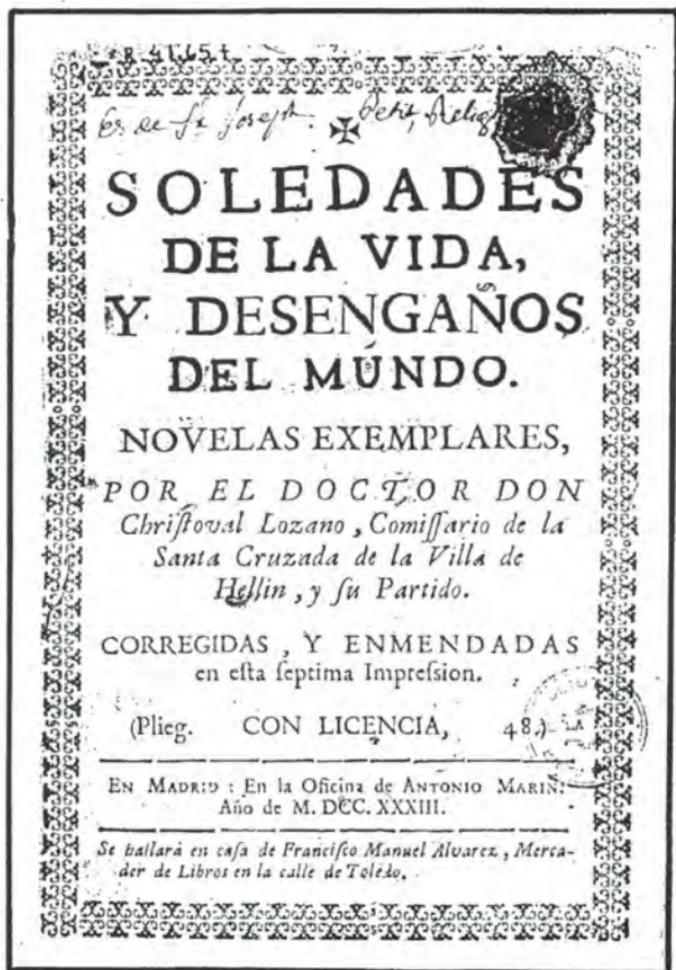
10. [Falta la portada] [1722], [F. Martínez Abad]. (8) + 438 pp. B.N., 7-16973. La cédula del fichero-catálogo de la B.N. dice [letra del siglo XIX]: "Ed. igual a la de Campins de Barcelona y de Martínez Abad de Madrid, de este año". Sin embargo, en las guardas de la encuadernación en pergamino hay otra nota [letra del siglo XX] que dice: "Esta edición no es la de Barcelona de 1722 ni la de Madrid, de la misma fecha". En efecto, el ejemplar lo he comparado teniendo a la vista los dos aludidos, que catalogo seguidamente, y tiene distinta tipografía, aparte la variación del número de páginas. La "Fe de Erratas" está fechada en "Marzo de 1722", y la "Licencia", a nombre de Francisco Martínez Abad". E insisto, es impresión, edición, diferente de las dos siguientes]. [No Palau. No Ent. No Simón. *Edición descubierta por mí*].

11. ... *Corregidas y enmendadas en esta quinta edición...* (y debe ser, al menos, la 11<sup>a</sup>). Madrid, F. Martínez Abad, 1722. (8) + 378 pp. La "Fee de Erratas" lleva fecha de "Mayo 20. de 1722". [Palau, 142.879. Ent., nº 55, "rara". Simón, 3.995 (omite la ficha de Ent.). B.N., 2 ejemplares: 2-44104, que perteneció a A. Durán; 3-22483, *ex-libris* de "Lord Eliock", donado por Pascual de Gayangos. Bib. Nacional, Lisboa, L10079V. Bib. del Congreso, Washington, 20-23720.rev. Hispanic Society, Nueva York].

12. *Soledades de la Vida y Desengaños del Myndo. Novelas exemplares... Corregidas, y Enmendadas en esta sexta impresion [sic; es ya, al menos, la 12<sup>a</sup>].* Barcelona, P. Campins, 1722. (6) + 392 + (1). [La Barrera, 227; última edición que ficha Salvá, II, nº 1.877. Heredia, nº 2652:



Portada de la edición de 1722,  
la más bella edición de *Soledades...*



Portada de la edición de 1733. Único ejemplar conocido  
(Biblioteca de la Real Academia de la Lengua)

"bel exemplaire de Salvá (nº 1.877)". Tejera, 400. Palau, 142.880; añade: "Bajo la misma portada y fecha hemos visto otras ed. posteriores de Barcelona; (8) + 438 pp."; es muy casual, añadido yo, que tengan las mismas páginas de la descrita como descubierta por mí, aunque no cabe duda de que la mía se imprimió en Madrid. Ent., nº 56. Simón, 3.994. B.N., 3 ejemplares; R-14132, procedente de La Barrera; 2-57615; 2-69144, con *ex-libris* de "Gamaliel Lloyd", donado por Pascual de Gayangos. Barcelona, Bib. Universitaria, B.62-3-18. Montserrat, Abadía, C.XIII.8.41. Santiago de Compostela, Bib. Universitaria. Univ. de Harvard, Cambridge. Univ. de Vancouver, Canadá]. Publico facsímil de la bella portada.

13. *Soledades de la vida y desengaños del mundo*. Madrid, Juan de Aritzia, 1726. [Palau, 142.881. Ent., nº 57, "edición rara, cuya existencia prueba irrefutablemente la suma de la licencia, inserta en la del *El Hijo de David*, del mismo año; no la cita nadie ni se conoce ejemplar". Simón, 3.996. Efectivamente, no conozco ningún ejemplar].

14. ---- Madrid, P. J. Alonso de Padilla, 1727. (8) + 376 pp. [No Palau. Ent., nº 58, "rarísima; no tengo más noticia de ella que ésta (cédula) que me facilitó generosamente don Esteban Sancho Sala, de Zaragoza". Simón, 3.997. No he detectado ejemplares].

15. ---- Sevilla, Viuda de F. Lorenzo de Hermosilla, (s.a.: siglo XVIII; c. 1730). [No Palau. No Ent. Simón, 3.998. British Library, Londres, 1074.i.22 (observo que es la misma signatura que la ed. de 1712 (mi nº 7), lo que me hace entrar en sospechas].

16. ---- Madrid, A. Marín, 1733. (8) + 376 pp. [Palau, 142.882. Ent., nº 59. Simón, 3.999. Único ejemplar

conocido, en la Real Academia Española, 22-VIII-11; en su portada, *ex-libris* ms.: "Es de Fr. Joseph Petit, Religioso..." (posiblemente sigue la Orden, ilegible por una mancha); único ejemplar que he detectado]. Publico facsímil de la portada de este rarísimo ejemplar.

17. ---- *Corregidas y aumentadas en esta Octava Impression* [*sic*; corresponde, al menos, a la 17ª). Madrid, Herederos de J. de Ariztia, 1741. (8) + 376 pp. [Graesse<sup>66</sup>, IV, 270. Palau, 142.883. Ent., nº 60, "muy rara". Simón, 4.000. B.N., R-17791, donado por Pascual de Gayangos. Bib. Nacional de Lisboa, Var.1164.

18. ---- *Soledades de la Vida, y Desengaños de el Mundo. Novelas Exemplares,...* *Corregidas, y Enmendadas en esta decima impresion*. [Y es, al menos, la 18ª]. J. de Zuñiga, 1748. (8) + 392 pp. [Tejera, 400. Palau, 142.884; hace la cédula sobre un ejemplar con "388" páginas y dice: "corren ejemplares, de 6 h., 392 pp". Se trataría, pues, de un ejemplar como el que estoy fichando, y supongo que, aún con la misma portada e impresor, podría constituir otra tirada o edición distinta; así se aclararía la hipótesis de Ent.: "Todavía es más probable que haya la edición 9ª intermedia entre ésta y la anterior, pues por esta época se reimprimieron, con ligeros intervalos todas las obras de Lozano". Ent., nº 61, "edición poco común" (su cédula dice: "en el mundo" y "décima Impresión"; compruébense estos pequeños errores con el facsímil). Simón, 4.001 (ficha: "396" pp.)]. B.N., 2 ejemplares: 2-38892, procedente, una vez más, de donación de Gayangos; y 2-45944, en magnífico estado. Real Academia Española, 14-V-36, muy buena conservación. CSIC, Patronato "Menéndez y Pelayo", 5-1071

---

<sup>66</sup> Graesse, J.G. Théodore. *Trésor de Livres rares et précieux*. Vol. IV. Berlin, 1922.

SOLEDADES  
DE LA VIDA,  
Y DESENGAÑOS  
DE EL MUNDO.

NOVELAS EXEMPLARES,  
POR EL DOCT.<sup>a</sup> D. CHRISTOV. AL  
*Lozano, Comisario de la Santa Cru-  
zada de la Villa de Hellin, y su  
Partido.*

CORREGIDAS, Y ENMENDADAS  
en esta decima impresion.



CON LICENCIA.

---

En Madrid: Por Juan de Zuñiga, Impresor. Año 1748.

Portada de la edición de 1748.

(hoy, Biblioteca General). Bib. Nat. París, Y<sup>2</sup>.3697. Institut d'Etudes Hispaniques, París, R-C161]. Publico facsímil de la portada.

19. Añade Ent. a su cédula de la edición anterior lo siguiente: "En algunos ejemplares se sustituye el pie de imprenta por 'En Madrid: A costa de don Pedro Joseph Alonso y Padilla, Librero de Cámara del Rey. Se hallará en su Imprenta y Librería'... y, al final, según costumbre de él, un 'Catálogo de libros entretenidos, de Cavallerías,...' -12 págs-. De esta más rara tirada aún de la edición tengo noticias que me proporcionó el Prof. Mr. Dr. J.A. van Praag, ilustre hispanista holandés, amigo mío, poseedor de un ejemplar de ella".

[Naturalmente, esta edición es indetectable. Yo no he hallado rastro].

20. ---- Madrid, Alonso Padilla, 1748. 396 pp. [No Palau. No Ent. Simón, 4.002. Bib. Nacional de Lisboa, L.100068V. Univ. de Texas, Austin. Por lo tanto, rarísima].

21. ---- Madrid, Ibarra, 1759. (8) + 391 pp. [La Barrera, 227. Tejera, 400. Palau, 142.885. No Ent. No Simón. Sorprenden estas dos últimas omisiones. Según Palau, la librería Bardón, de Madrid, tenía un ejemplar a la venta en 1951].

22. ---- Madrid, Pérez de Soto, 1761. (4) + 391 pp. [No Palau. No Ent. Simón, 4.003. Univ. de Michigan, Ann Arbor; único ejemplar catalogado; por lo tanto, rarísimo].

23. *Soledades de la Vida, y desengaños del Mundo. Novelas exemplares,... Corregidas, y Enmendadas en esta ultima Edicion.* Barcelona, Viuda de Piferrer, c. 1792. (4) + 449 pp. [Tejera, 400. Palau, 142.886. Ent., nº 62 (el año, entre interrogaciones: '¿1792?' e, *in fine*, añade: 'Tejera

asigna a esta impresión la fecha de 1792, que me parece sumamente acertada'). Simón, 4.004. B.N., 3-74320 (este ejemplar no se cita por Simón). Santander, Bib. "Menéndez y Pelayo", R-V-10-24. Madrid, Bib. del Senado. Albacete, Bib. del Instituto de Estudios Albacetenses (ejemplar desconocido, por supuesto, por los bibliógrafos anteriores). Detroit, Wayne State Univ. Princeton, Univ. Nueva York, Hispanic Society].

24. *Soledades de la Vida, y Desengaños del Mundo. Novelas Exemplares... Corregidas y enmendadas en esta décima quarta impresión.* [Al menos es la 24ª]. Madrid, (s.i.), (s.a.; fines del siglo XVIII; Palau dice: "hacia 1798") . (4) + 416 pp. [Palau, 142.886, con error en la descripción, pues dice: "décima quinta impresión". Ent., nº 63, "de esta rarísima edición, que no cita nadie, conocemos un solo ejemplar en la Bib. de la Academia de la Historia, sig. 82-21-6/4118, algo maltratado, pero completo". Simón, 4.006 (se le olvida mencionar la descripción de Ent.). Madison, Univ. de Wisconsin. Hay otro ejemplar en Albacete (desconocido, por supuesto, por los bibliógrafos) en la biblioteca particular de Antonio Moreno, ex Secretario general del Instituto de Estudios Albacetenses y Cronista de Hellín, ejemplar de cuya portada publicó facsímil en su libro *Gente de Hellín* (Albacete, 1982) También, con su permiso, publico facsímil de la portada de esta "rarísima edición".

SOLEDADES  
DE LA VIDA,  
Y DESENGAÑOS  
DEL MUNDO.

NOVELAS EXEMPLARES

*Por el DOCTOR DON CHRISTOPHAL LOZANO,  
Comisario de la santa Cruzada de la villa  
de Hellin, y su partido.*

Corregidas y enmendadas en esta  
décimaquarta impresion.



MADRID.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

ANTONIO MORENO GARCIA  
Archivo  
Particular

Portada de la "rarísima edición" de ¿1798? (Ejemplar de  
la biblioteca particular de Antonio Moreno,  
Cronista de Hellín).

25. ---- [REFUNDICION]. *HISTORIA de Lisardo y el estudiante de Córdoba, y la Hermosa Teodora, con los trágicos sucesos del Hermitaño Enrico. Sacada en compendio del tomo titulado Soledades de la Vida y Desengaños del Mundo*. Córdoba, R. García Rodríguez y Cuenca, c. 1808; 88 pp. [Palau, 142.937. Ent., nº 116: "muy rara". No Simón. B.N., U-6289, legado de Usoz].

26. ---- Madrid, Viuda de Barco López, 1812. "Décima quinta edición" (*sic*; es, al menos, la 25ª). (4) + 416 pp. [Hidalgo<sup>67</sup>, IV, 503-4. Salvá, II, nº 1878. Heredia, nº 6062. Tejera, II, 503-4. Palau. 142.888. Ent., nº 64, "había (un ejemplar) en la (Biblioteca) de D. Juan Hurtado. También doné otro ejemplar al Ayuntamiento de Hellín". Simón, 4.005; se le olvida mencionar la descripción catalográfica de Ent.]. B.N., 2 ejemplares: 1-13658 y U-3805 (y no 385, como, por error, publica Simón Díaz), ejemplar del legado de Usoz. Univ. de Comillas, 4.281-24. Ithaca, Cornell University. Hispanic Society, Nueva York.

27. ... *Corregidas, y enmendadas en esta ultima edicion*. Barcelona, s.a. ("¿1814?", así en la cédula del catálogo-fichero de la B.N.). Viuda Piferrer. (4) + 449 + (1) pp. [García Rico<sup>68</sup>; es la única ed. que cataloga, y dice: "Barcelona, s.a."; 12.796. No Palau. No Ent. No Simón. B.N. 3-74320. *Otro ejemplar más, inédito para los bibliógrafos, que he descubierto*].

27a. *Soledades de la vida, &c.* Thomas Roscoe. The Spanish novelists. Vol. 3. London, 1832; pp. 92-109. [British Library, Londres, N.907. A pesar de que así está

---

<sup>67</sup> Hidalgo, Dionisio. *Diccionario General de Bibliografía Española*. T. IV. Madrid, 1870.

<sup>68</sup> García Rico. *Catálogo de libros españoles o relativos a España...* Madrid, 1919.

encabezada la cédula de la British Library, y se podría suponer (por el corto número de páginas) que sólo entra una novela de *Soledades...*, lo cierto es que bajo el errado título citado se publica una novela de *Las Serafinas: El muerto celoso*].

27b. ---- *Id. id.* 1880. [Boston, Public Library. No fichada por ningún bibliógrafo español].

28. *An annotated edition of Cristobal Lozano's Soledades de vida [sic] y desengaños del mundo (1658) by Barbara Macmillan Garcia.* Thesis. Univ. of Chicago, 1948. LXXXII + 256 pp. Ejemplar mecanografiado, encuadernado y microfilmado existente en la Bib. de la Univ. de Chicago, según *National Union Catalog* (t. 348; p. 634). Edición anotada. No Ent. No Simón. Tesis desconocida para cualquier bibliógrafo o historiador de la literatura española.

**ALGUNAS REFERENCIAS A LA VIDA Y OBRA DE  
CRISTÓBAL LOZANO**

Inexcusablemente, este enunciado cronológico de estudios y referencias sobre la vida y obra de Cristóbal Lozano es muy incompleto, aunque parece extenso. Citaré, en orden cronológico: año de publicación, autor, título y páginas en que se encuentra la mención; a veces, alguna frase característica:

1. 1783. Antonio, Nicolás. *Bibliotheca Hispana Nova*, Tomus Primus. Secunda Editione. Matriti, 1783. pp. 246-247. Primera mención biobibliográfica de Lozano "*qui commissarium se vocat S. Cruciatæ in ditione Hellinensis oppidi...*". Sólo cita una edición de *Soledades...* (la de 1672).

2. 1854. Ticknor, M.G. *Historia de la Literatura Española...*, traducida al castellano, con adiciones y notas críticas, por D. Pascual de Gayangos y D. Enrique de Vedia. Tomo Tercero; pp. 328-329 y 434. No cita las *Soledades...*, pero es muy elogioso con los libros de leyendas de Lozano. "El reinado de Carlos II no ofrece obra alguna que se les pueda comparar".

3. 1860. Barrera y Leirado, Cayetano Alberto de la. *Catálogo bibliográfico y biográfico del Teatro Antiguo Español, desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII*, por ---. Madrid, 1860; pp. 225-227. Su biografía de Lozano fue la primera. Cita algunas ediciones de *Soledades...*

4. 1884. Baquero Almansa, Andrés. *Hijos Ilustres de la Provincia de ALBACETE*. Madrid, 1884; pp. 85-96. Copia apuntes biográficos de La Barrera (85-87) y tiene el mérito de haber descubierto algunas ediciones e, incluso, descubrió una obra: *El Buen Pastor...* (Tortosa, 1641). Copia la "vulgar poesía" de F. G. de Salas. Pasa con ojos críticos por las principales obras. Alude a la "original situación" que "tan gallarda y poéticamente acertó a explotar Espronceda". Termina: "Algún celebrado novelista contemporáneo quizá, también, fue en las hoy dedeñadas *Soledades* donde halló la idea matriz de algunas de sus obras".

5. 1892. *DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO-AMERICANO...* Barcelona, Montaner y Simón Editores. Tomo Undécimo. 1892; p. 1.155 (3 columnas). Largo artículo con biografía, inspirada en Ticknor y en Baquero (y la inevitable cuarteta de Salas). Expone las diversas obras, comenta sus argumentos. "Consiguió en la literatura española un puesto que no ha perdido del todo".

6. 1894. Roa y Erostrabe, Joaquín. *Crónica de la provincia de Albacete*. T. II. Albacete, 1894; pp. 393-398. Toma párrafos completos de La Barrera y de Baquero. No olvida copiar los versos de Salas. Enumera las distintas obras, todas muy elogiosamente (es el estilo de Roa).

7. 1916. Cejador y Frauca, Julio. *Historia de la Lengua y Literatura Castellanas*; t. V, pp. 173-174. Breve biografía. De *Las Soledades...* sólo enuncia 9 ediciones.

8. 1916. *ENCICLOPEDIA VNIVERSAL ILVSTRADA Evropeo-Americana*. Madrid, Espasa-Calpe; t. XXXI, 1915; pp. 399-400. Unas 800 palabras sobre nuestro Lozano ofrece el celeberrimo "Espasa". Toma párrafos enteros de Baquero y del gran Diccionario precedente (el de

Montaner y Simón). Trae facsímil de la portada de la edición de 1663 de las *Soledades...*, pero yerra al decir que trata de las aventuras de un ermitaño "de Montserrat" (*sic*). Enuncia la mayoría de las obras de Lozano y las califica positivamente. De paso, señalo otro error del "Espasa", pues al comienzo de la biografía de su sobrino Gaspar, dice: "Autor dramático portugués (*sic*), n. en Hellín..." (t. XXXI; p. 401).

9. 1921. Hurtado y J. de la Serna, Juan, y González Palencia, Ángel. *Historia de la Literatura Española*; pp. 880-881. Fueron de los primeros que encontraron la vena prerromántica de Lozano, y anotan algunos préstamos concretos en Espronceda y Zorrilla.

10. 1927. Entrambasaguas y Peña, Joaquín de. "El Dr. Cristóbal Lozano". *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XLVIII, Madrid, 1927; pp. 138-158, 205-233, 293-316. XLIX, 1928; 1-24, 156-177, 209-231. Se hicieron muy pocas separatas.

11. 1927. Entrambasaguas y Peña, Joaquín de. *El Doctor Cristóbal Lozano*. Madrid. Ed. especial de 100 ejemplares, y otra, de 10, en papel lujo registro.

12. 1943. Alonso Cortés, Narciso. *Zorrilla. Su vida y sus obras*, Valladolid, 2ª ed. Enorme volumen (1.242 pp.) en el que aparecen muchas digresiones sobre los préstamos tomados por Zorrilla de numerosas crónicas de la historia de España y, en particular, de las obras de Cristóbal Lozano. He trabajado con la 2ª ed., única disponible en la B.N.

13. 1943. Lozano. *Historias y leyendas*. Edición y prólogo de Joaquín de Ent. Madrid, Espasa-Calpe. 2 vols. Hay 2ª ed..

en 1955, y 3ª ed., en 1969 (*vid.*); he trabajado sobre la última, por alcanzar las posibles adiciones y correcciones.

14. 1946. Vossler, Karl. *La Poesía de la Soledad en España*. Buenos Aires, Losada, 1946; pp. 348-351; "Lozano: *Soledades de la Vida*"; trae los argumentos y copia versos que caracterizan el concepto de la soledad en Lozano. Es un gran estudio.

15. 1949. *Diccionario de Literatura Española*. Obra colectiva. Madrid, Revista de Occidente, 1949; p. 364. Artículo firmado por Samuel Gili Gaya. Señala la influencia en los románticos.

16. 1952. Losada, Rosario. "Cristóbal Lozano". *Macanaz*. Hellín, I, enero-marzo, 1952; pp. 28-30. Ent. (1973) se queja: "Breve artículo, utilizando [mis] estudios, sin aportar nada nuevo".

17. ¿1956? Cristóbal Lozano. *Leyendas y tradiciones españolas. La vida, el amor y la guerra a través de los siglos*. Madrid, Edición y noticia preliminar de José Bergua. Ediciones Ibéricas, ¿1956?. En este libro, muy poco citado, o mejor, ignorado, el autor dice que "La médula de este trabajo de recopilación y exposición se debe a la pluma de un verdadero clásico del siglo XVII". No deja de señalar el aprovechamiento "de aquella riquísima cantera de datos y de leyendas" por Espronceda, y sobre todo, Zorrilla. En total, vienen 32 leyendas, tan conocidas como "El nacimiento de Pelayo", "Los monteros de Espinosa", "La campana de Huesca". "Doña Inés de Castro, reinar después de morir", "Ni quito ni pongo rey".

18. 1964. Sáinz de Robles, Federico Carlos. *Ensayo de un Diccionario de la Literatura*. Tomo II. *Escritores españoles e hispanoamericanos*. Madrid, Aguilar, 1964; p. 655. Muy

elogioso con Lozano. Señala su influencia en los románticos. De *Soledades de la vida...* enumera sólo 9 ediciones.

19. 1968. Michaud. *Biographie Universelle, Ancienne et Moderne, Nouvelle Edition*. T. XXV; pp. 389-390. Ed. facsímil, Graz, 1968. El titular del artículo es Gaspar Lozano, y trata de enmendarle la plana nada menos que a Nicolás Antonio, porque asignando Michaud a Gaspar la novela *Monges de Guadalupe...* dice que "Nicol. Antonio... parle sans l'avoir vu, puisqu'il attribue les *Soledades* à Christophe Lozano". Fenomenal patinazo francés, muy corriente con las cosas de España.

20. 1969. Lozano. *Historias y leyendas*. Edición, prólogo y notas de Joaquín de Ent. Madrid, Espasa-Calpe, 1969. Es la 3ª ed. He trabajado mucho con el prólogo, de gran utilidad (pp. VII-XLVIII).

21. 1972. Díez-Echarri, Emiliano y Roca Franquesa, José María. *Historia de la Literatura española e hispanoamericana*. Madrid, Aguilar, 2ª ed.; p. 604, bajo el epígrafe "novelistas rezagados". "La [obra] más renombrada y mejor, *Soledades*, compuesta a la manera de Bocaccio". Indica la copia de asuntos por los románticos.

22. 1972. González López, Emilio. *Historia de la Literatura Española. Edad Media y Siglo de Oro*. New York, 1972; p. 415. Indica la toma del argumento del personaje Lisardo en *Soledades...* por Espronceda y Zorrilla.

23. 1973. Allison Peers, E. *Historia del movimiento romántico español*. 2ª ed. Madrid, Gredos; vol. II, 1973; p. 217. Cuando habla de los "temas de Zorrilla", aparte de señalar otras fuentes, incide en la "curiosa crónica de

Cristóbal Lozano *David perseguido*, por la que parecía sentir particular predilección, ya que la utilizó una y otra vez, como en..." (y aquí señala cuatro obras de Zorrilla, con argumentos tomados de Lozano).

24. 1973. Entrambasaguas, Joaquín de. "El doctor don Cristóbal Lozano"; pp. 267-419, de *Estudios y Ensayos de Investigación y Crítica*. Madrid, CSIC, 1973. Nos dice que es su primitivo estudio de 1927 [vid.] "corregido y ampliado". Ha sido mi fuente principal, indispensable, para adentrarme en la vida (pp. 275-291) y en la obra de nuestro autor. Ofrece detalle de ediciones (que, modestamente, he superado) y numerosos documentos completos. Es un estudio fundamental, modélico.

25. 1974. Valbuena y Prat, Ángel. *Historia de la Literatura Española*. Octava ed., corregida y aumentada. Barcelona, Gustavo Gili, 1974; t. II; p. 189 y nota en p. 190. Titula el epígrafe: "El sentido prerromántico de Cristóbal Lozano". Y dice: "Faltan ediciones modernas de Lozano".

26. 1975. Díez Borque, dir. Orozco, E. et al. *Historia de la literatura española. II: Siglos XVII y XVIII*. Madrid, Guadarrama, 1975; p. 159. Ligera alusión al "tono prerromántico" y la inevitable mención de la toma de asuntos por Espronceda y Zorrilla.

27. 1975. Fuster [Ruiz], Francisco. *Aportación de Albacete a la Literatura Española*. Precede: I Premio de Literatura "Los Llanos". Albacete, 1975. El capítulo 4 se titula: "Cristóbal Lozano, un gran precursor del romanticismo" (pp. 31-46). Apasionada exposición, muy panegírica. Cita 10 fuentes bibliográficas especiales, aparte las habituales para toda la obra.

28. 1975. Oliver, Ángel. *Crónica y Guía de las provincias murcianas*. Madrid, Espasa-Calpe, 1975; pp. 326, 333-334 y 400. Cita algo a Ent. Equivoca la fecha de su muerte (da la del testamento). Luego, cuando pasea por el parque de Albacete y contempla los bustos de Cervantes y Azorín, dice: "el cronista cree que Cervantes y Azorín nada objetarían a la presencia del albacetense Cristóbal Lozano entre ellos".

29. 1976. MURCIA. Fundación Juan March, Editorial Noguer. "Introducción literaria": Mariano Baquero Goyanes (96-122). Epígrafe "VIII. Un folletinista barroco: Cristóbal Lozano": "popularidad conseguida por este ameno e imaginativo narrador, casi un folletinista *avant la lettre*" (p. 111); "modalidad de relato popular, efectista, truculento y ameno, que, como tal, se inscribe en una línea muy viva luego, en el XIX, con escritores a la manera de Manuel Fernández y González" (p. 113). [Es increíble que esta obra no aparezca en la B.N.].

30. 1977. García López, José. *Historia de la Literatura Española*. 19ª ed. Barcelona, 1977. Lozano está bajo un epígrafe titulado "La novela corta de ambiente cortesano" y dice que en *Soledades...* "se observa un gusto por lo macabro y espeluznante, muy típico del siglo XVII". Difiero de la última aserción.

31. 1978. *The OXFORD Companion to Spanish Literature*. Edited by Philip Ward. Oxford, 1978; p. 342b. "*Soledades...* (1658) a sequence of four stories told by a hermit of Monserrat [*sic*]. Lozano's work influenced some Romantic writes, among them Zorrilla and Espronceda". Traducido este libro al español en 1978 y en 1984 el error consignado permanece.

32. 1980. Pedraza Jiménez, Felipe B. y M. Rodríguez Cáceres. *Manual de literatura española*. III. *Barroco. Introducción, prosa y poesía*. Tafalla (Navarra). "5.5.7. Cristóbal Lozano" (pp. 274-275). "Es un humanista que conoce a fondo la cultura europea... nos encontramos ante un narrador de rasgos prerrománticos... Nos interesa aquí su colección de novelas cortas *Soledades*... Imperan el pesimismo y el desengaño... le atrae también lo macabro y vemos de nuevo muertos y más muertos. La intención moralizante no cede ni un momento... Los autores románticos acogieron con gusto la colección e incluso se inspiraron en algunos de sus motivos".

33. 1980. Simón Díaz, José. *Manual de Bibliografía de la Literatura Española*. Madrid, Gredos, 1980. 2ª ed.; p. 409; cédulas 10.711-716. [He utilizado la 2ª ed. por su mayor extensión: 26.924 cédulas, frente a 22.697 de la 1ª].

34. 1982. Moreno García, Antonio. *Gente de Hellín*. Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses, 1982; pp. 42-43. "Lozano es, quizá, la máxima figura literaria de la provincia de Albacete".

35. 1983. Alborg, José Luis. *Historia de la Literatura Española*. Vol. II: *Siglo de Oro, siglo XVII*; pp. 503-504. Trata a la Zayas, Céspedes y Lozano bajo el epígrafe: "La novela corta". Cita otras obras, y prosigue: "Mayor interés ofrece el libro *Soledades*... que escribe el autor con propósitos moralizantes". "El carácter prerromántico de estos relatos queda de manifiesto en la índole de sus asuntos, en el gusto por lo macabro y en el sentido de desilusión y hastío ante la vida".

36. 1983. Rico, Francisco, dir. *Historia y Crítica de la Literatura española*. T. III, Barcelona, 1983; p. 458.

Poquísimos textos sobre nuestro autor, "apreciado en el romanticismo".

37. 1984. Simón Díaz, José. *Bibliografía de la Literatura Hispánica*. T. XIII: *Siglos de Oro (continuación)*, Madrid, CSIC, 1984; pp. 545-556. Corta biografía, códigos, ediciones [he encontrado alguna edición más no fichada por este gran bibliógrafo], antologías y estudios.

38. 1993. Bleiberg, Germán, Ihrie, Maureen & Janet Pérez. *Dictionary of the Literature of the Iberian Peninsula*. London, II, pp. 'Lozano, Cristóbal' (pp. 975-976. Artículo firmado por Héctor Medina). "A man of great culture... He is mainly remembered for his historical, religious and legendary narratives... *Soledades...* (*Solitudes of Life and Desillusions on the World*), a collection of didactic short stories that influenced the Romantic writers". Cita al final, en 'Primary texts', como única edición, ¡la de 1812! (?).

39. 1993. Gullón, Ricardo (director). *Diccionario de Literatura Española e Hispanoamericana*. Alianza Ed. Vol. I, columnas 924-925. Firmado por Evangelina Rodríguez Cuadros. "El gran mérito de Lozano, aparte de sus virtudes como escritor, consiste en haber servido de enlace entre las épocas clásica y la moderna al recoger las historias más populares y las leyendas más sugerentes que, posteriormente, retomaría la literatura romántica".

**TABLA CRONOLÓGICA LITERARIA ESPAÑOLA  
ENTRE LOS AÑOS 1609 Y 1667**

1609. Nace en Hellín Cristóbal Lozano. *La Jerusalén conquistada*, de Lope de Vega. *Ortografía castellana*, de Mateo Alemán. Muere Fray Juan de los Ángeles.

1610. *Segunda Parte de las Comedias...*, de Lope de Vega. *Emblemas morales*, de Sebastián de Covarrubias. Muere, a los 26 años, el poeta Luis Carrillo de Sotomayor. Posible año de nacimiento de Juan de Zabaleta.

1611. *Tercera Parte de las comedias...*, de Lope de Vega. *La Cristiada*, de Fray Diego de Hojeda. *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, de Sebastián de Covarrubias. Nace Antonio Coello.

1612. *La ingeniosa Elena, hija de Celestina*, de Álvaro Jerónimo de Salas Barbadillo.

1613. *Novelas ejemplares*, de Miguel de Cervantes. Muere Lupercio Leonardo de Argensola.

1614. *Doze Comedias...*, de Lope de Vega. *Segundo Tomo del Ingenioso Hidalgo don Quijote*, de Avellaneda. Muere Mateo Alemán.

1615. *Don Quijote de la Mancha, Segunda Parte*, de Miguel de Cervantes. *Ocho comedias y ocho entremeses*, de Miguel de Cervantes. *Flor de comedias de España...*, de Lope de Vega. *Sexta Parte de sus Comedias...*, de Lope de Vega. *La Mosquée*, de José de Villaviciosa. Muere Fray Diego de Hojeda., en el Perú.

1616. Muere Miguel de Cervantes Saavedra.

1617. *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, obra póstuma de Miguel de Cervantes. *Séptima parte de sus Comedias...*, de Lope de Vega. *Octava parte de sus Comedias...*, de Lope de Vega. *El pasajero*, de Cristóbal Suárez de Figueroa. Nace el bibliógrafo Nicolás Antonio.

1618. Nace Agustín Moreto. *Decima parte de las Comedias...*, de Lope de Vega. *Onzena parte de las Comedias...*, de Lope de Vega. *Las mocedades del Cid*, de Guillén de Castro. *Vida del escudero Marcos de Obregón*, de Vicente Espinel.

1619. *Dozena parte de las Comedias...*, de Lope de Vega.

1620. *Trezena parte de las Comedias...*, de Lope de Vega. *Guía y avisos de forasteros...*, de Antonio Liñán y Verdugo.

1621. *Cigarrales de Toledo*, de Tirso de Molina. *Decima Qvinta Parte de las Comedias*, de Lope de Vega. *Decima sexta Parte de las Comedias...*, de Lope de Vega. *Decima septima parte de las Comedias...*, de Lope de Vega. *Discursos históricos de la ciudad de Murcia y su Reino*, de Francisco Cascales.

1622. Muere Juan de Tassis (conde de Villamediana).

1623. *Decima octava parte de las comedias...*, de Lope de Vega.

1624. *Parte decinueve y la mayor parte de las comedias...*, de Lope de Vega. Muere Vicente Espinel.

1625. *Parte veinte de las comedias....* de Lope de Vega. Muere Antonio de Herrera.

1626. *El Buscón*, de Francisco de Quevedo.

1627. *Doce comedias nvevas...*, de Tirso de Molina. Muere Luis de Góngora. Muere Bernardo de Balbuena.

1628. *Parte Primera de las Comedias*, de Juan Ruiz de Alarcón. Nace Gaspar Ibáñez de Peralta y Mendoza.

1629. *Maravillas de Naturaleza...*, del hellinense Manuel Ramírez de Carrión. [1ª edición, Montilla (Córdoba) y, dado el éxito obtenido, 2ª edición, Córdoba, en el mismo año].

1630. Muere Diego de Silva y Mendoza, conde de Salinas.

1631. Muere Bartolomé Leonardo de Argensola. Muere Guillén de Castro.

1632. *Parte veynte y quatro de las comedias...*, de Lope de Vega.

1633. *Las Comedias del Fenix...*, de Lope de Vega. Muere Fray Hortensio Félix Paravicino.

1634. *Parte Segunda de las Comedias*, de Juan Ruiz de Alarcón. *Parte tercera de las comedias...*, de Tirso de Molina. Muere Diego Jiménez de Enciso.

1635. *Segunda Parte de las Comedias del Maestro Tirso de Molina. Veinte y vna Parte verdadera de las comedias...*, de Lope de Vega. *Veintidos parte perfeta de las comedias...*, de Lope de Vega. Muere Lope de Vega. Muere Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo. Muere Francisco de Moncada. Cristóbal Lozano publica su primera obra impresa: *Flores Sacramentorum*.

1636. *Qvinta parte de las Comedias...*, de Tirso de Molina. *Comedias... (Primera Parte)...*, de Calderón de la Barca.

1637. *Novelas amorosas y ejemplares*, de María de Zayas y Sotomonayor. *La Vega del Parnaso...*, de Lope de Vega.

1638. *Parte veinte y tres de las comedias...*, de Lope de Vega. Muere Juan Pérez de Montalbán. Muere Gonzalo de Céspedes y Meneses. Muere José de Valdivielso.

1639. *Parte veynte y ocho de Comedias...*, de Lope de Vega. Muere Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza.

1640. *Idea de un Príncipe político cristiano*, de Diego de Saavedra. Nace en Hellín Gaspar Lozano Montesinos, sobrino de Cristóbal Lozano. Muere Salvador Jacinto Polo de Medina.

1641. *Segunda Parte de Comedias...*, de Calderón de la Barca. *El buen Pastor...*, de Cristóbal Lozano. Muere Juan de Jaúregui.

1642. *Academias Morales de las Musas*, de Antonio Enríquez Gómez. Muere Francisco Cascales.

1643. Muere Juan de Piña.

1644. *Doze Autos Sacramentales...*, de Lope de Vega. Muere Antonio Mira de Améscua. Muere Luis Vélez de Guevara. Muere Antonio Hurtado de Mendoza..

1645. *Parte veynte y seis de Comedias...*, de Lope de Vega. Muere Francisco de Quevedo y Villegas..

1646. *Vida y hechos de Estebanillo González*, de autor desconocido [Gabriel de la Vega, según modernos estudiosos].

1647. *Parte veinticinco, perfeta, y verdadera, de las Comedias...*, de Lope de Vega. *Segunda parte del sarao y entretenimientos honestos*, de María de Zayas y Sotomayor. Muere Rodrigo Caro. Muere Diego Duque de Estrada.

1648. Muere Tirso de Molina (Fray Gabriel Téllez). Muere Francisco de Rojas Zorrilla. Muere Diego de Saavedra Fajardo. Posible año de la muerte de Alonso de Castillo Solórzano.

1650. Muere Pedro de Espinosa.

1651. *El Criticón*, de Baltasar Gracián. Nace Sor Juana Inés de la Cruz en un pueblo de Méjico. Muere Luis Quiñones de Benavente.

1652. *David Perseguido y aliuiio de lastimados*, de Cristóbal Lozano.

1654. *Primera parte de las Comedias*, de Agustín Moreto. *Tercera Parte de las Comedias...*, de Calderón de la Barca. Sebastián Izquierdo, jesuíta de Alcaraz, publica en Lyon su *Pharus Sciantiarum*.

1655. Muere Pedro Soto de Rojas. Muere Jerónimo de Cáncer y Velasco.

1658. *Soledades de la Vida...*, de Cristóbal Lozano (bajo la autoría de Gaspar Lozano). Muere Baltasar Gracián. Muere el P. Juan Eusebio Nieremberg.

1659. *Parte Segunda de David perseguido...*, de Cristóbal Lozano. Muere Francisco de Rioja. Nace Eugenio Gerardo Lobo.

1661. *Parte Tercera de David Perseguido...*, de Cristóbal Lozano. Posible año de la muerte de María de Zayas.

1667. *Los Reyes Nuevos de Toledo...*, de Cristóbal Lozano. Muere en Toledo Cristóbal Lozano.

## APOSTILLAS A ESTA EDICIÓN

Frente a un primer criterio orientativo del IEA, de que se publicara una reproducción facsímil de una edición impresa en vida de Lozano, por mi parte he preferido hacer una transcripción rigurosa, pero con ortografía modernizada. Para ello copié a mano, palabra a palabra, en la sala de Raros de la B. N., las 182 páginas de la edición de 1663, vertiendo el texto en ortografía moderna. (Esta forma de trabajar me ha llevado una buena cantidad de tiempo, como es de suponer). Así pues, esta reedición contiene el *corpus* de la "rarísima..." (según Ent.) de 1663, impresa por Mateo Fernández, y uno de cuyos preciosos ejemplares también posee el Instituto de Estudios Albacetenses (como ya he dicho en el párrafo VI).

Considero a los lectores (salvo catedráticos o estudiosos de Filología Hispánica) poco familiarizados con la ortografía de la lengua española de 1663. En el siglo XVIII se da un salto muy cualitativo en la ortografía española (¿quizás, sin querer, como consecuencia de la creación de la Real Academia?). Incluso en la edición tipográfica se da, también en este siglo, un salto abismal. Por eso la orientación de la Universidad Autónoma de Madrid, en donde me formé, es que las ediciones facsimilares para lectura del público normal no deben ir más atrás del siglo XVIII. Piénsese en que cuando compramos un *Quijote*, lo normal no es que compremos un facsímil de la primera edición, ni tampoco un texto con la ortografía de 1605 o

1615, años de salida de la 1ª y 2ª parte. Es más natural comprar un *Quijote* con la ortografía modernizada.

Pues bien, en mi afán por seguir siendo fiel al texto original de Lozano se me ocurrió el siguiente plan de actuación:

a) Facsimilar la portada y las páginas previas (con extensa dedicatoria de Cristóbal Lozano, sin fecha, la aprobación de Don Pedro Calderón de la Barca fechada el 12 de julio de 1658, la Licencia del Ordinario fechada el 15 de julio de 1658, la censura de Fray Benito de Ribas para la edición fechada el 11 de abril de 1662, la Suma del Privilegio fechada el 8 de junio de 1662, la "Fee de erratas" fechada el 29 de diciembre de 1662 por el famoso filósofo Carlos Murcia de la Llana y, finalmente, la tasa del precio (216 maravedíes el ejemplar) de Miguel Fernández de Noriega con fecha de 19 de diciembre de 1662).

b) Publicar las 182 páginas del texto de las *Soledades...* como un calco total en otras 182 páginas, de tal forma que cada página de la edición original corresponde a la de su número correspondiente en esta reedición.

c) Modernizar la ortografía del texto de las *Soledades...*

d) Salvar no sólo las erratas advertidas por Murcia de la Llana sino todas las que yo he encontrado.

Se me ha dicho, modestia aparte, que esta forma de reedición es original hasta el punto de que no se ha dado en ningún caso en España, pues resulta ser una fiel reimpresión de un ejemplar de 1663, página a página, con la salvedad de que la ortografía está modernizada..

Modernizar la ortografía es fácil en cuanto a las letras, no tanto respecto a los acentos y, quizás, discutible en cuanto a la puntuación. Si diéramos una página del Lozano de 1663 a

diez académicos de la Lengua y a otros diez catedráticos universitarios de Filología Hispánica para que nos la convirtiera en ortografía de 1998, sin duda habría unanimidad en las letras, posiblemente en la acentuación y menos igualdad de trato en puntuación. Piénsese que las normas de la Real Academia no obligan a acentuar determinados vocablos más que cuando exista posibilidad de anfibología (como ejemplo, las conocidas familias “ese, esa, este, esta” y “aquel, aquella”).

Por mi parte he aliviado la densidad del texto con algunos pocos puntos y aparte. He puesto el punto y coma donde creía que las oraciones lo demandaban; lo mismo he hecho con los dos puntos (la edición de 1663 está plagada de dos puntos). Y he puesto las comas siguiendo en lo posible la recomendación del académico Valentín García Yebra, es decir, haciéndolas “parentéticas” o equivalentes a paréntesis. Que pueda haber errado en todo esto... pues sí, es el destino de los “humanos”, según el aforismo latino.

Tengo a la vista, en la B. N., las versiones en ortografía moderna del famosísimo *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, de Sebastián de Covarrubias (año 1611) efectuadas por dos auténticos genios de la lengua: los profesores Martín de Riquer (de 1943) y E. de F.C. Maldonado (de 1994). De verdad que existen entre una y otra versiones innumerables discrepancias.

Yo comprendo que al especialista la ortografía arcaica no le impresiona, pero creo que al lector medio le fatiga y distrae o, quizás, llega a parecerle pesada la lectura y la abandona. Doy por supuesto que la finalidad de esta serie de *Clásicos Albacetenses* no es otra que facilitar la difusión, correcta, rigurosa, de las obras de los buenos escritores albacetenses.

En la edición de 1663 se encuentran constantemente vocablos con distintas grafías. Además de la letra “s” que era tan parecida a la “f” que muchos la confunden, tenemos, por vía de ejemplo, los siguientes casos (pongo sólo algunos ejemplos):

- B en lugar de V: ‘bolui’, ‘bendado’, ‘llober’, ‘caberna’, ‘concabos’, ‘boluiero’ [volvieron].

- V en lugar de B: ‘voton’, ‘veldades’, ‘varato’, ‘vaculo’, ‘villete’, ‘valaça’ [balanza].

- X en lugar de J: ‘abaxo’, ‘aloxando’, ‘bexaciones’, ‘caxa’, ‘dixo’, ‘quexa’, ‘traxera’.

- G en lugar de J: ‘cobige’, ‘magestuosa’, ‘muger’, ‘mensage’, ‘pagizas’, ‘sugeto’.

- I en lugar de Y: ‘hai’.

- I en lugar de J: ‘Iesus’, ‘Iuan’.

- Y en lugar de I: ‘ayre’, ‘cuydadosos’, ‘deleyte’, ‘oydle’, ‘pleyto’, ‘yelo’.

- Q en lugar de C: ‘qual’, ‘quanto’, ‘quando’, ‘quatro’.

- doble SS: ‘assi’: ‘assientos’, ‘dessaçon’, ‘esse’, ‘impossible’, ‘passo’, ‘priessa’.

. grafía V de la U: ‘vmbrosa’, ‘vn’, ‘vna’, ‘vsaua’.

. grafía U de la V: ‘clauel’, ‘friuiolas’, ‘nieue’, ‘viuo’.

- grafía U de la B: ‘auias’ [habías], ‘aurà’ [habrá], ‘huuiessen’, ‘juali’, ‘pauellon’.

- vocablos sin H: ‘a!’ [¡ah!], ‘ados’, ‘ampon’, ‘aora’, ‘auerme’, ‘ay’ [hay], ‘aya’, ‘azia’, ‘elado’, ‘o!’ [¡oh!], ‘ojas’, ‘olguéme’, ‘ombros’, ‘orizonte’, ‘oy’.

- vocablos con H: ‘Christo’, ‘hora’ [ora: conjunción].

- uso de Ç por Z o C: 'açes' [haces], 'açuçenas', 'açutea' [azutea, azotea], 'braços', 'caça', 'çagales', 'çaguan', 'laço', 'lienço caediço', 'pieça', 'tiçones', 'traça'.

- Z por C: 'azeros', 'dezis', 'haze', 'hize', 'juizio', 'luzeros', 'pazes', 'vezes', 'zelos'.

- eliminación de N: 'atecio' [atención], 'au' [aún], 'auque', 'blacas', 'co', 'detro', 'do' [don], 'istantes', 'llato', 'quatioso', 'tatas', 'tropeço'.

- eliminación de M: 'exeplar' [ejemplar], 'lubre', 'siepre', 'tiepo'.

- eliminación de C: 'efetos', 'vitoria'.

- contracciones: 'allado' [al lado], 'auerlo' [a verlo], 'destas', 'dellas', 'del' [de él], 'q.a' [que ha], 'q. co' [que con], 'via' [veía].

- otras formas: 'acaballo', 'apique', 'aquienes' 'assumpto', 'redemptor', 'pressumpcion', 'truxesse', 'escuras', 'miralda' [miradla], 'adbitrio', 'essenta', 'ansi', 'licion', 'cadahalso', 'vidros', 'estropiezos', 'huigase' [húyase], 'perdidoso' [perdedor], 'recebidos', 'rompido', 'sabidura' [sabedora], 'silicio' [cilicio], 'amparallo' [ampararlo], 'escuchallo' [escuchadlo], 'dotrinarle' [adoctrinarle], 'inociencia', 'una tose' [una tos], 'huuo de acetar el combite que le hazian'.

- acentos extraños: 'à', 'amè', 'à fè', 'faltàra', 'diràs'.

- falta constante de acentos: 'Napolés', 'dandote', 'marmol', 'bolvio', 'sali'.

- abreviaciones: 'q.': [que].

- palabras truncadas: 'toda via' [todavía], 'tan bien' [también].

- variaciones de la misma palabra: 'disignios' y 'desinio' [ambas, p. 172], 'disinios' [p. 173], naturalmente, las tres

formas las he reducido a 'designio'; 'alhagos' [p. 135], 'alagos' [p. 137]: 'halago'; 'agora' [p. 68], 'aora' [69]: ahora.

- cambio de género: 'alguna fantasma la que...', 'muchas espías', 'vn hora', 'al alcoba',

Interjecciones e interrogaciones sólo se ponían al final de la frase y, a veces, sin separación con la palabra siguiente; he aquí unas frases de la edición de 1663:

"... oyendole dezir. A traidor! esta era tu voluntad?ò falso!en el rio me arrojas?à desconocido!..." [p. 122].

Sobre los pocos vocablos arcaicos que conservo ya hablé en el epígrafe IV.

También he encontrado y subsanado 21 erratas de la vieja edición (no incluídas en las 8 citadas por el doctor Murcia de la Llana, en su "Fee de erratas"). Además, he suprimido el primer renglón de la página 125, que repetía el último de la página 124. He subsanado también 5 errores de paginación (en concreto, las páginas actuales: 40, 41, 91, 146 y 147 aparecen en el ejemplar de 1663 con la errónea numeración: 46, 47, 71, 136 y 155, respectivamente)..

## FINAL

Y esto es todo lo que se me ha ocurrido divagar en torno a la figura de Cristóbal Lozano, gran escritor, hellinense amante de Hellín, acerca de sus obras, de su puesto en la historia de la literatura española y, en particular, de su obra *Soledades de la Vida y desengaños del mundo*, su mejor novela y, posiblemente, la mejor española de toda la segunda mitad del siglo XVII.

No debo terminar estas páginas introductorias sin agradecer las facilidades que he obtenido para mi investigación en la Biblioteca Nacional (salas general y de Raros) y bibliotecas de la Real Academia Española y del CSIC (General y del Instituto de Filología).

Agradezco la paciencia del Instituto de Estudios Albacetenses en recibir con gran retraso el encargo que me pidió y acepté (mis estudios de tercer ciclo de Filología Hispánica, la tesis y otros quehaceres me impidieron cumplir con diligencia). No puedo dejar de mencionar a Ramón Carrilero, Antonio Moreno y Francisco Mendoza, directivos del IEA., por la amabilidad con que me han tratado durante estos años. Doy las gracias a mi padre por sus consejos bibliográficos, aunque toda la responsabilidad de lo investigado, lo escrito y lo transcrito, con sus aciertos y sus errores, es sólo mía.

Si hasta aquí me has seguido (no desocupado; hoy, más bien, ajetreado) lector amigo, ya es el momento de que goces con la lectura de estas novelas. Espero que te agraden y seduzcan, tanto como yo he disfrutado con su lectura meditada.

Irene Rodríguez Haro

Madrid, 1993-1997.



**SOLEDADES DE LA VIDA,  
Y DESENGAÑOS  
DEL MUNDO.**

**NOVELAS, Y COMEDIAS EXEMPLARES**  
ESCRITAS POR EL LICENCIADO DON GASPAR  
Lozano, Colegial Teologo, y Rector del Colegio de nuestra  
Señora de la Anunciata de la ciudad de Murcia,  
y natural de Hellin.

**EXCELENTISSIMO SEÑOR DON PEDRO**  
*Portocarrero, Aragon, Cordona, y Cardona, Conde de Medellin,  
Marques de Villarreal, Duque de Camiña, y Gentilhombre  
de la Camara de su Magestad, &c.*



En Madrid. Por Mateo Fernandez, Impresor del Rey nuestro Señor.  
A costa de Francisco Serrano de Figueroa, Familiar, y Notario del Santo  
Oficio, y Mercader de libros.

**A L E X C E L E N T I S S I M O**  
 señor Don Pedro Portocarrero, Aragon,  
 Cordoua, y Cárdena, Conde de Medellin,  
 Marques de Villareal, Duque de Camiña,  
 Conde de Alcuytin, de Valencia, y Vallada-  
 res, señor de las siete Villas de Chandecouse,  
 y de las de Reñados, Honras de Sobroso, Lla-  
 mas de Orrellán, y Almeyda, Alcayde Ma-  
 yor de las Ciudades de Leyra, y Santorren,  
 Governador, y Capitan General perpetuo  
 de la de Zenta, Repostero mayor de su Ma-  
 gestad, y su Gentilhombre de Camara,  
 en su Real Casa de  
 Castilla.



VE sea especie de amistad, ò genero de pa-  
 réntesco, aquel que se engendra en las escue-  
 las, aun entre personas distintas en calidad,  
 y prendas (vinculandose recíprocos cariños  
 la comunicacion, y el trato) no juzgo es me-  
 nester ponerlo en disputa; quando la expe-  
 riencia, maestra vniuersal, lo enseña todas  
 luzes, y con los ojos lo tocamos; y vemos cada dia. Acuer-  
 dome, pues, señor, que en aquellos años tiernos, quando V.  
 Excel. hijo segundo de su Casa, cursaba las insignes escuelas  
 de Alcalá, la humildad mia, y de algunos mis payfanos; ya  
 fuesse obligada del conocimiento de su Maestro, y Ayo el  
 Licenciado Gáte, Portugues famoso, tan docto como leal;  
 ya fuesse arrastrada del imán de su Nobleza; ya fuesse fuerza  
 de afros, si bien violencia dulce; ò ya fuesse por todo, dió en  
 seguir, y acompañar sus passos, introduziendouos el que me-  
 nos sin tener plaça de criado, a siruiente suyo, y a ser su paje  
 por fuerza. Pero pagauanos V, Exc. tanto con agrados, tan-

ro con sus cortesías, vrbánidades, llanezas, y fauores, que se fi nos embittauan los de las puérras adentro juzgando mayores gajes los nuestros que los suyos. Y o, pues, que de esta correspondéncia comencé a prenda me mas, ya en Epigramas Latinas, ya en Versos de nuestro Idioma, le házia algunos cortexos, mereciendo por paga sus aplausos. Tiraua el animo entonces, a que quando vieramos a V. Exc. coronadas sus sienés de la Mitra, o ceñidas del Capelo, tendriamos sus criados las migajas Eclesiasticas, que suelen caerse, o tal vez desperdiciarse de su mesa. Esta era la golosina q atraia codiciosas las potencias; quando echando la parca la segur a la vida del señor Don Iuan, su hermano mayor, nos dexó a V. Excel. en breue instante heredero de su Casa, y degolló de camino todas las esperanças de nuestras pretensiones; que aunque Alturas de vn señor alientan a sus siruientes; tal vez se remontan tanto estas Alturas, que antes desmayan q alien tan; y es muy distinto pedir a vn señor, que con sotana, y marteo cursa los estudios, y anda entre los libros, que llegar a pedir a vn Grande de España, que cursa en los Palacios Magestades, y al lado de su Rey vsa gentilezas. De ordinario es odioso a los Principes vn mal y estido, y aquel a quien la fortuna trae debaxo de su rueda acrojado. Buen testigo aquel Heróe famoso, y vassallo mas insigne que ha tenido la Casa de V. Excel. gloria de Medellin, y honra de España, el Gran Fernando Cortés, quando auiendo conquistado vn mundo, al mirarle en desgracia, y perseguido, apenas le respetan los porteros. Viendose pues, mi humildad derrotada de la ambidia, desecha a persecuciones, y hay benes, con que cara agamoslo así) auia de parecer, ante V. Excel. a suplicar su gracia, o a solicitar su agrado? Quién me conocia entonces siendo solamente Don Pedro Portocarrero; estudiante de Alcalá, reboçada la sangre de Aragon, y Cardona con la capa Clerical; como me conociera ora ya Conde de Medellin, Marques de Villarreal y Duque de Camiña? Porq aunque es vn Pedro todo, algó va de Pedro a Pedro.

Añajados, pues, mis passos, embargados mis impulsos, refrenados mis deseos, y arinconado en mi Patria, me he portado obsequioso Coronista de los progressos illustres de V. Excel. dignos ascensos de su Casa, y de su sangre. Nō extrañe viendole Portocarrero, y septimo Conde de Medellin.

llin.

lin por línea de varón, y por la materna, considerándole descendiente de la Casa Grande de Cordona, mezclada tantas vezes con la Real sangre de los Reyes de Aragon, y enparada con las mas exelentes de Castilla, Cordoua, Enríquez, Zúñigas, Toledo, y Mendozas. No es trañe, digo, que su Magestad (que Dios guarde) hiziesse a V: Excel. Gentilhombre de su Camara, su Repostero mayor, con otras muchas honras, y mercedes. Pues si boluemos los ojos a sus Progenitores que lugar no se hizieron en los pechos de los Reyes? Que titulos honrosos no alcanzaron? Que hazañas no los hizieron temidos? Que proezas no los rotularon Grandes? No fue Rodrigo Portocarrero, Trono illustre de esta Casa, quien en seruicio de su Rey el Serenissimo señor Don Juan el Segundo, en aquellas tempestades, que sus valiaños mismos hazian armas contra él, aliandose el nobilissimo Rodrigo con Don Fr. Lopé Barrientos, con Iuan de Silva, y con Payo de Ribera, todos Grandes personages, quiso prender al Marques de Villena en la ciudad de Segouia, como a principal cabeça de los alborotados, y se efectuara su prision, y a no valerle al Marques su mucha astucia. No ocasionó con esta valentia, a que el Marques mismo le cobrasse miedo, y le solicitasse por amigo, casandole con su hija Doña Beatriz Pacheco, señora de mayor animo, y brio que conoció Castilla, como descendiente de la Real sangre de Aragon, y dádola por dote la villa de Medellin con titulo Comital, negociado con el Rey? \* No fue despues la priuanga del Rey

*Haros en su  
Nobiliario lib. 4.  
cap. 16.  
\* Mariana 2. p. li.  
22.  
\* Haros ubi sup.*

Don Enrique el Quarto? \* Luego su hijo Don Iuan Portocarrero, no fue de los mas validos de los Reyes Catolicos, y quien en las guerras de Granada, liendo terror del barbaro Agareno, hizo hechos señalados, laureandose de triunfos, y apropiandose victorias? \* No lo tuuo muy a bien Don Fadrique de Toledo, segundo Duque de Alva, darle por nuera a Doña Leonor su hija, y de la Duquesa su muger Doña Isabel de Zuñiga, casandola con Don Rodrigo Portocarrero, hijo del Conde Don Iuan? Y Don Rodrigo, tercero deste nombre, y quarto Conde ya de Medellin; no entró en la Casa de Cordoua tan noble, y tan illustre en estos Reynos, casando con Doña Juana de Cordoua, hija de D. Luis Fernandez de Cordoua, Marques de Comares, y de la Marquesa D. Francisca de Zuñiga, y de la Cerdada? D. Pedro Portocarrero, padre nobilissimo de V: Excel.

despues, q̄a rurchilladas de razones, y en batalla de papeles (batalla más temida por ser pleyto) dexò vencida, a su sobrina Doña Juana, sobre el título, y herencia de este Estado: que honras no recibio del Catolico Monarca Don Felipe Tercero, haziendo officio de su Mayordo mayor en la jornada de Portugal: \* Y q̄ blasones no añadió a su casa por casar con la señora Doña Ana de Cordoua y Aragõ, madre de V. Excel. sangre Real por tres partes, de Aragon, de Portugal, y Castilla.

*\*Hara ubi sup.*

En fin no he estrañado nada de esto; pero si he estrañado ver que la muerte siempre infausa en sus horrores, siempre aduersa a todas dichas, a golpes de su guadaña le aya acarreado a V. Excel. sus mayores progresos, quando a otros cõ golpes semejantes los suele hazer terreros de las mayores desgracias. Cogio, pues, la muerte en flor a mi señora Doña Maria Andrea de Cordoua, hija del Marques de Pliego, con cuyo matrimonio gozaua V. Excel. frutos dulces de Himineo; y quando esta desgracia parece que auia de atrásarle sus aumentos; amancillado el gusto, enturado el coraçon, y el alma defabrida, subio a su mayor fortuna, casando en segundas nupcias con la Excelentissima señora Doña Maria Beatriz de Meneses, sangre esclarecida, con quien tantas vezes los Reyes de Portugal mezclaron la suya, marcandola con sus Quinas, y laureandola con su corona; como a descendiente de las Reales Casas de Castilla, y de Aragon; tan excelente tambien en sus partes personales, tan valerosa, agraciada, y entendida (dote que la dio naturaleza) que solo su animo, su prudencia, y su valor, pudieran auer vadeado sin desmayar en la liza, los golfos de sentimientos, que ha ocasionado en su Casa la crueldad, y enemiga del rebelde, vertiendo arroyos de sangre de vn padre, y de vn hermano, \* espectaculo funesto, y tragedia la más triste, que viò jamàs Portugal, y que llorò Castilla, acarreadole con esto a V. Excelencia amontonadas grandezas (dote como suya en fin) el Marquesado de Villareal, Título de los más Grandes de aquel Reyno, el Ducado de Camiña, el Condado de Alcuytin de Valencia, y Valladães, la Alcaydia de Leyra, y de Santaren, y el Generalato de Zenta, y otros muchos Señorios.

*\*Marques uno, y Duq el otro, y vltimoria de su Casa, de gallados por reales, martiriza des por señ. i etc.*

Ce.

Celebraua, pues, yo a mis solas con singular alborozo todas estas grandezas de V. Excel. sin que se leuantasse el espíritu ( por lo que dexo supuesto ) a pretender esquilmarle el menor fauor. Pero despues que vi, y loíre las tragedias, y auenturas, en que le há prouado su valor, y su ardimiento noble, he tratado, sin reparar en escrupulos de mi humildad, entrarme por sus puertas, y darme a conocer con este pequeño obsequio, que escrito por mi sobrino en nombre de los dos, consagro a su grandezas, por que quien corre fortunas, quien sabe lo que son trabajos, quien se ha visto entre desdichas, por mas Principe que sea, por mas que sus blasones le sublimen en alturas, mira propicio, atiende caritioso, oye con agrado al pequeño; al humilde, al desvalido. No es todo vno ser vn Principe grande por su altura, o siendo grande saber que es necesidad: Pues aun Dios, Principe soberano, antes que se humanasse, era todo Magestad, y al mas amigo le miraua ( a nuestro modo de dezir ) como por sobre el ombro, y se intitulaua Dios de venganças: Mas despues que se hizo Hombre, y supo ( aunque lo sabía ) lo que son necessidades, despues que experimentò rrajos, prisiones, fatigas, penas, aunque se es el mismo Dios, que se era antes, con el mas humilde que le llama, derrama misericordias, fauores, y mercedes. Grande de España se miraua V. Excel. cubierto delante el Rey, quien que le llegasse a hablar? Trata empero de salir a las campañas: quiere hazerse a lo soldado; sigue los Reales Estandartes, acompañando a su Magestad en la jornada de Catalonia, donde aunque no se llega al choque, comiença a experimentar por lo menos las incomodades de la milicia, sujeciones de sus ordenes, cautiueros de la voluntad, temores de los peligros, amenazas de los riesgos. Algo ya diciplinado, y por despicar justos enojos de el Lusitano rebelde, alista gente a su costa; conduce de sus vasallos los que permite el posible; parte se al sitio de Yelues; ayuda a las fortificaciones; arriesgase a los combates, y por mas que los quarteles dan guarda, se ensaya a sufrir valiente ya los ardores de el Sol, ya serenos de la noche. Acude el enemigo a socorrer la plaza en los quietos silencios de vna noche obscura; rompe la línea; desportilla

la trinchera; y aunque la resistencia fue valiente de aquellos que sin ser socorridos peleauan con denuedo, queda nuestro campo derrotado, muertos infinitos, prisioneros muchos; los mas puestos en huyda; y V. Excel. entonces, que a fuer de Campion guerrero se entrò por entre las picas, y se avaluancò a las valas, rodeado de espadas enemigas (que por verle personage de gran cuenta, y embidiosos de verle nuevo Alexan. to. en seme) jante aprieto, quizá que tirauan mas a prenderle, que a matarle) y ya cansado de pelear, quedò por prisionero, con la lastima, y dolor que puede imaginarse. Ponenle por mas seguro en las casas del juzgado, famosa fortaleza; dale por mansion vn aposento estrecho con muchas guardas de vista, siempre vigilantes centinelas con muchos moquetes al ombro, y las cuerdas encendidas. Y a vista de tanto daño en lugar de desfmayar, y de hazerse a la congoxa, arma se V. Excel. de su heredado valor; despauila afuto los ardid- des; y traças de su ingenio; discurre, fragua, y inuenta modos, y caminos con que ponerse en saluo; y al modo que Aristotienes Mefenio, ò aquel Griego Emperador Andronico, a quien llamaron trauiesto; mira, especula, y escudriña hasta las menores rimas de la estancia, clara uoyas; y acuateas, mas solo descubre para su proposito vna ventana; que cae a la plaça publica, pero de dos picas en alto; Ojeala con todo; y maquina el descogarse por ella, y arrojarse a la fortuna. Haze confiança de vn Cauallero leal, Murcia su apellido (cuyo renombre solo le bastaua para serlo) el qual a bueltas de los ciudadanos Portugeses, vestido a su vsança, y representando bien aquello de muy finchado, era disfraçado espia. Tiene modo V. Excel. de poder hablarle; descubrele su disgnio; faltan tempo instrumentos; pide con cautela cama encordelada por vsar de los cordeles; no se halla desta guisa; vienesse acaso a las manos vn pedaço de cordel, trasto de otro prisionero Religioso Capuchino; halla tambien la diligencia. otro pedaço de soga; atalos, y empalmalos con el recato posible; determina noche, y hora; hablale al Murcia para que inquiera los muros, y anote la parte mas conuada, y secreta, y que con la seña de vn pañuelo puesto en el sombrero le aguarde en tal puesto. Esto assi concertado, a las ocho de la noche a hora de la prima, quando se repara menos ver, ò sentir algũ buelto, descuelga V. Excel. primero a vno de

de sus criados, echándole como pan al mar, para vber: fray algún topé. Baxa el paçe harto medroso, y viendo el campo seguro, arroja se V. Excel. al lado de la debil cuerda; vase ázia su confidente, que ya con vn par de espadas le aguarda va leroso. Trepan todos tres al muro, y aunque es la altura soberuia, es su animo mas valiente. Con el mal tejido el parto, y ya tocado cordel le descuelgan las dos ayudadas les, al modo que a San Pablo sus amigos por el muro de Damasco, ó como al Rey Bertario su vasallo fiel, por los muros de Pavia, ó como al Rey D. Alonso Peranceses, por los muros de Toledo. Que miedos, que sobresaltos; q'temores no a frauessarian embaraços? Que leue ruido no parecéría auiso? Que pequeña sombra no le antojaría esquadron armado? Huye, pues, V. Excel. delos muros de Yelues por la ca paña enemiga, afiançado en su fortuna, en su valor, y en sus pics. No como a Bertario; ó como Alfonso le socorren con cauallos (que ya era huir con aliuio) sino a pie, de noche, y sin camino, vá tropeçando en las sombras, cruçando pantanos, y saltando matorrates; tres leguas camina de esta suerte, hasta entrar en Badajoz a mas de la media noche, causando con su llegada las mayores alegrías que pueden imaginarse. Hasta la Corte, que por la perdida, y derróta está uabañada en llanto, y arrastrando luto; solo con la uisúua de estar libre V. Excel. parece se desnúo de la mayor parte de pesares, y se vistió de alboroços. Su Casa, piensas del alma; cinco Reales. Quinas, muger, y quatro hijos, que a gritos del dolor ya le llorauan muerto; con que jubilos, y plácemes celebrarían la nueua feliz? la suerte tan dichosa? Despues destos infortunios, parte se V. Excel. al lado de nuestro Rey a la jornada de Francia, a la juste de las bodas, a la entrega de la Reina, en cuyo viage no le faltaron tambien pesadas pesadumbres que tolerar, y sufrir.

Luego ya aora por mas Grande que se mire V. Excel. como sabe lo que son trabajos, neccesidades, y miserias, que desvalido, que menesterofo no hallará en su gracia mercedes, cortesias, y carñios? Principe que ha corrido fortunas, se desangra para todos; y a quien no puede dar obras, dá por lo menos dulçuras con las palabras; a quien no puede socorrer, paga con vn buen mirar. Así, dizen, lo hazia Cyro, a quel famoso Monarca de los Persas, como se crio en trabajos; y así me consta tambien que se porte V. Excel. siendo

Amán

imán de coraçones; tratable para con todos, para con todos humano; y assi a buena oçasion se dà mi sobrino a conocer, para sin encogimien to poder pedir sus auxilios, quando los necesitare su cuidado.

Reciba, pues, V. Excel. el pequeño seruicio que en este libro le ofrezco, y yo dedico, para que en las tragedias destas soledades, diuierta, y aliuie aquellos escocores, que es forçoso le queden de las suyas; que aunque no ha sido traueçuras de el amor, ni desinanes de la moçedad (porque siempre V. Excel. se ha portado cuerdo) por lo menos en lo arriesgado, y peligroso, en que le pusieron su denuedo, y valètia, no les deuen nada a los laços, y tramoyas, con que enredada vna aficcion a quien se embaraca en ella. Considerar a V. Excel. desde sus niñezes muy aficionado a la Poesia, y que aunque cargado de hijos (por casarse en su infancia) no excede aun de los años juveniles, edad q̄ al señor mas cuerdo le permite estos estudios, recreos de la ociosidad, me obliga a suplicarle, que como tau entendido apadrine estas primicias de ingenio de vn principiante, que a ratos hurtados a mas utiles tareas, las ha dado a la pluma, ensayos que prometen mayores esperanças, y que teniendo a V. Excel. por asilo, se escusará la embidia de morderlas. Reserua otra oçasion dedicar a V. Excel. de mis libros, que por ser lectura sagrada vendran mas acuento, quando ya vn señor se haze a lo deuoto, y recogido. Cesto, pues aora de cansar a V. Excel. mas no de rogar al cielo le guarde felices años.

Menor Capellan, y mas afecto  
seruidor de V. Excel. Q. S. M. B.

*El Doctor Christoual*  
*Lozano,*

*Apra.*

*APROBACION DE DON PEDRO  
Calderon de la Barca, Cavallero del Abito de San-  
tiago, y Capellan de su Magestad en la Real  
Capilla de los Reyes de la ciudad  
de Toledo.*

**D**E orden, y comission del señor D. Alonso de las Ríbas, Vicario de Madrid, y su Partido, por el Eminētissimo señor D. Baltasar de Moscoso y Sandoual, Cardenal Arçobispo de Toledo: He visto el libro intitulado *Los Monges de Guadalupe, Soledades de la vida, y desengaños del Mundo*; compuesto por el Licenciado D. Gaspar Lozano, Colegial Theologo, y Rector del Colegio de nuestra Señora de la Anunciata de la ciudad de Murcia, y natural de Hellin: Y auiendo puesto en su leccion la atencion, y cuidado que deuò a la confiança que de mi cordedad se promete, quien della fia su aprobacion, y censura; no solo he hallado en el proposicion alguna que disuene a la pureza de nuestra Católica Fè, y Politicas costumbres; pero singular doctrina, y enseñanza, con que talvez mañoso el ingenio al viso de lo deleytable, sabe introducir lo vtil; q̄ es tal nuestra malicia, que aun la virtud ha menester valerse contra ella de adórnos que la disimulen, para que a sombra del coto diuertimiento, se halle alumbrada de la preciosa luz del desengaño. Este es el fin del argumento deste libro, y tan bien explicado en su contexto, tan bien executado en su designio, y tan bien conseguido en su desyeso, que a mi corto juicio merece su Autor, sobre las gracias de auerle escrito, la licencia que pide de imprimirle. Este es mi parecer, saluo, &c. En Madrid 12. de Julio de 1658.

*Don Pedro Calderon  
de la Barca.*

Li-

## Licencia del Ordinario.

**N**OS el Licenciado D. Alonso de las Ribas y Valdés, Visitador Eclesiástico, y Vicario desta villa de Madrid, y su Partido, &c. Por la presente, y lo que nos toca, damos licencia para que se pueda imprimir, y imprima el libro intitulado *Los Monges de Guadalupe, Soledades de la Vida, y desengaños del Mundo*, compuesto por el Licenciado D. Gaspar Lozano, Colegial Teologo, natural de Hellin; atento, que por la censure antecedente consta no aüer en él cosa contra nuestra Santa Madre Iglesia, y buenas costumbres. Dado en Madrid a 15 del mes de Julio de 1658 años.

*D. Alonso de las Ribas.*

Por su mandado.

*Diego Garcia de Alvarado,*  
*Notario publico.*

CEN

CENSURA DEL M. P. S. FRAY BENITO  
de Ribas, Mōge de San Benito, Predicador de su Ma-  
gestad, y Calificador del Santo.

M. P. S.

ES gran dicha, que quando la ociosidad busca tareas que  
la fomenten, halle ocupaciones que la doctinen. El as-  
sunto deste libro parece lo consigue; Nouelas, o ficciones  
Morales. Las Nouelas son saynete en los mas desgañados  
para su lectura; y los desengaños que en ellas se introduzen,  
rodeo para que sin cuidado platicuen el documento de Se-  
neca tan importante, *Vaca bona menti.* Epijs 34  
Realça, y auia mas el saynete, el auer reduzido estas fic-  
ciones a casos manuales, que pudieran suceder en nuestras  
tierras, y entre nuestras gentes. Pero no es dudable que los  
exemplos domésticos, y propios, muden mas que los es-  
trangeros, y extrangeros. Dulçura tiene la miel siluestre, pero co-  
mo la domestica no puede ni debe compararse. La primera, se  
gusto en los siglos del Bautista: *Erant iohannes et iherusalem. Mat. c. i.*  
*melli, & mel siluestre edebat.* La segunda, es la ley de gracia,  
podrá mas en el saynete la dulçura por ser casera. Rob. c. i.  
El Licenciado Don Gaspar Lozano, Autor deste inge-  
nioso estudio, tan parecido en la abundancia, cordura, y me-  
todo à su tio Don Christoual Lozano, Autor de tantos, y  
tan bien recibidos libros, que leyendo estos ascos de su flo-  
rido ingenio, me estava picando el dicho de Ragucl, quan-  
do sin aucte conocido oyò a Tobias el moço: *Quam similis*  
*est iuuenis iste consobrino meo.* Y pareciendose tanto, imi-  
tarle, y copiarle en lo Moral, y Catolico, era muy cierto. Af-  
si lo he hallado, y afirmandolo, queda pronunciada la censu-  
ra que me manda dar V. A. Por ella, y el vtil que la letura  
promete, siruiendose dello V. A. se le podrá dar la licencia q̄  
pide. En este Conuento Parroquial de San Martin de Ma-  
drid à 11. de Abril de 1662.

Fr. Benito de Ribas.

S.

*Suma del Privilegio.*

**D**CN Gaspar Lozano Montefino, C6legial Teologo, y Rector del Colegio de N. S. de la Anunciata de la ciudad de Murcia, tiene privilegio por diez años para poder imprimir, y vender este libro intitulado *Soledades de la vida, y defenganos del Mundo*, como mas largo consta de su original, que se despach6 en el oficio del Secretario Miguel Fernandez de Noriega. Su fecha en 8. de Junio de 1662. años.

FEE DE ERRATAS.

**P**ag. 15. la primera, quisiere, diga quisi6ren. fol. 15. pag. 11. sin, diga si. fol. 17. pag. 1. fuerte, diga fuerte. pag. 24. Religioso, diga Religiosa pag. 42. debirla, diga dexirla, pag. 131. desaguen, diga desahoguen, pag. 158. desmitiran, diga desmentiran, pag. 165. agido, diga tenido.

Este libro intitulado *Soledades de la vida, y defenganos de el Mundo, &c.* con estas erratas corresponde, y est6 impreso conforme a su original. Madrid 29. de Diciembre de 1662. años.

D. Carlos Murcia  
 de la Llana.

TASSA

## F A S S A

Miguel Fernández de Noriega, Secretario del Rey nuestro Señor, y su Escriuano de Camara mas antiguo de los que residen en el Consejo; certifico, que auíendose visto por los dichos señores del Consejo vn libro intitulado, *Soledades de la vida, y desengañado del Mundo*, compuesto por Don Gaspar Lopez Montefino, tassaron cada pliego a quatro maravedis; el qual parece tiene cinquenta y quatro, sin principios ni tablas, que al dicho respecto de quatro maravedis monta dozientos y diez y seis, y al dicho precio sy no mas mandaron se vendiesse, y que esta certificacion se ponga al principio de cada libro, para que se sepael precio a que se ha de vender; y para que conste doy esta certificacion. En Madrid a i 9 de Diciembre de 1662 años.

*Miguel Fernandez  
de Noriega*

INE



## SOLEDADES DE LA VIDA, y defengños del mundo.

### SOLEDAD PRIMERA.

UNA tarde, que con los soplos del céfiro apacible se ostentaba deleitosa y con las frescuras de los valles se mostraba amena, cuando ya el día, haciendo parasismos, iba apagando sus luces y, trémulos del Sol, los rayos se iban quedando sin fuerza, cuando ya las aves, acabando o las tareas de su armonía o de su canto los gorjeos, entre fresnos copados y apiñados pinos, iba cada cual a visitar en su cama a la consorte o, en su nido, a los polluelos, dejando ya sin compañía los derretidos arroyos, murmuradores cristales que, sin hacer agravios, son galanes de la soledad y, como tales, de noche la rondan y de día la pasean; a esta hora, pues, salió el ermitaño Enrico de entre el pabellón de la espesura, donde con lágrimas y cilicios pasaba penitente, con designios de dar vuelta a una alquería, casas pajizas de humildes labradores, a visitar a un pedazo de su alma, a Leonor, hija suya, beldad hermosa de los riscos, que, con otras de su edad, tras de unas manchadas cabras y de unas blancas ovejas, andaba vagueando aquel aprisco.

Solo caminaba, aunque siempre divertido con el repaso de antiguas memorias que, refrescadas en la idea, maquinan mil pensamientos, congojas que suelen ser en un alma repetidas y, apenas en la mitad del camino quiso poner alguna tregua al cansancio, cuando las roncadas voces de un cabrero le dejaron cuidadoso y, por salir de pena, trepó una loma arriba, y atalayando desde su excelsa cumbre lo que se encubrió a la vista, se manifestó al oído, escuchando que las voces eran decir: "¡ataja, ataja por aqueste montezuelo!" y, creyendo lo que podía ser, quiso con entrañas pías ayudar a la necesidad, mas ya llegó tarde, porque al descender

del monte encontró con dos zagales que traían asido un tierno rival que, por ser competidor del marido de unas cabras y ver que en una lucha había quedado aquella tarde vencido, huyendo celoso por los oteros, quiso manifestar los humos de su coraje.

Y visto por el que voceaba, trocando en placer los cuidados que tenía, cogió con los compañeros la manada, y yendo en seguimiento de sus huellas, sacó el zurrón un pastoril instrumento, a cuyo compás dijo, bien sentidas, estas razones:

*Montañas de Guadalupe,  
cuyos nevados peñascos  
polos de cristal parecen  
de ese cimborio estrellado.*

*Árboles, que ha tres abriles  
que os he mirado gallardos  
sacudir de vuestras hojas  
las inclemencias de marzo.*

*Arroyos, cuyas corrientes  
mis ojos aumentan tanto  
que por los cristales vuestros  
se ven fuentes, que derramo.*

*Pastores, que entre estas breñas  
pasáis los floridos años,  
hechos terreros del tiempo,  
ya ateridos, ya abrasados.*

*Escuchad todos, oídme,  
que quiero ahora cantanto  
deciros, si no mis males,  
sentimientos de un agravio.*

*Ya sabéis que yo amé a Filis,  
ya sabéis que ella me ha amado,  
que aunque ha sido amor secreto  
no se encubre un amor tanto.*

*En la lumbre de sus luces  
hice de mi tiro el blanco*

*porque unos ojos son siempre  
imanes idolatrados.*

*Bien pintara su hermosura  
más en mi pincel bastardo  
y fuera a hacer un borrón  
de un angelical retrato.*

*A esta beldad, pues, divina,  
la vi una siesta en el campo,  
alojando entre sus sombras  
las cabras de su rebaño.*

*Escondime entre unas peñas  
de donde estuve acechando  
lo que no sabré deciros,  
lo que no sabré explicaros.*

*A la margen de un arroyo  
que, del risco desatado,  
iba ciñendo los fresnos  
con cristalinos abrazos.*

*(Aguas que, en cualquiera peña,  
tropiezan vidrios quebrados  
y, en desarrollando espumas,  
se tienden espejos claros).*

*A la margen, pues, se sienta  
en las faldas de un castaño,  
que, con erizadas flores,  
le hizo pabellón sus ramos.*

*Y como iba calurosa,  
al descuido, y con cuidado,  
dio a los cristales del agua  
los cristales de sus manos.*

*Viendo después con la furia  
que Apolo vibraba rayos  
se durmió, por no abrasar  
con tres soles su ganado.*

*Y apenas la vi dormida,  
cuando por el monte abajo  
llegó un jabalí cerdoso,  
pasado con un flechazo,  
a cuyos tremendos bufos  
las cabras se alborotaron  
y, perdonando las sombras,  
treparon por los peñascos.*

*Despertó Filis al ruido,  
cuando el colmilludo bravo  
enturbiaba el cristal puro  
con sangrientos espumajos.*

*¿Visteis acaso la flor  
cuando en embrión estando  
no quiere salir a luz  
sino en vísperas de mayo?*

*¿Y engañada alguna vez  
de un día, que hizo templado,  
las cisuras del botón  
va poco a poco rasgando?*

*¿Y, si saldré o no saldré,  
hace asomos, hasta tanto,  
que atropellando los miedos  
se abre rosa enmedio el campo?*

*¿Y cómo la engañó el día,  
mirando el monte nevado,*

*que enfrente de ella parece  
que ya la está amenazando?*

*Tan descuadernada queda  
que, entre cándidos desmayos,  
las basquillas recogiendo,  
que el botón le va aliando.*

*Se retrotrae en sí misma  
tan helada del espanto  
que, ya que no muere flor,  
padece algunos amagos.*

*Pues de aquesta suerte Filis  
que, del sueño regalado  
a la vista de sus soles  
que despiertos se mostraron  
recordó flor tan hermosa  
que, en sus mejillas y labios,  
rosas se vieron perdidas  
claveles desperdiciados.*

*Como vio ya junto a sí  
que el jabalí ensangrentado  
iba a vengar en su pecho  
el coraje de su agravio  
se quedó tan sin aliento,  
a vista del sobresalto,  
tan jazmín lo que fue rosa,  
lo que fue clavel tan blanco  
que, por mucho que el valor  
hizo por disimularlo,  
se cayó, aspada nieve,  
en los brazos de un desmayo.*

*Yo, entonces, viendo ocasión,  
de mí deseada tanto,  
para poder con servicios  
favores merecer altos*

*con el jabalí embesti  
haciendo que, entre mis brazos,  
tragara, sin ser bebida,  
toda la muerte en dos tragos.*

*Volvíme después a Filis,  
que ya el aliento cobrado;*

*Me dijo: "mucho te debo  
mas yo te pagaré, Fabio."*

*Quitose una gargantilla  
de corales ensartados,  
lazo que, en su hermoso cuello,  
ponía a mil vidas lazos,  
y, dándomela por premio,  
se fue y me dejó, dejando*

*esperanzas a mi amor  
para lograr mis cuidados.*

*Engaño fue manifiesto  
pues ya me ha olvidado tanto  
que sólo miro en sus luces  
luces de mi desengaño.*

*Ningún agravio la he hecho,  
si no es en haberla amado,  
que una mujer, cuando quiere,  
de un amor forma un agravio.*

*Mirad si tengo razón  
de sentir lo que repaso  
y, si la viéreis, decidla  
que por ella muere Fabio.*

Con mucho gusto fue escuchando Enrico las quejas enamoradas del cabrero amante y, como aquel que conocía bien las pasiones del amor mundano, no dejaba de sentir las, como pesaroso de que aquel pastor se hallase en tal estado. Poco a poco se llegó a él y, saludándole con mucho cariño, en buena conversación llegaron juntos a la majada, donde, ya recogidos los demás pastores, cuidadosos esperaban su venida, y así, en el recibimiento que le hicieron, conoció Enrico que era el mayoral y rabadán de todos.

Quiso pasar adelante en su camino, mas Fabio, que venía muy pagado de sus palabras, y muy afecto a su presencia venerable, pidióle con muchas caricias que les honrase aquella noche el pobre albergue. Esforzaron el convite los demás pastores, pues, en contorno de él, todos no le dejaban dar paso. Lo cual, visto por Enrico, hubo de aceptar el convite que le hacían, con que todos quedaron contentos y agradecidos.

Cerró la noche a este punto, sustituyendo en estrellas las claras luces del día y, en tanto que los pastores, diligentes, acomodaban unos los rebaños y otros prevenían la cena, tomó Enrico por la mano al enamorado Fabio y, puestos en parte donde nadie podía oírlos, comenzó a darle esta lección en sus amores:

- Días ha, pastor amigo, que te conozco vagueando entre otros con tus ganados, y también tengo por imposible que dejes de haberme visto muchas veces, por haber tanto tiempo que habito estas soledades. Nunca, aunque te he visto, te he hablado, y ya que ahora tuve tan buena dicha, quisiera que, creyendo mis palabras, salieras de la ocasión de empeños amorosos. Tu historia vine escuchando, cuando en lastimados metros la publicabas a los montes y a las peñas y, entendida tu pasión, te tuve lástima, por verte en tu edad florida sujeto a un ciego rapaz que, privándote de tus sentidos, hará que dejes el alma en despeñaderos amorosos. Todo cuanto puede ofrecerte una hermosura es un engaño; todo cuanto pretendieras alcanzar será una mentira; todo cuanto poseyeres será un abismo de culpas. Ese amor, que te incita, es tu mayor enemigo; ese premio, que has alcanzado, es cebo para que caigas; y ese olvidarse de ti, cuando más favorecido, es el mayor desengaño. Desengáñate, pues, y quita de los ojos de tu entendimiento las vendas con que la pasión te ciega y, pues Dios te dio libre albedrío, no te dejes cautivar de un amor loco. Pues ahora tienes vida ¿para qué buscas tu muerte? Y ya que, ciego, la busques ¿es posible que esta memoria de la muerte no te hará que mires por tu vida? Un amor lascivo es un mortal veneno, un veneno del amor: cuanto más dulce a la vista, más presto mata. ¡Ay, y quién te pudiera representar los que más gajes alcanzaron de este amor, muertos en su culpa por tarde arrepentidos! ¡Ay, y cuán bien te hallaras, si los desengaños, que te digo, fijos en tu memoria, se apoderaran de tu entendimiento! Mira que te hablo de experiencia y, como experimentado, no dudo de lo que emprendes, conociendo el desastrado fin que tendrán tus amorosos cuidados. Y cuando, llevado de tu apetito y vueltas las espaldas a la razón, quisieras desenfrenado proseguir la carrera de tus deleites y gustos ¿no te atemoriza lo inculto de estas sierras que provocan más a penitencia que no a mundanos pensamientos? ¿No te da terror que quieras sembrar los amores de la Arcadía en montes de Gua-

dalupe? ¿No te confunde que, a la vista de ejemplares penitentes, que aquí lloran los procesos de sus culpas, quieras sustentarle enamorado? Si aquí sólo se oyen sollozos de arrepentimiento ¿cómo te atreves a cantar canciones amorosas? Si aquí sólo se escuchan gemidos de pecados ¿qué consonancia tendrán tus lastimados amores? No hagas, no, terrero de amantes la soledad de penitentes; trueca el estilo, si quieres gozar de estos recreos; muda de asunto, si quieres habitar estas malezas que, cuando menos pienses, hallarás arrepentido tu propio desengaño.

Aunque quisiera Fabio responder a la exhortación devota que Enrico le hacía, el tiempo no dio lugar, por un alboroto repentino que oyeron en la cabaña, donde las cabras, alborotadas, unas hechas gavillas buscaban socorro, otras rompiendo los rediles procuraban escaparse, causa de que los pastores en voces repetidas acompañaran los ladridos de los mastines, que estaban vigilantes.

Acudieron confusos a ver la novedad, temiendo, no el asalto que el lobo podía haber hecho, sino alguna desgracia de otro mayor fracaso e, informados de un zagal, que fue quien entendió mejor la verdad del suceso, supieron que por allí junto habían pasado dos hombres de a caballo, con tanta velocidad y prisa que apenas pudieron ser vistos; a cuyo tropel, los perros, escarapelados, y las cabras, temerosas, habían originado aquel ruido. Dividieronse en varios juicios, sacando por conjeturas lo que a cada uno dictaba su sospecha hasta que, reducidos al mejor acuerdo, hicieron inquisición por todo el vecino monte, mirando con diligencia no fuese alguna emboscada de hombres facinerosos que, tal vez pasando a Sierra Morena, asilo de sus mayores robos, suelen ir talando cuanto topan, ya quitando la vida al pobre caminante, y ya hurtando las reses al descuidado pastor. Hechas estas prevenciones y visto que todo el circuito de aquellos valles y sierras estaba libre y seguro de lo que, con justa causa, se temían, volvieron algo fatigados del cansancio al apacible albergue, donde ya la cena aderezada estaba brindando a los pechos hambrientos.

Ricos manteles los tejió la naturaleza artificiosa, pues

desnudando las flores sus rozagantes vestidos, recostadas las unas en las faldas de las otras, al pie de un verde aliso, que era el custodio que los defendía de las inclemencias del tiempo, formaban un recamado tapete, harto rica mesa para cena tan humilde, y harto aliño y aseo para un campo. Asientos les previno también la verde alfombra, dejando el mejor lugar para Enrico que, siempre al lado de Fabio, se mostraba agradecido y contento.

Sobre esta mesa, pues, se sirvieron los manjares, no dulces ni delicados, como se previenen en políticos convites, sí empero sazonados y sabrosos. Un trozo de cecina sacaron por ante, tan tierna y mantecosa que podía ser envidiada del gusto menos goloso. Templaron el picante de la sal, no con el licor que Baco exprime de sus ópimos y regalados racimos, sino con agua dulce y fría, que cogieron en un bernegal de una fuentevilla melindrosa que, por venir muy azotada de un risco, se iba conllorando entre las flores. El plato segundo fue un jarro de leche tan gruesa que, a no ser tan suave al paladar, pareciera ya cuajada con artificio. Después que se vieron satisfechos de los manjares pastoriles se levantaron de la florida mesa y, cuidadoso Fabio y sus zagales, entraron en la choza, breve arquitectura de caducos troncos, coronados de pálida retama, y con unos corchos que tenían, aderezaron una cama, para que durmiera Enrico, el cual, aunque cortés, quería impedir tan serviciales cuidados; hubo de ser obediente, por no dar muestras de poco agradecido.

Recogido cada pastor a su rancho, comenzaron a pagar parias al sueño, si bien hicieron poco asiento en Fabio y Enrico que, batallando con mil imaginaciones no hallaban reposo, el uno combatido del amor que le aquejaba y de la conciencia que le remordía, y el otro, pesaroso por no haber llegado aquella noche a la alquería donde su hija le aguardaba. Cada cual se tragaba los suspiros de su pena, por no dar lugar a que el otro despertase, hasta que, ya cansados de la lucha, quedaron también dormidos. Mas apenas por espacio breve quedó Enrico traspuesto, cuando una soñada voz volvió a dejarle despierto. Recordó

temeroso, y sentándose sobre el duro lecho, alargó el oído a todas partes hasta que, advirtiendo que solamente sonaba el bullicioso rumor que el viento hacía en las secas hojas, que repelaba de los árboles, volvió a reclinar la cabeza, trabajando por dormirse. No le dio lugar otra congoja que se le representó en la idea, sospechando, viendo tan dormidos a todos los pastores, no hubiese alguna desgracia en sus ganados, y así por pagarles el buen hospedaje, determinó de estar lo restante de la noche en centinela.

Dejando, pues, la cama, tomó la puerta del albergue con lentos pasos, porque no se inquietaran los dormidos y, viendo que todo estaba en silencio pues hasta el can más vigilante dormía reposado, se fue subiendo un montezuelo arriba, cuyo empinado obelisco era la atalaya de todos aquellos campos. No pudo Enrico salirse tan secreto que dejase de ser sentido de Fabio, el cual, así como le sintió fue, lo más callado que pudo, siguiendo sus pasos, por inquirir curioso la determinación del ermitaño penitente. Enrico, desde la cumbre del collado, comenzó a escuchar por todas partes, porque la inquietud de aquella voz que oyó entre sueños parece que le llevaba de la melena a saber la causa.

Sería ya más de la media noche, tan oscura y triste que, con capuces de nubes tenebrosas enlutaba lo poco que alumbraban sus estrellas, cuando el eco de un lastimado suspiro que, herido por las entrañas de los montes, llegaba ya sin alientos, le dejó tan atemorizado y cuidadoso, que se quedó en éxtasis por un grande espacio. Volvió a escuchar más atento, y oyendo otro gemido, quiso penetrar la causa de efectos tan lastimosos, y así, atendiendo primero a la parte por donde se escuchaban, descendió con mucha prisa del collado y, rompiendo por la espesura de impenetrables jarales, atravesó en breve rato la falda de una sierra y, volviendo a hacer alto sobre los hombros de un risco, apercibió el oído, temiendo no hubiese torcido el camino que llevaba. Y desde aquí escuchó más formados los sollozos, pues en lo tierno de los ayes (bostezos de un corazón en lágrimas deshecho) conoció que era mujer la

que gemía. Acercóse otro gran trecho, y certificado más en que eran los lamentos femeninos, fue tan inmensa la pena que recibió Enrico, sospechando que era su doncellita Leonor que, a causa de no haberla cumplido la palabra, había salido a buscarle y quedándose perdida, que con todo el resto del valor no pudo sustentarse, y así, casi desmayado, cayó en tierra.

El cabrero, que venía siguiendo sus pisadas, apenas le vio de aquel modo, cuando acercándosele junto, comenzó a llamarle, a cuyas voces, vuelto Enrico en su acuerdo, si bien de nuevo espantado de que Fabio hubiese ido en seguimiento suyo, le echó al cuello los brazos y, sin descubrirle sus sospechas, le dijo que compasivo de aquellas quejas y suspiros lastimosos, había dejado el lecho por investigar la causa y como, ya en lo afeminado del quejido conocía que era mujer la que lloraba, le había causado tanta compasión, envuelta en mil temores, que la sangre, helándose en las venas, le envolvió el corazón en un desmayo.

No con menor confusión (respondió Fabio) me trae este suceso, antes las sospechas que me cercan son tan grandes que temo perder la vida si las hallo verdaderas, pues juzgo que esta mujer que llora es alguna de tres o cuatro zagalas que suelen, tras de un poco de ganado, vagar estos apriscos y, aunque la mayor de todas es aquella de quien me escuchaste enamorado, sentiré en mi alma que, a cualquiera de ellas le haya sucedido algún fracaso, pues por su honestidad, hermosura y distinción merecen ser respetadas por diosas de este horizonte.

Más se aumentó el dolor de Enrico con los recelos de Fabio pero, considerando que en la dilación crecían las inquietudes y que, con la tardanza, se aumentaba la sospecha, le dijo que se acercasen a saber de una vez quién era la que lloraba y la causa que la movía. Pasaron adelante y, cruzando una mal formada senda que, por entre aquellos breñales guiaba a Guadalupe, llegaron a un montezuelo tan asombrado y temeroso, que parecía amago de una traición, y viendo que desde allí apercibían las razones muy distintas y que, en levan-

tada voz volvía a formarse un nuevo llanto, se detuvieron a oírlo y, arrimados a unos troncos, escucharon a una dama que, anegándose en dos caudalosos ríos de sus ojos, formaba por compases de suspiros estas quejas tan lastimosas cuanto bien sentidas:

- Peñas, montes, valles, riscos, árboles y plantas que ha dos horas que acompañando mi lloro, en la forma que podéis, me estáis escuchando: si acaso en vuestras duras entrañas hay ternura y, si acaso juzgáis por rigor mucho lo que quieren los Cielos que padezca, sabed que andaréis muy engañados, porque no merecen mis delitos menores castigos. Aunque me miráis en estos montes sola, donde ya sólo aguardo el encuentro de una fiera, no tengáis compasión, mostráos crueles, pues es justicia que, quien sola se arroja a los peligros, olvidándose de Dios, muera sola adonde aún no haya testigos que sientan su muerte. Aunque me miráis tan lastimada, que ya el corazón hecho pedazos se sale por los ojos y el alma, boqueando, palpita entre los dientes, no os provoque a lástima, muévaos a rigor, pues es bien que mujer que apartó el alma y el corazón de un celestial esposo, muera descuadernada en el potro de su mismo sentimiento. Aunque me miráis tan salida de socorro humano, que es imposible hallar otro remedio que el Divino, no tengáis piedad, mostrad dureza, que es mucha razón que, quien dejando el camino del Cielo torció por los atajos del mundo, ni en el Cielo halle clemencia, ni en el suelo halle favor. Aunque me miráis mortal con este espectáculo sangriento que yace entre mis brazos, frío cadáver cuerpo que fue tan gentil, sin facciones y figura rostro que fue tan hermoso, los ojos muertos, que fueron niñas de los míos, sin alma quien fue el depósito de mi triste corazón, aunque sepáis, aunque tengáis dolor, no lo mostréis; pues es digna de dolores tan crecidos y de angustias tan mortales mujer que, por vengar su enojo ha sido causa que muera este malogrado. Yo soy, montes, si no lo sabéis, la causadora de esta muerte. Yo soy, montes, si lo ignoráis, la que ha quitado esta vida. Mirad, pues, aho-

ra, si os provoca a compasión mi sentimiento. ¡Ea, riscos! ¿qué hacéis que no os caéis sobre mí? ¡Ea, peñas! ¿cómo no os desencajáis y abriéndome tumba en vuestras duras entrañas? ¡Ea, árboles! ¿cómo el aire de mis suspiros no os arranca, y el fuego de mis ojos cómo no os enciende, para que sirváis de pira que consuma este mi cuerpo en polvos y cenizas? ¡Ea, fieras! si acaso al eco de mis roncadas voces habéis despertado algunas, dejad, dejad el albergue y ejecutad en mi pecho los humos de vuestra fiereza. ¡Ay, vida, y cómo cansas en un pecho lastimado! ¡Ay, muerte, y qué perezosa vienes a quien te desea! ¡Ay, parcas, y qué piedad tan impía es la que conmigo usáis en dilatarme el tormento! Mas ¡ay, Cielos! ¿qué desesperación es ésta? ¡Ay, Dios! ¿qué es lo que hablo? ¡Ay, Jesús! ¿qué es lo que digo? ¿he de dejar perder mi alma a vista de este ejemplo? ¿No me será mejor corregir mi vida con estas memorias? ¿No valdrá más morir penitente que no acabar desesperada? Claro está, claro está, pues ¿por qué no pido misericordia? ¿Por qué no procuro el remedio? Pero ¿quién me ha de oír, si a Dios tengo enojado? ¿Quién me ha de perdonar, si Dios está enojado? No sé a dónde me vaya, no sé a quién me acuda; mas, en las tribulaciones ¿quién más clemente que el Cielo? En los trabajos ¿quién más piadoso que Dios? ¡Ea, pues, Redentor mío! a Vos me vuelvo, con Vos quiero confesarme, en vuestros estrados quiero que me déis sentencia. Una afligida mujer es la que os está llamando. Una pecadora es la que os vocea. Mis pecados, que la conciencia me acusan, esos os confieso. Mis ofensas, que os están patentes, son las que lloro. Culpas son tan graves que merecen fuego eterno. Delitos son que piden mil castigos. Mas ¿ha de faltar misericordia en vuestro pecho, Señor? Si, ya arrepentida, os digo que he pecado ¿no me escucharéis? Si ya, deshecha en lágrimas, os pido clemencia ¿no habrá perdón? Sí, Dios mío, perdonadme, perdonadme, que en la enmienda que protesto veréis mi corazón, en la nueva vida conoceréis mis deseos. Ya que he sido virgen loca, pues, olvidada de mis obligaciones, me quedé dormida a vuestros mandamientos, ya que dejé a los prudentes,

y al aire de mis placeres mundanos apagué la lámpara encendida de mi conciencia, ya que a la media noche llego, Señor, a vuestros umbrales, y con aldabadas de mi dolor inmenso golpeo vuestras puertas: no me déis con ellas en los ojos, que os llamo arrepentida, no me digáis que no me conocéis, pues vengo a confesarme pecadora. A un corazón arrepentido siempre le albergáis, que sois padre de familias; a un alma penitente siempre la oís, que sois el abogado de todos los pecadores. ¡Ea, pues, Señor! contrita llego, albergadme; mil pecados traigo, oídme; de ellos me pesa, absolvedme; la enmienda os prometo, perdonadme. Mirad que, ya descansada, me faltan los alientos. Mirad que ya de llorar se agota el corazón, mirad que el mucho dolor me arranca el alma.

Con un profundo suspiro puso la afligida dama fin al lastimoso llanto y, atónitos y confusos Enrico y Fabio de lo que estaban oyendo, sin detenerse un instante, salieron de donde estaban encubiertos y llegaron a vista del prodigioso fracaso.

Vieron al pie de un caduco roble recostada una dama ya sin vida, cuya beldad, aunque difunta, podía ser envidia de muchas bellezas. Estaba vestida de monte, con un vaquero de damasco verde guarnecido de ricos alamares. Tenía una montera, que servía de rebozo a la rubia madeja de sus preciosos cabellos, una espada ancha ceñida en la pretina, y una escopeta corta puesta al lado. En sus faldas tenía a un difunto caballero, tan deshecho y ensangrentado el rostro, que apenas se conocía su figura; tan lleno el pecho de heridas, que de él se originaban tantos arroyos de sangre, que toda aquella ladera estaba teñida de los rojos relieves, la yerba toda sangrienta, las flores todas manchadas.

Llenos de espanto y horror del espectáculo triste no acertaban Fabio ni Enrico a hablar palabra; confusos, se miraban; temerosos, se estremecían; lastimados, esparcían suspiros. Sin saber qué hacerse estuvieron una gran pieza, porque a cada determinación se ofrecía un reparo, a cada parecer se oponía un tropiezo, hasta que Enrico, atropellando inconvenientes, le dijo a Fabio:

- Amigo, ya que el Cielo nos trajo desde tu cabaña a este lugar, a ser testigos de un caso tan lamentable, de un ejemplar tan lastimoso, quizás para que nos sirva de espejo en que miremos y corriamos nuestras faltas, que memorias de la muerte siempre son destierro del pecado, ya, pues, digo que hemos venido aquí, no será piedad ni de cristianos pechos dejar estos difuntos a ser manjar de las aves y pasto de las fieras, y más cuando hemos visto los actos de contrición y el verdadero arrepentimiento con que esta dama se despidió de la vida. Aunque no conocemos quiénes sean, por lo menos el traje que visten nos dice que son personas de calidad. Y si hay peligro en que nos hallen con ellos, o sepan que nosotros los hemos sepultado, no te dé pena ninguna, que yo te sacaré libre de todo. Y si acaso temes que, siendo los matadores aquellos que a prima noche pasaron huyendo por junto a la cabaña, podrán darnos pesadumbre porque hemos usado esta clemencia, no te atemorice, que el buen celo que nos mueve será nuestro custodio, y la piedad que nos instiga saldrá a la defensa. Darles sepultura aquí no lo tengo por decente; llevarlos a la cabaña no es acertado, porque los pastores no lo entiendan; pues si los llevamos a la aldea más circunvecina, juzgo que nos será muy sospechoso y, por lo menos, daremos motivo a muchas diligencias y pesquisas. Por lo cual, soy de parecer que los cojamos en hombros, y los llevemos, poco a poco, a un hospital de santos Religiosos, que yace de aquí una legua, entre unos riscos, donde, con mucho secreto, les daremos sepultura. Y cuando ya rompa el día las vidrieras de la noche daremos vuelta a tu albergue, donde me despediré de ti contento y agradecido.

Quedó Fabio tan conforme con lo que propuso Enrico, que no le contradujo en cosa alguna; antes, muy animoso, respondió que no temía ningunos reparos y que, para acudir a actos de tanta caridad, rompería por montes de imposibles.

Diciendo esto cargóse en hombros el cuerpo del difunto y, estando ayudándole a Enrico a que cogiese en sus brazos a la

difunta dama, oyeron cerca de sí un tropel como de caballo y algunos suspiros de persona humana. Grande fue el temor de que quedaron llenos pues, confusos y turbados, soltando en tierra los muertos, huyeron un gran trecho, hasta que entre unas espesas matas quedaron escondidos, desde donde estuvieron acechando por saber la causa del nuevo suceso.

El que venía a caballo era el criado que la dama traía, el cual, como después entendieron, había ido a buscar por toda aquella montaña si había algún poblado donde poder albergarse y, como la tierra era tan fragosa y poco conocida aun de los que la habitan, sin haber podido descubrir lo que buscaba, volvía con las nuevas al puesto donde había dejado a su señora, llorosa y afligida, y como la hallase de aquel modo, comenzó con lastimosas voces a llamarla, rodeándola del uno y otro lado, poniéndola en pie, sustentándole la cabeza, tirándola los brazos y, viendo que nada servía, levantando más el alarido y haciendo mil extremos de dolor y de sentimiento, bajó presuroso a un arroyo, y cogiendo de su sonora plata cuanto cupo la copa del sombrero, volvió con ella diligente, y echándose la en la cara a la traspuesta señora, fue tomando poco a poco en su sentido y acuerdo, volviendo a repetir el llanto con sollozos y suspiros. Lo cual, visto por Enrico y Fabio, sin más detenerse, se fueron a ella, que no quedó poco admirada de verlos y, muy lastimados, la ofrecieron su ayuda, haciéndola relación de todo lo que les había acontecido aquella noche, movidos de su llanto.

Muy cortés y agradecida se mostró la triste dama, y así, con mil ruegos y ternuras, les pidió por merced que no la desamparasen hasta poner a recado al difunto caballero. Todos se lo otorgaron, compasivos de su lloro, y haciéndole al criado que subiera en el cuartago, le acomodaron lo mejor que pudieron al difunto y, tomando Enrico a la dama de la mano, comenzó delante a abrir camino y, en su seguimiento, todos llegaron al hospital, que era la parte que Enrico había elegido.

Llamaron a la puerta, y abriéndoles un viejo venerable, entraron dentro, tan tristes y llo-

rosos, que llenaron la casa de confusión y tristeza, a cuyo ruido unos monjes que allí estaban por huéspedes, se levantaron confusos a ver la novedad. Como nadie sabía la causa, aunque la inquirían, todos se encogían de hombros, y ninguno se atrevía a preguntarla. Bajaron, pues, del caballo, al difunto cuerpo y, habiendo hecho Fabio en la capilla una gran fosa, le dieron sepultura, sin otros ritos ni ceremonias. Esto acabado, salieron todos a otra pieza, donde Teodora (que así se llamaba la dama) deshecha en llanto provocaba a dolor y sentimiento; mas, como considerase que los que la habían acompañado estarían deseosos de saber quién era, y los monjes y demás personas que la miraban, querrían también tener relación de aquel suceso, pidiéndoles a todos que se sentasen, y rogándoles amorosa que la oyesen, haciendo prólogo un lastimado suspiro, les habló de esta manera:

- Cuando el hábito que, los que me escucháis, vestís (pues sólo miro Religiosos, un anciano penitente y un pastor humilde) no mereciera ser secretario del proceso de mis culpas, bastaba la merced que me habéis hecho, el favor que me habéis prestado, el consuelo que he recibido, para contaros sin empacho lo que os conozco que os tiene a todos suspensos y confusos. Sólo estaré pesarosa de que no me escuchen las damas de mi edad, las doncellas de mi porte, porque a vista de mi ejemplo quedasen todas escarmentadas de semejantes peligros. Mas, pues, no puede ser esto en la parte en que nos vemos, oidme vosotros, no para que me guardéis secreto de lo que he de contaros sino antes para que publicquéis por el mundo todo cuanto tengo de deciros, que a trueque de que se enmienden las que quisieren imitar mis pasos, estimaré por corona la notoriedad de los delitos. En Salamanca vi de la luz los primeros paralelos; allí nací, allí me crié, si con regalos, el mundo lo publique, si con riquezas, mi calidad lo abone. Mi nombre es Teodora; callo el apellido, que referir mis faltas juzgo que me es dado, mas deslucir mi linaje, no os ha de parecer justo. Tuve por tío un santo Religioso, con que la

falta de mi padre (que me faltó muy niña) no me hizo falta cuanto a la enseñanza de buenas costumbres.

De mi madre muy pocas lecciones tuve, porque casada segunda vez y ausente de mis ojos, pasó retirada lo que le quedó de vida.

Albergados, pues, yo y un hermano mío en casa de unas beatas, tías nuestras, comencé ya a entrar en la edad de la razón y, cumplidos los años del discurso, cuando ya para casarse no se puede alegar menor edad, comenzaron a proponerme casamientos, que a no cerrarles de una vez la puerta, me fueron muy cansados y penosos. Resolvime en no casarme, siempre con la mira de entrarme Religiosa (buenos deseos, cuando saben emplearse; tristes propósitos, cuando se atropellan) y, como a tales inclinaciones, no falta quien las aliente, apenas mi tío entendió mi gusto, cuando con muchos afectos comenzó a animarme. Visitábame a menudo, dábame mil documentos, traíame libros devotos, con cuya lección gastaba lo más del día. El deseo de saber me incitaba algunas veces a leer cosas profanas y, para vencer estos impulsos, me valía de un libro de San Jerónimo, que así como leabría, hacía cuenta que el Santo me hablaba, pues, con imperiales palabras de David, comenzaba a decirme:

*- Oye, hija, mira atenta y acomoda el oído a mis palabras; olvídate del pueblo y de la casa de tu padre, y verás que el Rey de Gloria desea tu hermosura.*

Cobraba con estas palabras tanto valor, animábase tanto mi alma que, arrojando de las manos cualesquiera otras leyendas, me abrazaba solamente con las letras sagradas. Para que más me ocupase en la Divina Escritura me enseñó mi tío en pocos días la lengua latina, con cuya inteligencia pasé a mayores, hojeando los libros de mayor peso. Recreábame mucho con el libro de los Cantares, divertíame a menudo en los Profetas, y dábame lo más del día al sonoro metro de los Salmos. Con estos ejercicios, interpolados con algunos ratos de oración, pasaba las niñeces de mi vida, tan querida y estimada de mis tías que, por tenerme siempre consigo, co-

menzaron a poner dilaciones en mi entrada en Religión; y aunque mi tío, como persona que sabía bien los tropiezos del mundo, insistía en que me despidiese del siglo y tomase el hábito, de mí muy deseado, no fue poderoso para sujetar los ruegos de las que, como madres, me querían, que importunaciones de mujeres siempre alcanzan lo que piden, y ruegos amorosos siempre logran lo que intentan.

Quince años tenía ya cumplidos, y aún no querían mis tías darme libertad para sujetarme a más estrecha obediencia; tanto que, como me pidiesen un día que leyese alguna cosa santa y espiritual con que se divirtiesen, me aproveché de la ocasión, y comencé a leer en San Juan Clímaco estas palabras: "*Cuando determinas de peregrinar y apartarte a la soledad no te detengas en el mundo, porque no te saltee el enemigo en este tiempo, y te robe ese buen propósito*". Doblé aquí la hoja y, vuelta a mis tías, que ya me escuchaban suspensas, las pedí con encendidos afectos que no me fuesen estorbo para cumplir lo que mi alma deseaba, pues ya oían el peligro que me amenazaba en la dilación. Ellas, tocadas ya de la inspiración divina, hicieronme promesas de la brevedad, con que quedé consolada por algunos días. Y en este tiempo (¡ay de mí, y cómo temo de llegar a los umbrales de mi tragedia!) digo, pues, en este tiempo se levantó una borrasca, en que fluctuando el barquillo de mis potencias, dejó metida el alma en mil Scilas y Caribdis.

Vino a Salamanca un caballero andaluz, cuyo nombre era Lisardo, mozo, galán y dispuesto; entendido, lo que bastaba; valiente, más que otro alguno. Tomó cuarto frontero de mis casas, en casa de una viuda, que vivía con el alquiler que los estudiantes la pagaban. Tenía un balcón, que miraba a mis rejas, tiró fuerte de artillería, que asestado a mis ventanas, comenzó a darle batería a mi albedrío. Este fue el modo: mi hermano Julio era de los estudiantes más validos de la Universidad, el sustentante del rumbo y el hampón de los valientes. Pues como viese a Lisardo allí vecino, y le parlase al-

gunos días, conociendo por sus modos que el ir a aquellas Escuelas más era gala que estudio, antes divertimento que cuidado, trabó con él amistad tan estrecha que eran muy pocas las horas del día y de la noche que no estuviesen juntos. De esta comunicación procedió el ir Lisardo muchas veces a mi casa; de estas idas se originó el hablarme, tal vez de paso y, tal vez, con ceremonia de visita. De estas hablas, aunque el amor las llame castas, y la censura modestas, comenzaron a resfriarse las virtudes en mi pecho y a encenderse las llamas de mi apetito en mi corazón. De esta frialdad y fuego enfermó el alma de un calenturón de inquietudes. Bien me entenderéis, y no os espante mi mal que, en tales ocasiones, el pie más fijo en el camino de la virtud suele deslizarse, el entendimiento más cabal suele divertirse, la conciencia más segura suele descuidarse. Porque el lazo de una ocasión amorosa, ya que muchos saben huirle, son muy pocos los que por lo menos no tropiezan.

Aficionéme sumamente de Lisardo hasta donde pudo llegar las riendas del deseo sin quebrar los límites de la razón, aficionéme en fin honestamente, lícito amor, que sin culpa puede desearse. La virtud que en él resplandecía provocaba a este querer; el buen término que en él miraba alentaba a esta afición; y cuando yo no le quisiera por lo que en él veía, las muchas alabanzas que de él contaba mi hermano, fueron poderosas para tenerle voluntad. Bien conocí que Lisardo me pagaba este querer, pues sólo en sus ojos le leía toda el alma. Él no entendía mi amor, pues veces infinitas, contrahaciendo romances a su intento, y cantándoles suavemente por el compás de un laúd, me declaraba la mucha voluntad que me tenía. Declarámonos una tarde, que la ocasión nos quiso dar a solas, poniendo yo tantos preceptos, y ajustándose él a tantas condiciones, que todos cuantos le puse por mandatos, los hizo obediencias de su mucha voluntad. Quedamos en querernos bien,

sin desearnos para mal; en tenernos afición, sin mezcla de apetito; en meternos entre llamas, sin haber de quemarnos. O sí, como entonces experimentaba aquella sentencia de que *“para los amantes ninguna cosa hay trabajosa”* y que *“para el que desea nada hay dificultoso”* tuviera en la memoria aquel proverbio de Salomón: *“¿Quién meterá fuego en su seno sin que ardan sus vestidos? ¿O quién andará sobre las brasas, sin que se le quemen los pies”* Ya el carnal deleite comenzaba a vendar los ojos de mi razón, pues borró de mi memoria esta sentencia cuando la hube menester; pequeña centella fue, que abrazó toda la selva. Presto lo veréis. En nuestra fe prometida pasamos más de seis meses yo y Lisardo, supliendo las plumas, en modesto lenguaje, los ratos de conversación que la ocasión nos quitaba. Secretarios de nuestros amores fueron solamente los portadores de billetes, una criada fiel que yo tenía, y un criado de quien Lisardo se fiaba; primer tropezón del entendimiento: hacer confianza de cosas de la honra en sujetos de tan poquísima capacidad.

¿Quién duda que aquellos incentivos de entrarme Religiosa no estarían ya un poco amortiguados? ¿Quién duda que ya dejaría de ejecutar a mis tías, aunque cumplido el plazo que me dieron? ¿Quién duda que ya no revolvería tanto los libros sagrados como las flores amorosas de los poetas gentiles?

¿Quién duda que ya el orden de la oración y el recogimiento no estaría prevaricado y roto? Nadie pondrá duda en cosas tan claras; luego, según esto, ya el amor que llamaremos casto ¿comenzaba a hacerme guerra? Claro está, claro está; porque impedirme un buen propósito, quitarme de las manos la buena doctrina e inquietarme la oración ¿qué otra cosa fue sino desviarme de la escala para que, desmayando en el camino de la virtud, comenzase a dar traspies por los despeñaderos?

Así me sucedió, porque una tarde, avisándome la criada de que Lisardo estaba contemplando en mis rejas, me dio deseo de ponerme en la ventana para pagar su cuidado; como lo pensé lo puse en ejecución; hablamos con los ojos, y por ellos me acometió un relámpago de muerte, una flecha de lascivo amor, un rayo del apetito. Y acordéme entonces (¡ay de mí!) de un consejo que, en sus libros, me decía un santo Cardenal: *“Ten abiertas las ventanas, mas sea por la parte por donde entre la luz; sea por donde veas la Ciudad del Señor; pero no abras aquellas ventanas, de las cuales se dice: entró la muerte por nuestras ventanas.”* De esta vista se originó en mi pecho una batalla entre la lascivia y el amor, dejando tan en balanzas al libre albedrío que, ya mil veces, le miré en la lucha esclavo. Viendo, pues, a mi alma, que comenzaba a fluctuar entre los vicios y las virtudes, me retiré una noche presurosa a mi aposento y, acordándome para esta ocasión de un consejo saludable, abrí el Salterio, comencé a decir muy compungida:

*“¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué causa me estás perturbando? Espera y confía en el Señor, porque yo le confesaré que es la salud de mi rostro y mi Dios.”*

Repitiendo estas palabras con fervoroso deseo, quise divertirme en leer cosas divinas, fui a San Jerónimo y, en la primera hoja que miré, hallé consuelo para lo que buscaba, pues, cual si hablara conmigo, me decía:

*“En el instante que el apetito comencare a hacer cosquillas al sentido, y el incendio amoroso del deleite nos hubiere bañado con el calor dulce, digamos a voces: El Señor es mi protector, no temeré cualquiera cosa que haga contra mí la carne.”*

Hice reparo en que decía que el usar de esta defensa había de ser el principio de la tentación, con que me recordó la memoria otra sentencia del mismo Santo, de que el pensamiento no se le ha de dejar crecer sino cuando el enemigo está pequeño, matadle, esto es: cortad la maldad en semilla, porque no crezcan las cizañas. Saluda-

ble consejo, doctrina admirable para atropellar tentaciones. Pasé adelante en mi lectura y vi que, al mismo intento, me citaban al Salmista, hablando con un alma pecadora y diciéndola:

*“Hija miserable de Babilonia, bienaventurado el que te dará tu galardón, bienaventurado el que tendrá y deshacerá a tus pequeñuelos en la piedra.”*

Con la interpretación del Santo entendí ser este bienaventurado tan digno de alabanzas aquel que después de haber comenzado a pensar en las cosas torpes y lascivas, al instante, luego al punto degüella los tales pensamientos y los deshace en la piedra. Ya estaba yo cuidadosa en preguntar qué piedra era esta, cuando en el renglón siguiente escuché al Santo, que decía:

*“La piedra es Cristo.”*

Descuadernado el valor, la sangre fría, torpes las manos y el pecho sin aliento, estuve suspensa un grande rato, hasta que, cobrando bríos de la inspiración divina, comencé a decirme: ¡Ea, Teodora! ¿Qué haces? Si la piedra donde se han de matar las tentaciones es Cristo ¿qué esperas? Si es Cristo con quien se han de descalabrar los malos pensamientos ¿qué aguardas? Arrodiéme diciendo esto delante de un crucifijo y, ya los ojos, brotando sentimiento, le dije, envueltas en llanto estas palabras: conozco, Señor mío, que me habéis librado de una tentación notable; confiésoos, mi Dios, que me he visto a pique de perderme; mas, pues ya sé que sois la piedra donde he de sacrificar mis pensamientos, si valen promesas de quien tan mal cumple, desde hoy, con nueva vida, os propongo mi enmienda; desde hoy me he de enseñar a saber *que el amor de la carne se vence con el amor del espíritu, y que un deseo se reprime y se refrena con otro deseo*. Desde hoy, el corazón deshecho en llanto *lavaré todas las noches la holanda de mi lecho y, con lágrimas, regaré las tapias de mi estrado*. Desde hoy, sentándome tal vez sobre la cama diré tal vez puesta en Vos mi confianza: *De noche busqué a quien ha amado mi alma*. Últimamente, Señor, desde hoy pienso ser la cigarra de las noches, cantando sin cesar motetes en vuestra alabanza; esta-

ré, Señor, velando como el pajarillo solitario en el páramo sombrío, y cantaré con espíritu y sentido lo que me enseñó David: *Bendice, alma mía, al Señor, y no te olvides de todos sus galardones, pues es quien se muestra propicio en perdonar todas las maldades. Quien sana todas las enfermedades tuyas, y redime, y preserva tu vida de la corrupción.*

Ya con el fuego del amor divino quedó la tentación sin la victoria y, hallándome libre de un tan poderoso contrario, el corazón quieto, el alma gozosa, determiné estar siempre en centinela. Para esto comencé a cercenar en las visitas de Lisardo, quitando hasta de los billetes muchos días de estafeta, tal vez fingiéndome ocupada, y tal vez publicándome indispuesta. No dejó de sentirlo, según supe de mi hermano, aunque, como discreto, nunca se me dio por entendido. Pero aunque este remedio me pareció útil para no verle, lo hallé muy difícil para poder olvidarle, y cuando no hay olvido en quien ama no sirven ausencias del amado para haber de olvidar, antes, a veces, ausencias semejantes son despertadores del apetito dormido. Mas, como nunca faltó gufa a quien busca el buen camino, después de revolver entre mí muchas consideraciones, deseosa de saber el modo por donde yo pudiera quitarme de la vista de estos inconvenientes, hallé ser el último remedio retirarme a la Religión, supuesto que allí me había de privar de la voluntad y sujetarme a la obediencia, la cual, según dice el Penitente Sinaíta, en su *Escala Celestial*, no es otra cosa *que una muerte voluntaria, una obra sin examen, vida sin curiosidad, puerto seguro, excusa delante de Dios, menosprecio del temor de la muerte, navegación sin temor, camino que durmiendo se pasa y sepulcro de la propia voluntad.* Resuelta ya a ejecutar estos deseos, estaba un día, cuando entró mi criada con un billete, que me dio mucho consuelo, aunque fingí desazón en recibirle. Es el caso que, como Lisardo había sentido mis desvíos, juzgando procedían de que yo pensaba que sus amores se enderezaban a mal fin, me quiso desengañar con aquel papel, que por ser verso

y digno de su ingenio, os lo referiré a la letra; su tenor es este:

*Decir cuán grande es mi amor  
quisiera, mas el decirlo,  
es querer disminuirlo,  
pues limito su valor.*

*Ponerle tasa es error  
a un amor que es infinito  
porque si a boca, o escrito,  
a tratar de él me dispongo,  
en loarle, poco pongo,  
y en tasarle, mucho quito.*

*Tus gracias, tus perfecciones,  
tu discreción, tu hermosura,  
hacen cárcel mi ventura,  
pues me tienes en prisiones;  
taladro de corazones  
es tu vista, dulce ingrata,  
pues al que más se recata  
de mirarte, por vivir,  
de tus ojos al partir  
solo un soslayo le mata.*

*Es cierto que en un abismo  
estoy metido por ti  
pues no me acuerdo de mi  
cuando estoy más en mi mismo;  
pretenderte es barbarismo,*

*fuera sacrilegio amor,  
y así, por este temor  
prevengo luchas mayores,  
para amarte bien: amores,  
para no pecar: dolor.*

*El alma te adora, en cuanto  
puede, sin hacer delito,  
y el sensual apetito  
en la contra hace otro tanto,  
entre pecador y santo  
te puede decir que estoy,  
pero, con tal cuenta voy  
que siempre que en este arguyo  
para buen fin, digo: tuyo,  
y para mal; mío soy.*

*Tiende las velas al alma  
hasta lo que puede amarse  
y cuando va a dedicarse,  
huya la amorosa calma;  
si hemos de llevar la palma  
los dos de aqueste querer,  
amar hasta no caer  
es el verdadero amar,  
que los gozos con pecar  
son pruebas de aborrecer.*

Quando yo no estuviera muy entendida de la discreción de Lisardo, de su buen proceder y de su virtud, con solo este papel podía quedar desengañada. Holguéme infinito de leerle, y como jamás a un gusto dejó de seguirle un pesar, apenas le hube leído, quando entró mi hermano Julio en mi aposento, perdido el color, turbios los ojos y el mirar sangriento. Preguntéle la causa y, muy resuelto, me respondió: que ya se murmuraba la entrada de Lisardo en mi casa, que ya se di-

vulgaban sospechas, que ya se daban oídas a mil malicias, y que así, o que me determinase a tomar el hábito sin más dilaciones o, si tenía diverso parecer, tratara de casarme y, que si gustaba con Lisardo, él lo tendría por bien, por haber experimentado su trato noble y estar muy entendido de su sangre ilustre y de un rico mayorazgo que tenía; que lo mirase bien y que, por todo aquel día, le diese la respuesta.

Diciendo esto se volvió a salir sin escucharme palabra. Quedéme confusa, metida en otra batalla de tentaciones, pues ya el deleite comenzó a brindarme con sus gustos, coloreados con lo honesto del santo matrimonio. Ya el alma parece que se ensayara para novia, sin reparar en que la razón no quería ser su madrina; ya Lisardo parece que aderezaba el tálamo de sus bodas. Fluctuando, pues, el pensamiento en medio de estas borrascas y hallándome ya casi sin fuerzas para enderezar el barco al puerto virginal que tenía prometido, hícele a mi tío relación de todo lo que pasaba, aunque ya habían llegado a sus oídos muchas nuevas que le tenían lleno de pesadumbre. Vino, pues, aquella tarde a mi casa y, antes de hablar conmigo, me dijo la criada lo mucho que había reñido con mis tías sobre haberme dilatado mis buenos propósitos y sobre haber dado entrada a Lisardo. Después de esto, cogíome a solas, cerró el aposento, sentóse en una silla y, con faz serena, me dijo:

- Aunque ha días, Teodora, que encubro mi sentimiento, no me despedía de llegar a esta ocasión y, porque vamos claros en lo mucho que tengo que decirte, te quiero advertir primero que ya sé cómo estás fría en tus propósitos, que no ignoro que te has distraído de tus santos ejercicios, que conozco que estás llena de mil pensamientos, que me es notorio que comunicas con Lisardo (poco recato de tus tías y malos miramientos de tu hermano), que es pública la entrada en tu casa, que hay nota en la vecindad, que por eso estás en balanzas de casarte o no casarte, de ser Religiosa o de no

serlo. Todo esto lo sé ya. Ahora ve conmigo, diréte mi parecer, te propondré lo que puedo aconsejarte y elegirás después lo que te estuviere más a cuento. Viéndote el demonio tan inclinada a la virtud, tan dada a la oración, tan apartada del siglo, buscó con su astucia trazas para hacerte tropezar. Trajo a este caballero de lejanas tierras; plantóle frente tu casa, hizóle amigo de Julio tu hermano, dióle entrada a tu aposento, trabásteis conversación, propúsetele muy discreto, él te halló muy entendida, pagóse de tu hermosura y, en fin, quedásteis prendados. Viendo el demonio tan bien sentada esta basa ¿quién duda que ahora no gasta toda su munición para derribarte y destruirte, prometiéndote gustos, representándote deleites, brindándote regalos y haciéndote caricias? ¿Qué escuadrón de pensamientos no andarás en tu pecho? ¿Qué motín de imaginaciones no te atormentará el alma? Oírte no pienso, porque excusas a lo que te he aconsejado yo no he de admitirlas; dilaciones a lo que te importa yo no he de aprobarlas; voluntad de hacer lo que te amonesto, sólo la ejecución he de escuchar por respuesta. A mi Convento me voy, y si no fuere para acompañarte a un Convento, no me verás más pisar estos umbrales. Tu padre seré como hasta aquí si entrases Religiosa o llórame por muerto si acaso te casares. Quédate con Dios, y esas lágrimas que encubres, vuélvelas al pecho, ese dolor que disimulas, conviértele en alegría y mira por tus ojos no diga Dios de ti alguna vez: *La doncella de Israel cayó, y nadie hay que la levante.*

Hasta aquí dijo mi tío. Y, sin aguardar respuesta, tomó la puerta de la calle. Y si los que me escucháis atentos, decís acaso, entre vosotros mismos que ¿cómo una mujer que aprendió tanta doctrina, que tuvo tales maestros, que leyó tantos desengaños, se ha aprovechado tan mal que ha venido a tal ruina, pues el traje en que me véis, antes parece de bandolera que de Religiosa, antes de pecadora que de mujer recogida? quiero responderos, sin pasar adelante, que

mientras estamos en esta carne mortal, no hay cosa segura, el más entendido suele dar mayor caída, miradla en Salomón; el más justo suele tener un tropiezo, consideradlo en David. ¿Cuántos y cuántos hartos de ayunos y disciplinas, hartos de gemir y de llorar, se habrán condenado? ¿Cuántos y cuántos hartos de revolver las divinas Escrituras, hartos de enseñar la memoria de la muerte, el temor del juicio y las penas del infierno, habrán vuelto atrás en la carrera, o ya con el cebo del deleite o ya con la hinchazón de la soberbia? De suerte, señores míos, que sólo el que perseverare hasta el fin sabrá salvarse. Pluguiera a Dios que lo que os parece que tengo de discreta hubiera sido sencillez; pudiera ser que los pensamientos no me hubieran guerreado tanto. Pluguiera a Dios lo que os parece que tengo de letras lo hubiera empleado solamente en obras mujeriles; pudiera ser que no les hubiera dando tanta rienda a mis deseos con decir sabré guardarme. Mas, pues ya no puede ser menos, y aguardáis los fines de mi tragedia, volvamos adonde me aparté.

Salióse mi tío tan enojado como vésteis. Y yo, hecha un mar de lágrimas, sin querer realizar resistencia alguna a tales inspiraciones, después que en mi retrete deposité las lágrimas que el corazón sentido me tiró a los ojos, después que me previne de razones, y después que despedí la tristeza con simulada alegría, salí donde mi hermano y tías estaban con algún cuidado de ver mi resolución, la cual fue decirles: que el día siguiente, sin que estorbos se pusiesen de por medio, había de entrarme Religiosa. Sintieronlo mis tías por la ausencia, y si lo sintió mi hermano, por la amistad de Lisardo, no lo dio a entender. Y así, en común acuerdo, quedamos en que se ejecutara lo que yo pedía. Comenzaron a disponerse las cosas y aquella noche comenzó el amor a incitarme para que escribiera a Lisardo mi despedida, carta que ya la cortesía la llamaba jus-

ta, y la razón de estado la hacía forzosa. Parecióme tentación y no quise hacerlo. Antes, cumplida la tarea de mis devociones, quise entregarle al sueño lo que de la noche me quedaba. Id conmigo, que quiero ya entrarme en los temores de mis mayores asaltos. Apenas maté la luz, después de estar desnuda, cuando cerca de mi aposento sentí pasos. Púseme más atenta, pensando no fuese imaginación. Confirmelo por verdad, pues oí que allá fuera hablaban muy de secreto y, sin sosegar un punto quise, curiosa, examinar quiénes eran. Para esto volví a tomar las ropas, aunque con desaliño, y vi que había luz en el palacio, donde tabique en medio dormía mi criada. Tuve mala sospecha, por ser ya tan a deshora, y así, con el silencio que pude, enderecé allá los pasos, mas no pudieron ser tan secretos que no los sintiesen, pues apagaron la luz en el mismo instante. Esto me causó mayor recelo y, con algún enojo, mandéle a la criada que me abriese, la cual, fingiéndose dormida, y con la turbación, no me obedeció en grande rato. Abrióme, en fin, la puerta; pedí que trajese luz; fue por ella y, antes que volviese, oigo que se llega a mí un hombre y, con un profundo suspiro, me dice:

- Señora, no os alteréis, que os juro a fe de caballero, que está donde yo estoy muy segura vuestra honra.

En el metal de la voz conocí que era Lisardo el que me hablaba y, con temores de muerte, descuadernado el aliento y añudada la garganta y la sangre convertida en un sudor frío, le dije, como pude:

- Hombre ¿quién eres? ¿Quién te ha traído aquí? O ¿qué intención te ha obligado?

Como conoció mi turbación y vio en mis ahogos mi desmayo, llegóse más a mí y con ruegos amorosos, pidiéndome perdón del atrevimiento, me dijo que era Lisardo, que iba a despedirse de lo que más había estimado y querido. Llegó con la luz, a este punto, la criada, tan difunta, que en el perdido color se leían sus temores y me dijo que no la culpase en nada, pues estaba allí Lisardo, que sería fiel testigo de su disculpa.

Fuímonos a mi aposento, quedámonos a solas, sentéme sobre mi cama, dile a Lisardo una silla, y cobrando algún valor le dije:

- No sé, señor, a qué pueda atribuirse aqueste exceso ni sé que pueda haber modo para colorear su malicia. Aquí el amor no tiene basa, pues ya sabéis con la lisura que habemos procedido en nuestro amor y, cuando este va enderezado sólo a una afición honesta no hay desvelos que maltraten, no hay inquietudes que desvelen, no hay celos que fatiguen ni arrojos que puedan disimularse. Esto supuesto ¿para qué es esta despedida, porque me voy a un Convento? ¿Para qué son estos extremos, porque me retiro a servir a Jesucristo? Y ¿para qué son estos arrojos, porque me aparto del fausto del siglo? ¿Qué queréis con esto, que presuma del amor que me habéis mostrado? ¿Qué queréis, que crea de la voluntad que me habéis tenido? ¿He de decir que era honesta, si sentís, acaso, que me despose con Dios? ¿He de pensar que era por buen fin, si el meterme en la clausura os causa pena? Y, finalmente ¿qué queréis que juzgue? ¿qué queréis, que presuma de hallaros ahora, a la media noche, escondido en mi casa, disfrazado como os veo, cargado de pistolas, como os miro; aguardando que me durmiese, como se deja entender, y quizás con llaves falsas, como puede presumirse? Ahora decidme del modo que está segura mi honra, contadme la aflicción que traéis y la determinación con que venís.

Muy atento me escuchó Lisardo y, rompiendo la voz por entre mil ahogos, me respondió estas palabras:

- Hállome tan concluído, hermosa Teodora, con vuestras discretas razones, que no sé el modo que he de tomar para decir mis disculpas, pues hay casos donde la conciencia más segura, si se ciega de afición, se halla imposibilitada de descargos. Pero, supuesto que ya conocéis mi trato, y que habéis visto mi amor, y que os son notorios mis modos de proceder, deciros he la verdad, que no dejaréis de darla crédito, según conmigo estáis acreditada. Y respondiendo primero al último cargo que me hacéis de haber quebrantado vuestra casa, digo: que supe esta

tarde cómo mañana os íbais al monasterio, cosa que me dio notable gusto por una parte, cuanto dolor y pena por otra; gusto, porque siempre, como sabéis, he gustado de que no tuviérais otro esposo más que a Cristo (con que satisfago a vuestras objeciones), pena, de ver que no me habéis escrito ni dado cuenta de vuestra determinación. Esta pena, junta con que ha muchos días que no me comunicáis con aquel agrado que solíais, ya haciéndoos de la enferma, y ya fingiéndoos ocupada, me llenó el alma de sospechas. Estas sospechas, creciendo en el corazón, me causaron tantas inquietudes y tantos juicios temerarios que, agotado el sufrimiento, viendo en que aun no me quedaba un día en que pudiese hablaros, quise valerme de la noche para venir a deciros si os he hecho alguna ofensa. Y así, acompañado de vuestro criado, salté las paredes de vuestro jardín, llamé a la ventana del aposento donde vuestra criada duerme, respondiéndome temerosa, pedíle que me abriese, excusóse cuanto pudo, hasta que, engañándola, hice que me diese puerta abierta. Entré dentro y, sabiendo que Julio, vuestro hermano y mi amigo, aún no dormía, y que vuestras tías aún estaban despiertas, estúveme escondido hasta que todo estuviera sosegado, no aguardando, no, que vos os acostárais, según que maliciosa presumís, que, para hablaros, claro está que os buscaría despierta y no dormida. Oísteis algún ruido y, antes que yo fuera a buscaros, me salísteis al encuentro del modo que ya sabéis. Lo que yo vengo a deciros se cifra en dos palabras: que mientras yo viviere, ora estéis en el siglo con tal de que no os caséis, ora estéis en el Convento, con tal que no tengáis otra comunicación, os he de amar con el afecto que hasta aquí; os he de servir con la voluntad que siempre os he mostrado y he de llamarme vuestro, sin que nuevas correspondencias me desvelen y sin que otros amores me lo impidan. Y en señal de esta palabra recibid este diamante, que gustaré mucho que os le llevéis consigo para que por él examinéis mi fe y, en su fortaleza, veáis mi constancia.

Diciendo estas palabras, levantóse de la silla a darme un rico anillo y, a este tiempo, trabándosele la guarnición del estoque en una pistola, dio lumbre el pedernal y, con un ronco estallido, despidió la munición del plomo, tan por medio de los dos que no fue poca suerte quedar libres del fracaso, ya que no de mil penas y congojas. Al estruendo despertó toda la casa. Levántanse los criados de mi hermano y, encontrando a Camacho (que era el criado que Lisardo llevaba y de quien más se servía para nuestros secretos) comienzan a decir a voces: ¡al ladrón, al ladrón! Quiso Lisardo acudir, temiendo no le matasen, y considerando yo que era mayor inconveniente que a él le viesen, fui de acuerdo que apagásemos la luz, y que quedándose allí, saliese yo a remediar aquel daño. Como lo pensé lo puse por obra; salí corriendo hacia el jardín, adonde ya Camacho se había ido retirando con harto peligro de dejar allí la vida y, mandando a los criados que no le ofendiesen, fingiendo para esto lo que mejor supe, a ellos les hice que volvieran a recogerse, y a Camacho le dije que se escondiera por allí hasta que bajara Lisardo. Mientras yo (¡ay, triste!) andaba ocupado en esto, ya mi hermano Julio se había levantado, y tomando en la una mano un candelero, y en la otra su espada desnuda, había escudriñado los rincones y desvanes de la casa y, como no encontró a nadie, se fue a mi aposento, en donde hallando a Lisardo, y viendo que yo estaba ausente, de tal modo quedó mudo, que no acertó a hablar palabra; de tal modo quedó ciego, que de enojo no veía; de tal modo quedó helado, que no pudo moverse, hasta que llegando yo muy descuidada, los hallé suspensos, mirándose el uno al otro. Puesta, pues, entre los dos, ya veréis cuál quedaría, pues casos repentinos de esta suerte, aun no dejan razones a un alma para saber disculparse. Mi hermano, como la misma razón hablaba por él, callando nos decía todo cuanto con palabras podía castigarnos. Lisardo (como la presunción estaba en contra suya) si es que tuvo pensamiento de dar sus descargos, lo que puedo decir es que no acertó a decirlos. Yo, desdi-

chada, como veía que en semejante peligro ya estaba amenazando una desdicha, sacando fuerzas por en medio de los miedos, y rompiendo la voz por medio de los desmayos, hablé de esta manera:

- Aunque soy yo la que con más razón (siquiera por ser mujer) pudiera estar helada del temor, descuadernada del sobresalto, y muerta de este encuentro; con todo, quiero hablaros, viendo que estáis mudos, el uno casi empuñando la espada, y el otro casi previniendo el golpe; el uno, enojado de ofendido, y el otro agraviado de su suerte. Bien pudiera ya Lisardo, pues está inocente, haber propuesto sus descargos con mi culpa, y bien pudiera ya Julio, pues está ignorante, haber dicho por mi honra sus agravios, que harto hiciera yo en responder a la verdad, absolviendo ajenas inocencias, y condenando yerros propios, pero supuesto que los dos reserváis en mi dicho vuestras causas, y estoy puesta entre los dos por arbitrio de justicia, atended a mi sentencia, y advertid que de sentencias tales no admite el derecho apelación. El celo de mi hermano ha sido muy justo, la causa de su sospecha muy evidente, muy declarado su agravio, y con mucha razón su enojo; pues ya que por mi honor en la parte que me toca sea mía la culpa, en la parte que a él le pertenece se le ha hecho ofensa, esto no puedo negarlo porque argüir ignorancia de cosas claras es indicio de delito. Según lo cual, ya parece que es Lisardo el reo y el culpado en este pleito. Del parecer al ser hay diferencia y aquí se confirma, pues no es Lisardo nada de lo que parece. Es el caso que, habiendo yo sabido esta tarde, por relación de una criada, de que Lisardo, avergonzado y corrido prevenía venganzas, levantando alborotos y motines, por haberse murmurado su entrada en esta casa, siendo como sois los dos tan íntimos amigos, y que por tal nota se aceleraba mi entrada en Religión. Digo, pues, que entendida yo de semejantes arrojos, considerando que solo habían de ser campanadas de mi honor, quise hablarle, para reducirle, o con ruegos o amenazas, a que desistiera de se-

mejantes designios, aconsejándole que trocara en disimulos las que quería publicar quejas y agravios. Y el no hacer esto, hermano, por medio de tu persona, fue por dos respetos salidos del alma: uno, pensando no fueras tú el que hubieras dicho a Lisardo la nota y murmuración y sabiendo luego los rumbos de su ira, quisieras con el acero hacerle que callase; otro, juzgando que no llevaras a bien hacerte como tercero de mis mensajes, y más viéndote ya hoy tan amostazado de mi correspondencia. No hacerlo por un papel fue con mucho acuerdo, pues es una locura, y parece el mayor de los arrojos que, en cosa de tan poco peso ffe y confie una doncella, no menos que la fama de su honor, porque cualquier papel, por muchos sellos que lleve, por muy cerrado que vaya, ha de pasar primero por las manos de muchos portadores, uno que le recibe, otro que le lleva, otro que le confía y otro que, si gusta, le da al dueño y si no gusta, le abre, como cualquiera de los primeros pudiera haberlo hecho. Y cuando sucede bien, que escapa de estos peligros, el descuido de su dueño (por mucho que le estime) le pierde, o algún amigo curioso le roba de su escritorio. De suerte, hermano, que cosas graves y de este porte no son para escritas sino para dichas, de modo que aun no lo oigan las paredes. Y últimamente, el no haberlo hecho de día fue porque, cuando me resolví en este acuerdo, pisábamos ya las sombras de la noche; demás que no fuera justo que, estando ya pública la nota, vieran entrar a Lisardo a las vísperas de mi ausencia. En suma, él ha venido aquí a mi llamada, apercibido, temiendo alguna traición, dispuesto a hacer cuanto le pidiere, y determinado a los peligros que pudieran venirle. Habiéndole, pues, dicho mi parecer, y empeñádome su palabra que dejaría sus comenzados intentos (que eran de dar cuatro cuchilladas a dos murmuradores) al tiempo que al despedirse se levantó de la silla, se le disparó una pistola, cuyo estruendo ha sido causa de aquestas confusiones. Supuesto todo lo dicho, váyase libre Lisardo y tú, hermano, vuélvete libre a tu cama sin rece-

los. Y esto sea sin dilación alguna, antes que demos que censurar a los criados, pues ellos, con menores ocasiones desdoran la opinión más inocente, arrastrando la honra más segura.

Sin despegar ninguno los labios salieron del aposento. Lisardo, agradecido a mis palabras, y mi hermano, muy satisfecho de que era verdad todo cuanto le había dicho. Con este ardid excusé una desgracia, pues no todas veces se han de contar las verdades tan desnudas, que quedan por sospechosas, sino que es menester echarles algún rebozo, del modo que lo hice en fingir que yo lo había llamado, pues claro está que le llamé vocalmente a mi aposento, y con la imaginación puedo decir que le llamé de su casa.

Acabada esta tormenta, despertó el día en brazos de la aurora y, apenas con su claridad comenzó a coronar las puntas de los montes, cuando con el acompañamiento que me pareció decente, me fui a uno de los más lustrosos monasterios de aquella ciudad, donde siempre yo había dedicado mis pensamientos. Diéronme el hábito ocn mucho gusto y con grande ostentación del aplauso que hicieron todos los nobles en asistir a mi fiesta.

Contaros ahora las tentaciones con que fui combatida por espacio de ocho meses, será querer contar al mar arenas y al firmamento luceros. Fue tanto lo que se llenó el corazón de la afición de Lisardo que, inficionada toda el alma, con ningunas mortificaciones podía ponerme en tino. Si oraba, el corazón en Lisardo; si velaba o si dormía, todo era pensar en Lisardo. Si ayunaba, el pensamiento en Lisardo. Pasemos, pues, en silencio, mil lances que tuve en aquellos días, y lleguemos ya al blanco de mi tragedia. Lleguemos ya al Caribdis de mi honor, al escollo donde tropezó mi dicha, y al patíbulo donde se murió mi gracia.

Sabed, pues, que, aunque entré determinada de no acordarme del siglo, no se pudo apagar aquella centella amorosa, y así, nunca dejé de corresponder a Lisardo del modo que a los principios, buscando ratos hurtados para hablarle, y apro-

vechándome de trazas para escribirle, de los cuales papeles era Camacho estafeta bien secreta, pues a todos los lances sabía hacer su papel, sin que hubiera que advertirle. Empeñámonos, pues, de tal modo, ya con las finezas, ya con los amores, que los que comenzamos juegos, casi se hicieron verdades; las que pensábamos burlas, casi se hicieron empeños. Y esto nunca con mayor desgarró que cuando Camacho me cuenta una historia de celos. Díjome, pues, que Lisardo dejaba en Córdoba una dama, que era un asombro de belleza, y que sólo se entretenía en Salamanca, hasta que se compusiesen unos pleitos para casarse con ella. Aquí perdí el sentido y comencé a enajenarme de la razón, pues más celosa que pueden pintar a Juno, no quise en muchos días ver ni escribir a Lisardo, el cual, después que entendió la causa de mi enojo, comenzó como nuevo amante a hacerme tantos juramentos, a darme tantas palabras que, viendo yo los extremos de su afecto, hube de volver a admitirle en mi gracia. Ya desde aquí dejaron las voluntades el recato que solían, ya todas las pláticas iban algo licenciosas, ya las visitas tropezaban las más veces en consentidos pensamientos. Ya, en fin, dejamos a Dios, que en esto se cifran cuantos males puedo proponeros, y cuantas desdichas puedo significaros. No dejéis ahora, mientras prosigo, de considerar aquella candidez de mis principios, aquel recato de mis mocedades, aquella viveza de mi ingenio, aquellas letras tan bien aprendidas y aquellos consejos tan bien empleados.

Paso adelante. Reñíle un día a Camacho ásperamente, porque se atrevía a levantar testimonios a su amo, sólo a fin de darme celos y, cuando estuvo harto de escuchar mis oprobios, me dijo, con mucho disimulo, que era tan verdad lo que me había contado que aquel mismo día había tenido cartas Lisardo de su dama, por las cuales le llamaba a mucha priesa para ejecutar su casamiento y, por más señas, le decía el día que había de salir de Salamanca, las jornadas que había de echar en el camino, y la hora que había de llegar a sus brazos a una quinta,

donde le esperaba. Quedé tan hecha tigre con nueva semejante que, despidiendo volcanes de fuego por los ojos, y por la boca la ponzoña que se engendró en el pecho, le dije había de hacer a Lisardo que le matase, si no era hombre, para robarle la carta y traérmela. Convino con el concierto, y de allí a dos días puso la carta en mis manos. Lefla una y muchas veces, tragando por entre mil ahogos la saliva, y previniendo ardides para mi venganza. Presto me dio la traza el demonio y fue que, como advirtiese que decía la carta: "saldrás, Lisardo, de esa ciudad el sábado veinte de este mes, porque el sábado siguiente te he de aguardar en mi quinta con el alma y con los brazos, y si en esto hicieres falta sólo un punto, confirmaré mis sospechas de que tienes allá quien te entretiene", digo, pues, que, como advertí este mandamiento tan apretado, le escribí a Lisardo en un billete: que se viera conmigo. Obedeció al instante, y después de muchos juegos, le dije ¿si sería hombre para entrar una noche en mi celda? a que me respondió sin turbarse, que entraría una y mil veces, que señaláramos día. Entonces le repliqué que había de ser a veinte y cinco del mes que estábamos. Aquí me parece que comenzó a titubear, aunque sólo me dijo que estaba entonces convidado a unas fiestas diez leguas de la ciudad, mas que, por darme a mí gusto, lo atropellaría todo. Agradecíle su amor, y despedímonos hasta el plazo señalado, pues hasta entonces no habíamos de vernos.

Mirad del modo que anda mi alma por los jardines de la clausura, mirad el paradero de mis amores honestos. Dijo un autor grave que la tentación muchas veces se vence y que la ocasión casi siempre se atropella, pero cuando concurren ocasión y tentación (del modo que en mí habéis visto) son muy pocas veces las que tropieza el alma que no quede presa en los brazos del deleite. Húyase, pues, la ocasión, que esta quitada, a un rato de oración muere cualquier pensamiento.

Llegóse la noche señalada, más triste me pareció que otras veces, pues calando la luna al papahigo, embozó toda su cla-

ridad, y amortiguadas las demás estrellas, quitaron lo brillante de sus luces, y sirvió de manto un capuz de negras sombras, que hasta una noche con ser triste descubre más tristezas, cuando un pecador la quiere hacer tercera de su pecado. Tocóse a recoger en el Convento y, dejando todas las monjas sus tareas, se fueron a sus lechos, donde en breve rato las dejó el sueño dormidas. Yo, que no me faltó astucia para hurtarme de la vista de algunas que podían celarme, volvíme a mi celda, donde estuve aguardando que diera el reloj las doce. Así como dieron, bajé con mucho silencio a un gran patio de la casa, que era el puesto donde había de esperar a Lisardo, el cual había de traer dos llaves falsas, para haber de entrar a aquella pieza. Allí me estuve una hora, que la juzgué una eternidad, batallando con infinitos pensamientos de si Lisardo me había burlado y se había ido a su tierra o, si temeroso, no se había atrevido a cumplirme la palabra o, si arrepentido, quería disculparse diciendo que juzgó burlas las que tratamos veras. Estas, con otras imaginaciones, me traían tan inquieta que, a fuerza de divertirme, no podía sosegarme. Y estando en esto, oigo de improviso como que pasaban por la calle una armonía de voces fúnebres y tristes, que a dos coros iban cantando un responso. Parecióme novedad y, sintiendo el valor mil espeluznos, me hallé abrazada de un miedo, cuando entendí con Lisardo, y más cuando escuché que, al son de un temeroso golpe, abrieron las puertas de la iglesia y las de la clausura, donde yo me hallaba. Salí por estas, hasta llegar a aquellas, muy ganosa de reñirle a Lisardo el ruido que había hecho. Pero no hallé a quien reñir el enojo, aunque di mil vueltas por todas partes, escudriñando de la iglesia lo más secreto y oculto, sin que un escuadrón de miedos, de que iba cercada, fuera poderoso para impedir el paso. Aquí confirmé no ser quien yo pensara el que había abierto, y como a este punto conté las dos, hora ya desesperada para ponerse a esperar, viéndome sola, quebrantada la clausura, las puertas todas abiertas,

posible el haberme sentido, y científico el haberme engañado Lisardo, deslicéme de un tropiezo en otro peligro, y de una ruina a otro despeñadero; esto fue: que me salí del Convento y, de la suerte que estaba, me fui por las plazas y las calles a vengar mi imaginación celosa, que a semejantes locuras obliga un amor cuando está desenfrenado.

Enderecé mi camino a la casa de Lisardo, que ya os dije que estaba enfrente la mía, y tocando las puertas, hallé que estaban abiertas y juntadas y, en el zaguán primero, una lámpara encendida. Estuve un rato dudosa, si entraré, si no entraré, hasta que me resolví a llamar, disfrazándome cuanto pude con la poca ropa que llevaba y fingiéndome ser una criada de mis tías. Salió la casera riñéndose su descuido de haberse dejado la puerta de aquel modo, y preguntándole yo si estaba Lisardo recogido, me respondió con voz lastimada; "hermana mía, ya ese caballero se fue, no sólo de esta casa, sino de la ciudad, con determinación de no volver en su vida, por eso no le busquéis, que os cansaréis en vano, pues va en postas camino de su tierra".

En tanto que del dolor llegó el sentimiento al alma, en tanto que de la sangre, una se heló en las venas y otra se fue al corazón y, en tanto que con salivas quité de la garganta los nudos y del pecho los ahogos, cerró la mujer su puerta, volviéndose a su cama. Y apenas me vi a solas, cuando con profundas voces comencé a pedir al Cielo mil venganzas, como si el Cielo, que permitía mi castigo, hubiera de escucharme. Procedía mi dolor, viendo indicios tan patentes de que me había burlado Lisardo, dejando también testigos que publicaran mi afrenta, como eran haber ido a abrir el monasterio y haberse ausentado, pues en esto dejaba al arbitrio de cada uno juzgar lo que quisiere. No quisiera repetir estos dolores, ya veréis los grandes que podían ser; suplidme este período y así llegaremos antes a mi postrera caída. Ésta fue tratar de mi venganza, que a no concertarse tan al punto, juzgo que en aquella noche se cortara el flaco estambre de mi vida.

Llorosa, pues, de la manera que digo, me recliné en los umbrales de mi casa, regándolos con dos fuentes de lágrimas que, desatadas de mis ojos, corrían hilo a hilo por la tierra. Y, estando de esta suerte, veo que se llega a mí no menos que mi hermano Julio que, como después me dijo, venía de acompañar a Lisardo, hasta dejarle fuera de la ciudad. Y así como me vio (¡ay de mí, triste!) sin conocerme, comenzó a preguntarme la causa de mi llanto y, considerando que mi pena iba en aumento mientras más me preguntaba y que, aunque procuraba responderle no podía, muy piadoso y compasivo me levantó del suelo con sus brazos, y descubriéndome el rostro, por limpiarme un sudor frío de que me iba cubriendo, a la luz de una hacha que ya habían encendido los criados, conoció ser yo su cara y querida hermana, con que quedó tan mortal del dolor que sintió en verme que, en muy grande rato que estuvo abrazado de mi cuello no acertó a mover la lengua.

Después de pasado el prólogo del dolor en la forma que pude, comencé a encarecerle mi afrenta, culpando a Lisardo de traidor, llamándole falso amigo, mal caballero y fingido y falso amante, y esto con tan airados impulsos que hasta las paredes que me oían las provocaba a venganza. Como Julio, con lo que yo decía adelantó el pensamiento a lo que podía ser aquel fracaso, revestido ya del enojo, que bastaba, y despidiendo en cólera las lágrimas que encubría, hizo que me recogiese y, tomando al instante postas él y sus dos criados, se partieron todos tres camino de Sevilla.

Lo que restaba de la noche pasé en sollozos y suspiros, considerándome ya causa de tantos males la que siempre había sido estimada por ejemplo de virtudes. ¿Qué mas males, que por la ocasión que no quise evitar, verme puesta en un pensamiento consentido? ¿Y de este pensamiento deslizada en el deseo de ejecutar la obra? ¿Y de este deseo, huída de la clausura (que, aunque no hubo profesión, ya que no pecado, con todo es ignominia)? ¿Y de este arrojó, abrasada en rayos de ven-

ganza? ¿Siendo causadora que fueran siguiendo a Lisardo para quitarle la vida? ¿Qué más males puede causar una mujer insolente? ¿Qué más ruinas pueden seguirse por una pecadora?

Amaneció, pues, el día, no como otras veces el alba risueña, Apolo brillante y la luz alegre, sino todo ofuscado en crepúsculos tenebrosos y metido en un capuz de pardas nubes, porque hasta los astros parece que, en su modo, arrastran lutos cuando ven a un alma muerta en el pecado. Así pues, como abrió el día, envié a mi antigua criada al monasterio con un recado, dándoles noticias de cómo me había vuelto a mi casa, y que lo hubiera hecho antes si no fuera por la vergüenza que me causaba haber de decirles mi determinación. Y que el haber hallado aquella noche la puerta abierta no lo atribuyeran a mi mal proceder sino al descuido de las celadoras de la casa. Con esto quise asegurar el batallón de sospechas en que todas las monjas se metieran al punto que me echaran menos, pues, en tal caso, la que mejor presumiera de mí me había de destruir la opinión y deslucir la fama. Antes que la criada trajera la respuesta, entró Camacho en mi aposento, tan perdido el color que fue mucho conocerle y, derribado a mis pies, me dijo con lágrimas y suspiros, cómo su señor Lisardo se había partido de este mundo, movido de las causas que hallaría en una carta que le dejó que me diese. Y que habiéndose él estado toda la noche junto al monasterio, para cumplir con lo que su señor le había mandado, después que preguntó por mí, no le habían dado por respuesta sino mil baldones y vituperios, hasta que, entendida mi fuga, vino a mi casa a buscarme y despedirse también para irse a un yermo a procurar su salvación. Sin más preguntarle, abrí la carta de Lisardo, que solas contenía estas palabras:

“Teodora mía, al Cielo tenemos enojado. Dios se nos muestra sumamente ofendido, pues, con rigurosas amenazas me ha representado esta noche terribles castigos que ya, sin duda, estuvieran ejecutados, a no haber, con ruegos,

prometido mil enmiendas. A un desierto me parto, donde con ásperas penitencias te juro y prometo que rogaré a Dios tanto por tu alma como por la mía. Si te ha alcanzado parte de mis exequias, yo sé que estarás muy otra; si no has visto nada, olvida el amor terreno y date de veras al amor de Dios, que están nuestras almas muy a pique de perderse”.

Como quien recuerda de un profundo letargo, o de las tinieblas sale a vistas de la luz, comencé a abrir los ojos de la consideración a vistas de esta carta que, repasándola una y muchas veces, me llenó el alma de mil arrepentimientos. Allí se sepultaron mis amores lascivos, allí murió mi afición mundana y, con amores verdaderos y con limpia afición, comencé a decir, torciéndome las manos: “¡Ay, Lisardo mío! ¡mío nunca más que ahora!, pues me adviertes mi ceguedad y por mi causa te apartas de los regalos del siglo, mío nunca más que ahora, pues me has llenado el alma de contrición y, por mi causa, dejas tu ilustre linaje, olvidas tus años verdes y en páramos sombríos vas a sepultar tu juventud. ¡Ay, Lisardo mío! (volví a repetir) ¡y qué mala correspondiente soy! pues cuando tú vas a hacer penitencias por mi alma, yo estoy despachando a quien te quite la vida”. No quise alargar más el llanto, sino despidiendo a Camacho con algunos escudos que le di de limosna, me determiné a salir aquella noche en busca de mi hermano, temiendo no ejecutara la venganza. Vestida, pues, de aqueste disfraz, y aplicada una mascarilla al rostro, me salí a la media noche de Salamanca, acompañada de este criado que, como tan fiel y seguro, hice confianza de su persona. Hicimos largas jornadas, y llegando una tarde (ya cuando el Sol pisa las puertas del ocaso) al montezuelo donde algunos de los que me escucháis me hallásteis, al eco de un lastimado gemido, volví la rienda al caballo y, por presurosa que descendí a hablar al que se quejaba, ya con un ¡Jesús! devotamente dicho había rendido el espíritu. Aunque tuve sospechas, no juzgara jamás que era Lisardo, según tenía desemejado el rostro de las heridas y golpes, hasta que reparan-

do en los vestidos, conocí que eran los que hartas veces habían visto mis ojos en el gallardo cuerpo de Lisardo; aquí echó el resto el dolor y después de mil desmayos, no sé las locuras que me hice, que no hay que ponderarlas cuando la causa es tan grave que provoca a hacerlas.

Lisardo, el que os he dicho, es el que hemos enterrado, saber quién lo ha muerto ya os estará patente, pues os dije cómo mi hermano salió en su seguimiento. Deciros los ruidos y las sediciones que habrá en mi patria no puedo ni tendréis necesidad de que yo os lo pronostique pues cada uno de vosotros sabrá colegirlas. Si ahora sólo esperáis mi determinación es de acabar penitente, de olvidar de una vez al mundo, de apartarme de sus ocasiones, de huir sus lazos y de permanecer en estas soledades, pues son ellas el retiro donde se busca a Dios sin inquietudes. Dilación ninguna yo no la he de admitir, porque no quiero que me objeten aquella sentencia: *Hay muchos en el Infierno que murieron con propósito de hacer penitencia.* Antes quiero conformarme con aquella que dice: *Pues no tienes hora cierta, la hora en que estás debes tener por última.* Ya que el demonio se ha vengado bien de mí, haciéndome tropezar en mis principios, haciéndome caer de la gracia, no he de consentir que se vengue en su último ardid, que es la desesperación. No he de desesperar de mi salud cuando procuro curarme con el médico perfectísimo, que tomó oficio de curar las almas con unas entrañas dulcísimas de piedad y largueza. Y si por esta causa, cuando David se vio enfermo, le llamaba con mucha confianza para que fuera a curarle a su casa, y le decía: *Hazme misericordia, Señor, porque estoy enfermo, y sáname.* Y, otras veces, lloroso: *Sana mi ánima, porque ha pecado contra ti y está enferma.* ¿Quién, pues, oh señores, con mayores llantos y con más crecidas ansias podrá llamar a este médico de salud, y decirle: *Tened misericordia de mí, médico divino, según vuestra gran misericordia?* ¿Quién a vista de las persecuciones que el mundo, demonio y carne me han hecho, no dirá con el

Profeta mismo: *No me eches ni me apartes, Señor, de tu presencia ni quites, Señor, de mí tu Divino Espíritu?* ¿Y si la soledad y memoria de la muerte son los dos sagrados para huir del demonio y buscar a Dios, quién estando ya en este yermo y, habiendo visto la tragedia que he contado, había de ser tan sin consideración que se volviera al mundo? No estoy ya para andar a caza de los gustos, no estoy ya para burlarme, he visto en ver aquel cadáver grandes cosas, hame dicho mucho estando muerto; y así, postrada ante vosotros, pido que me déis vuestra bendición y que, mientras viva, guardándome secreto, no me descubráis; pues ya veréis que fuera con pérdida de mi fama causarme inquietudes en mi penitencia, encomendarme todos a Dios, que yo os prometo de acordarme de todos. Si os he dado mal ejemplo, supla vuestra prudencia las ignorancias de mi juventud. Si os he cansado, supla vuestro sufrimiento los yerros de mi lengua, que haberos hecho esta confesión ha sido principio de mi humildad, y haber acertado a decirla, ha sido providencia; que un pecho femenino se corre mucho refiriendo sus faltas, y un corazón despedazado, aunque fragüe bien las razones, pasa mucho dolor en ir encuadrando palabras.

Acabó Teodora de referir el proceso de su vida, quedando todos tan atónitos de su saber y discreción, de la sal de su decir y del modo de su hablar, como pasmados de lo trágico de su discurso, de lo mal logrado de su belleza, y de lo compasivo de su edad. Ofrecieron guardarla el secreto que les había pedido, sin que ninguno se atreviera a divertirla de su parecer. Con esto Teodora, dando a su criado algunas joyas de valor, después de heberle juramentado, le despidió amorosamente, haciendo que se llevase el caballo en que ella había venido. Luego, al punto, se quitó sus ricos vestidos y dándoselos a la casera de aquella santa casa, le pidió, muy humilde, la diese algún saco de sayal con que cubrir su cuerpo. Dióle la mujer un hábito de peregrina, quedándose Teodora tan contenta como si en el trueque hubiera tenido una grande ganancia.

Enrico, que

más que todos se estaba remirando en ella, considerando que para la industria de su hija no había menester otra maestra, se determinó a guiarla a la casería donde Leonor moraba, y así, con mil ofertas y con mil ruegos, la llegó a pedir por merced aceptase aquel ofrecimiento, después que le hubo dicho lo oculto de aquel paraje, lo dispuesto para su pretensión y lo retirado para su penitencia.

Teodora, como se hallaba tan obligada del favor que Enrico le había hecho, que aunque le pidiera otras cosas más diversas de su propósito, era justicia el darle gusto, aceptó con su petición, y habiéndose despedido de los monjes, salieron del hospital al tiempo que la noche, cogiendo el negro manto, quebraba las vidrieras para que saliese el día. En chico rato llegaron a la cabaña de Fabio donde, despidiéndose de él y de sus zagales, que ya aguardaban cuidadosos, caminaron Enrico y Teodora solos, sin vereda y sin camino, hasta llegar a la alquería, donde fueron recibidos con tanto gusto de los dueños, de dos hijas suyas, y de Leonor, que olvidada Teodora de sus frescas heridas permitió algún lugar al regocijo y más viendo la disposición de aquella selva, para darles principio a sus mortificaciones.

## SOLEDAD SEGUNDA.

**P**OR un valle sombrío.  
 depósito de escarcha, nieve y frío,  
 pues tal vez con las sombras que hace el monte,  
 no ve la luz que encandiló a Factonte,  
 caminaba Lisardo,  
 pimpollo de la edad, joven gallardo,  
 que aunque Teodora le lloró por muerto,  
 a dar fin a la vida va al desierto.  
 Después que a dos criados  
 les hubo despedido, bien pagados,  
 salió sin compañía

y trocó los vestidos que traía  
 con cierto peregrino,  
 que fue el que halló Teodora en el camino,  
 tan hecho el rostro heridas y pedazos,  
 que ella, engañada, le lloró en sus brazos.  
 Por entre pardos riscos,  
 coronados de fresnos y lentiscos,  
 pisa de Guadalupe las malezas  
 repasando tristezas  
 de su trágica vida,  
 y viendo que la tarde va caída,  
 por los rastros de luz que deja el coche,  
 busca un albergue en que pasar la noche.

De uno y otro collado  
 discurre fatigado  
 subiéndose en los hombros de las peñas,  
 por si divisa acaso algunas señas  
 de alguna choza, casa o alquería;  
 mas en vano porfía  
 porque las sierras donde está son tales  
 que no hay sino guaridas de animales.

En una de estas, pues, horrenda gruta,  
 viendo que ya la luz toda se enluta,  
 entra, no sin temores,  
 especulando sombras entre horrores  
 y, temiendo allá dentro  
 de algún fiero animal terrible encuentro,  
 se queda a un lado a mitigar el frío  
 sin penetrar los senos del vacío.

No sin algún cuidado,  
 por uno y otro lado  
 presta de rato en rato atento oído  
 y el pequeño ruido  
 que el aire mueve entre las secas hojas  
 le llena de recelos y congojas

y más, cuando ya escucha  
pasos que un bulto da con prisa mucha.

Pónese más atento

y ve que, macilento,  
entra en la cueva un joven bien fornido,  
un saco por vestido,  
larga la barba, grifos los cabellos,  
tan sepultado en ellos,  
que si la vista, atenta, no repara  
era imposible discernir su cara.

Con una grande losa

ve que cierra la puerta tenebrosa,  
entra más dentro y luego,  
hiriendo a un pedernal, enciende fuego,  
a cuya luz Lisardo, más brioso,  
sale de su escondido, y amoroso  
saluda al penitente  
que, con sollozos, dice lo siguiente:

¿Quién eres? ¡Ay de mí! ¿Quién te ha traído  
a este albergue escondido?

¿Quién, dime, te ha guiado,  
a este paraje helado,  
sabiendo soy un hombre  
el más indigno de tener tal nombre,  
pues, cual merecedor de pena eterna,  
no sé cómo me sufre esta caverna?

En sollozos la voz queda ahogada  
y Lisardo, con voz más lastimada,  
diciendo: es peregrino,  
que ha errado por las breñas el camino;  
comienza a consolarlo  
pidiéndole que quiera allí ampararlo  
por sola aquella noche,  
hasta que el Sol sus luces desabroche.

Tómale por la mano

el huésped afligido y, muy humano,  
 más adentro le mete  
 a un hueco que le sirve de retrete;  
 toman los dos asientos,  
 cenan de lo que había y, muy contentos  
 al humiento calor de dos tizones  
 comienzan a trabar sendas razones.

Lisardo, recatado,  
 con un cuento extremado,  
 otro se fingió ser, y muy creído  
 el dueño del albergue, habiendo oído  
 su relación gustosa,  
 limpia la faz llorosa  
 y dícele: supuesto que me escuchas  
 oye de una maldad desgracias muchas.

Egino me apellido, este horizonte  
 tuve por cuna en mis primeros pasos.  
 Trujillo fue mi patria y, cual Faetonte,  
 emprendí en la niñez muy arduos casos:  
 tres años desterrado me vio un monte  
 hasta que, atropellando mil fracasos,  
 dándome por dinero puerta franca  
 las Escuelas cursé de Salamanca.

Allí entretuve el tiempo, y en la ciencia  
 no fui de los peores, antes lleno  
 de ambición y soberbia sin paciencia,  
 a mi patria volví, del mal ajeno,  
 que ya se me guardaba, pues Clemencia  
 (harto inclemente para mi veneno)  
 era ya la consorte de mi padre,  
 por ser ya muerta mi querida madre.

Madrastra hallé, mas era tan divina  
 en gala, gentileza y hermosura,  
 que, como a madre el alma la destina,  
 al punto que se hirió de su luz pura

con esta beldad, pues, ya tan vecina,  
 apagando mi mortal tristura,  
 despido finalmente la tristeza  
 y engólfome en el mar de una belleza.

Antes miré (cautela mal mirada)

a mi madre Clemencia con recato,  
 esto es, no pretendiendo de ella nada  
 sino un amor honesto, un liso trato,  
 mas como era discreta y avisada,  
 aun esto no me daba un muy barato,  
 pues tal vez hice un juego a lo villano  
 para tocar las flechas de su mano.

Hablábala amoroso, y me escuchaba  
 con melindre tal vez., tal vez risueña  
 que, como solo en burlas me trataba,  
 ni con mostrarse menos zahareña  
 ni fingir lo enojado, que no estaba,  
 causaba algún cuidado, mas ¿qué peña  
 comunicada ya con tal clemencia,  
 dejara ya de engendrar correspondencia?

De este comunicar, de este burlarnos,  
 de esta honesta afición, de aqueste juego,  
 envidioso el demonio de mirarnos,  
 levantó tal motín a sangre y fuego,  
 que, aunque pareció fácil apartarnos  
 dificultoso fue, pues cuando llego  
 a volver sobre mí, me miré en calma,  
 presa la voluntad, cautiva el alma.

Viéndome en tal estado y en tal punto  
 hago, por libertarme prevenciones,  
 considero el peligro, y allí junto  
 de mi padre el honor; con mil razones  
 arguyo contra mí, y aunque barrunto  
 quedar libre de tales tentaciones,  
 después que de reñirme estoy cansado

vengo a quedarme más enamorado.  
 Déjeme, en fin, llevar de mi flaqueza,  
 porque a tanto llegó mi ardiente celo  
 que de sólo pensar que tal belleza  
 para mí era imposible en este suelo,  
 me daba tal locura y tal tristeza  
 que, ciego para el mundo y sordo al Cielo  
 y, sin temer el infernal abismo,  
 ser quería homicida de mí mismo.

Mi madrastra Clemencia, descuidada  
 bien de mi llama ardiente y amorosa,  
 jamás conmigo andaba recatada,  
 antes siempre en mirarme licenciosa;  
 ya quise descubrirme, mas mirada  
 que es tan fiel y tan casta como hermosa  
 temí perderme en semejante mengua,  
 y así, por algún tiempo, até la lengua.

En el ínterin, pues, con trazas quiero  
 algunas dar de mi pasión señales  
 y así, al instante, pues que considero  
 que Clemencia me oye, con mortales  
 suspiros la confundo, luego espero  
 a que vea en mi rostro los raudales  
 que, desatados de mis turbios ojos,  
 a sus pies se vertían por despojos.

Otras veces, sentados en la mesa,  
 aunque mi padre estaba allí delante,  
 hago como que en verla ya me pesa  
 fingiendo desazón en el semblante,  
 vuelvo a hacer de su luz al punto presa  
 quedando transportado en breve instante  
 y, cuando advierto ya que se repara,  
 privo a mis ojos de su hermosa cara.

Letras tal vez con el cuchillo formo  
 sobre el blanco papel de los manteles

para darla entender, que así la informo,  
 pues lícitos no son otros papeles,  
 mas aunque más lo escrito lo reformo  
 con palabras tan claras como infieles;  
 al cabo todo me sirvió tan poco  
 que jamás entendía mi intento loco.

Víme tan alcanzado ya de cuenta  
 que, enferma el alma de mortal veneno,  
 caigo en la cama, donde se crecienta  
 la pena de que estaba el cuerpo lleno;  
 visítanme doctores y, aunque intenta  
 cada cual con recetas de Galeno  
 recuperarme la salud perdida  
 no daban en el blanco de mi herida.

Las muchas diligencias de mi padre,  
 viendo mi melancólico accidente,  
 podrá ser que, el contarlas, no te cuadre;  
 y a solas, en silencio; solamente  
 referiré, que mi divina madre  
 se mostró en regalarme tan clemente  
 que, a no causar mi mal su beldad pura,  
 hallara en su piedad alegre cura.

Ya llegué a los artículos de muerte,  
 sin haber mi flaqueza descubierto  
 y, viendo que morirme de tal suerte,  
 era como quedar dos veces muerto  
 desato de la lengua el nudo fuerte,  
 cierro a todo los ojos, y concierto  
 que nadie me acompañe cierto día  
 sino es la causa de la pena mía.

Sentóse, pues, Clemencia sobre el lecho  
 (de nuevo lloro cuando lo imagino)  
 y hacia mi cara reclinando el pecho,  
 y abrasando su sol, claro y divino,  
 mi corazón, en lágrimas deshecho,

¿qué tienes, dice, di, querido Egino?  
 ¿qué te aflige? descubre lo que quieres  
 que te juro de hacer cuanto pidieres.

¡Ay, señora, respondo, y quién pudiera  
 excusarte el pesar que darte entiendo!  
 ¡ay de mí, triste! y si posible fuera  
 las llamas apagar, que están ardiendo  
 en un pecho que el mármol trocó en cera,  
 tan a mi costa, pues me estoy muriendo,  
 y cómo me alegrara en mi tormenta,  
 mas, pues que no es posible, escucha atenta.

Dos veces el noviembre espeluzado  
 entre la escarcha se miró desnudo,  
 dos veces de las nieves abrumado  
 pasó el diciembre entre tizones mudo,  
 y dos veces de flores coronado  
 el bello abril salir triunfante pudo,  
 sin que, oprimido de una pena loca,  
 me haya atrevido a despegar la boca.

Dos años he callado y, como miro  
 que ya me falta el alma y ya el aliento,  
 aunque es un imposible a lo que aspiro  
 razón te quiero dar de mi tormento,  
 que, si la causa por quien ves suspiro,  
 oye mi muerte; por ventura siento  
 que querrá remediarme, y si no quiere  
 ya sabrá un desdichado por quién muere.

A una beldad divina, a un Sol luciente  
 rendí mi corazón y enfermó el alma  
 de imaginar allí lo que hay presente,  
 mas, engolfado en amorosa calma,  
 victoria se promete un pretendiente;  
 aunque sea imposible hallar la palma  
 tal me la prometí, mas ya vencido,  
 muerto me hallo cuanto y más perdido.

Enamorado estoy, Clemencia bella,  
 la dama es desigual a mi bajeza,  
 porque tú has de contar, que es Luna ella  
 que es quien tira del Sol mayor grandeza  
 que yo soy un giro de una estrella  
 que a sus pies la respeto por cabeza;  
 advierte, pues, si acaso estrella alguna  
 tratara competencias con la Luna.

Padres, deudos, amigos ni parientes  
 no han de facilitarme este imposible,  
 ni allanar los que he dicho inconveniente;  
 tú sola sí, si a mi dolor terrible  
 quieres mostrar, Clemencia, ojos clementes,  
 tú me has de remediar, si conveniente,  
 tratas de reducir a la que adoro,  
 con razones que no podrás con oro.

No pude decir más, porque anegada  
 la voz del llanto que asomó a los ojos  
 no pudo articularse. Cuán turbada,  
 desperdiciando los claveles rojos  
 sobre la hermosa felpa plateada,  
 de su cielo diáfanos despojos  
 quedaría Clemencia allí conmigo  
 tú lo pondera, en tanto que prosigo.

Desentendida con mil entendimientos,  
 grave el semblante y blandas las razones,  
 se muestra a mis palabras: documentos  
 les propone al principio a mis pasiones,  
 mas viendo que son ya medicamentos  
 en vano para mí, transmutaciones  
 haciendo de lo propio que no ignora,  
 así me dice con su voz sonora:

Egino, de tu mal voy advertida,  
 cuenta daré a tu padre, que no es justo,  
 que ignore tal dolencia y, conocida

la dama que me dices de tu gusto  
 con nuestro poder todo, hacienda y vida,  
 sin perdonar trabajo ni disgusto,  
 haremos que la goces, muy ufano,  
 y de cumplirlo doy palabra y mano.

Diciendo estas palabras se levanta,  
 mas yo, queriendo acabe de entenderme,  
 trabo de su cristal con furia tanta  
 que, según la miré, temí perderme;  
 djéla: ya, señora, no me espanta  
 vergonzoso temor, volved a verme,  
 que vos tan solamente sois la dama  
 que me tiene postrado en esta cama.

¿Viste la rosa que, al nacer el día  
 tiene un no se yo qué de vergonzosa,  
 de solo ver que el Sol, con que se cría,  
 lisonjero la dice que está hermosa,  
 pero, mirando ya la demasía  
 con que su luz la trata, congojosa,  
 queda tan desabrida y tan sin gana  
 que viene a ser papel lo que antes grana?

Pues de esta suerte contemplé a Clemencia,  
 hecha estuvo un clavel a las primeras  
 palabras que la dije y, sin paciencia,  
 cuando escuchó las que le hablé postreras,  
 atendiendo a la poca de violencia,  
 rasgó de sus dos soles las vidrieras,  
 miróme airada y, yéndome a los fines,  
 salpicó todo el rostro con jazmines.

Suéltame (dice) loco, o daré voces;  
 no tengo de soltarte, la replico,  
 sin que cures mi mal, pues que conoces  
 que dando tú el remedio, que me aplico,  
 cobraré la salud: así te goces  
 que evites un gran daño, y te suplico

remedios amorosa penas tantas  
 a un hombre que es hechura de tus plantas.  
 Esto diciendo, de la mano apelo,  
 a sus hermosos pies, que de mí asidos,  
 de la cama arrojándome en el suelo,  
 con mi boca los pongo tan cosidos,  
 que pudo mitigar su dulce hielo  
 el fuego de mis labios encendido,  
 y me estuviera así mayor espacio  
 a no ver que entra gente en el palacio.  
 Disimulo mi pena y vuelvo al lecho,  
 también Clemencia encubre sus rigores,  
 mudamos de lenguaje, a mi despecho,  
 y, viendo que es mi padre y los doctores  
 los que han entrado a verme sin provecho  
 se despide Clemencia y, con dolores  
 tan mortales, me quedo en aquel punto,  
 que todos me juzgaron ya difunto.  
 Mas viendo que mi mal es ya patente  
 a la divina causa, por quien muero,  
 trocando el melancólico accidente  
 en venganza mortal, grave y severo,  
 los doctores despido e, impaciente,  
 a mi padre consulto, ¡oh, trance fiero!,  
 pues por lograr amores de una madre  
 son menester engaños para un padre.  
 Finjole, pues, que mi melancolía,  
 que mi mal, que mi pena y que mi muerte  
 tendrá fin con llevarme en aquel día  
 a una espaciosa quinta, casa fuerte,  
 donde ya con la flor que el abril cría,  
 ya con mirar cómo el cristal se vierte  
 de un pardo risco en perlas desatado  
 suele ponerse treguas al cuidado,  
 O que me acompañara, era mi intento,

mi madrastra gentil, o dividido  
alivio procurar a mi tormento,  
pues yo en la quinta, mi padre no advertido,  
era fuerza asistir por mi contento  
conmigo muchas noches, a quien pido  
nos presten el rebozo de su velo  
para escalar las luces de otro cielo.  
Quedóse en la ciudad Clemencia bella  
y, aunque penas fingió por mi partida,  
la vi en las niñas de una y otra estrella,  
que el irme yo a morir la daba vida;  
mi padre y yo partimos, pues, a aquella  
quinta que ya te he dicho y, sumergida  
la memoria entre penas y tormentos,  
comienza a vadear mil pensamientos.  
Fiéme de un criado, que es forzoso  
comunicar las penas, si son graves;  
este me contrahizo cauteloso  
cuantas pudo en mi casa buscar llaves,  
con estas me aclamaba victorioso,  
si fiar de criados (ya lo sabes)  
no padeciera achaques de deshonra  
pues solo sirven de arrastrar la honra.  
De aquesta presunción sabrás efectos  
paso adelante y digo: que una noche  
etíope, tercera en mis secretos,  
después que el gran Planeta metió el coche  
por los undosos de cristal aprietos,  
siendo causa que Cintia desabroche  
los paralelos de su hermosa cuna  
y, en ausencia del Sol, presida Luna.  
Aquesta noche, pues, mi padre estaba  
en la quinta conmigo y, cuando el sueño  
debidas treguas con quietud pagaba,  
me salgo con silencio no pequeño

y en un potro que al aire aventajaba  
salto ligero, y a volar le enseño,  
pues del hierro sintiendo las cisuras  
alas calzó a los pies por herraduras.

Entro por la ciudad, llego a mi casa,  
abro el jardín, a un sauce ato el caballo,  
discurro por las flores, donde pasa  
un cristal derretido, canta un gallo,  
a cuya voz, tan triste cuanto escasa,  
un búho corresponde; en escucharlo  
tiemblo, pues nunca en recamadas flores  
cantan los búhos, sí los ruiseñores.

Agüero fue infeliz el canto triste,  
mas un hombre cual yo, determinado  
por todo rompe, a todo se resiste;  
abro otra puerta. Y aquí, con más cuidado  
camino con silencio, en quien consiste  
no despertar criada ni criado,  
mas como tengo el tiempo bien sabido  
discurro a obscuras, sin hacer ruido.

Habiendo, pues, llegado a la antesala,  
donde estaba el retrete de Clemencia,  
deseo más crecido amor exhala  
de verme ya a la luz de su presencia;  
la llave ajusto y, viendo que está mala,  
todas las voy probando sin paciencia  
y, para degollarme la fortuna,  
no puedo abrir de todas con ninguna.

Loco, precipitado e impaciente  
vuelvo otra vez a barajar las llaves  
y viendo no hay ninguna que me aliente,  
a quitarme del paso estorbos graves,  
válgome del puñal y, brevemente  
con golpes no, con cortes sí süaves  
en donde la cerraja más se anima,

abro de hasta tres dedos una rima,  
La mano meto apenas cuando siento  
dentro del aposento blandos pasos,  
deténgome confuso, escucho atento,  
temeroso el valor de mil fracasos;  
sólo el oído aplico al aposento,  
por ser tinieblas de la vista ocasos,  
cuando por los resquicios poco abiertos,  
contemplo de una luz rayos inciertos.  
Por el que es de la llave angosto hueco  
la vista aplico y veo que animando  
Clemencia está una luz que, ardiendo en seco,  
en su pavesa se iba amortajando;  
pienso que en acordarme otra vez pecco,  
pues llego a estar aquí considerando  
que quiso tener lámpara encendida  
en las últimas vísperas de vida.  
Sobresaltada estaba y temerosa;  
medio desnuda estaba y tan vestida  
de púrpura, jazmín, clavel y rosa,  
que, aunque la holanda pudo dar cabida  
de que mi vista, algo licenciosa,  
llegase hasta sus pechos divertida,  
sólo entre nieve vi, y aun esto apenas,  
dos apretados pomos de azucenas.  
No aguardé un punto más, sino furioso  
la cerradura arranco de la puerta  
y Clemencia, con rostro pavoroso,  
y dudosa, quizá, de estar despierta,  
hizo prólogo un ¡ay! tan lastimoso  
que al salir por su boca medio abierta,  
de lástima y penas dio señales,  
volviendo nieve lo que fue corales.  
Voy a abrazarla y ella, resistiendo  
con flechas de cristal mis torpes manos,

me reprende cuanto más me enciendo  
 de mi amorosa llama hechos livianos  
 con halagos procuro irla venciendo  
 mas, cuando espero ver ojos humanos,  
 se desase de mí cual tigre ingrata  
 y, al aire de un suspiro, la luz mata.  
 Alza entonces la voz, deshecha en llanto,  
 huye de mí por todo el aposento,  
 sus pasos sigo y, aunque obscuro tanto  
 aquí y allá tras ella corro a tienta  
 y, cuando ya vencida del quebranto,  
 pensé en ella lograr mi pensamiento,  
 oigo a mi padre, escucho a los criados  
 y aquel de quien fié, muy alterados.  
 Conocí la traición, viendo el engaño  
 la esperanza perdí, mas hecho un loco,  
 huyendo el menos, busco el mayor daño,  
 pues, dejando a Clemencia por un poco,  
 en la puerta me planto (¡caso extraño!)  
 y su umbral con los pies apenas toco,  
 cuando del golpe que tiré primero,  
 saqué a mi padre el hálito postrero.  
 Sin vida cae el que me dio la vida,  
 desángrase a mis pies mi padre muerto;  
 los criados me aclaman ¡parricida!,  
 el alboroto crece sin concierto  
 mas, ciego yo de mi amorosa herida,  
 sin ver el fin dudoso, el caso incierto,  
 haciéndoles huir a los criados  
 vengar quise en Clemencia mis cuidados.  
 Arrebato una luz a una criada,  
 vuelvo a cerrar colérico la puerta  
 y, juzgando que en lágrimas bañada,  
 Clemencia está del suelo medio muerta  
 hallo que no parece y, bien mirada

la sala una y dos veces, veo abierta  
 una ventana que al jardín caía  
 y oigo un quejido que de allí subía.  
 Considero el fracaso y cual difunto,  
 perezoso el valor, torpe el aliento,  
 al funesto jardín bajé en un punto,  
 fuíme hacia aquella parte casi a tienta  
 y, al pie de un jazmín casto (lindo asunto  
 de un pecho que murió por casto intento)  
 vi que Clemencia ya con tristes fines  
 salpicaba con sangre los jazmines.  
 Estaba la ventana pocos menos  
 de cinco estados del jardín distante  
 y, aunque el prado tapetes le dio a menos  
 y algún árbol la quiso ser su atlante,  
 como escapó cual rayo de mis truenos,  
 más muerta del dolor que relumbrante,  
 se estrelló entre las flores de tal suerte  
 que las previno tumba de su muerte.  
 La última razón articulaba  
 (que fue decir: ¡Jesús!) cuando a mis brazos  
 llegué a mirar cadáver lo que amaba,  
 su rostro celestial hecho pedazos  
 muertas las luces con que me alumbraba,  
 desperdiciados sus dorados lazos  
 y vuelta, en fin, la imagen más hermosa  
 deshojado jazmín, marchita rosa.  
 Contarte cuál quedé será excusado  
 pues ya echarás de ver cuál quedaría,  
 mi padre entre su sangre revolcado,  
 Clemencia ahogada en mares que vertía,  
 yo, la causa de todo, salpicado  
 del estrago sangriento que hecho había;  
 causa para volverme era bastante  
 helado mármol en lugar de amante.

O ya por los criados o el ruido,  
toda la vecindad despierta siento,  
ya dentro de la casa el alarido  
hiere con voces lúgubres el viento;  
ya, de todos el caso mal sabido,  
confusiones envuelve en sentimiento,  
y yo, por excusar mi muerte cierta,  
por la puerta escapé, que dejé abierta.

Fueme el tener caballo gran ventura,  
pues así me escapé de mil espadas,  
dióme ayuda también la noche oscura  
impidiendo siguiesen mis pisadas  
y, en fin, el emboscarme en la espesura  
me aseguró mil penas receladas,  
hasta que al declinar la noche fría  
por bostezos del alba salió el día.

Con su luz pude ver desde un collado  
un pequeño Convento, donde al punto  
el paso enderecé y, habiendo entrado,  
viéndome todos de color difunto,  
a preguntar comienzan mi cuidado,  
yo, con sollozos, tema de si asunto,  
predico mis delitos de tal modo  
que, pasmado, quedó el Convento todo.

Allí estuve tres días recogido  
llorando mi pecado amargamente,  
pedí la confesión muy compungido,  
de la cual escapé más penitente  
y, habiéndome del mundo despedido,  
sin osar parecer a donde hay gente  
vine, buscando, las incultas breñas  
a ocupar lo tajado de estas peñas.

Catorce veces el helado enero  
me vio, cual él, desnudo entre la nieve,  
catorce veces ríguroso y fiero

hizo marzo con vientos lo que debe,  
 catorce veces el abril jilguero,  
 del prado, que en sus flores perlas bebe,  
 hizo en las plantas tan florido ensayo,  
 que ya los campos le juzgaban mayo.

Todo este tiempo ha, que aquí metido  
 lloro mi culpa y gimo mi pecado,  
 el pedazo de pan solo atenido,  
 que el pasajero ofrece de buen grado,  
 y, tal vez de la hambre compelido,  
 por las aldeas pido disfrazado,  
 yo soy el que te ha dicho: mira ahora  
 si hay más mal hombre en cuanto Febo dora.

Calló Egino, y Lisardo  
 con pena mucha, con lenguaje tardo,  
 a hablar acierta apenas,  
 no tanto de escuchar trágicas penas  
 (que aquellas por muy pocas las juzgaba,  
 según las que en su pecho repasaba)  
 cuanto de ver que una amagaba culpa  
 mil penitencias pide por disculpa.

Cada cual entre sí piensa sus males,  
 suspiros desiguales  
 llenan de aire el espantoso seno:  
 cada cual tiene lleno  
 de lágrimas el rostro, aunque procura  
 encubrir su tristura  
 hasta que ya la pena, bien sentida,  
 a que duerman en el suelo los convida.

De pálida retama  
 aderezan los dos mullida cama  
 y, aunque a ratos el frío los aflige  
 aun una manta no hay que los cobije  
 que, para la maleza  
 fuera mucha grandeza

si hubiera más abrigo  
 que la ropa que a cuestras trae un mendigo.  
 Con la incomodidad duermen contentos  
 y cuando, sin alientos,  
 llorando el alba muda  
 huye del Sol, porque la ve desnuda,  
 a cuyo lloro entre la noche fría  
 por cancelos de luz asoma el día,  
 dejan la dura cama  
 y a abrir salen al Sol, que ya los llama.  
 Salen, pues, de la cueva,  
 y luego Egino lleva,  
 por peñas y pedriscos  
 que desmoronan los caducos riscos,  
 a Lisardo al camino,  
 y con amor inmenso, y peregrino,  
 aunque el dolor los sirve de embarazos  
 se despiden allí con mil abrazos.

### SOLEDAD TERCERA

Ya el alba, en su recamado lecho, estaba trenzando la madeja rica de sus lucidos cabellos, y el Sol, en su regazo, despertaba con alegre risa, brujuleando sus rayos por las doradas rejas del Oriente; ya la luz madrugadora, amortiguando estrellas, se comunicaba a las plantas, y ya las aves, desde el lecho de sus nidos, comenzaban con gorjeos a darse los buenos días, cuando levantándose Lisardo de la mal mullida cama y despedido con lágrimas de la humilde compañía, comenzó a penetrar lo más quebrado de la selva.

Caminó un gran rato por la loma de un collado, por apercibir así mejor las señas del camino que buscaba y, llegando, al fin, donde se descollaba un risco, o por apartarse de la aspereza del monte o por mirar correr a un arroyuelo por la llanura del valle, le fue forzoso torcer los pasos por una ladera

hasta bajar, poco a poco, a las faldas del peñasco. Quiso cruzar un arroyo, pero apenas con un pie rompió sus cristales, cuando del otro fue rémora una profunda voz que, herida por los cóncavos de las peñas, pronunciaba el eco estas palabras: *Gracias a Dios y a María, pues veo otro día.*

Suspense quedó Lisardo, mirando a todas partes, sin saber qué hacerse hasta que, derramando la vista por las roturas del risco, divisó una pequeña gruta, a la puerta de la cual estaba Enrico arrodillado, vestido de toscas pieles, dando gracias por la venida del día.

No aguardó más Lisardo, sino dejando el comenzado intento, trepó, por el monte arriba, hasta ponerse en la presencia del pastor penitente, que así como le vio le salió a recibir con mucho agrado, y después de saludarse, no con tantas ceremonias como enseña la política en las ciudades, pero sí con los deseos amorosos que engendra la soledad, comenzaron a preguntarse alternativamente el uno al otro la causa de su designio. Dijo Lisardo su intento, ahogado en muchos sollozos, si bien dilatando la relación de su vida para ocasión más oportuna, que, como veía a Enrico de aquel traje, no le juzgaba capaz para secretario de sus trágicos sucesos, que no es prudencia referir tragedias a quien o no es capaz de saberlas creer o no alcanza talento para poderlas sentir.

Enrico, que en el razonar de Lisardo, casi tuvo vislumbres de quién era y, en el modo del decir conoció lo bien que sabía, después de haberle escuchado mil períodos de razones bien sentidas, con algunos digresos, aunque al descuido, bien acomodados, abrazóle estrechamente y, mano a mano, se fueron a asentar al repecho de una peña, en cuyas faldas, de yerba bien tejidas, un melindroso cristal, bostezo de una fuente, se estaba entreteniendo, cual niño entre las guijas o cual áspid de plata entre las flores. Sentados en este puesto, rompió Enrico la voz con un profundo suspiro y, con buen lenguaje, comenzó a ordenar estas palabras:

- Conozco, caballero, en vuestro modo de hablar, que sois

más de lo que parecéis, deslucís con rodeos la causa que os ha movido al intento que habéis dicho y, por buen arte, desmentís con razones diferentes lo propio que sois. Ya os entiendo, y no me admiro, que excuséis el descubrirnos a quien nunca habéis hablado. Lo mismo he guardado yo con otras personas, porque aun en las soledades no todas veces se pueden publicar delitos. Escuchad, pues, mi tragedia, que sé que os ha de servir de pauta, para que, rigiendo sin temores la pluma de vuestra lengua, me hagáis con menos digresos relación de vuestra vida.

Ávila, ciudad de Castilla, tan noble que hasta en las piedras de sus edificios campea la nobleza de sus mayores trofeos fue mi patria, viendo en uno de sus solares los primeros giros de la luz, y recibiendo en una de sus iglesias las primeras lumbres de la Fe, con el agua santa del Bautismo. Mi nombre propio es Enrico; mi familia, si no de las más soberbias no fue de las más humildes; sangre hidalga heredé de mis padres y, en un mayorazgo, hasta mil ducados de renta; quedéme solo casi en las primeras mantillas que me alió la suerte, señal bastante para pronosticarme desgracias, porque criarse sin doctrina de los padres es una de las mayores desdichas. Hízose cargo de mí un deudo no muy cercano, que hasta en esto fui infeliz, pues yo creo que soy ya el último descendiente de mi casa; mas esta golosina de haber dinero siempre engendra parientes, aunque se halle un hombre entre los remotos indios. Criéme tan travieso de pequeño que escapando de mis manos los muchachos, a veces descalabrados y, a veces, malheridos, me pusieron por renombre "el diablo de la Parroquia" y, cuando ya mancebo, creciendo con la edad el rumbo dieron todos en apedillarme "el valiente", título que lo estimaba yo en mucho, por verme respetado y temido. Llevado de esta ambición, apenas pude entender los primeros rudimentos de la lengua latina cuando, arrimando los libros, puse todos mis deseos en las armas, jugar una espada, esgrimir un montante, blandir una pica y hacer mal a un caballo eran mis cotidianos ejerci-

cios. Siempre fui muy servicial y agradable para con todos y así, aunque nunca me lo hizo ninguno que no me la pagase, pues tal vez amenazas hechas a mis espaldas las castigué cara a cara con heridas, di en agavillar tantos amigos que eran ya muy pocos los que no se dignaban de haber mi correspondencia.

En medio, pues, de mis mocedades y, cuando están más en su punto las travesuras, vi a una dama y, pareciéndome hermosa, comencé a servirla. No quiero quebrarte la cabeza con metáforas y apodos, porque contar estas cosas a quien sabe su entidad, más sirve de cansarlo que de divertirlo: porque la metáfora de las mejillas rosas, el apodo del clavel a los labios, y el símil de las estrellas a los ojos, si tú sabes que esto es pintar ¿para qué te lo tengo de decir? Basta, pues, decirte que me pareció hermosa y que esta fue causa bastante para quererla. Era la doncella noble pero muy poco hacendada, dos requisitos forzosos para ser agradecida, porque la nobleza siempre fue cortés y el poco tener siempre es agradable. Estaba bajo del amparo de una tía suya, que no lo tuve a poca suerte, por ser ya un grado menos de suegra, o suegra en segundo grado y así, con muy ciertas esperanzas, comencé a entablar mi pretensión, sin dar cuenta a nadie de mis amigos, aunque para los recados me fue forzoso fiarme de una esclava; pensión desdichada de amantes, pues se han de descubrir a tales personas, cuando no quieren que el amigo más discreto entienda sus pensamientos. A esta esclava, pues, de doña Mencía (que este era el nombre de la tía de mi dama) la di, con un doblón, el primer papel, encargándole el secreto por todos los modos que se acostumbra. Lo que le escribí fue esto:

*Papel de Enrico a Leonor.*

“Divina doña Leonor (este era su nombre): pagado de vuestra hermosura me determino a serviros, mas no me parece cordura hacer galanteos hasta saber si en la pretensión hay dificultades, porque si las hay saldré muy desairado, apartándome después de haber comenzado a serviros, y si comienzo, aun-

que las haya, dejaré la vida primero que dejaros. Mis partes ya las sabéis, mi proceder os he notorio, mi hacienda no se os encubre y, así, deo el hacer ofrecimientos, cuando por ésta os sacrifico mi voluntad. Vuestro esclavo, Enrico”.

No contenía el papel más palabras que estas, porque he sido poco poeta en afeminar conceptos, quebradero de cabeza y más cuando llega a manos de quien no lo entiende, o a quien abomina del que lo escribe. Toda una tarde estuve esperando la respuesta; no vino la esclava, acostéme disgustado, madrugué otro día, y fuime a tomar el fresco a San Vicente, mi paseo ordinario las tardes y mañanas. Salí con intención de aguardar allí a doña Mencía, la cual tenía de costumbre ir sola con su esclava a oír misa los más días a aquella santa iglesia. Sucedióme bien, pues apenas hube llegado, cuando las vi venir a las dos y, haciendo la cortesía que otras veces, sin añadir más ceremonia, como algunos, que en el modo del hablar publican a quien pretenden, me puse atento a mirar si la esclava me daba muestras de alguna cosa. Ella, que entendió mis designios, hizome una seña y, con mucho recato, dejó caer un papel en el suelo. Yo, cuando le vi, quise, muy alborozado, ir a cogerle, mas reparando en que no me viera alguno, tendí la vista a todas partes y, al volver la cabeza, hallé ya casi a mi lado a don Juan del Águila, pariente muy cercano de Leonor y muy amigo mío. Halléme en un instante atajado de dos inconvenientes, pues dejándole pasar era forzoso tropezar con el papel y descubrirse la elección de mi intento o el desprecio de mi altivez y, si le detenía, estaba el papel del mismo modo, expuesto a dar en manos del que primero pasase. Remité a la industria la solución de este empeño y así, saludando a don Juan con mucho agrado, le dije: “aunque os parezca lisonja, he de deciros lo que ahora estaba imaginando: bien veis desde aquí todos aquellos remates de piedra que, adornando la techumbre de este templo, sirven también de estribos para reparar los arcos, pues hanme dicho que ha poco que se sentó un águila

sobre uno de ellos, que es aquel séptimo en orden, contando desde esta orilla y que viniendo diversas aves y ocupando los demás, se levantó el águila y se subió sobre aquella excelsa punta que, respecto de las otras sirve de corona al edificio, como dando a entender que la reina de las aves ha de tener encumbrado su asiento". Mientras yo iba haciendo esta arenga y don Juan, divertido, iba atendiendo a todas las partes que yo le señalaba, me fui acercando poco a poco al lugar en donde estaba el papel y, echándole el pie encima, me prometí las albricias del feliz suceso, porque al cabo de poco rato, haciendo un lienzo caedizo, pude, a vueltas de él, levantarle, sin que don Juan tuviese escrúpulo de mi enredo, antes, muy en el caso de mi cuento fingido, pidióme le declarase lo que quería decirle en aquel símil, a que yo le respondí que no era justo que el águila solariega de su casa anduviese tan humilde con las demás, cuando con mucho título pudiese levantar vuelo sobre todas. Saliéndole colores, me trató amigablemente de lisonjero y, entrándose en la iglesia, me dio lugar para volverme a mi casa, que no quise sino en ella saber el fin de mi despacho, porque aunque un campo ofrezca oportunidad y lo oculto de una calle preste tiempo, no es justo que papeles de damas se lean en lugares semejantes, pues en la una parte las aves lo ven, cuando no hubiera otros linceas, y en la otra las paredes oyen a falta de otras escuchas. Abrí, pues, el papel, donde pude leer las razones siguientes:

*Carta de doña Leonor a Enrico.*

"Señor Enrico: vuestro papel he leído y he hallado en él las dificultades que me preguntáis, porque si decís que es sola mi hermosura la que os mueve a pretenderme, esta se marchita fácilmente o con el trato del tiempo o con el accidente de una calentura y, así, es clara consecuencia que no me querréis en no mirándome hermosa. Yo no puedo estarlo siempre, por lo cual quiero desengañaros, para que después no me culpéis. Sólo os digo que no ha de moverme a quere-

ros ni lo cuantioso de vuestra hacienda ni lo bizarro de vuestra valentía, porque lo uno es renta de la fortuna, y esta no siempre permanece estable, y lo otro es un accidente del ánimo y, lo que es accidente, suele acabarlo la edad. La limpieza de la sangre es la calidad mayor y el noble proceder la mayor gracia. Con esto me entenderéis. Dios os guarde. Doña Leonor”.

Quedé tan enamorado de las discretas razones que, sin dar lugar a más dilación, me determiné a ir en persona a pedirla por esposa, resolución fue que pudo costarme cara, mas ¿cuándo un ánimo belicoso aguarda los términos ni puntillos del amor? Aguardé, pues, que volviera de misa doña Mencía y, cuando ya supe que estaba en su casa, fui a ella, acompañado de dos criados, que dejé a la puerta y pedí licencia para besarla la mano; fueme concedida, entré dentro, dióme silla junto a su estrado y, después de las debidas cortesías y otros muchos cumplimientos (preámbulos que no se excusan en la relación de una visita) propuse en breves razones mi embajada, a que la venerable vieja estuvo muy atenta pero con crecidas muestras de inquietud. Y es el caso, como supe después, que esta señora andaba solícita para que un deudo suyo, hombre de sesenta años, pero con sesenta mil ducados de hacienda, y sin heredero, se casase con su sobrina, con expectativa que el viejo se moriría presto y, con golosina de que, quedando Leonor tan rica, hallaría después grandiosos casamientos. Linda locura: enlazar unas flores de quince años con las canas verdes de un caduco tronco. Voy a la respuesta, que fue en esta forma:

- Confieso, señor Enrico, el favor que nos hacéis a mi sobrina y a mí en lo poco que nos pedís y en lo mucho que nos ofrecéis, pues, con vuestra noble sangre podéis dar noblezas y, con vuestra hacienda, podéis hallar calificados casamientos, pero Leonor tiene diverso parecer del que imagináis, porque con la poca dote que la dejaron sus padres, está determinada a entrarse en un Convento, elección tan santa,

que yo no puedo contradecirla, antes estoy determinada de ir a acompañarla. Fuera de esto, la muchacha es ahora muy niña para cosas en que se requiere tanta prudencia y, así, no será razón darla parte de vuestros intentos. Dejadla, señor, pasarán algunos días y, entonces, con más madurez, sabremos su determinación, que si fuere para daros la mano no podrá haber para mí cosa de más contento.

No quise dejarla pasar adelante sino, algo amostazado, si bien con disimulo, la rogué que, supuesto que por entonces no había remedio para mi pretensión, por lo menos me hiciese merced de no despedirme sin que gozase de la presencia de Leonor.

Respondióme, con mucha desazón, que estaba indispuesta y que no se acostumbraba a dar tanta mano a los pretendientes, que aun aquella visita era o sobras de temeridad o muestras de confiado.

No pude disimular ya tanto enojo, sino arrojando la silla, la dije:

- ¿De qué importancia es, señora, que vos me hagáis melindres, cuando yo quiero a Leonor y doña Leonor me quiere?

- No hay tal - respondió la vieja, dándose dos o tres veces contra un cojín y, alzando la voz, comenzó a decir que, por sola, la despreciaban y que, por pobre, se le atrevían.

Bien pensé yo que, al ruido, saliera Leonor a ser el iris de la tempestad, que por ver sus hermosos arreboles diera por bien la pesadumbre, mas era más discreta que su tía y, en no salir, dio muestras de su cordura.

Acertó a pasar por la calle en esta sazón don Juan del Águila que, oyendo las voces de su tía, y viendo mis criados a la puerta, terceando la capa y metiendo mano, entró furioso a saber la ocasión, a tiempo que ya yo salía por el zaguán, bien descuidado de encuentro semejante, mas, viéndole de aquella forma, recibíle también con la espada desnuda que, en tales casos, no es prudencia sino temeridad reparar con solas palabras unos primeros movimientos. Díjole:

- Don Juan, tenéos, escuchad razones y, si estas, averiguadas, os pareciere reñir, bien sabéis que no soy hombre que vuelvo las espaldas.

Reportóse con esto y, así, en breve, le conté mi pretensión, y referíle lo que

con doña Mencía me había pasado. Era don Juan discreto y, como tal, mostróse agradecido a mi elección y, como amigo, me reprendió aquellos arrojos de haberme descompuesto con su tía y de haber ido a tratar aquel negocio por mi propia persona. Escuchó mis descargos, aunque leves, y ofrecióme ser el solicitador que allanase todas las dificultades; con que nos despedimos, yo para mi casa y él a consolar a su parienta, que todavía estaba atemorizada de mi furia.

Melancólico anduve toda aquella tarde y, cuando ya la noche comenzaba a ceñirse el apretador de estrellas sobre frente de azabache (porque hasta una noche negra se adereza en su modo para parecer hermosa) tomé la pluma para escribir a Leonor, pero inquietóme el pulso oír golpes a la puerta. Mandé que abriesen y, oyendo que regateaban dar el recado, receloso de mi dicha, bajé al punto, y viendo a la esclava, la recibí con abrazos. Dióme un papel y yo, para pagarla el porte de los dos, la puse en las manos unos doblones, con que la despedí contenta. Dejando el escribir me puse a leer, aunque fueron solas estas razones:

*Doña Leonor a Enrico.*

“Aficionada os estoy, no he de negarlo, pero me tenéis enojada y si no es a vos en persona, no he de fiar mi sentimiento, y así, si gustáis de oirme, venid en dando las doce que, en la ventana que cae al muro os aguardo. Dios os guarde”

Contarte ahora mis contentos, aunque con aquellas interpolaciones de ¿qué querrá decirme? ¿qué será su enfado? ¿si me hablará amorosa? ¿si me despedirá enojada? y otras imaginaciones semejantes, excusado pienso que será, pues dudo dejes de haber pasado por ellos. Déjolo en silencio y paso adelante. Dieron las doce y, bien aderezado de una cota, estoque, broquel y un par de pistoletes (que para semejantes aperturas nunca estos instrumentos enfadan en la pretina) me fui al puesto señalado, donde hallé a la morena, que estaba en atalaya, la cual, así como me sintió en la calle, se quitó de la ventana, para que doña Leonor saliese a hablarme. Buen sí-

mil se pierde aquí de la huída de la noche, cuando despierta el día, y del retirarse de las tinieblas para que amanezca la luz. No quiero detenerme, y más cuando ves que Leonor me espera en la ventana. Llegúeme a ella y, aunque hasta aquel punto había sido poco tierno, le dije, amoroso, de esta suerte:

- ¿Cuándo, señora mía, he merecido los favores que me hacéis, pues en tan breve tiempo hallo tanto granjeado? ¿Cuándo fue vuestra hermosura merecedora de tan mal empleo? Y ¿cuándo mereció vuestra discreción mi tosca correspondencia? Pero os juro, a fe de quien soy, que todo lo que os debo de favor, me debéis de voluntad. Y si el enfado que tenéis es, acaso, haber visto el arrojó con que hoy llegué a pedirós, disculpad mi ignorancia y atribuid la culpa a vuestra discreción porque, viéndola tan grande en aquel papel que me enviásteis, no acerté a responderos por escrito y, por no dejar de responderos, hice aquella locura, aunque no fue sino acierto, pues ha sido causa de llegar a hablaros.

- No tengo que ponderar mi enojo (respondió doña Leonor) cuando confesáis vuestra culpa y más estoy muy sentida de ver que habiendo comenzado por mí a saber mi voluntad, quisísteis, sin aguardar mi resolución, negociar más presto por mi tía, pues a fe, señor Enrico que, si supiérais su intención, que antes aguardárais un año de mis esperas que un año de su despecho.

Humedeciéronsele los ojos diciendo estas palabras y, aunque atravesó disimulos, se vertieron más de cuatro perlas. Enterneciómese su lloro y, preguntando la causa, me hizo larga relación de lo que ya te he referido acerca del casamiento del viejo de sesenta. Yo la consolé lo mejor que pude, mostrósle agradecida, ofrecíla mi amparo, prometíome voluntad, hícela promesas, díome palabras; y, después que con estas, mostramos conformes las voluntades o las almas unidas, como suele decirse, merecí por gran favor tocar una de sus manos.

Ya el alba con esperezos nos anunciaba al día, cuando llegó la esclava vigilante a decir que ya era hora de reco-

gernos, porque sentía a la vieja despierta (achagues de edad caduca padecer desvelos) y así, sin más detención, nos despedimos, no con principios de amantes sino con fines de esposos.

Tres o cuatro días pasé con aqueste gusto, previniendo todo lo necesario para celebrar mis bodas y, como ya, por una parte, don Juan había dado cuenta a sus deudos y, por otra, doña Mencía había publicado mis cuidados, ésta poniendo estorbos con achacarme travesuras y aquél solicitando medios con referir mis partes, comencé ya a ser el mantenedor de parabienes, que los recibí muy grandes de todo lo noble de la ciudad, pues fueron pocos los caballeros que no se holgaron, siquiera por verme quieto (que esto de casarse, dicen que es freno de la más briosa juventud), pero como un amigo me dijese en secreto: "Mirad lo que hacéis, que a esa señora la galantea don Claudio, hijo del Corregidor" dejéme tan sin sentido que, aunque quise disimular la pasión, se asomó al rostro el veneno.

Agradecíle el aviso y, sin dar cuenta a Leonor (aunque sí de mi ausencia) divulgúe por la ciudad que me partía a Madrid a comprar las joyas. La causa, tan verosímil, desterró dudas. Partíme una mañana a hora que todos me viesan y, en cerrando la noche, volvíme a la ciudad desde un espeso bosque donde estuve escondido. Ya dejaba apercebido un criado; túvome un postigo abierto, y así, sin que me viese ninguno, me entré a las diez en mi casa. Vestíme de noche con el disfraz que pude y, bien armado, me fui a la calle de Leonor. Rodeé toda su casa, requerí con la vista las ventanas y, con el oído, atalayé lo que pude por las puertas. No hallé cosa con que me descontentase hasta que, a cabo de rato, sentí que entraba una tropa de gente por la una boca de la calle. Retiréme a la otra parte, ya con las inquietudes de celoso cuando, con mucho donaire, oí templar dos instrumentos, frontero de aquella reja en que contraje con Leonor mis desposorios. Quise padecer con esperar, para averiguar mejor en el hacer. Acabaron de templar los músicos y, a tres voces, cantaron este romance:

*Escucha, divina ingrata  
mis quejas, si acaso duermes  
y dame siquiera oídos  
ya que otros favores niegues.*

*Apenas comencé a amarte  
cuando casarte pretendes  
sin mirar que tus desvíos  
serán lazos de mi muerte.*

*Dirás que no debes nada  
y aun negarás conocerme  
mas si el alma me has robado  
¿por qué has de negar que debes?*

*Ten amor, si eres discreta  
a quien amores te ofrece  
porque en viendo valentías  
es niño el amor, y teme.*

*No sientas hacer mudanza,  
cuando es ganancia el quererme  
y, por costumbre, no es mengua  
la mudanza en las mujeres.*

*No temas al valentón  
que todos somos valientes  
y, en materias amorosas,  
el que más vale, más puede.*

- Basta, no cantéis más (dijo el protector de la música, que conocí ser el referido don Claudio). Y puedo decirte, con verdad, que me quitó a mí la palabra de la boca, porque, amostazado de ver que quisiese comenzar a pretender cuando yo estaba casi en posesión, me estaba abroquelando para ir a decirles que callasen, pero detuve los pasos, escuchando que, por la misma calle que entraron, llegó determinada otra cuadrilla con mi mismo intento, porque, como después supe, era el viejo pretendiente que, quizá picado de celos, viendo que se le casaba la moza con que la tía le hacía ofrecimientos, quiso también rondarla la calle y hacer su demostración, que no fue poco para un hombre de su edad.

Barajáronse todos a cuchilladas hasta que los unos en pos de los otros dejaron la calle limpia. Yo me estuve quedo, cuando vi el motín confuso, porque es dislate entrarse a reñir a ciegas con los que están riñendo, cuando no pueden distinguirse los que son contrarios.

Fuera de esto, quise estarme a la vista de las rejas, por si se daban algunas muestras de agradecimiento. Púseme a escuchar, a tiempo que la esclava, colérica e impaciente, abrió un postiguello de la ventana y, juzgando que era yo alguno de los contenidos, comenzó a hacer mil amenazas y desafueros, cosa que me dio notable gusto, porque cuando las criadas, estando ausente el dueño, andan tan fie-

les, no hay para qué tener sospechas de la dama. A este tiempo sentí que, a mucha priesa, venía uno desempedrando la calle, de quien no quise esconderme, y sucedióme bien, porque era don Claudio que, juzgándome por uno de sus criados, me dijo:

- Fernando, pues que ya habéis hecho abrir, dejad pasar a mi padre, que viene en mi seguimiento y dad por esa ventana este papel, pues veis lo que me importa.

En su primera razón conocí que había dejado a alguno para que llamase a las rejas y el que fue anduvo cuerdo en no quedarse, pues que lo mismo fuera descalabrado. Dejándome el billete el engañado don Claudio siguió su derrota y yo, después de haber visto que el Corregidor torció por otra parte, quise con el papel intentar otra prueba (que en habiendo celos en un pecho con nada se asegura, y así, disimulando la voz lo que me fue posible, comencé a agasajar a la esclava, haciendo intercesor de mi deshonra y, pidiéndole con ofertas, tomase aquel papel y se le diera a Leonor. "Con honrado brío (me respondió la morena), señor galán, desocupad esta calle, y baste el alboroto que habéis causado en ella, sin que intentéis dar a mi señora nuevas pesadumbres, porque cuando yo fuera tan mal mirada que la llevara el papel, estoy satisfecha que a mí me echara de casa y a vos os remitiera el papel sin abrirle, o sin leerle, le consumiera en cenizas o le arrojara en pedazos". Apenas dijo esto cuando, dándome con las ventanas en los ojos, se entró dentro y me dejó sin género de sospechas, aunque maquinando venganzas contra mis opositores. Desocupé el puesto por aquella noche, fuíme a casa, abrí el papel, que contenía este soneto, que encomendé a la memoria:

Flechándome el amor su arpón ardiente,  
 dióme en el alma tan mortal herida,  
 que ya por ella se asomó la vida  
 a contar mis desgracias a la gente.  
 Acudió con la herida un accidente  
 y, si al dolor le dejó hallar cabida

rayo fuera la pena detenida,  
 que me abrasara el corazón doliente.  
 Enfermo así, celoso y malherido,  
 a pedir una gracia acostumbrada  
 llego, bella Leonor, a vuestra puerta.  
 Las dos letras de un "sí" tan sólo os pido  
 y no es justo tengáis puerta cerrada  
 a quien para vos tiene el alma abierta.

Ya habrás visto que el soneto, para el propósito, es razonable, que el pretendiente andaba de poco juicio en pretender por poeta, que anduvo poco galán en encomendar el papel, estando en la ventana a quien pudiera darle y que mostró mucho miedo en huir tan de corrida. Todo esto habrás considerado; paso, pues, a mi pensamiento. Habiendo hecho mil discursos de lo que haría con aquel papel, me ocurrió una valiente traza para dejar mi agravio satisfecho. Tomé el papel último que me envió Leonor, que ya te dije contenía solas tres razones de estar me aficionada, algo sentida, y esperándome en su reja, palabras tan equívocas que podía engañarse con ellas cualquier pretendiente. Digo, pues, que tomé este papel y, cerrándole lo mejor que pude, se lo encargué a un astuto criado que yo tenía el cual, disfrazado de mujer y tapado de ojo con el manto, se fue en amaneciendo a buscar a don Claudio, a quien dio el recado, de parte de mi Leonor (este "mía" ha sido el primer requiebro que me has oído, y no te espantes, que fue mi esposa y la quise bien). Cuando ya vi el negocio en este punto, juzgué por buena mi traza; llegó la noche y, del modo que la primera, me fui a la calle de Leonor a esperar la resulta del papel. Ya te dije que el plazo tenía a las doce, pues, apenas fueron dadas, cuando llegó don Claudio muy puntual al puesto, dejándose a dos amigos que llevaba en las esquinas. Aunque el recuerdo de estas cosas me causa ahora disgusto, ya puedes considerar que entonces me causaría mucha risa, pues era de porte el ver a don Claudio hacer paseos, toser, mirar a las venta-

nas, fingir suspiros, escuchar a las puertas y otras diligencias a este modo. Más de dos horas le hice que esperase hasta que, ya enfadado o, quizá receloso de si era burla de Leonor (como ignoraba que fuese mía) se determinó a hacer señas, tirando algunas chinas a la ventana. No quise que se diera lugar a aquello de despertar a quien duerme, y así, saliendo de donde estaba oculto y retirado, me acerqué a él y le dije:

- Si sois caballero, y mostrais tanto amor, venfós conmigo.

Apenas acabé de decir esto, cuando llegaron presurosos los dos que estaban de posta y, si don Claudio no los reportaba, embistieron al punto, si bien fue poca la dilación porque, como hubiésemos bajado a las orillas de Santo Tomás, y allí me descubriese ser Enrico, no hubimos comenzado a medir las espadas, cuando de todos tres me vi acometido, y esto con tanta presteza que aun no pude disparar una pistola, pero me defendí tan valerosamente que, cayendo a mis pies el uno pidiendo confesión, los otros dos tomaron por partido volverme las espaldas.

Temí las vejaciones que don Claudio había de hacerme, viendo a su padre Justicia y al muerto, caballero principal y amigo suyo, y así, me fui al instante y pasé toda la plata, baúles y ropa en casa de un amigo, donde me estuve oculto todo el siguiente día, sin que pudieran descubrirme humanas diligencias; desde allí avisé a Leonor por un papel todo el suceso, la ausencia fingida, la satisfacción de mi sospecha, la burla con su carta y lo demás que has oído. Respondióme amorosa que, a prima noche, cuando el bullicio de la gente no da lugar a reparos, me fuera a su casa y que, en entrando en ella, hallaría orden de lo que había de hacer. A tal envite ¿qué podía responder un hombre enamorado sino obedecer en todo? Fuíme a la hora que me señaló y, apenas de su casa pisé los umbrales, cuando la esclava, que estaba en espera, me asió de la mano y, pisando tinieblas (que esto es lo que se llama andar a obscuras) me fue guiando a un camarín secreto, donde me dijo que aguardase hasta que fuese

hora de que Leonor pudiera verme. Fué con esto, dejándome encerrado y, como el esperar es tan penoso, después que sentado en una silla estuve harto de repasar las cuentas de este rosario quise, por curiosidad, medir la anchura de la pieza, y así, levantándome, fui tentando las paredes que, con sus tapices telarañas me anunciaban la estrechura del retrete, dándome a entender no ser aposento sino escondrijo de Trapa, que a esto obligan los deseos de un amante o los temores de una prisión. Ya me consideraba en un lago de ratones o en una tumba de sabandijas, cuando reparé que estaban hablando de la otra parte. Apliqué más el oído y, mirando por una rima o grieta que hacía el tabique, arbitro que dividía la casa de Leonor y la de otra pobre gente, vi que dos humildes casados se estaban acostando a la luz de un lagrimoso candil, a quien un orificio de la pared o toda la pared llena de orificios, servía de candelero (que hasta en colgar una luz descubre la pobreza necesidades) y después que en unos colchones mal mullidos, antes de paja que de pluma, echaron a descansar los pobres cuerpos, escuché que el uno al otro decía estas palabras:

- Vuélvote a decir, hermana, que estoy satisfecho de mis recelos, porque la buena doña Leonor me desengañó esta tarde, diciéndome una y muchas veces cómo ese doblón que tienes te le había dado ella por un favor que le hiciste, pero en tanto que viene el sueño, gustaré me digas ¿qué servicio fue este que dio tan buena paga, cuando nos consta que la buena señora pasa también necesidades?

- Sabrás, hermano mío (respondió la consorte) que, como este aposento en que dormimos confina con la casa de doña Leonor, pues solo hay de por medio este tabique, llegó a mí en días pasados el hijo del Corregidor (que ya sabrás pretende los amores de esta dama) y prometiendo montes de oro, me pidió le dejase entrar aquí una noche para, rompiendo esta pared, satisfacer su apetito. Fue tanta la pesadumbre que recibí con esto que, por no dártela a sentir, no te la he dicho

hasta ahora. Pero te prometo que le respondí tan briosa, dándole a entender nuestro proceder honrado y, amenazándole con que su padre lo había de saber, que le vi muy pesaroso de habérmelo dicho, y así, con muchos ruegos y caricias, me suplicó que callase. Es verdad que le guardara secreto, a no considerar el peligro que corría el honor de esta señora si, descuidada acaso, no reparaba en los peligros, por lo cual, aguardando ocasión que su tía estuviese fuera de casa, me fui con ella, como otras veces acostumbro, y contéle todo cuanto don Claudio me había dicho, quedándose la hermosa doncella tan mortal del sentimiento, que la tuve una gran pieza desmayada en mis brazos, y después de vuelta en su acuerdo, derramando muchas lágrimas, sacó un doblón del escritorio y, dándomele, me dijo:

- Tomad, hermana mía, y advertid que os doy la prenda de más estima, por ser de Enrico, el que será mi esposo a pesar de inconvenientes.

Excuséme lo posible en recibirle, pero no tuvo remedio, hasta hacerme casi por fuerza que la tomase, rogándome con muchas veras que guardase secreto y que tuviese cuidado con mis puertas. Yo, por asegurar sus miedos, le ofrecí entonces que nosotros dormiríamos en este cuarto, que es la parte más flaca para poder romperse y que su esclava podía dormir en un desván, que está aquí conjunto, con que por esta parte podía tener seguras las espaldas. Siguió mis consejos y, muy agradecida, es tanta la llaneza con que me trata, que yo soy la secretaria de sus males y sus gustos. Y con esto he satisfecho las sospechas temerarias que tenías, porque me viste aquel doblón en las manos.

Replicóle el marido:

- ¿Y, por ventura, ese don Enrico, que dices, es el que hirió la noche pasada a don Esteban, por cuya causa se ha ausentado, y la ciudad está llena de alborotos?

- Él mismo es (respondió la mujer) mas Dios querrá que no muera el herido, para que Enrico se case con nuestra vecina y nosotros tengamos en él quien nos remedie más de dos necesidades.

- Linda flema gastáis, por vida mía (dijo el ma-

rído) cuando el otro pobre está pasado de dos estocadas, y el Corregidor está prometiendo seis mil reales a quien prenda al delincuente, y puede tanto esta codicia que se ha repartido esta tarde mil hombres por esos caminos, fuera de las cuadrillas que andan por las calles, a fama de que Enrico está en la ciudad. Alienta también a esto el tío Oidor que tiene don Esteban en Valladolid y, así, si muere y prenden a Enrico, bien puede doña Leonor ir a celebrar las bodas al cadalso. Pero demos ya nosotros parte a la noche, que es muy tarde, y déles Dios a ellos lo que ve que han menester.

Cesaron de hablar y yo quedé tan gustoso de su conversación que me parece los estuviera escuchando lo restante de la noche, viendo que todo era oír finezas de Leonor, pruebas de su fe y ejemplos de su constancia, cuyo gozo no me dio lugar a que reparase en los malos anuncios que daban de mi vida: que un pecho amante, sólo con verse querer, desmiente los amagos del sentir. A este punto, que ya sería más de la media noche, abrió la esclava el camarín, pidiéndome abrazada de mis pies que perdonase y tuviera bien que perdonar a no haber tenido plática con que estar entretenido. Levantéla del suelo y la abracé con mucho amor, porque hice reparo en la lealtad con que servía, pues hasta el doblón que le di cuando me llevó el papel se le había dado a su señora. Preguntéle la causa de haberse tardado y, dando un suspiro, me dijo:

- ¡Ay, señor mío, que hemos pensado perdernos esta noche! Pues, cuando mi señora estaba por minutos deseando que la vieja se fuese a dormir, para venir ella a gozar vuestra presencia, la comenzó a hacer un sermón de cómo la había criado, del amor que la tenía, de lo que estaba obligada como madre y, en fin, de otras mil cosas (que como esta vieja está rezando de continuo, sabe a los diablos de esto de sermonizar) y vino a concluir con que le diera palabra de casarse con un primo suyo viejo, senectud, calvo y podrido, que ya le conoceréis. A lo cual mi señora, después de haber hecho otro discurso con palabras, respondió que vos érais

ya el dueño de su albedrío, cosa que, apenas oyó la vieja, cuando, mordiendo de los ladrillos y arrancándose los cabellos, comenzó a hundirnos con voces y maldiciones, diciéndole a mi señora que era una libre, disoluta e inobediente, y aclamándoos a vos por hombre facineroso, espadachín y malquisto, y si yo no la detuviera, como compasiva de su lloro (tal tenga la salud) creo que se hubiera abalanzado a la pobre doncellita, la cual, considerando que, si se acostaba en su cama, que está en el mismo palacio donde duerme su tía, fuera imposible venir a veros, porque la vieja en toda esta noche no pegará sus ojos, usó de una valiente traza, que fue decir, con muchas lástimas, que no había de dormir con quien tan mal la quería, sino que antes, a faltar en la casa otro aposento, se acostaría conmigo. Yo, como la entendí, la rogué encarecidamente a la vieja que, ya que en todo lo demás había dado a mi señora tanta pesadumbre, no la contradijera siquiera en esto poco su gusto, supuesto que en la sala de arriba podíamos poner la cama hasta que, por lo menos, cesasen los enojos. Respondióme que la echara, aunque fuera en la calle y, siendo la ocasión por los cabellos, hemos estado hasta ahora en escaparnos de su vista.

Toda esta historia me contó la esclava y luego, con mucho silencio, me fue guiando al palacio, donde Leonor, con los brazos abiertos, salió a recibirme, borrando con lágrimas de alegría las que estaba vertiendo de tristeza. Hazme merced de suplirme este paso porque, si me pongo a referirlo no he de poder acabarlo; porque despulsada Leonor de mi desgracia, comenzó a hacerme ternuras; afligida de las sinrazones de su tía comenzó a darme sollozos y, colgada de mi cuello, casi quiso desmayarse. No puedo pasar de aquí, colige las circunstancias en tanto que prosigo. Toda la noche pasamos en dos sillas y, después de habernos contado el uno al otro los sucesos, la aseguré que la noche siguiente habíamos de estar casados. Volvíome a repetir los favores, que no pasaron del imprimir en mi rostro con labios de clavel círculos de rosa

(y perdona la retórica en esta parte porque sólo en estas materias permiten bien el rebozo las palabras), correspondile con las finezas mismas y, amoroso, la conté mis pensamientos, cuya ejecución fue en esta forma. Hícele a Leonor que se acostase, porque durmiese siquiera lo que restaba hasta el día y, llamando a la esclava, nos fuimos al camarín donde había estado antes y, por aquel resquicio que escuché lo que te dije, le hice que llamase. Respondieron los vecinos y, cuando los vi despiertos, asegurándolos que no tuviesen temor, rompí el tabique, abriendo con el puñal una pequeña puerta, paséme por ella a la otra parte y, tomándole la luz a la esclava y haciéndole que con unas tablas disimulase la rotura, dije que se fuera a reposar.

Ya estaban vestidos los casados, tan espantados de verme que casi no acertaban a hablarme, quitéles el temor y aseguréles que, por mi respeto, no les había de venir daño ninguno, antes sí muchos favores que pensaba hacerles, lo uno, por la buena vecindad que a Leonor habían hecho, y lo otro por la buena obra que, con su ayuda, pensábamos recibir. Con esto le dije a Penado (que este nombre tenía el marido) que fuésemos los dos y pasaríamos allí a su casa mis alhajas y baúles. Contradijo mi parecer, temiendo no me encontrasen los que, desvelados, andaban por prenderme, y así nos resolvimos en que Penado fuese solo y, llevando las llaves de los cofres le dijese a mi amigo que, con la traza posible, me llevara por todo aquel día las joyas y los dineros, porque quería ausentarme. Dispusieronlo tan bien que antes que fuera de día estaba toda mi ropa en casa de Penado. Y porque no te quedés con duda, éste era un ministril, según la mujer me contó, en tanto que fue a hacer la diligencia, el cual, con la poca renta que la Iglesia le daba y, con un poco de trato que tenía, pasaba humildemente.

Saqué al punto de un talego los cuartos que me quedaban, hasta en cantidad de mil reales, y díselos a Penado, y a Jimena (que así se decía su mujer) le di unas piezas de pla-

ta y un par de sortijas, con que los dejé tan contentos que no cesaban de mostrarse agradecidos. La paga que le di fue buena, mas la satisfacción mejor, como verás adelante. Cuando ya fue bien de día, pedí recado de escribir y, retirándome a un secreto, escribí tres cartas, una al viejo que me había criado diciéndole que me iba a Flandes y que así, cuidando de mis rentas, acudiese con ellas a doña Leonor como a mi legítima mujer, otra al cura de San Vicente, que era grande amigo, pidiéndole que a las diez de la noche le aguardaba en casa de Penado para cierta diligencia, y la última para el Provisor, suplicándole me dispensase en las moniciones para contraer matrimonio con doña Leonor, según los requisitos nuevamente reformados por el Concilio de Trento. La causa justa me facilitó esta gracia, tomé la dispensación y remitíselo al cura, para quitarle recelos, que no dejaría de tenerlos grandes, temiendo el peligro, que es también carga de pastor estar sujeto a que los más amigos usen con él de una maldad.

Venida la noche pasé mis baúles por la rota pared en casa de Leonor, sin que la tía lo sintiese (que, como siempre me fue contraria, nunca le tuve devoción) y después que, como a mi esposa, le hube entregado a Leonor todas las joyas que encerraban, y ya el reloj con diez golpes era anunciador de la primera quietud, nos pasamos los dos a la casa de Penado, dejando a la esclava por centinela en la puerta del tabique. Llegó el cura casi al mismo punto y así, en presencia suya, celebramos el santo matrimonio, siendo testigos Penado y Jimena, con que ya desde aquella noche comencé a gozar más libremente los frutos ópimos de Himeneo. Fue suma felicidad para mí, y así me duró poco (que una gloria mundana siempre trae vinculada una desdicha) pues a cuatro días de casado murió don Esteban, cosa que degolló todas mis esperanzas con la consideración de la ausencia porque, viendo probada la muerte, casi averiguado el desafío y la parte poderosa, determiné dejar la ciudad por algunos días, hasta que el

tiempo fuera borrando las frescas memorias con el pincel del olvido. Contarte el sentimiento de Leonor en esta parte es, me parece, cosa excusada, pues basta decirte que, para vadear los ríos de sus ojos, tuve necesidad de desasirme de sus brazos. Y aun me dejara anegado o no me dejara partir, que es lo mismo, si no ofreciera volver muchas noches a verla y, porque éstas habían de ser inciertas y cierto el causar ruido cuando llegara a llamar a las puertas o ventanas, me llevé tres llaves, que eran menester para entrar hasta su aposento, quedándose Penado con el cuidado de hacer otras para el servicio de la casa.

Llegué a Madrid y, pensando estarme escondido entre su bullicio y confusión, quiso la fortuna que ya hubiese muchos espías que me buscasen, pues saliendo de Atocha una tarde, oí decir a uno de dos embozados que se estaban paseando allí a la puerta: "aquel es, no hay sino seguirle". Alargué más el paso y, viendo que se aceleraban en mi seguimiento, confirmé mi sospecha y torcí mi camino hacia el Prado de San Jerónimo que, por ser una tarde aperrunada, de las que suele febrero, estaba bien desocupado. Allí me volví a los dos; quisieron prenderme; reñí con ellos; acudió mucha gente y, aunque se echó voz de que me llevaban muerto, por causa de que al mismo instante cruzaron casi por medio de todos cuatro hombres cargados de un difunto que traían de aquellas alamedas, me escapé con la vida a ser causa de las muertes que he dado y padecido. Y como hallase aquella misma noche que un capitán de infantería, con otros caballeros, estaban de partida para Italia, me acomodé con ellos, sin darme lugar la prisa a que escribiera a Leonor que, cuando se está previniendo una desgracia, todos los medios parece que se desbaratan y aniquilan.

Casi tres años me entretuve en Italia, sirviendo al Emperador, donde con hechos señalados pude perpetuar al tí-

tulo de valiente que tenía adquirido. No quiero cansarte en referirte los modos, ni en contarte las hazañas, porque ha rato que me escuchas y aún no hemos tocado el umbral de mi tragedia. Sólo digo que, en pago de mis servicios, me perdonó el Emperador, dándome licencia para volverme a mi esposa, y cartas para el tío de don Esteban, que era la parte más interesada en la muerte, y dos mil escudos para el gasto del camino, con que llegué a España sumamente contento, sólo de acordarme que iba a brazos de Leonor. Exhibí en La Corte mis papeles y, con feliz despacho, caminé para Ávila, casi sin darme a conocer a persona alguna, con intención de coger a Leonor descuidada (que es propio de amantes usar de estratagemas) y para esto llegué a la ciudad en punto de media noche y, aprovechándome de aquellas tres llaves, que tres años había que las tenía guardadas, entré con mucho silencio en casa de Leonor o, por mejor decir, entré en mi casa. Encendí una luz, prestándome la lumbre un pedernal y, con ella, discurrí por los cuartos bajos que, pareciéndome estar mejores aderezados que solfan, comenzó el alma a llenarse de sudores, temiendo, por una parte, si Leonor se había ausentado de la casa y, por su muerte, la habitaba otro dueño y, por otra, sospechando si estando yo ausente, trataba de majestades, porque no parece bien que una dama cuelgue y blanquee la casa en ausencias del marido. Con todo, no quise hacer pie en cosas tan leves, sino subiendo al aposento donde con Leonor celebré aquellas pocas noches que tuve de boda. al ir a ajustar la llave a la cerraja, hallé que la puerta estaba juntada solamente y, abriéndola con tiento, me vi herido en sus umbrales de otro relámpago de sospechas, pues miré toda la sala tan vestida de cuadros y tapices y tan poblada de escritorios y baúles, que quise desconocerla, a no saber de cierto que era la misma. Entré un paso más adentro y, reconociendo a un lado dos cofrecillos de los míos,

quitóse la duda de habitar allí doña Leonor y aumentóse la sospecha del vivir livianamente y más cuando, llegándome a la alcoba (cuya portada ocupaba una cortina de damasco) vi sobre un taburete interpolados unos vestidos de hombre con basquiñas de mujer. Aquí comenzó a titubear el valor y, antes que se entorpecieran los sentidos, quise confirmar de un golpe los recelos. Levanté el pabellón y, sobre el mullido lecho, vi que, al lado de Leonor, estaba un hombre durmiendo, con sueño tan profundo, que pude conocer lo descuidados que estaban.

No hay que hacerte exageraciones, supuesto conocerás el punto de este dolor. Con la cólera a los ojos y con el ahogo a la garganta, volviendo a dejar caer el tafetán, puse la luz sobre un escritorio y, con el puñal desnudo fui a vestirlo en el pecho de Leonor (que es tener miedo la honra, matando al adúltero primero) mas, cuando, levantando el brazo, hice el amago al castigo, dijo Leonor entre sueños, con voz clara y distinta: “¡Ay, muerte!”, cuya palabra, apenas salió por el clavel de su boca, cuando la luz se trastornó sobre la tabla de la mesa, ora fuese al aire de un suspiro, ora al miedo de la inocencia. Temí de quedarme a oscuras (que aun para castigar un delito es menester que haya claridad) y así, volví presuroso a enderezar el candelero y vi que la llama de la vela estaba sobre una muerte, que servía de peana a un devoto crucifijo. Iba ya del quejido espeluzado el ánimo, luego, viendo la horrible calavera que la luz me señalaba, se descuadernaron los primeros impulsos y me quedé aprisionado de temores. Al pie de la figura estaban unas letras, que decían de esta suerte:

*Cual me veo te has de ver,  
mira qué quieres hacer.*

Con que pude confirmar que el quejido de Leonor y el derribarse la vela era celestial aviso que impedía mi venganza, porque mil veces, a vista del agravio, procuraba despertar en mi pecho iras y rigores y, otras tantas, a vista de la muerte, apenas acertaba a revestirme de enojo.

Estuve una gran pieza batallando en estas dudas, hasta que me resolví en no matar a Leonor sin saber primero la causa del agravio y, aunque no fue poco en tal apretura tener advertencia, con todo, la memoria de la muerte me amilanó de tal forma los bríos, que fue mucho tener valor para volver a salirme de la sala, de la cual salí con el mismo silencio que había entrado y, sin imaginar nuevas pruebas ni registrar otros modos, me fui al aposento donde dormía la esclava y, llamando a la puerta, me abrió temerosa y afligida. Desmayóse de verme (como me juzgaba muerto), volvió de allí un poco en su acuerdo, aseguréla cuanto pude, habléla muy amoroso, contéla mis trabajos, preguntéla por Leonor, comenzó a llorar y, envueltas en lágrimas, me dijo estas palabras:

- Verdadero señor y dueño mío: testigos son los Cielos cómo su esposa y mi señora doña Leonor te ha sido siempre fiel, constante y firme pues nunca después que te ausentaste, se ha visto en su rostro consuelo ni alegría, lágrimas, sí, muchas, que por tí cada día derrama en abundancia, sin que humanos placeres sean bastantes a desterrar su tristeza. Esto te digo porque escuches sin rigor lo que tiene sombra y apariencias de haberte faltado. A pocos días de cómo nos dejaste y te fuiste vinieron nuevas muy ciertas (o falsas, diré mejor, pues ya se han visto) de cómo en Madrid te habían quitado la vida, sobre querer prenderte; llegaron a oídos de mi señora doña Mencía, y puedo asegurarte que lo sintió muy poco, a causa de que jamás vino en tu casamiento, pero, con todo, dilató más de seis meses el decírselo a mi señora

Leonor lo que había de sentir. Yo, por otra parte, hice mil diligencias secretas para saber la verdad y llegó a tan subido punto la mentira, que gasté más de mil reales porque me trajeran a un hombre, que vive hoy en las Navas, el cual dijo haber estado presente la noche que te enterraron, certificando esto con que daría más de otros veinte testigos. Con prueba tan rigurosa me quedé convencida, con tristezas tan grandes, con sentimientos tan crecidos que, echándolos de ver mi señora Leonor, me preguntó la causa muchas veces, pero nunca quise decirle, por ahorrarle penas y dolores.

En este tiempo dio en acudir a casa don Vicente, aquel viejo rico que mi señora la vieja había procurado con tantos extremos que casara con Leonor, la cual nunca quiso dejarse ver de él, ni aun por cortesía quiso hablarle, antes llegó a sentir sus visitas, de manera que vino a hacerle grandes cargos a su tía y dióle, por descargo, el referir tu muerte, cosa de tanto dolor para mi señora, que se pensó en toda la ciudad que perdiera el juicio. Quiso hacer mil pesquisas, por saber con certeza la nueva dolorosa, mas ahorréle el cuidado, contándole todas mis diligencias. ¿Cuántos llantos hizo conmigo? ¿Cuántas lágrimas derramó aquellos días? ¿Cuántas veces se desmayó en mis brazos? Dios sabe cómo es verdad, aunque no me quieras creer.

Pasado el primer antuvión de lloros fueron tantos los ruegos de don Vicente, tantas las intercesiones de la ciudad y tantas las amenazas de doña Mencía que, sin voluntad ninguna la forzaron a que se casase, y yo juzgo que, si se casó, no fue sino para confirmar lo que te quería, pues en vez de olvidos crecieron tus memorias y en lugar de placeres se aumentaron los dolores en tanto extremo que, mil veces arrepentido don Vicente, ha querido divorciarse y apartarse de con ella, a no haber mediado las astucias de la tía. Esto es lo que ha pasado; reprime, señor, el dolor, perdona la inocencia, y culpa tu descuido, pues en tres años nunca has escrito una letra, ya que no viniste a vernos como prometiste, lle-

vándote, para ese efecto, las llaves de las puertas, que también han sido indicio bastante para confirmar la fama que ha habido de tu muerte. Don Vicente duerme con mi señora, él culpado, pues con casarse con ella fue quien primero trajo las nuevas de esta mentira; ella, inocente, pues aunque se casó con él ha sido la que jamás te ha olvidado; si acaso previenes venganzas no castigues los pechos inocentes y, si no ha de haber piedad, mátame a mí primero, que más dulce me será padecer el golpe de tu cuchillo que no llegar a sentir la muerte de mi señora.

Esto me dijo la esclava y, como ya llevaba yo el corazón mancillado de sentimiento de haber visto con mis ojos violada mi cama, apenas se alteró la sangre de oír la relación de mi deshonra (sino es que la llamo desgracia), antes, con mucho despejo, le mandé a la esclava que, despertando a Leonor, la anunciase mi venida y que, sin detenerse un punto, se pasasen las dos a casa de Penado, como que iban huyendo de mi castigo, y que se estuviesen allí escondidas hasta que yo las avisase. Esto hice, porque acordándome de la voz que dio Leonor entre sueños, cuando iba determinado a herirla, del trastornarse la luz, del señalar a la muerte, vine a confirmar que estaba Leonor libre de culpa y así no quise que se salpicasen los jazmines de su cara con la sangre del adúltero don Vicente, al cual, después que ella se puso en salvo, le saqué la vida con la primera puñalada (que es el primer favor que se puede hacer con el que van a matar) y dejándole cadáver sangriento, bajé al palacio donde estaba la vieja doña Mencía durmiendo, bien descuidada, cuyo sueño hice que se acabase a las puertas de la muerte que fueron las que abrí en su pecho con la punta del puñal. Movióme a tanto rigor la crecida sospecha de imaginar que don Vicente, por gozar a Leonor, y doña Mencía, por vengarse del haberme casado sin su gusto, habían divulgado las falsas nuevas e inducido a los testigos, que dijeron haberme visto muerto que, con indicio poco (cual fue el que te dije, cuando reñí en el

Prado de San Jerónimo) suele ser muy haccedero y fácil entre gente poderosa.

Hechas estas dos muertes, salíme por la mañana a la plaza a ser la admiración del vulgo, pues todos cuantos me miraban, apenas sabían qué preguntarme. Presenté ante el Corregidor mis papeles e Imperiales indultos, con que pude asegurarme de la muerte que di a don Esteban y luego, en secreto, le entregué las llaves de mi casa, para que fuese a ver el fracaso sangriento y, entretanto, me retiré a Santo Tomás que, viendo que don Vicente y doña Mencía tenían casi todo lo noble de la ciudad por sangre suya, no quise asegurarme con la capa de mi justicia. Hizo ruido en toda la comarca el lamentable suceso, dividióse la plebe en corrillos, y toda la nobleza en varios pareceres, unos condenando mi rigor, y otros absolviendo mi impaciencia y, como los más apasionados miraban en verme a mí con vida, que habían sido falsas las pruebas que hizo don Vicente para quitarme a mi esposa, oyeron tan sin pasión mis disculpas que, a pocos días, me dejaban libremente pasear por los arrabales de la ciudad, causa que fue para que yo también fingiese haber vuelto a mi gracia Leonor, dándome por creído de que todo aquel tiempo había estado escondida en las Bernardas.

Comencé de nuevo a gozar los frutos de casado, con deseos tan afectados de mi querida prenda que, a haber sido culpada, se borrara la culpa con sus muchas caricias, cuando no la hubieran lavado sus muchas lágrimas. Al cabo de un año me dio el Cielo una hija de incomparable belleza, traslado en fin de su madre y, porque le pareciera en todo, le puse su mismo nombre: llaméla también Leonor, y yo juzgo que, hasta en correr aventuras, le ha llevado poco, pues siempre, desde que vio la luz primera, no ha visto sino desdichas, lástimas y lloros.

Alegres pasábamos la vida yo y Leonor, con el fruto hermoso que Dios nos había dado, borrando con el presente regocijo las pasadas

pesadumbres, mas, como la fortuna jamás permanece estable, dejó rodar la rueda por un risco de trabajos, dejándome en ellos sepultado y sumergido. Fue el caso que, en este tiempo, vino a Ávila nuevo Corregidor y, aunque después de informado de mis tragedias, me envió a decir que estaba pesaroso de mi desgracia, pero que me aseguraba el proceder conmigo con los mismos disimulos que su antecesor; con todo eso, el alcalde mayor que traía, por ser deudo de don Vicente, dio en pasear de día las puertas de mi casa, en rondarme de noche las esquinas. Tuve sentimiento notable de ver que, cuando ya la cosa iba tan fría, que apenas las partes interesadas se acordaban de la muerte, hubiese venido este alcalde a despertar dormidos corazones, a encender muertas cenizas; así, le hice un recado con uno de mis amigos, pidiéndole, por merced, que no solicitase tanto heridas añejas, pues cuando estaban chorreando sangre se habían disimulado, conocida mi razón. Respondióme que venía de la Corte muy empeñado en prenderme, pero que disimularía lo posible, con tal que nunca saliese a las plazas ni actos públicos ni osase parecer en su presencia. Con la Justicia no valen réplicas, los fieros suelen dañar, las amenazas suelen poner la cosa de peor condición; así andaba siempre a sombra de tejas del modo que a los principios, hasta que un día (substituto fue de martes, pues me acarreó desgracias) viniendo de pasearme con tres o cuatro amigos, vestido de barrio y con un pequeño estoque en la mano derecha (más por gala que por necesidad, el no llevarle en la cinta) nos descuidamos tanto, con la conversación, que llegamos hasta el mercado divertidos y, apenas en una orilla hicimos corro, cuando por la otra parte entró el alcalde mayor, acompañado de dos alguaciles y, sin divertirse con nadie, como pudo se fue derecho a nosotros y, aunque le vi venir, me estuve quedo, porque el rumbo de mi natural jamás me permitió volver las espaldas, aunque fuera a la Justicia,

digo, por causa tan indecisa como la mía ni, en parte, tan pública como aquella. Llegó, pues, a nosotros, hizo su cortesía, dímosle lugar y, demudando el color, y fijando en mí la vista, me dijo:

- Días ha, señor Enrico, que os tengo avisado que no os pusiérais en mi presencia, y pues esto parece no hacer caso...

Dejóse pendiente la palabra por echar mano de la acción, pues sin decir otra cosa iba a abalanzarse a mí como león desatado, mas aunque fue el acometer tan repentino, le resistí valeroso porque, levantando el estoque, sobre el cual tenía reclinado el cuerpo, le tiré, con vaina y todo, un golpe tan desatinado, que le pasé el pecho de parte a parte, o ya fuese que la contera hizo el orificio o ya que el valor del brazo rompió también la contera, porque la interpretación de algunos, que se había caído, siempre la tuve por mentirosa.

- ¡Muerto soy!, dijo el alcalde mayor.

Mis amigos y demás circunstantes se cercaron de él a mirarle la herida (creo fue cautela para darme lugar que huyese), los alguaciles, turbados o temerosos, no acertaron a seguirme. Yo, viendo la atrocidad del hecho, me puse en huída; salí por la puerta de San Vicente, con designio de irme a Valladolid, cuando, rodeando la cabeza, vi que salían de la ciudad en mi seguimiento el mismo alcalde herido y un gran tumulto de gente, apellidando justicia con desentonadas voces, y, por otra parte, algunos ministros a caballo, corriendo a rienda suelta, por tomarme los caminos. Por lo cual, considerando que era forzoso valerme la Iglesia y, si pasaba adelante, ponía en contingencia que me prendiesen determiné quedarme en un monasterio de Franciscos descalzos, que estaba algo apartado de los muros. Entré dentro y, como los más frailes me conocían, me recibieron muy bien e, informados del caso, me escondieron en una falsa cubierta, donde era imposible que me hallasen los ingenios más alguaciles, ni que me viesen los ojos más lince, pues aun yo de rato en rato me buscaba a mí mismo y no era poco hallarme,

porque como el hueco, después que se hizo desván, nunca conoció la luz, ni por brújula de una tabla ni por la menor grieta del tabique, tan ocupado estaba de obscuridad y tinieblas que yo sólo me consideraba un bulto de sus sombras.

Ya estaba yo escondido, cuando el Corregidor llegó también al Convento con gran tropa de ministros y, dando primero orden de que llevasen a su casa al alcalde que, aquejado del dolor, ya comenzaba a partir el campo de la vida con la muerte, hizo luego que la gente (que era infinita la que a la voz del fracaso había concurrido) se pusiese en contorno de la sagrada casa, con facultad de que cada uno o me prendiese o matase y, después, con una cuadrilla de hombres bien puestos y aderezados, entró dentro atropellando amenazadas censuras y, rompiendo por medio de requerimientos eclesiásticos, me buscó en toda la iglesia, sin reservar aun los huecos de los sagrados altares. No quedó sótano ni sepulcro que no lo mirase; no hubo falsa ni desván que no lo anduviese, celda por celda fue deshollinando toda la casa, tronco por tronco buscó por toda la huerta, y escondrijo por escondrijo penetró casi los secretos más ocultos de todo el Convento hasta que, despedido, se salió de él sin hallarme, al tiempo que ya el padre de la luz bañaba su madeja rica en el profundo océano para prestarle luceros a la noche que, descogiendo sobre el aire el negro manto, iba cubriendo de sombras los terrestres edificios.

Fuese el Corregidor, colérico e impaciente por no haberme hallado pero, informado y satisfecho que yo estaba dentro, hizo que estuviese de posta toda aquella noche la milicia, con otra mucha gente de guarda, fuera de muchos deudos que tenía el alcalde, y los Águilas y Bracamontes, que se hicieron de su bando. Fue de modo que, divididos en tropas, cercaron el Convento y, separados a trechos, hicieron lumbres, cual escuadrón de pelea, que está lleno de centinelas o atalayas. Dejémosle, pues, aquí, y volvamos

adonde me quedé escondido que, como pasé un buen rato y el lugar era tan horrendo como te dije, comenzó el alma a vacilar entre angustias y congojas y el cuerpo a padecer mil inquietudes: la estrechura era tal que apenas podía revolverme, la techumbre, tan baja, que no podía levantarme; del polvo denso y mohoso tenía en la garganta tapados los órganos de la voz; de las muchas telarañas tenía puestos pabellones en la cara y cortinas en los ojos y, finalmente, bulléndome en cualquier parte un tabardillo de pulgas, comenzaban ya a pintarme en todo el cuerpo, cuando, levantando una pequeña trampa, se asomó un fraile de aquellos y me dijo que saliese que, aunque fuera para el cadalso, lo tuviera a dicha, a trueque de salir de aquella tumba o calabozo.

Sacáronme, pues, de allí, sacudiéronme los vestidos, limpiáronme la cara y, contándome las mal logradas diligencias que el Corregidor había hecho por prenderme, trataron de que cenase; comí poco y de mala gana, porque se estragan los gustos a vista de los cuidados y, sobremesa, me dijeron dos padres, los más graves de la casa, que el camino mejor que habían hallado para asegurar mi vida era que saliese aquella noche del Convento, porque, aunque las guardas eran tantas, trazarían de que a medianoche me acompañasen cuatro frailes hasta la parte más oculta y apartada de la huerta y, al mismo tiempo, abriesen un pequeño postigo de la iglesia, como fingiendo querer darme por allí salida, para que, acudiendo, como era forzoso, todos los soldados a la puerta, yo tuviese lugar entretanto de saltar por las paredes y que allí, a media legua, ya un mozo me estaría esperando con un caballo, porque a esta diligencia fue el Guardián muy de secreto a mi casa.

La traza y el ardid me pareció admirable y así no tuve que contradecir, sino agradecer mucho los favores que me hacían y, estando en esta conversación, oímos llamar a la puerta, con mucha prisa, cosa que nos puso a todos en cuidado. Acudió el portero, y conocido ser el Guardián, abrióle

al momento, el cual, como me juzgaba aún escondido en el desván o azutea, entró diciendo con voz algo levantada: “¡qué lástima! ¡qué desdicha! ¡qué desgracia!” y yo, como cualquier cosa me alteraba la sangre, y cualquier ruido me ponía en cuidado, oyendo aquellas admiraciones compasivas, alargué más el oído y oí que, preguntando algunos frailes que le salieron al encuentro la causa de su pena, respondió, lastimado:

- ¡Ay, padres míos!: que la desdichada doña Leonor, del susto y sobresalto que recibió esta tarde, acaba en este instante de dar el alma a su Criador; muerta la dejo, y en mis brazos ha expirado.

Considera en un corazón amante una flecha de dolor, considera en un marido muerta la mitad del alma, y considera en un paciente originada otra desdicha. Rapasa por tu vida allá para contigo este tropel de sentimientos; haz allá en tu memoria la distinción de estas penas, y no permitas que yo me detenga en referirlas, porque si como fueron hubieran de ponderarlas, con desmayados ahogos me vieras muerto en tus brazos. No quiero ponerme en la ocasión y, así, haciendo paréntesis ahora al sentimiento que allí tuve, voy adelante con mi tragedia.

Sabida la muerte de mi esposa, quise dejarme prender y entregarme a la Justicia, mas fueron tantos los consejos saludables de aquellos santos Religiosos, que hube de mudar parecer y sujetarme a su gusto, aunque no pudo efectuarse la traza que me habían dado, porque, yendo a poner los pies en una escala para saltar la cerca, me hallé tan sin bríos del sentimiento de Leonor, me vi tan degollados los alientos y me consideré con el valor tan descuadrado que, como si fuera la escala del suplicio no pude dar el primer paso por ella. Viéndome los frailes de aquel modo, mudaron de parecer, juzgando por imposible que yo tuviera fuerzas para escaparme del peligro y así, dando cuenta al Guardián y a los demás Religiosos, se conformaron todos en que no me saliese aquella noche, sino que aguardásemos la siguiente, por ser posible estar yo con más aliento y el estado de las cosas de mejor data.

Convenidos en este concierto trataron de volver a esconderme y, renunciando yo el lugar donde primero había estado y, no conformándome con uno de otros dos sótanos en que me dieron que escogiese, tomé por asilo una grande hacina de ramas y leña que, amontonada en un rincón de la casa, tenía bastantes huecos en que poder esconderme. Allí, pues, me entré con dos mantas que me dieron y, volviendo a tapar con muchos haces la puerta por donde había entrado, se recogieron todos los frailes a dormir y yo me quedé a llorar; que, como la fortuna estaba tan en mi contra, poco aprovechaba encubrirme, supuesto que ella dio traza para que me hallasen, y es el caso que, como la noche era fría y ya la lumbre les iba faltando a los que estaban de posta, una guarda de aquellas se determinó a entrar en la huerta y sacar toda la leña que hubiesen menester, y estando subida en la pared de la cerca, para ejecutar su intento, como atendió al pequeño ruido que hacia la leña sonaba y como vio, aunque por brújulas de la obscuridad, los bultos de los frailes, que iban y venían a la hacina, hasta que me dejaron en ella bien tapado y oculto, sospechándose lo que podía ser, o lo que era, volvió a descender de la tapia y, sin comunicar su sospecha (quizá por ganar solo las albricias) se fue al Corregidor y dióle cuenta de todo lo que pasaba.

Apenas la aurora, haciendo los primeros botetes, derramaba lágrimas porque ya el Sol la iba mirando desnuda, cuando ya el Corregidor estaba llamando a las puertas del Convento o, por mejor decir, cuando ya la hacina de leña (pira o mausoleo de mi desdicha) estaba rodeada de ministros y alguaciles que, como todos iban siguiendo a quien iba bien en la malicia, no acertó ninguno a divertirse a otra parte. Desviaron, pues, mucha cantidad de ramas y, aunque los frailes, pasmados del suceso, procuraban con trazas encubrirme, no fue bastante su ardid para que dejasen de hallarme. Salí a ser presa de todos mis enemigos, aunque no sin esperanzas de escaparme de sus manos, pensando me darían

lugar de hallar otro escondrijo. No me fue posible, porque aunque los frailes anduvieron valerosos, resistiendo coléricos impulsos, aunque impidieron romper la cerca por donde querían sacarme, aunque promulgaron censuras para que no me prendiesen y, aunque cerraron las puertas para que no me sacasen, viendo que ya con una grúa iban a echarlas en tierra y, considerando que, a no abrirles, habrían ido allí de matarme, las hicieron patentes para que me sacaran a ser ejemplo de la desgracia.

Lleváronme a la cárcel y, rodeándola de guardas, pusieron graves penas que no me hablase ninguno. Sustanciósse la causa en aquel día, dándome solas seis horas de la noche para que respondiese; que para descargos de un triste, ya que no dan lugar a que la luz de su Justicia le ayude, aun no quieren permitirle que, a la luz del día se publiquen..

Amaneció otra mañana, fulminada la sentencia de que me diesen garrote en la misma prisión y que de allí me sacasen a darme sepultura. No me bastó el apelar, porque en sentencias de prisa y en sentencias que se acortan los términos del derecho, siempre les añaden la ejecución, sin embargo. Publicósse por la ciudad el fallo riguroso y, aunque cuando me prendieron parece que hasta las piedras decían: "¡muera, muera!", como el alcalde mayor aún no había muerto, antes daban muchas esperanzas de su vida, el Eclesiástico comenzó a gravar más las censuras, cerrando las iglesias al son de tristes clamores de campanas, y mis amigos, con mucho de lo noble y casi toda la plebe, comenzaron a levantar alborotos y motines para mi defensa. Temió el Corregidor arrojarse al peligro y, aunque la parte contraria insistía en que la sentencia se ejecutase al momento, quiso, con todo, después de muchas consultas, esperar el fin que hacía el herido, y poca fue la espera, pues antes que otro día amaneciese ya se publicaba su muerte con llantos y gemidos. Murió el alcalde, resucitó de nuevo mi delito; sus deudos, con más ahogo, comenzaron a desnudar las espadas de venganza; los que estaban para defen-

derme, asestaron los tiros en mi contra; los más amigos se vieron tan desmayados, que ya era todo temores lo que vistieron alientos; todo confusión, lo que fue arrogancia; todo callar, lo que fue voces, y todo cobardía, lo que llamaron valor. Trocáronse finalmente, en un instante, todas las cosas; el que ayer se lastimaba de mi muerte, hoy solicitaba que me quitasen la vida; el que ayer abominaba de mi sentencia rigurosa, hoy se quejaba de que me habían dado muy leve la sentencia; lo que ayer eran motines para reservar mi vida, hoy eran alborotos para solicitar mi muerte; lo que ayer con esperanzas se publicaba misericordia, hoy con desesperaciones se pregonaba justicia; y hasta el Sol, que se puso ayer en el océano vestido de un nacarado rubí de mil rojos arboles, en que se atramaron sus dorados rayos, hoy amaneció cubierto con un capuz de mil nubes negras, calado papahigo con que rebozó sus luces.

Viendo tal mudanza, dispúseme a morir con algún consuelo de que mi muerte había de ser secreta, que aunque al fin se muere, no se muere tanto como a la vista de un vulgo, cosa que sintieron bien mis contrarios, mas no pudieron remediarla, por estar ya dada la sentencia. Dos palabras hice de testamento: que me diesen sepultura, y que Penado se hiciese a cargo de la niña, administrando hasta que tomase estado la hacienda, y, apenas con dos padres jesuitas (que otra persona alguna no consintió el Corregidor que me visitase) hice examen de mi vida, pidiendo con actos de contrición a Dios misericordia, cuando a las diez del día entró el verdugo, aderezando cordeles y otros instrumentos de su oficio, que a vista del que ha de padecer son verdaderas sombras de la muerte. Dióme, a excusas de los que entraron, un vaso de vino y, pidiéndome perdón, me animó para la empresa, aunque con aquella bebida me fui adormeciendo, de modo que, cuando me dio el garrote, ya falto de mis sentidos, ni pude temer las angustias de la pena ni pude sentir los dolores del suplicio.

Amortajado pusieron mi cuerpo en una enlutada caja y, con fúnebre aparato, dicen que celebraron mis exequias que, por desdichado que sea un delincuente, al tiempo del morir, los más duros se lastiman, y después de muerto, suelen acompañarle sus propios enemigos. Dejéronme en una iglesia, tendió su manto la noche, recogieronse todos, a su albergue cada uno, y, sosegado el bullicio, tocaron a recoger las campanas del silencio. Y, cuando yo me imaginaba, en la otra vida, dando cuenta delante del Tribunal Divino, o que el gentílico engaño me llevaba a la barquilla de Aqueronte, o que el católico crédito me guiaba al Purgatorio, desperté como en un sueño, tan ahogado en temores y tan lleno de angustias, que bien fue menester todo el resto del valor para disimular la pena. Despierto estaba, y aun me juzgaba dormido porque, aunque tenía abiertos los ojos, no podía discernir sino oscuridad y tinieblas. Unas veces pensaba que todavía me estaba en la cárcel, esperando la ejecución del castigo y, otras veces, imaginaba que resucitaba en la tumba a ser pregonero de mis desaciertos. Estuve un rato vacilando en confusiones y, cuando a vista de mi juicio, me consideré bien en mi acuerdo, quise alargar un brazo para tentarme las prisiones y halléme las dos manos prendidas junto al pecho; viéndome en vez de hierros con fúnebres ligaduras; creció el sobresalto y, al primer tirón deshechas, salí lo mejor que pude del enlutado ataúd y, puesto en pie, en medio de la bóveda, en la cual consideré me habían dado sepultura, comencé pavoroso a buscar la puerta, tentando con las manos las salitrosas paredes y, dando tropezones en algunas cajas deshechas, rotos depósitos de frías cenizas y, en algunos mondados huesos, reliquias de cuerpos consumidos, encontré con una caja bien aderezada y cubierta y, diciendo entre mí ¿quién será el que ocupa este lugar? oí una voz que me dijo: *Enrico, yo soy Leonor, que descanso; haz penitencia, pues te has librado de la muerte.* Cual helado mármol apercibí las palabras, cual hecho de piedra quedé inmóvil y cual in-

sensible me consideré difunto. Con manos tembladeras descubrí la caja, abracéme con mi difunta esposa, con mi querida Leonor y, cuando ya el corazón, desocupado del susto, iba a arrojar a los ojos las reliquias del dolor, cuando ya las lágrimas y la pena, añudadas en la garganta, iban engendrando ahogos y, cuando ya, finalmente, destapados todos los arcaduces del sentir, me amenazaban desmayos, llegaron presurosos Penado y el sacristán y, quitada la losa de la bóveda, entraron dentro con sendas luces y, hallándome de esta manera, quedaron tan turbados y afligidos, que fue mucho no quedarnos allí todos, unos del espanto de los otros sepultados.

Sacáronme a la iglesia, aplicáronme agua al rostro, volví en mi acuerdo y, viendo a Penado, me abracé de él con suma alegría, considerando que todo había sido traza de su ingenio. Contóme la grande diligencia que hizo en sobornar al verdugo, con doscientos escudos que le ofreció en oro, y cómo los dos, secretamente, para que no se descubriese el engaño, maquinaron mil ardidés y mil trazas hasta que hallaron la que escogieron por más útil y secreta que fue darme unos polvos en vino con que, estando amortecido espacio de diez o doce horas, se pudiese fingir el garrote y el entierro, para que, sepultándome en una bóveda, pudiesen sacarme de ella del modo que sucedió.

Después que me hubo contado todas estas diligencias y yo le hube dado los agradecimientos debidos, dejándonos al sacristán muy contento con otros doscientos escudos que le libré en Penado, fuera de la paga que él le tenía ofrecida, nos fuimos en punto de medianoche a su casa, donde fueron tantos los placeres de Jimena por verme vivo y tantas mis alegrías por ver el pedazo de mi alma, mi niña Leonor, vivo dibujo de mi difunta esposa que, en repasarlos una vez y muchas veces, nos vino a coger el día antes de que nos hallara el sueño.

Estúveme allí oculto una semana, en cuyos días dispuse mi partida, que fue venir a visitar la devotísima imagen de Guadalupe, de quien

siempre fui en extremo aficionado y devoto.

Cumplí mi devoción y, viendo que lo secreto y apartado de estas incultas malezas estaba convidando a mis descos, me dispuse a pasar en ellas el resto de mi vida. Habitélas diez años sin que de mí tuviese noticia persona humana más que unos labradores humildes que, en una casería distante de aquí una legua, disimulan con ahorros de lo necesario, la pobreza que suelen manifestar algunas necesidades. A estos, conociendo en la sencillez de su vivir su noble proceder, les entregué todos los dineros y joyas que traía para que, remediándose con ellas, me diesen en feudo un sustento moderado, el cual siempre recibí, tan lleno de agradecimientos y con tantas sobras de voluntad que, cual si fuera su dueño, confesaban a mis pies esclavitudes.

Pasados estos diez años, considerando que ya mi hija estaría en el umbral de la discreción, que es cuando la voluntad comienza a hacer las primeras puntas al albedrío, estando como en balanza la inclinación del gusto, partíme disfrazado a verla, temiendo no malograrse la flor de su juventud y, como el paternal amor le conocen los niños desde los primeros gorjeos, desde el instante que Leonor me vio no quiso apartarse de mis brazos un punto y llegó a tanto el extremo amoroso que, cuando yo quisiera partirme y dejarla, ella, menos de venir conmigo no había de dejar partirme, y así, haciéndole a Penado que echase voz que se la llevaba a Oropesa a entrarla Religiosa, me la traje yo aquí a ser ninfa de estas soledades, pues, tal vez tras de unas blancas ovejas, de cuyo ejercicio gusta, parece el alba, cuando madrugadora camina tras las cabrillas, tal vez vestida a lo villano por las cumbres de estos montes, parece que afrenta al día y, por las sombras de estos valles, parece que siembra luces, tal vez si baja de la sierra, la juzgan los arroyos vellón de cuajada nieve y, si en los arroyos se para, murmuran las fuentes de que se ha cuajado perla y, tal vez si se recuesta cansada se duerme nacarada rosa y, si la atemorizan sobresaltos, recuerda blanco jazmín. Pero ¿para qué te hablo retóricos apodos

cuando te he prometido palabras desnudas? Deslizóse, en fin, la lengua con la pasión de la sangre y no te maravilles, porque querer referir gracias de lo que se quiere sin pintarlas con el pincel del encarecimiento o parece falta de habilidad o se presume poco amor.

Seis años ha que la tengo en mi compañía, siendo de los dos albergue la casa que te he dicho, creciendo con la comunicación el trato, con el trato la voluntad y, con la voluntad el gusto, pasamos una vida tan ajena de cuidados que, sujetos todos a un parecer, por más que ha trabajado la discordia, nunca ha podido romper las lazadas estrechas de nuestra conformidad. Leonor, con la labradora y dos doncellitas suyas divertida, ya siguiendo las ovejas, ya visitando la labranza, ya en la casa ocupándose en domésticos ejercicios, pasa tan contenta que, ni la afligen memorias del ciudadano bullicio ni la desvelan los pasados aseos de las galas ni la melancoliza la privación de los divertimientos. Yo, descuidado con ella, me retiro muchas veces a estos montes para poder, más libre de embarazos, continuar mis ayunos y proseguir mis penitencias. Este peñasco que miras me da abrigo muchas noches en un pequeño hueco que oculta en sus entrañas, bostezo obscuro que dio la naturaleza entre estos riscos.

Esto que te he contado es el discurso de mi vida, estas las tragedias que he pasado y estas las soledades que padezco. Si gustas acaso en ellas de hacer asiento, refiriendome primero las causas que te han movido, recibiré consuelo infinito que, a quien está derribado de la fortuna, es descanso oír relatar sucesos y, como ya juzgo los tuyos por notables, quisiera escucharlos para alivio de los míos. Pero porque estarás tan cansado de oirme, cuanto por alguna fatiga de lo que has caminado, no quiero oír con digresión tus discursos, sino que los suspendas hasta tener ocasión más oportuna. Ahora pues que, ya el Sol, minorando las sombras, nos señala el mediodía, vente conmigo a la cueva, para que, tomando algún refresco, dispongamos el viaje a la alque-

ría, que en ella quiero descanses esta noche para que, por lo menos, experimentes algunas verdades de las que he contado y para que, viendo la apacibilidad del sitio, te dispongas a habitar estos retiros amenos que engendran las soledades que, aunque parece que todas son tristezas las que crían, porque tal vez el corazón melancólico se aflige, afligido se angustia y, angustiado, se desmaya, con todo, tienen mil divertimientos que recrean, y mil recreos que animan, los cuales quiero que me oigas en unas canciones que hice en tiempos pasados, convidando a mi hija Leonor a estas delicias de la soledad.

Dijo Enrico, y era tanta la atención que Lisardo le tenía que, con quedarse suspenso, dio a entender que estaba pesaroso de que tan presto hubiese acabado y así, agradeciéndole con ceremonias corteses la merced que le había hecho en haberle dado un plato tan sabroso, como sus bien sentidos discursos habían sazonado, le ofreció al instante la relación de su vida, significándola en cifra muy trágica y pesarosa. Aceptó Enrico la oferta y después que hubieron comido regalos, aunque de soledad dulces al gusto, tomaron el camino de la granja o alquería, senda tan poco cursada y estrecha que, borrada por partes con jaras y sabinas y, a trechos no esculpida por los peñascos y riscos, fuera camino engañoso de peregrinos errantes, y como la amada compañía, con la conversación gustosa, son alivios de estos tropiezos, volvió Lisardo a Enrico y pidióle, por merced, le dijese la canción que le había prometido y él, sin dejarse rogar, antes muy agradecido a que quisiese escucharle, hizo alarde de estos versos, que en lo bien desmenuzados y sentidos, se conocieron ser suyos:

Oye, Leonor querida,  
engendrado pedazo de mi vida,  
parte también de aquella  
que en campos de la gloria yace estrella,  
pues, entre varias calmas,  
hecha un todo naciste de dos almas,

óyeme, pues, y escucha mis verdades,  
dulces delicias de estas soledades.

Ya que en tus años doce  
la voluntad parece se conoce  
y, en tu conocimiento,  
hace ya pinos el entendimiento,  
y, sin creer hablillas  
la memoria ha salido de mantillas,  
antes que te diviertan diferencias  
óyeme a mí con todas tus potencias.

Adornada pintura  
eres de la hermosura,  
hacer mejillas rosas,  
los ojos soles, con las otras cosas,  
que encarece el pincel de quien bien ama,  
remítolo a la fama,  
supuesto no pretendo aquí otra cosa,  
más que decir que el Cielo te hizo hermosa.

Pues siendo virgen bella  
y, cual puro jazmín, casta doncella,  
no macules tus años  
con lascivos engaños,  
y si acaso te tienta el apetito,  
acógete a sagrado, dale un grito,  
vente a la soledad y, divertida,  
haz cuenta que te pasas a otra vida.

Sosíégate del susto  
y, si acaso repasas el disgusto  
que quiso ocasionarte el pensamiento,  
santíguate al momento  
y, sin escarbar más materias tales,  
sal del pajizo albergue a los umbrales,  
tiende los castos ojos  
por esta soledad, que alivia enojos.

Mira al nacer el día

con cuánta lozanía  
 asoma el Sol su frente  
 por las doradas rejas del Oriente  
 rompiendo los cancelos  
 con los rayos, que brillan paralelos,  
 desempedrando el coche  
 todas las sombras que empedró la noche.

Mira cómo las flores  
 a la vista del Sol cobran colores,  
 chupando entre sus hojas  
 las lloradas congojas  
 que el alba les da en perlas,  
 sea por complacerlas,  
 sea por darles parte de su lloro,  
 que no he de hacer verdad lo que yo ignoro.

Desde un copado pino,  
 verás con qué donaire peregrino  
 requiebra el ruiseñor a su consorte,  
 la cual es muy de porte  
 ver que, del nido, se levanta atenta  
 y escuchando al galán que se lamenta,  
 cual melindrosa dama,  
 le brinda con arrullos en la cama.

La tórtola viuda  
 se levanta sañuda  
 y desde un seco, que escogió, lentisco  
 plegarias le cuenta a un pardo risco,  
 con canto tan sentido  
 que, alguna vez, el monte condolido  
 ya que no puede remediar sus males  
 con ecos la acompaña en casos tales.

Sin pena de esta triste,  
 en un sauce verás, que pule y viste,  
 sus plumas la calandria, tan airosa,  
 que hay ave que envidiosa

se levanta del nido  
y al hombro (como dicen) el vestido,  
a un arroyo se va, y en sus espumas  
con jabón de cristal lava sus plumas.

Para gozar mejor de esta armonía  
deja que caiga el día,  
pasa en tu albergue la abrasada siesta  
y, en viendo que se apresta  
la tarde deleitosa,  
al pie de una haya hojosa  
puedes tomar asiento, que en sus faldas  
te hará un rico tapete de esmeraldas.

Mira desde allí atenta  
con el modo y el arte y con la cuenta  
que las aves acuden a su escuela,  
verás que se desvela  
en pasar las lecciones cada una  
y al decir: lean, lean, no hay ninguna  
que cese el repetir con dulces quiebros  
quejas de amor o, con amor, requiebros.

Cuando ya estés cansada  
de escuchar la armonía concertada,  
espáciate en la selva  
y, antes que el Sol se vuelva  
a su dorada casa,  
mira cómo de un monte al otro pasa  
el más galán venado,  
con penacho de puntas bien armado.

Repara atentamente,  
y verás cómo bajan a la fuente  
sedientos animales  
a templar el calor con los cristales  
y, sobre el ser primero, en un momento  
levantan todos un festín sangriento,  
saliendo algunos de ellos tan herido,

que en sangre deja allí lo que ha bebido.

Al lobo carnicero  
verás, tal vez, cargado de un cordero  
meterse entre las peñas  
y, haciendo algunas señas,  
llama al cachorro que dejó en la gruta,  
y allá, a su usanza bruta  
destrozado, sin plato y sin trinchante  
se le meriendan en un breve instante.

Si un poco más te alejas  
hallarás mil ejércitos de abejas  
que, para sus labores  
van a cortar lo dulce de las flores  
y de ellas, bien cargadas,  
vuelven a sus casillas concertadas,  
las cuales labran, en los anchos huecos  
de broncas peñas o de troncos secos.

Aquí puedes, atenta,  
reparar en el orden, traza y cuenta,  
con que todas acuden al trabajo,  
todas van a destajo  
y cuando no imagines  
verás de esta tarea ópimos fines  
pues, tal vez, se abre un tronco, y corren fuera  
fuentes de miel por márgenes de cera.

Cuando, tras el ganado  
quisieres divertir algún cuidado,  
ve siguiendo sus huellas,  
que, donde pongas tú las plantas bellas,  
florearán tomillos  
y, en viendo flores ya los corderillos,  
pensarán, con retozos, que eres maya  
y te darán mil topes en la saya.

Cuando el tiempo se eriza  
porque ya ventisquea o ya graniza,

sal y verás la sierra  
hecha de nieve ya, si antes de tierra  
por cuyos riscos altos,  
bajan trepando asaltos  
mil deshechas vertientes,  
unas a ser arroyos y otras fuentes.

Verás que hay fuentecilla que se atreve  
a descender por márgenes de nieve,  
corriendo bulliciosa  
hasta el ribete de la tierra umbrosa  
donde, como del Sol no ve los rayos  
siente helados desmayos  
y de manera tal se encorta y ata  
que se queja en carámbanos de plata.

Cuando el invierno fuera  
entra a reinar la hermosa primavera,  
mira cuán sin congojas  
los árboles se visten nuevas hojas,  
los campos reverdecen,  
las flores nacen y, en sus matas, crecen  
tan sin melindre, tan en todo airosas,  
que a un sollozo del alba se abren rosas.

Mira que, alborozado,  
se va vistiendo de galán el prado  
con tela de colores  
que tejen yerbas y la atraman flores  
dándole sus tapetes  
por plumajes compuestos ramilletes,  
y una garganta que se ve vecina,  
le ciñe sus cristales por pretina.

Siéntate allí a mirar, cual se desata  
de un arroyuelo la sonora plata,  
que entre doradas guijas  
ora las llames trastes o clavijas  
tan airosa se toca

que verás muchas veces que provoca  
a las aves que dejen sus estancias  
por venir a escuchar sus consonancias.

Al margen, pues, te sienta,  
que, si llegas sedienta,  
de gotas salpicadas,  
en tus faldas verás perlas cuajadas,  
donde, tal vez, pintados pajarillos  
que la cogen verán en sus piquillos,  
y si tu agrado a ello los provoca  
te las pondrán al labio de tu boca.

Esto es la soledad, hija querida,  
a esto te convida  
un padre que te adora:  
aquí serás señora,  
aquí tendrás descanso, aquí reposo,  
aquí, siendo Jesús tu dulce Esposo  
pasarás esta vida transitoria  
hasta la eterna vida, que es la Gloria.

### SOLEDAD QVARTA.

EN lo más apacible del día, cuando el Sol se señorea más entre las luces, cuando la luz comunica más sus lumbres por las vidrieras del Sol y cuando las sombras son tan pocas que a fuerza del resplandor quedan deshechas, caminaban mano a mano Enrico y Lisardo, como ya dijimos, a la alquería del labrador Feliciano que, con su casa y familia, habitaba lo inculto de aquellos montes. Y aunque la jornada era muy corta y lo frondoso de la espesura la hacía favorable en chico rato se vino a convertir en penosa y desabrida.

Levantóse en medio de la tranquilidad una borrasca y, en el mayor sosiego, comenzó una tempestad a quebrantar las paces de la quietud, barajándose los vientos con tan densos remolinos y enlutándose el aire con nubes tan oscuras, que ya lo

que fue apacible se convirtió en aspereza, lo que antes fue día padeció amagos de la noche, lo que se vio luz apareció en tinieblas y lo que antes sereno se revistió de enojado. Al ruido de los truenos crujían los montes, retumbaban las cavernas y espeluzábanse los riscos; al fuego de los relámpagos se abochornaba la vista, y llenos de horror y espanto los animales, buscaban lo oculto de sus cuevas, y las aves el asilo de sus nidos.

Al ímpetu de los vientos se desgajaban los robles, los pinos se arrancaban y la encina más soberbia se descuadernaba de sus quicios. Al raudal de la lluvia se desmoronaban los cerros; los arroyos más humildes se ensoberbecían, y las aguas más claras quedaban tan turbias que por mucho que trabajaban en esclarecerse no podían volverse a sus primeros cristales.

Compelidos, pues, los dos caminantes de semejantes inclemencias, después que ya el agua los tenía bien mojados y el aire maltratados y oprimidos, apartáronse del camino y enderezaron los pasos a una gruta que, aunque les hizo mala cara, según estaba de obscura, les dio albergue todo el tiempo que duró la tempestad. Cesó de llover a tiempo que ya el día iba transponiendo los montes del ocaso, salió el iris a divulgar las paces y serenóse el aire con apacible bonanza.

Volvieron a su camino, ya casi en los preámbulos de la noche y llegando a un alto, de donde se divisaba la casería, vieron que por un collado iba descendiendo la pastorcilla Leonor, tras el rebaño de sus pintadas cabras, sin que el rigor de la tarde la hubiese entristecido, ni el miedo de andar sola la hubiese puesto en cuidado.

Llegó Enrico a ella y, con paternal amor, la recogió en sus brazos y llevóla de la mano, hasta que llegaron a la casa donde fueron bien hospedados y recibidos. Feliciano y su mujer Eugenia cuidaron del nuevo huésped Lisardo, que así lo previno Enrico, fuera de que por su presencia merecía cualquier noble acogimiento: mudáronle las ropas y, en tanto que se prevenía la cena, le pusieron un asiento al calor de una gran lumbre, refugio a que se iban llegando todos los que estaban mojados y con frío.

Filis y Belisa eran como damas de Leonor y, así, con mil abrazos y caricias, la llevaron a su aposento y, habiéndole puesto otro vestido, la volvieron a llevar a los brazos de su padre.

Dos hijos de Feliciano, después de haber albergado unos bueyes y puesto en orden otras cosas necesarias al cuidado de su oficio, se cercaron también del fuego, dándole a Enrico mil bienvenidas. Estaba Lisardo muy atento a la disposición de la casa, mirando con el brío que el viejo mandaba, con la solicitud que la mujer disponía y con la sal y donaire que las dos hijas aderezaban algunos rústicos manjares; los mozos, tan callados, que en su callar se manifestaba su obediencia, y todo, en fin, con tanto aseo que más parecía gobierno de un palacio que disposición de rústico albergue.

Mientras Lisardo atendía a estas cosas estaba Enrico vacilando entre muchas confusiones, a causa de echar menos a una persona que pocos días había que, por cuenta suya, habitaba también aquella granja; ésta era Teodora, aquella dama penitente, que dijimos que había guiado Enrico a esta alquería para que pudiese, con algún alivio, pasar la aspereza de las soledades. Y como por diligencias, que hacía con los ojos, mirando ya a la puerta, por si entraba, y a todas partes, por si la descubría, no hallaba descanso para su inquietud, se resolvió a preguntar por ella, diciendo:

- ¿Cómo no parece aquí Teodora? ¿En qué está ocupada cuando más por ella que por Leonor he venido a esta visita?

Callaron todos, mirándose los unos a los otros, hasta que Leonor, para que su padre se quietase y para que los demás saliesen de aquella duda, dijo:

- Padre y señor mío, ya se despidió Teodora para siempre de esta casa, porque decía que vivir aquí antes era comodidad que penitencia, antes regalo que mortificación y, pues mis lágrimas no fueron poderosas para detenerla ni mis ruegos bastaron para ablandarla, no hay ya que cuidar de su venida. El lugar que ha escogido para su morada me es notorio bajo de juramento, que a nadie he de decirlo; más de dos leguas está de aquí distante, cueva tan oculta a los ojos humanos, que aun

para los que lo saben, son menester señas para haber de hallarla; lo que llora es tan sin tasa, que ya está consumido lo brillante de sus hermosos ojos, lo que suspira es tanto que entenece a las peñas, lo que ora es tan continuo que hay noche que la pasa velando en oración, lo que come es tan poco que en más de una semana no ha podido acabar un pan que la di y, en fin, lo que se mortifica es con tanto exceso que ya tiene sus carnes deshechas y denegridas. Antes de encerrarse un día en esta caverna la acompañé un día al monasterio de Guadalupe, donde hizo una confesión general y visitó aquella santa imagen de Nuestra Señora, con unos afectos tan entrañables y devotos que en que me vi de reprimir las fuentes de lágrimas que vertía. Esto es, padre, lo que sé de Teodora y así el hallarla menos no te enoje, cuando está más ocupada en los servicios de Dios.

Dijo Leonor, y Enrico quedó muy gozoso en saber los buenos principios que daba Teodora a su prometida penitencia y, así, dijo a los circunstantes:

- Es tanta la sabiduría de Teodora, tanta su virtud y santidad que nunca esperé yo menores frutos y, porque quedéis entendidos, sabed que toda la penitencia que hace es sólo por un mal pensamiento que tuvo, sin que se le pueda objetar otro pecado; y así, querida Leonor, como amante te ruego y como padre te mando que, mientras Teodora viva, la visites, la regales y la sirvas, tomando los consejos que te diere, y ejercitando sus obras. Témla como a señora, obedécela como a maestra, y quírela como madre, que bien satisfecho estoy que has de hallar en ella tanta doctrina que no necesites de mis avisos y amonestaciones.

La prevención de la cena no dio lugar a que Enrico se alargase, y así, tomando asientos, se acercaron a la mesa, si no rica ni majestuosa, por lo menos limpia y aseada. Pero, reparando en que Lisardo no se movía de aquel lugar que ocupó primero, llamóle Enrico con nombre de amigo (porque aún no sabía su nombre ni quién era) a quien Lisardo respondió con suspiro lasti-

moso:

- Dejad, señores, a este desdichado, pues soy el más malo que ha nacido en el mundo.

Diciendo estas palabras cayó amortecido en el suelo, siendo confusión de todos cuantos lo miraban; volvió en su acuerdo poco a poco, con los ojos rasados de lágrimas, y dijo:

- Si Teodora inocente está ayunando ¿por qué ha de comer Lisardo, siendo toda la culpa?

Como ya Teodora, por no callarlo todo, había dicho a los de la casa que la causa de retirarse a la soledad, era haber hecho dar la muerte a un Lisardo que tuvo por amante, y ahora escucharon lo que Lisardo decía, siendo de todos juzgado ya por muerto, y más de Enrico, que ayudó a enterrarle, pensando que era persona del otro mundo, huyeron casi todos, desamparando la mesa, tan llenos de horror y espanto que, alguno, del mucho temor, no acertó a huir, y otros, del miedo, se encerraron en los aposentos, apellidando que era el ánima de Lisardo que andaba en pena por aquellos montes. Sólo Enrico mostró su antiguo valor, moviéndose de su lugar, si bien atemorizado del espanto. Y no fue poco alivio para Lisardo, porque, viendo que todos huían de su vista, tan medrosos, sospechando, o que se había demudado su gesto o que era algún fantasma lo que veían, casi quiso huir como los demás, ya que no podía huirse de sí mismo.

Preguntóle a Enrico cuál era la causa de aquellos miedos, que habían añadido nueva confusión a sus muchas confusiones. Y Enrico le respondió que sólo saber que él era Lisardo.

- Pues ¿tan malo es Lisardo? - replicó el afligido caballero - ¿tan malo es Lisardo que huyen todos de él? ¿Tanto han campeado mis delitos que ya se saben en estos yermos? ¿Tan buena fama es la mía que no hay quien me mire a la cara?

- Si estáis muerto - dijo Enrico - y, quizás por permisión de Dios venís en esta forma a purgar vuestros pecados ¿por qué os maravilléis de que nos atemorizamos los que aún vivimos en el mundo?

- ¿Cómo muerto? (respondió Lisardo) ¿quién me ha levantado esta mentira? A los Cielos pongo por testigos que vivo en esta carne mortal y, si otro cuerpo fantástico, representando mi persona, quiere

causarme a mí confusión y a vosotros temores, por Dios os pido que depongáis el miedo y, dándome atención, escuchéis todo el cuento de mi vida, donde hallaréis tragedias que os espanten y casos que os atemorizen.

- No sé qué verdad se tenga lo que decís (volvió a replicar Enrico) supuesto que confesáis a Teodora y os publicáis Lisardo, al cual yo mismo, con estos brazos, le di sepultura en el hospital que está en medio de estas espesuras, después que, atravesado en un caballo, le trajimos de un pequeño monte, donde le hallé con tantas heridas que, aun la misma Teodora, que le tenía en su regazo, no le conociera, sino fuera por los vestidos.

- ¡Ay, desdicha! (respondió Lisardo) ¡y cómo por todas partes me persigues! ¡Ay, Enrico amigo, y cómo ya soy deudor de otra vida, y ya tengo otra desgracia más que llorar y gemir! Ese hombre que enterrásteis no era Lisardo y, si queréis saber quién era, venid todos y escuchadme atentos, para que quedéis libres de estos juicios, quitéis esas sospechas y el oír mi nombre no os cause esos sobresaltos y esos miedos.

Con estas últimas palabras de Lisardo, se quedó Enrico asegurado, y los demás, que escuchaban desde fuera, cobraron valor y así, considerando que hacer nuevos deseos, antes sería necesidad que miedo, volvieron a salir todos de los escondrijos que el temor había repartido a cada uno. Holgóse mucho Lisardo en verlos y, asegurándolos con mil promesas que era otro del que imaginaban, les pidió, muy cortés y comedido, que cenasen y, ya que a su venida les había causado tantos sustos, no por su causa se quedasen sin el ordinario sustento. Cenó también Lisardo, por no dar lugar a excusas, que muchas veces la prudencia hace plato a la cortesía, aunque contradiga el gusto. Y en tales ocasiones más vale que coma el abstinentes, forzando su voluntad, que no que la hipocresía se entre secreta, viendo abierto algún resquicio.

Levantáronse las mesas, dieron gracias al Señor, mostróse Lisardo agradecido, porque el pecho hidalgo, más agradece un pequeño favor, dado con buena intención, que

un grande banquete hecho con poca voluntad. Después de muchos cumplimientos volvieron a la lumbre, cercándola en contorno y aquello, con tanta cuenta, que no hubiera que notar, que en la casa que se vive con recato y compostura, hasta en el tomar asiento hombres donde hay mujeres, padres donde hay hijos, hermanos donde hay hermanas, y criados donde hay mozas, es justo que haya orden y distinción. Enrico y Feliciano tomaron a Lisardo en medio; Eugenia, con Filis y Belisa, se arrimaron a una parte; Leonor se aplicó con Filis, y los hijos y criados ocuparon la otra banda. Cuando Lisardo vio que la atención de todos le decía que comenzase, después de atropellados algunos suspiros, que le añudaban la garganta y después de enjutas las lágrimas que le cegaban los ojos, tendiendo la vista a todas partes, comenzó a decir en esta forma:

- En Córdoba, ciudad casi la mejor de la Andalucía y una de las más insignes de la Europa, situada en los llanos de la gran Sierra Morena, por donde el cristalino Betis, derramando cristales, fertiliza y hermosea alamedas y jardines, tuve mi nacimiento, heredando desde el nacer sangre tan noble, que nunca estuve envidioso de otros que, por más poderosos, se juzgan más ilustres; ojalá que mi fortuna me hiciera entonces de suerte más humilde, que así no le quedara cumbre de donde derribarme, pues es mejor de humildes principios subir a ser algo que no de partes altas bajar a ser nada. Aunque éramos tres hermanos, y yo el menor de ellos, nunca tuve mira a que necesitaría de los alimentos del primero ni del patrimonio del segundo, porque en la casa de mis padres había sobrado para todos. Paso en silencio los años de la puericia, la buena crianza, las primeras letras y algunos ejercicios que, a personas de mi porte, les eran permitidos. Hallándome en los umbrales de la juventud, piqué tanto de galán, que algunos fisgones quisieron rotularme de Narciso.

Quise pretender una dama, siquiera por enseñarme a

enamorar, que algunos cogen este camino y se vienen a hallar tan enseñados que, a no ser ellos mismos los maestros, maldijeran hartas veces la enseñanza. Para no errar en la elección lo pensé despacio, hasta que pasando un día por una calle algo oculta, vi que dos damas se estaban hablando desde sus balcones, a causa de tener juntas las casas, y reparando en la extremada belleza de la una y de la otra, casi quedé enamorado de las dos, por no hacer agravio a ninguna. Di, desde entonces, en pasar la calle con tanta frecuentación, que comenzaron a publicarse mis galanteos, que querer que el amor esté encubierto es hacer cuerdo al amor. Isabela y doña Ángela eran los nombres de estas damas, las dos muy hermosas, las dos muy ricas, las dos muy nobles, las dos de una edad y un ángel cada una de las dos. Muy dudoso estuve en declararme, mas viendo una tarde a Isabela, como doña Ángela no parecía, me robó tan de golpe toda la voluntad, que me hallé esclavo cuando pensé ser libre. Entonces, para darle a entender mi declarada afición, tomé la pluma y escribí este papel.

*Carta de Lisardo a Isabela:*

“Si a quien le dan a escoger, dice el refrán, que le dan en qué entender, significando la dificultad en que lo ponen, mayor será la mía pues que me pongo a escoger en lo que no me dan ni yo merezco; mas, si el amor para ser amor, no ha de ser cobarde, por adoctrinarle bien a los principios, quiero comenzar a atreverme y así digo: que de las hermosuras que he mirado, la más digna de escoger es vuestra hermosura y, pues he tenido tan buen acierto en elegir, permitidme la licencia para amar que, aunque ya me es forzoso amar sin licencia, no quisiera que os enojase mi amor; esto os suplico y que paséis vuestros divinos ojos por estos versos que, sin tomarlos de nadie, he escrito para significar mi buen acierto:

Vistas dos rosas al nacer el día  
 las dos lozanas y las dos hermosas,  
 quien fue a escoger la una de estas rosas  
 dudoso estuvo en ver cuál tomaría.  
 Cada cual tan brillante parecía  
 que parece apostaban de envidiosas,  
 y, por no hacer reparo en pocas cosas,  
 cogió las dos quien sola una quería.  
 Así yo quise, viéndome dudoso,  
 no escoger entre dos beldades puras,  
 mas díjome el amor que era forzoso.  
 Y aunque el miedo de errar me dejó a obscuras,  
 escogí de Isabela el cielo hermoso  
 y no quise buscar más hermosuras”.

Tuve por respuesta una esquivez coloreada con las excusas que quiso, que a una mujer jamás le faltan razones para excusar lo que le piden. Quedéme, por una parte, ofendido y, por otra, más aficionado, que muchas veces la voluntad, por el mismo caso que la desprecian, ama con mayores ansias. Volví a escribirla y respondiíme con silencio: llevé música a su calle, y no quiso oírla; continué los paseos, dióse por descontenta; quejéme a sus rejas, y despediíme desabrida. Llegaron a tanto los extremos míos en amarla, y suyos en aborrecerme, que me salió a los rostros la pinta de mi enfermedad, porque todos los caballeros de mi porte, unos por amigos y otros por curiosos, comenzaron a darme cordelejo, sólo con decirme que estaba enamorado; y, como era tan verdad, aunque lo desmentía, me quedaba convencido viendo que hallaban la prueba en mi desasosiego. El secretario de mi pasión era un criado, aunque bufón y entretenido, muy fiel y leal, llamado Camacho y, como este vio el poco fruto que había de sacar de mis porffas, me dijo un día, llamándome aparte: “Señor ¿para qué te cansas en pretender a Isabela, si yo estoy muy certificado que se corresponde con don Fernando más ha de dos años, a fin de casamiento? Muda de pa-

recer, pues hay hartas damas de tantas partes como ella, y alguna, que sé yo que está muerta por tí”.

Era don Fernando un caballero muy noble, más rico que yo y que no se apreciaba de menos galán, y así temí la partida, porque pretender echar de la posesión a un poderoso otro que no tiene tantas fuerzas, si es con justicia, aun parece temeridad, y, si es sin ella, es una locura confirmada. Y así, por hacer prueba de mí mismo en cuanto a mudar de parecer, le respondí a Camacho que, si los amores de don Fernando y de Isabela eran ciertos, cosa que causaba mil desconfianzas para mi pretensión, me dijese quien era la dama que tanto me quería. Bien me recelaba yo que era doña Ángela, y así me dijo ser ella, de que no me pesó, por ser, como he dicho, de tantas partes como Isabela, así en la discreción y hermosura como en el origen y prosapia.

Estuve algunos días ensayándome a mudar la voluntad de una en otra parte, despreciando a mis solas a Isabela y diciéndola mil oprobios, haciéndola mil agravios y, por el contrario, fingiendo con doña Ángela mil ternuras, significando finezas, y diciendo mil requiebros. Ensayo es tan dificultoso, que no hará poco un alma después de haberlo repetido un millón de veces, si queda amante de lo que no quiso y sin amor para lo que ha amado. Aun enseñarse a querer fácilmente se aprende y más si la voluntad está libre, pero enseñarse a olvidar lo amado muy dificultoso es para una voluntad. Era tanta la solicitud de Camacho en procurar que olvidase a Isabela que, no contento con significarme el amor que doña Ángela me tenía, dio traza para que ella, contra la autoridad de su decoro, me escribiera un papel que, por ser tan bien notado, le referiré a la letra, siquiera porque disculpéis desde el principio mi mudanza. Este fue su tenor, oidle:

*Carta de doña Ángela a Lisardo.*

“Aunque escribir una dama a un caballero padece achaques de liviandad, pues deja al arbitrio o que juzgue que la dama

se convida o que sospeche que es indiscreta la dama; con todo, señor Lisardo, me he determinado a escribiros, porque si en algún tiempo os diere algunas quejas, sean con causa justificada y, si en alguna ocasión me hiciéreis cargo, tenga yo en mi favor la defensa. Digo, pues, que ha muchos días que tenéis escandalizados estos barrios con los paseos tan frecuentes, con las músicas tan demasiadas, que los que no saben, como yo, que son por Isabela, juzgan temerariamente de mil damas de esta calle, cosa que redundará en inquietud de muchos maridos, en desdoro de algunos padres y en detrimento de muchas doncellas. Es el caso que, como es notoria la comunicación de don Fernando con la dama que pretendéis, todos los que juzgan, como ven atajado aquel paso, discurren por los demás y, como soy la más cercana, presumen que soy yo (como si el serlo, no lo tuviera yo a dicha) la causa de vuestro desasosiego, y así, hay amiga que ya me da parabienes, y contraria, que quiere ponerme impedimentos. Esto me obliga a suplicaros, o que os declaréis más con Isabela, o que no deis lugar a que, quedándome sin vos, me llamen vuestra dama. Y si el no salir con vuestra empresa es falta de quien aliente vuestro amor, mandadme, si queréis, yo sea la intercesora, que estoy tan aficionada a lo que padecéis amando que a trueque de veros con gusto, solicitaré mi propia desventura.”

Con este rebozo ingenioso, con este disfraz discreto, me dio a entender doña Ángela su afición honesta, sin que del dármele a entender pudiera presumirse arrojamiento; que también hay en el fuero de la modestia modos para declarar una pasión sin declararla y para significar un amor sin decir: “te quiero”.

Ya parece que mi voluntad se iba careando al nuevo objeto, según el gusto que recibí con el papel, pero consideré que también parecería muy fácil mi valor, si al primer envite declaraba mi mudanza, que un hombre no ha de apartarse de lo que pretende, por imposible que sea, menos que lo que le aparta no esté muy seguro, y así, para ma-

yor prueba de este querer, quise no darme por entendido, antes respondí sumamente apasionado de mi antiguo amor, diciendo:

*Carta de Lisardo a doña Ángela*

“Culpado, señora mía, en lo que me decís, os pido perdón a vuestros pies, que no habéis de negarlo cuando os prometo mil enmiendas. Aficionado, como sabéis, quiero valerme del auxilio vuestro para mejorar tan malos ratos como he pasado que, aunque don Fernando galantea, y el que le escuchan es su mayor favor, mayores favores me prometo si sois mi intercesora. No os parezca arrojó suplicaros lo que me ofrecéis que, a no estar entendido de la grande amistad que profesáis con Isabela, antes me muriera callando a manos de mi tormento, que os diera disgusto pidiéndoos cosas contra vuestro decoro. En fin, os hago mi abogada, rogad por mí a Isabela que, aunque vuestros ruegos no la ablanden, quedaré muy consolado de que hayan intervenido vuestros ruegos, pues a vista de tanto desengaño, la voluntad cautiva será posible que quede en su libertad.”

¡Oh, lo que puede la discreción! ¡Oh, lo que vale un pecho noble! Pues habiendo doña Ángela recibido esta respuesta, que no la merecía, no, su amor y su hermosura, me respondió tan contenta como si yo la hubiese dicho que la amaba, ofreciéndome que haría todos sus poderíos para reducir a Isabela a mi amor y voluntad, dándose por muy dichosa en haber recibido letras más y prometiéndose parabienes de estar empleada en mi servicio. ¿Qué corazón de diamante no se desnudara de la ingratitud y se vistiera de agradecido, viendo tanta prudencia en tanto amor, tanta paciencia en un pecho agraviado y tanta cortesía en un alma ofendida? Sólo mi corazón pudo ser el protervo y obstinado, pues, conociendo los quilates de este amor encubierto, me dejaba sin vida considerar que se había de acabar el amor de Isabela, sin advertir yo entonces que esta ingratitud que yo usaba con quien me quería, era la que usaba Isabela conmigo, por mu-

cho que la amaba. Sucedió un fracaso, que me sacó de mi errónea y fue: que una noche calurosa salí solo con Camacho a tomar el fresco por las orillas del Betis y estando pensando (como siempre) en Isabela, ya culpando su esquividad, ya maldiciendo mi fortuna, vimos pasar un coche por junto a nosotros, y reparando Camacho, como más entremetido, en quién era el dueño, conoció que era del padre de Isabela, la cual, sola con su amiga doña Ángela habían salido a divertirse. Apenas vi tan buena ocasión cuando, advirtiéndole a Camacho que me avisase en pareciendo gente, me embocé lo más que pude y, sin que me sintieran, me llegué al estribo del coche, donde pude escuchar, sin ser visto, algún rato de la conversación que las dos llevaban. Oí a Isabela que decía:

“Amiga doña Ángela, confieso, como dices, que soy ingrata al mucho amor que me muestra Lisardo, pues ya que no correspondo a sus ruegos, aún no le despido con buenas palabras. Pero, maravíllome que, siendo tú tan bella, que mereces ser estimada y siendo Lisardo tan galán, que puede ser querido, vengas a rogarme que le tenga afición, que mude de parecer y le muestre voluntad, cosa que, para creída, trae poco de aparente, pues sólo a mi cortesía se reserva el darte crédito”.

Respondió doña Ángela:

“Si acaso vas a sacar, por ilación de lo que dices, que con cautela te hago estos ruegos, porque estaré celosa, quiero adelantarme y decirte que amo a Lisardo con un amor muy crecido, y fueran con extremos a estar de él correspondida, pero tengo tanto valor que no soy de las damas que buscan galanes, aunque no las quieran y procuran que otras no los amen, para con más seguro atraerlos a sí. No soy, Isabela, de estas, y así, el rogarte por él no es ficción, antes cordura, no son celos, antes valentía; fuera que, de hacer este recado, di la palabra a una persona que quiere bien a Lisardo que, fiado de la amistad de las dos, pensó con mi súplica solicitarle el remedio”.

“No echaba yo por ese atajo - replicó Isabela - antes iba a sospechar, y perdona, que he de decirlo, que estabas aficionada a don Fernando y que, por verle li-

bre, ya me entiendes, no hay que explicarme más”.

“¡Jesús mil veces! - respondió doña Ángela haciéndose cruces - ¡y qué sospecha tan maliciosa has tenido de mí! Pues para que te desengañes, te empeño mi palabra que en el más mínimo pensamiento no te he ofendido en esta parte, porque si alguna persona me debe afición es Lisardo, y mira lo amiga que soy de dar gusto, pues vengo a hacerte ruegos contra mí propia y, si he de hablar claro, sólo es porque me da pesadumbre que sea una mujer ingrata con quien, amante, la desea y, marido, la pretende”.

Tan embarazadas iban las dos en esta plática, que les durara más tiempo, a no impedirla la curiosidad del cochero que, por bañar los caballos, metió el coche por el río, cuyas aguas, brumadas de las ruedas, unas arrollándose espumas quedaban sonora plata y otras, salpicándose vidrios, volvían a ser cristales y, como en la mayor bonanza revuelve una tempestad y en el piélago más líquido se encuentra con una roca, cuando más sereno el coche surcaba el paño fugitivo, no le faltó un escollo que, hecho tropezón de la una rueda, lo sumergió entre las aguas, dejando hecho sepulcro lo que fue pabellón, bóveda lo que fue casa, y tumba lo que antes tienda; retrato al vivo de la poca seguridad de la vida, pues, cuando más descuidada, se halla en brazos de la muerte.

Yo, que me había quedado a la orilla confuso de haber oído la afición de doña Ángela, pues a no ser yo quien la escuchaba no la creyera, así como vi la tragedia a mis ojos, desenvolviéndome del ferreruelo, y soltando allí la ropa que me podía dar más embarazo, me abalancé al río y, llegando al coche, en cuyo hueco ya las aguas habían tomado posesión, hallé a un lado sin alientos a Isabela y al otro, casi muerta, a doña Ángela; la una, marchita rosa con el susto, la otra, muerto jazmín con el desmayo, cada una amortiguando el carmín que les esculpió a la boca, y las dos brotando en perlas el agua que les asomó a los ojos. Sin detenerme en lo mucho que hay que considerar en una hermosura, cuando está revuel-

ta cogí a doña Ángela en los brazos, primero que me acordara de Isabela. Yo propio me admiré de la acción y, pensando que había sido descuido de la prisa, quise volver a dejarla y echar mano de Isabela, pero hallé en esto tantos embarazos que tuve por más acierto sacarlas a las dos juntas, y así, hecho atlante de sus hermosos cielos, quise vadear las aguas. Aunque previne todos mis alientos, hallé ser imposible, porque las muchas ropas eran estorbo y el estar mojadas era mucho peso, por lo cual, considerando que en sacarlas juntas a las dos, arriesgaba las vidas de los tres, me determiné a dejar la una en el agua hasta haber puesto a la otra en libertad. Aquí ya me acordé que era Isabela la que yo quería, pero representándoseme entonces en ella, no el amor que yo la mostraba, sino la ingratitud con que me correspondía y, al contrario, mirando en doña Ángela, no mi desamor sino su voluntad, no mi desconocimiento sino su razón, solté a Isabela, no tan en peligro que no fuera socorrida de Camacho y del cochero que, ya desenvueltos del espanto, habían llegado a ayudarme, y abrazado solamente de doña Ángela, la saqué en salvo a la ribera; y vuelta ya en su acuerdo, me dijo que no quería darme allí las gracias, sino en su ventana, donde me aguardaría la noche siguiente. No hubo lugar de más razones porque, en breve rato, acudió tanta gente a la fama del fracaso que, para no darme a conocer, hube de valerme de la diligencia.

Mojado de la manera que podéis considerar, di la vuelta a mi casa, pasando una alegre entretenida con los dichos de Camacho que, no pudiendo creer que el dejar a Isabela en el río y sacar a doña Ángela, había sido elección mía sino engaño, venía, con sumo regocijo, diciéndome aquello de “Dios ha visto las marañas y, así, ha permitido que doña Ángela te haya cogido en el garlito”. Eran mayores sus contentos, cuando yo le respondía que ya no quería otro amor que a doña Ángela; luego, tratábamos de lo sentida que había quedado Isabela, y representábalo Camacho tan al vivo, co-

mo él a lo socarrón notó bien sus acciones, que ya no podía reportar la risa, oyéndole decir: “¡ah, traidor! ¿ésta era tu voluntad? ¡oh, falso! ¿en el río me arrojas? ¡ah, desconocido! ¿más vale doña Ángela que yo?”

Pero no pararon aquí los sentimientos de Isabela, sino que me contaban después que, de corrida no salía a donde la vieran y de celosa se mordía las manos, propio de mujeres cuando las quieren engreñerse; cuanto más las solicitan, enfadarse y, si las dejan, darse por ofendidas y, si ven buscar otras, apellidar venganzas. La causa de este sentir fue el cochero que, como es gente que para decir lo que ven, no es menester que se lo paguen y, sin paga, dicen doble de lo que ven, contaba despepitadamente lo que había pasado a todos cuantos iban y venían y, como en un vulgo son los pareceres tan varios, pues aunque me disculpaban a mí algunos diciendo que yo había hecho bien, si era doña Ángela mi dama, otros decían que había sido villana acción el dejar a Isabela y que peligrar con las dos fuera mejor contado; de oír a éstos, se dieron el padre y deudos por ofendidos, sólo don Fernando hizo alarde de valentía, en medio de estas dicciones, afirmando que había sido temor por no darle celos, pues los tuviera muy grandes, si yo osara sacar en mis brazos la que ya se conocía prenda suya.

Causó, en fin, tanto ruido en la ciudad esta elección mía que, al día siguiente, en todas las conversaciones se ventilaba el caso, de modo que muchos caballeros lo pusieron en cuestión, dudando ¿cuál sería más justo, puesto un caballero en semejante aprieto, donde no podía librar sino a una de dos damas: librar a aquella que él quería, aunque ella no correspondía a su amor, o librar a la que le amaba, aunque él no la correspondía? Escribiéronse muchos poemas, en que cada uno fundó, en justicia, su parecer, que hasta una verdad padece tantos achaques que, por clara que esté, no faltan pareceres que la llamen mentira. No quise quedarme corto, supuesto que yo había sido la causa del certamen, y así, disfracé mi voto en estas espinelas que, después de corregidas por doña Ángela, se publicaron de esta forma:

*Un hombre embarcado estando  
con dos damas, de las cuales  
una no alivia sus males  
y él la está en extremo amando:  
otra en él está adorando  
y él no la puede mirar  
¿qué hará, si arrojar al mar  
una forzoso le fuere,  
dejar a la que le quiere  
o a la que él quiere dejar?*

*Caso es de gran confusión,  
pero en casos semejantes  
deben mirar los amantes  
las leyes de la razón:  
porque supuesto que son  
dos damas las referidas,  
que ni las dos son queridas,  
ni las dos quieren querer,  
fácil será el escoger  
una vida entre dos vidas.*

*Si una no querida quiere,  
y otra no quiere querida,  
la justicia es conocida  
para el que discreto fuere;  
si el galán librar pudiere  
a las dos, no andará errado,  
más acaso que sea forzado  
a hacer el triste partido,  
pague amor que le han tenido,  
y arroje amor mal pagado.*

*Y aunque parece rigor  
que el galán mate a quien ama  
no es rigor, cuando la dama  
no corresponde a su amor:  
antes fue el tal traidor,*

*según buenas consecuencias  
si en tan urgentes pependencias,  
 juzgando por todos sabios,  
dejara libres agravios  
y castigara inocencias.*

*No hay agravios como ver  
un galán, como al compás,  
que él adora y quiere más,  
menos le quieren querer:  
no puede inocencia haber  
como una mujer queriendo  
a quien le está aborreciendo,  
pues esto, considerando,  
muera la que está matando,  
viva la que está muriendo.*

*Y aunque el corazón está  
dande tiene la afición,  
también sabe el corazón  
no estar con quien mal le va:  
al pecho se volverá  
en tal peligro, de suerte,  
que el galán robusto y fuerte  
pueda dar por su medida,  
vida a quien quiere su vida,  
muerte a quien quiere su muerte.*

*Debe un galán advertir,  
puesto en semejante aprieto,  
que, aunque hay dos, es un respeto  
el que tiene, de elegir:  
y supuesto ha de morir  
de aquestas dos una dama,  
muera la que su amor llama;  
porque yo más justo llamo  
no dejar vida a quien amo  
que dar muerte a quien me ama.*

Con este papel satisfice callando a mis opositores, por el cual recibí de doña Ángela tantas gracias, que me hallé corto para satisfacerlas. Fui una y muchas noches a su reja, donde declarándome muy a la larga la afición y voluntad que le debía a su amor. sentamos el trato de quedar amantes firmes, sin que de allí adelante Isabela ni otra dama pudiese apartarme de mi propósito, que las cosas que en esta vida parecen más estables, se mudan tan fácilmente. Pues aun yo mismo a ratos me admiraba, y casi no creía el haberme olvidado de Isabela, quizá que lo permitió el Cielo para hacerme ejemplo a todos los hombres, para que en cabeza mía escarmentasen de exponerse a los peligros que el amor acarrea; pues como ya os he dicho, de amarla no saqué sino desasosiegos, pesares y fatigas; de olvidarla, presto veréis la desdicha que se me siguió, y de volver a quererla escucharéis una de mis mayores ruinas.

Prosigo, pues, y digo: que me hallaba con mi nuevo amor tan consolado y contento que el mayor de los gustos que mi alma apetecía era ver a doña Ángela. Con la comunicación creció el trato, con el trato se hizo gigante la voluntad, y esta nos avasalló de modo que, ya determinamos de pasar a mayores, no contentándonos con la parla de una reja, donde hay miedos si velan los vecinos y cuidados si pasa gente, sino que dimos traza de hablarnos en el jardín hasta que se efectuase nuestro casamiento. Pero reparó doña Ángela y me dijo: que Isabela era ya su contraria y temía no la descubriese, siquiera por vengar en ella los enojos que yo la había dado. Parecióme a mí que doña Ángela se excusaba para apartarme del concierto y, aunque quise disimular la pesadumbre, no pudo ser, de manera que dejara de ver en mi semblante mi acedía, y así me replicó, diciendo:

- Lisardo, señor y dueño mío, si he de aclarar la verdad, oidme sin enojo, veréis en mis palabras mi disculpa. Mi padre y muchos deudos, entendidos ya de la merced que me hacéis, ha mil días que me han hecho cargo del fin que llevan nuestros amores, dándome consejos: que no os hable, ni

os mire, mientras no me pidiérais por esposa, y amenazándome castigos, en sabiendo una falta de mi recato, y en hallando una mácula en mi honor. Si os he hablado por la reja, sabe el Cielo los miedos que me ha costado y de las prevenciones de que me he valido siempre, atendiendo que aunque me olvidárais, no pudieran por aquello objetarme sino unos descuidos amorosos de mujer que se miraba querida. Pero daros ahora puerta franca, donde sólo por él pudo ser, se alza con la cortesía la sospecha, bien veréis que se desdora el alma limpia con que os amo; que arrojos de esa manera más parecen principios de liviandad que extremos de fineza. Fuera de esto, como andan mis parientes avispados, si acaso nos cogen juntos y no me admitís por esposa ¿cómo me hallaré? Y hallándoos conmigo ¿cómo os pararán?

Aplicó, diciendo esto, un lienzo a los ojos a enjugar algunas perlas que le arrojó el corazón, tan sentidas que, lloradas, se deshicieron. Y más enamorado yo de su compostura, que esta es la que ha de enamorar al hombre sabio y no la afición desenvuelta, la hice juramento de ser su esposo al punto que viniese mi padre de Sevilla, donde estaba cobrando una herencia algo cuantiosa, prometiéndola también que, si por descuido o suerte, su padre o alguna otra persona me hallara con ella, no negaría el llamarla mi esposa, antes confesaría a voces la palabra que allí la daba.

Del modo que pudo me dio por entre la reja los brazos, agradecida a mi mucha voluntad, diciéndome que de allí en adelante me escondiera en el jardín y que, cuando viera abrir una pequeña puerta, que era correspondiente a su cuarto, entrara con el secreto posible, enderezando los pasos a la luz que ella tendría en su aposento, señal conocida para no poder errar.

Hecho este concierto y dadas estas trazas, me despedí de doña Ángela el más gozoso del mundo, cuando pudiera despedirme el más triste y afligido de todos los mortales, pues pensando que ya cada noche gozaría su hermosura más a manos llenas, fue ésta la noche última que gocé los

jazmines de sus manos.

Id conmigo y veréis en chico rato cuatro desdichas por sola una desgracia, cuatro tragedias por solo un desacierto. Vino la siguiente noche con paso acelerado y, en dando el reloj las doce, mi hora acostumbrada, al tiempo que iba a salir por la puerta, llegó mi padre de Sevilla, harto estorbo para conseguir mi intento, porque se pasaron más de dos horas, tiempo bastante para que pierda su ocasión un desdichado.

A la una de la noche llegamos yo y Camacho al jardín, entramos dentro y, reparando en que estaba abierta la puerta que doña Ángela me había dicho, tomé algún consuelo y, con secretos pasos, me iba a entrar por ella, cuando oigo unas voces muy reñidas a lo callado, que fueron rémora a mis pies y grillos a mi desnudo. Alargué más el oído, y escuchando que crecía el alboroto con el golpe de la gente que iba entrando, determiné de no morirme de confuso y así, mezclado con los demás, iba de trecho en trecho y de boca en boca inquiriendo mi desdicha; y todo era decir: “han hallado a Lisardo con doña Ángela y le obligan a que se case con ella”.

Perdía la paciencia oyendo estas cosas. La mucha confusión me llenaba de ahogos. La mucha pena me tenía mortal. Unas veces pensaba si había sido soplo, que yo había de estar con doña Ángela y, como no me hallaban, andaban con aquella solicitud buscándome; otras veces sospechaba, y esto me traía a puntos de muerte, si alguno por mi tardanza había gozado de la ocasión y, habiéndose huído, publicaba doña Ángela ser yo el robador de su honor y así procuraban con aquellos alborotos cogirme entre sus manos.

Bajaba uno diciendo: “lástima ha sido que una dama como esta se case con quien no pensó”. Salía otro y decía: “la buena señora se deshace en lágrimas”. Allí decían unos: “no tiene razón Lisardo de huirse siendo doña Ángela tan bien nacida como él”. Aquí hablaban otros: “doña Ángela ha de perder el juicio, según siente casarse a su disgusto”.

Llegábame a Camacho, no fiándome en lo que yo escuchaba y hallaba ser lo mismo lo que él oía. Y, faltándome ya el sufrimiento, iba a en-

trarme casi en el cuarto de doña Ángela, mas viendo que el Corregidor, con otros muchos caballeros, salían de él y como dando parabienes, torcí los pasos hacia un zaguán que estaba algo obscuro, donde apenas hube entrado cuando veo que una dama, al parecer allí escondida, recogiendo las basquiñas en las manos, dio a huir y, por una puerta oculta, correspondiente a la casa de Isabela (que, como tan amigas antes, tenían aquel secreto para pasarse cada una a la casa de la otra) se me desapareció de la vista y, antojándoseme en el talle y en el brío, como en el ir tan presurosa y turbada, ser doña Ángela que, quizá huyendo de alguna fuerza que sus padres la hacían para casarla con otro, iba a guarecerse de la casa de Isabela, haciéndole señas a Camacho que me siguiese, me entré en su seguimiento, sin parar hasta una sala muy rica y aderezada, donde en un precioso lecho que había en ella, vi que se dejó caer la dama como desmayada y sin alientos. Yo todavía, pensando era la que buscaba, toméla en mis brazos y a la luz de una bujía conocí en mi desengaño toda mi tragedia, pues, cuando pensé estar abrazado de doña Ángela, me hallé con Isabela en los brazos y, luego, al punto, rodeado de toda su familia, padres, deudos y parientes que, como todos habían pasado a casa de doña Ángela y luego nos vieron a mí y a Camacho entrar presurosos en su casa, pensando éramos de los que en tales ocasiones, con la deshecha de entrar a dar favor se favorecen de lo que pueden tomar, nos habían seguido con las espadas desnudas y, hallándome de aquel modo y conociendo mi persona y que no podían buscar otra suerte que les estuviese más a cuento, cuando algunos quisieron embestirme, ya todos los otros, teniendo allí la Justicia, obligaron a casarme.

Víme tan embarazado que no tuve palabras para disculparme, porque haber yo galanteado a Isabela había sido notorio; ser Isabela mi igual, era cierto; hallarme con ella, no podía negarlo; y, en fin, con la Justicia delante, si me resistía, no era valor; si me daba por agraviado, antes era mengua; y así, sujetándome, no a mi voluntad, sino a la

fuerza del hado, no a mi gusto, sino al rigor de mi estrella, la di mano de esposo y firmé las escrituras que allí, en presencia de todos, quedaron otorgadas.

Ya os veo deseosos de saber la causa de aquel ruido que había en casa de doña Ángela, sino es que ya vuestro discurso lo penetra, viendo tan trocada mi suerte que no será mucho que se infieran desgracias tuyas, cuando me estáis mirando hecho un antecedente de desgracias.

Sabréis, pues, que como yo hice aquella tardanza por la venida de mi padre, que fue casi a la misma hora que doña Ángela me estaba aguardando con la puerta abierta, como me había dicho, acertó a entrar don Fernando por aquella parte del jardín, que no debía de ser la primera vez, para, con más comodidad, hablar a Isabela desde un adarve pegado a sus ventanas y, reparando en la novedad de estar aquel postigo abierto, quiso curioso examinar la causa, no sin malicia de que sería para mí aquella demasía (o nunca lo hubiera sido, pues fue el tropezón para tantas desventuras) y, entrando dentro, llegó, guiado de la luz, al aposento de doña Ángela, donde, ya fuese por vengar con mi deshonra los galanteos que yo había hecho a Isabela, o ya fuese por parecerle entonces doña Ángela más hermosa, usando de las cautelas que pudo, matando la luz y disimulando el habla, logró la ocasión tan a costa mía, pues tanto me ha costado.

Estaba a esta sazón una criada esperando a Camacho, bien cierta de que había de ir conmigo y, como después de muchas diligencias no le viese y hubiese visto entrar aquel embozado, que juzgaba ser yo, temerosa de lo que podía ser o, por mejor decir, de lo que era, quiso en duda que no peligraba el honor de su señora y, así, avisó a su padre, a sus hermanos y a la gente de casa, todos los cuales, bien apercibidos y acompañados de casi todos sus deudos, y del Corregidor, que previnieron para mayor seguridad, llegaron al aposento de doña Ángela que, desmayada un grande rato, lo uno por su vergüenza, lo otro viendo su engaño, apenas supo decir que estaba con su marido escuchando, que era don Fer-

nando quien la llamaba su esposa. A este tiempo fue cuando Isabela se fue desesperada a su aposento, viendo que ya dejaba casado a don Fernando y, a este tiempo fue cuando, rodeado de confusiones, por buscar a doña Ángela, me vine a hallar casado con Isabela.

Del modo que fue ya lo habéis oído, ahora, en tanto que enderezo el barco del sufrimiento, para engolfarme en otras aventuras, pensad atentos y repasad con cuidado el caso referido, que desmenuzando lo que he dicho de montón, descubriréis desdichas y sentimientos, pues a mí me hallaréis al lado de la que jamás me quiso; a don Fernando casado con quien trató de voluntad; a Isabela llorosa por su perdido amante; a doña Ángela triste con su esposo presente: y, en fin, a todos cuatro casados a despecho, que es la desgracia mayor que alcanza a los mortales; porque de casamientos a disgusto no se engendran sino enfados; de estos se originan pesadumbres; de estas nacen aborrecimientos y, en llegando dos casados a aborrecerse no hay que esperar sino una desdicha.

De los casamientos referidos se siguió que, amagando cada uno en el olvido sus dolores, don Fernando se recelaba de mí y yo guardaba bien mi casa de don Fernando; Isabela procuraba tenerme contento, y doña Ángela trabajaba por dar gusto a su marido. Pero yo, echando de ver por mí propio, que la afición primera todavía estaría bosquejada en el alma, de que podía suceder, ya que estaba casado a disgusto, quedar juntamente deshonorado, tracé con el padre de Isabela de retirarme a una espaciosa quinta, a causa de mirar mejor la herencia y de vivir con menos bullicio que hay en la ciudad. Coloreé lo mejor que pude mi sospecha y, aunque conocí que le salía a Isabela del alma el ausentarse, andaba tan en los estribos, que me dio a entender que se holgaba de seguir mi parecer.

Con esta resolución, a mí me quité de la vista de doña Ángela, pues cada vez que la viera me había de refrescar las heridas; a don Fernando le dejé sin celos, pues viéndome su vecino, aun de entrar tal vez en mi casa

quisiera tenerlos; a doña Ángela la quité los dolores, pues siempre que me miraba, había de sentirlos y, en fin, a Isabela la quité la ocasión, pues no viendo nunca a don Fernando, se borrarían los relieves que podían quedar de su antiguo amor.

Más de un año estuve sin acordarme de la ciudad, sin echar menos sus fiestas, sin sentir la falta de sus regalos y sin necesitar de sus comodidades, porque (como dicen) hecho rey de mi casa pasaba gozoso, viéndome obedecido de toda aquella quinta, donde ya ocupado con los labradores, ya con los jardineros divertido, desechaba antiguos pensamientos; otras veces me entretenía en la caza, ya fatigando el bosque tras el ligero gamo, ya tras la incauta perdiz peinando el viento. Así pasaba los días muy alegres y las noches muy gustosas en brazos de Isabela, la cual me recibía siempre con tantos amores, con tantas finezas, que mil veces llegué a sospechar eran fingidas, según las miraba con tal extremo grandes, que en una mujer, hasta los excesos de querer mucho suelen tener vinculada una sospecha. Pero ¿quién sin otros indicios había de presumir que aquella voluntad no era verdadera? y más, cuando estaba obligada de la mía, pues siempre le mostraba doblado amor de lo que había en el pecho; lo uno, por tenerla siempre reducida a mi amor, y lo otro, por no dejarme vencer de sus amores. Tan creído estaba yo que Isabela me quería, que me guardaba lealtad, que me era fiel, que si alguna sospecha se me fraguaba en la idea, yo propio me castigaba y me reprehendía.

Viví con esta buena fe todo el tiempo que os he dicho, hasta que Camacho, que siempre a mi lado me iba divirtiendo con su buen humor, me comenzó a entibiar los gustos con mil significadas tristezas, con mil desabrimientos y con innumerables suspiros. Disimulé con él algunos días, pensando gustaría entonces aquel humor, que no es mucho que padezca algún achaque de melancolía el corazón más alegre, pero, viendo que continuaba en su tema, preguntele qué tenía y respondióme que nada. Dejábalo estar, por no apesa-

dumbrarle, que hacerle preguntas a quien no quiere explicar sus tristezas no es alivio sino pesadumbre y, a cabo de rato volvía más compasivo a decirle que no me atormentara en callarme lo que sentía, mas, con la primera respuesta me hacía pago. No pude un día sufrirlo (¡ay de mí, y quién supiera entonces lo que le debía!), y sacándole al campo, como acostumbraba, le dije, resuelto, estas razones:

- No pensé jamás, Camacho, que me faltara tu lealtad, ni de que te cansaras de estar en mi servicio, ni yo entendí repartir entre otros criados la más mínima parte que he depositado en tí de todos mi secretos. Pero, supuesto que en esta vida hay mudanzas, y los más contentos con su estado suelen pesarosos buscar otra fortuna, si mis buenos tratamientos te cansan, si la voluntad que te tengo no te satisface, mira lo que pretendes, que a cualquier parte que vayas irás con mi bendición. Yo he procurado con buenos medios me digas la causa de esas tristezas que te afligen, de esos pesares que muestras y de esos disgustos con que andas; no has querido, sino con frívolas respuestas darme que pensar mil cosas, atrayéndome sospechas que no puedo determinarlas con tu mucha confusión. Unas veces pienso que mi Isabela, quizás agraviada de que fuiste tú quien me careaste a los amores de doña Ángela, te trata con desdén o te muestra algunas amenazas; otras veces juzgo que, envidiosos los criados de verte conmigo valido, tratan de descomponerte; otras veces imagino, y esto es lo menos, que no te hallas bien en el campo y que has fingido estos enojos para que yo te despida; y otras veces (¡ay de mí y cuánto me cuesta decir esto!) llego a pensar de ver tu confusión, o que mi honor no está seguro o que mi fama peligra; que esto solo bastaba a tenerme con mil penas y cuidados. ¡Ea, pues, Camacho! dime aquí sin rebozo la verdad de tu disgusto y no des ocasión a que ya que vivo estas soledades, pase la vida tan llena de sobresaltos; nadie aquí nos oye, sino estos riscos y, estando yo contigo, no tengas temor de nada, que siempre me verás en tu favor.

Con las lágrimas casi en las mejillas estuvo Camacho una gran pieza, hasta que, deshaciendo mil nudos de la garganta, me dijo de esta suerte:

- Lisardo, señor mío, sabe el Cielo lo que me pesa el disgusto que te he dado, y sabe el Cielo las diligencias que he hecho para no darte a sentir las melancolías que me afligen y los dolores que me atormentan. Pero, supuesto que estás por mi causa con tantas sospechas, que no me espanto te aflijan y atormenten, quiero de una vez desengañarte, dándote razón de mis disgustos, para que, ya que los sientes, me ayudes a vengarlos. Bien sabes que desde aquella noche infeliz que te desposaste con Isabela, yo también, por seguir en todo tu fortuna, me casé con Elvira su criada que, con orden tuya, vive en su servicio. Esta, aunque me ha sido leal y nos hemos tratado todo este tiempo con mucho amor, habrá cosa de veinte días que me dio ocasión de mil sospechas, porque, entrando una noche bien descuidado a acostarme, me pareció hacían ruido a un lado del aposento; tomé la espada y, saliendo a ver quién era, si mal no me engañé me pareció un hombre que hallé dentro, al criado de don Fernando; y al tiempo que fui a embestirle. no sé cómo ni de qué manera se me desapareció, dejándome el hombre más confuso del mundo y el más celoso que se pueda imaginar, pues ya supiste cómo Elvira, cuando Isabela amaba a don Fernando, trataba también con el criado sus ciertos amores. Desde entonces me sobrevino tan grande melancolía que aun no me ha dado lugar de comunicarte mi pena. siquiera para con tus consejos consolarme y con tu ayuda defenderme. Aunque, diciendo verdad, mil veces quise descubrirte mi pecho, mas me detenía un justo temor de no darte qué sentir y sospechar, pues claro está que un ingenio como el tuyo, viendo del modo que te casaste y considerando que la criada de tu esposa no se olvidaba de la voluntad primera, claro está, vuelvo a decir, que dirías: "pues la criada se desmanda, no anda en buenos pasos la señora". Y cuando no dijeras esto, por lo menos te habías de

poner en cuidado; y estando con tal recelo, no habías de mirar a Isabela con el amor que la miras. También me ha servido de estorbo considerar que pude engañarme y ser sombra imaginaria aquello que juzgué persona y, en caso de duda, ser más acertado morir callando mis confusiones que referirte lo que sé que ha de dejarte en sospechas y cuidados. Con esto quedarás satisfecho, que ni Isabela me persigue, ni los criados me murmuran, ni mi servicio me cansa, porque, con estar tú de mi parte, ningunas adversidades me pueden causar enojo ni tristeza.

De esta traza se valió Camacho para advertirme mi deshonra, que hasta el criado más libre, que es el bufón, pues se le consiente todo cuanto dice, tiene vergüenza de referir sin rebozo afrentas semejantes. Brotando celos y lleno el corazón de mil dolores, me revestí de venganzas, salvo que entonces me di por desentendido a Camacho, porque no es bien que un hombre crea sus agravios hasta haberlos visto. Antes, disimulando con él le dije que diera traza para que algunos días nos quedáramos escondidos, de modo que pudiéramos averiguar su sospecha, que en cuanto a Isabela, yo estaba muy satisfecho que me guardaba lealtad. Con esto nos volvimos a la quinta y antes de llegar a ella, oyendo que un pastor estaba templando un rústico instrumento, con ir yo tan pesaroso, quise escuchar lo que cantaba, deseo quizá que me previno mi fortuna, para que no me quejase que no me había avisado, pues en el siguiente romance me dio el pastor consejos para no dormirme, cantando así:

*Silvio, pues ya te casaste  
con quien apenas te quiere,  
de que vivas no me espanto,  
más me espanto que no veas.*

*Quien con disgusto se casa;  
en su casa ha de estar siempre,  
no marido descuidado*

*sino amante diligente.*

*Confiarte, porque Flora  
es honrada, no lo entiendes,  
porque a vista de otros gustos  
las más honradas se pierden.*

*Dirás que nadie te agravie  
más tú saberlo no puedes,*

*si estás de día en el campo  
y toda la noche duermes.*

*Quien tiene mujer hermosa  
ha de estarse, si ser puede,  
hecho un ángel que la asista  
o hecho un Argos que le cele.*

*Si te muestra algún cariño  
no lo creas, que a las veces  
finge una mujer requiebros  
por encubrir lo que ofende.*

*No te fíes, porque estás  
en un pastoral albergue  
que también para un pastor  
hay lobos, cuando se duerme.*

*No solas son las ciudades  
las que travesuras tienen,  
que una traición en el campo  
se logra más fácilmente.*

*Podrá ser que cuando tú  
aquí las siestas diviertes,  
haya a costa de tu honor  
en tu casa más placeres.*

*Podrá ser que tus ausencias  
te maten, cuando no pienses  
que está en balanzas la honra  
estando el marido ausente.*

*Visita a tu Flora, Silvio,*

*en horas que no te espere  
que hallarla sola a sus horas  
¿qué tienes que agradecerle?*

*Usa, usa de este examen  
que en su rostro, si lo adviertes,  
hallarás tu agravio escrito  
o su inocencia patente.*

*Si te agravia y te ve entrar  
verás cómo sus claveles  
amortiguando el carmín  
se queda pasmada nieve.*

*Verás sus ojos turbados,  
y, si por soles los quieres,  
con eclipses te dirán  
que está tu honor a la muerte.*

*Verás el habla que, apenas  
se articula entre los dientes  
porque, quien acierta a errar,  
no es mucho que a hablar no acierte.*

*Y aunque contenta la halle  
no te fíes, que hay mujeres  
tan diestras en engañar  
que engañan promiscuamente.*

*Esto se dijo un pastor  
a sí mismo, estando ausente  
por divertir unos celos  
tan grandes como crüeles.*

¿Qué desengaños más claros pudiera advertirme aquel pastor, aunque hablara consigo? Pues aun sin hablarme multiplicó las sospechas que mi corazón sentía. Llegamos a la quinta del modo que otras veces y después de haber buscado algunas industrias para averiguar mis rabiosos celos, cuando hallamos la más acomodada y secreta, empezamos la pesquisa. Fue de esta suerte: al lado del aposento donde yo dormía había un tabique que dividía un camarín, secreto, pegado

también al aposento de Camacho. Escondímonos en él, abriendo a la parte de los dos aposentos dos pequeñas rimas que, cubiertas de los reposteros, estaban tan ocultas que la más curiosa diligencia no reparara en ellas. No quise para esto fingir ausencias más largas de las que solía, cuando íbamos al monte, que eran desde que el padre de la luz tomaba el carro, hasta que bañando las ruedas en el ancho océano, hacía tumba de sus luces los turquesados cristales.

Habiendo, pues, una mañana dejado el lado de Isabela que, con mil falsos halagos me dijo no sé qué amores (que, como ya los sospechaba agravios, no los creía) fingiendo salir a caza, me quedé con Camacho en el camarín a aguardar por instantes la prueba de mi deshonra. Sentéme allí en un viejo escaño, confuso y pensativo, tanto como el triste delincuente que, repasando por momentos sus delitos, aguarda el fallo de la sentencia; y como Camacho andaba cuidadoso de una en otra rima, ya acechando por esta, ya aplicando el oído por aquella, cada vez que se apartaba, entendía que venía a decirme: "Ea, señor, que ya es tiempo". Pero no se pasó mucho, pues a poco más de una hora que estuvimos escondidos, que sería como a las seis de la mañana, oí que abrían la puerta de mi aposento, con secreto tanto, que el mismo secreto que allá era diligencia, me fue tan sospechoso que me obligó a llegar a inquirir la causa, mirando por el breve resquicio lo poco que podían brujulear los ojos, que no fue tan poco que no mirasen lo que no quisieran haber visto. Vi, pues (¡ay de mí triste!) que mi adúltera esposa, que ya desde aquí la daré este apellido, abriendo, como he dicho, con mucho tiento el palacio, metió dentro a don Fernando, y volviendo a cerrar se sentaron mano a mano, con mucho desahogo, después de haber hecho ceremonias de queridos que, por pasar de abrazos, aparté un tanto la vista por no verlas. Conoció Camacho en mi alteración lo propio que sentía y, animándome al sufrimiento, me hizo que escuchase lo que trataban, en tanto que también él oía por la otra parte no menos que declaradas traiciones; que

Elvira refería al criado de don Fernando. Volvi, pues, a aplicar la vista, si bien con más atención puse el oído y, aunque no todas las palabras podían entenderse, por lo menos escuché estas que don Fernando le dijo a Isabela:

- Cansado estoy ya de tantas esperas, pues aunque gozo los frutos de mi amor, todavía no se gozan con aquella libertad que gusta el alma. Yo, Isabela, he de cumplir lo que te he dicho, yo he de matar a doña Ángela con traza tan peregrina que no se me pueda acumular su muerte y, quitado por mi parte este embarazo, y por la tuya ejecutando lo que tienes ofrecido, dejando pasar días entre una y otra muerte, sin que sospechas malicien, ni recelos nos descubran, hemos de casarnos, a pesar de impedimentos. Esta me parece traza poderosa para gozarnos sin embarazos, que matar a Lisardo, como lo he intentado muchas veces, antes era huir más de lo propio que deseo, pues no había de ser tan secreto que no me obligase a perder la tierra y ausentarme de tu vista. Muera Lisardo, pues, según lo trazas, y muera doña Ángela, con el modo que verás y demos ya fin a tantos regateos, con que la fortuna nos vende estas visitas que, aunque me da tan dulces días en tus brazos no puedo sufrir que las noches me sean tan penosas, viéndote en otros ajenos.

Este razonamiento fue el que oí distinto, y este razonamiento consideraréis, cuanto es bastante a matar al agraviado que escucha, por más que se abroquele con el resto del valor; los discursos que allí mi pecho hacía, las máquinas que mi agravio fabricaba, las cóleras que prevenía el enojo, los desgarros que ya la razón armaba, no hay que referirlos cuando estoy hablando con quien sabrá ponderarlos. Volvamos a la rima, que hay mucho que deciros. A responder iba Isabela, no sé si os la pinté cariciosa; mas ello se publica de mujer en tales lances, digo que iba a responderle a don Fernando, cuando un alboroto repentino les puso tanto silencio, que aun las acciones suspensas, casi temieron que habla-

sen; y estando así pasmados esperando, no menos que algún amago de su pena tan merecida, llegó a la puerta una criada, diciéndoles cómo sus padres de Isabel y los míos acababan de apearse de sendos coches, sin haber dado más causa que ir a deleitarse. Turbación me parece que les puso al principio la embajada, mas, barajando acuerdos, con la prisa que el caso requería, acordaron que, pues no había temor de que yo volviese hasta bien noche, según acostumbraba, que se estuviese allí escondido don Fernando, hasta que cerrase el día las primeras puertas de su luz, a la cual hora, Elvira, que era la secretaria mayor, le sacaría por la parte secreta, que otras veces solfa. En este parecer se resolvieron, y dándose (sin ver que los miraba) otros segundos abrazos, se quedó don Fernando muy gozoso, y cerrando el palacio salió Isabela a recibir los huéspedes, con las caricias y halagos que ya podéis presumir. Y mientras remito a vuestra consideración los disimulados modos con que sentía mi ausencia, en aquel día, con que aplaudía a mis padres con mil encarecimientos, el prevenirse viandas para la comida, el procurarse festejos para divertir la tarde, y mientras don Fernando, aunque encerrado, se está previniendo regocijos, casi gozando esperanzas por empleos mientras esto consideráis, atended al modo con que en semejante trance me hallaría, descubierta mi infamia, a mis ojos el traidor, reciente el agravio, mi vida amenazada, probado ya el delito y patente la venganza. No sé si con justicia me irrito, no sé si con razón se enciende el enojo, cuando traigo a la memoria recuerdos semejantes y con discurso pondero causas tan crecidas, pues no sé si en tales casos el no dejarse morir es valor, porque sentir bien una deshonra no sé si se puede menos que con dejarse morir.

Más que el camaleón trasmutando los colores, más que el basilisco fomentando la ponzoña, tragándome por nuevas penas los suspiros y, por no suspirar, bebiéndome un mar de penas, me aparté del mal pulido cancel a pregun-

tarle a Camacho si había por la otra parte algunas nuevas de alivio para templar tanto cuidado, si había alguna lealtad en las criadas para sentir más compasivo traiciones de la señora; y la respuesta que me dio fue decirme, con preámbulos de suspiros, y con ambages de sollozos, estas mal aliñadas palabras:

- ¡Ay, señor mío, y cómo algún ángel nos inspiró, que hoy hubiese sido el día que nos quedásemos ocultos a examinar estas pruebas! ¡ay, señor!, vuelvo a decir, y no sé cómo te diga la rigurosa sentencia de tu muerte.

Como ya no me cogían estos anuncios de sobresalto, disimulado mi sentimiento y rebozado mi dolor le dije que prosiguiese, y prosiguió diciendo cómo había escuchado que Elvira decía al paje de don Fernando que ya estaba prevenida la ponzoña que, en la primera ocasión, habían de darme en la bebida, al tiempo que mi adúltera Isabela hiciese una seña, de que ya Elvira estaba bien avisada.

Turbóse el aliento al eco de este sonido, quedéme en éxtasis por un grande rato y juntando este dicho con el otro, y careando esta nueva con la que yo había oído en vísperas de mi muerte, consideré los riesgos de mi vida; y aunque pedía madurez un caso semejante y más con las circunstancias que ya he dicho de estar mis padres y suegros en la casa, como vi tan de mi parte la justicia, como advertí tanta razón que me animaba, como consideré un ejército de enojos que me movían, cerrándoles la puerta a más consideraciones, previne los castigos que si acaso pasaron a venganzas, el exceso de la culpa puede disculparme, pues no sé yo que una razón ofendida pueda templar lo irritado del castigo, cuando está castigando a vista de las ofensas. Sin detenerme, pues, en más acuerdos, sin dar más largas a nuevos pareceres, mandéle a Camacho que estaba bien ignorante de lo que yo había escuchado y visto en mi aposento, que inquiriese con secreto y diligencia si podíamos salir de allí sin que nos vieses, lo cual no fue muy dificultoso, por causa que Isabela, temerosa de su traición, había cerrado todas las puertas antecedentes, en contorno de aquella pieza, y así,

asegurado y bastantemente prevenido, haciéndole a Camacho que se quedase de posta en la primera puerta, que esto es prevenir estorbos, abrí mi aposento con llave maestra que tenía, y topando casi a los umbrales a don Fernando, bien ignorante que era yo el encuentro, a pocas palabras que le dije, satisfice mi agravio sin defensa; del modo que le dejé lo sabréis luego; volví a dejarle encerrado y, con el secreto que nos fue posible, llegamos a nuestra primera estancia, Camacho, confuso con sospechas y recelos, y yo, anegado en penas y dolores, porque por más y más que se venga una injuria, siempre se le queda al alma un dolor, como relieves del agravio.

Ocultos nos estuvimos en el secreto retrete hasta que, llegando el Sol al medio de su carrera, presidiendo antorcha en la mitad del día, convida a los humanos a que tomen el sustento, a cuya hora escuchando que ya la llaman a las mesas, quise constituirme por uno de los convidados, por fenecer mejor la traza que fomentaban mis deseos; y así, viendo que el bullicio de la gente, con el olor de las viandas, desocupaba lo ameno de los jardines, bajamos abajo y, saliendo por un secreto postigo, con dos caballos prevenidos ya para mayor disimulo, llegamos a poco rato por las puertas principales, dando bien en qué entender la inopinada venida, pues los inocentes no podían disimular el contento y regocijo que tuvieron, y los culpados apenas podían cubrir su pena con capas de disimulos. Supongo aquí los placeres de mis padres, las bienvenidas de todos, falsos abrazos de mi esposa, el encubrir yo mi pena, fingir causa de mi acelerada venida y darme por contento de tan honrada visita.

Esto supuesto, vamos al caso. Sentéme a comer con el gusto que podéis considerar, pues todo cuanto en los demás era de gusto venía a ser en mí dolor y pena, porque el mayor regalo a costa del honor, lo menos que tiene de pesaroso es parecer desabrido. Y aunque mi disimulada alegría tenía a Isabela algún tanto sosegada, pareciéndole que en lance tan apretado no

aseguraba su partido menos que ejecutando su traición, apenas vio que, levantados los primeros platos, ya tendría sed el gusto, cuando le mandó a Elvira que me diese de beber, y por más que de mí regateó los ojos, vi en ellos, como al descuido, acciones de una seña. No me di por entendido, aguardé la bebida y, al dárme la fementida criada, con una tos fingida, correspondió puntual a la seña que la había hecho la señora. Tomé en las manos la copa, y mi fiel criado Camacho, que casi junto de mí estaba registrando las acciones, pensando no había entendido lo que me había contado o que no había reparado en lo que él había visto, tiróme del brazo, sin que ninguno lo notase, que fue como decirme: “Señor, mira lo que bebes”, aviso que volví de nuevo a agradecerle, porque en casos semejantes, donde trabucadas las potencias con golpes de sentimientos, hace harto un alma de sustentarse viva sin acudir a lo particular de los riesgos que la acosan, si la memoria faltase de un aviso prevenido, el más diestro en advertir se puede quedar burlado. Tomando, pues, la copa, como he dicho, volvíme a Isabela y, cariñoso y alegre, todo bien fingido, la pedí que hiciese la salva primero, coloreando este brindis con retóricos apodos de decirle que tocando la bebida sus corales no sólo quedaría con extremos más sabrosa, no sólo más dulce y sazónada, sino que los relieves, ya del coral de los labios, ya del marfil de los dientes, bastarían a ser antídoto precioso que la purgasen de ponzoña venenosa, si acaso alguna tenía. Fuerte fue este golpe en ocasión tan apretada, pues por más y más que sacó aliento varonil de entre femeniles bríos, pálidos temores deshojaron las rosas de su cara. Rechazó el envite con corteses cumplimientos, ignorando todavía que yo fuese dueño de sus pensamientos alevés. Volví a porfiarla (tal me iba en ello), volvió a resistirse (tan mal se temía) y, mirando ya que todos los circunstantes reparaban en que parecía tema enojoso lo que había comenzado cariñoso juego, por ahorrarles de los confusos pareceres en que era fuerza irse em-

barazando, solté la copa en la mesa, arméme del valor, desterré los disimulos, desabroché las iras de mi pecho y, derramando la vista a todas partes, encuaderné mal que bien estas palabras:

- Si no hubiéades de ver al fin causas mayores que disculpen estas, que ya juzgáis niñerfas, locura pareciera en regocijo tal, en tal banquete, que yo desazonase vuestros gustos, debiendo, como debo, preveniros los mayores, y así, supuesto que por marido de Isabela (nunca yo lo hubiera sido) debo ser respetado, lo que hasta aquí ha sido ruego, desde ahora quiero que sea un público mandato. Por grado o fuerza me ha de obedecer aquí, ninguno se me altere, que están tomadas las puertas, y el que me fuere contrario, con sangre de mis venas he de hacerle que escriba el fallo de mi rigor por estas losas. Sólo quiero obligarla a que beba lo propio con que me convida, que no la hago agravio en desealarla lo propio que me desea, sólo con esto me daré por satisfecho y con esto sólo quedaré desengañado. ¡Ea, pues, ingrata! (proseguí, volviendo a ella), prueba ese licor que me tenías guardado, bebe esa bebida que me tienes prevenida, tú propia has de ser homicida de tí misma, que, aunque tendré por afrenta manchar mis manos, en quien solo ha sido feo lunar de mi vida y mancha infame de mi honor.

Arranqué del puñal diciendo esto, antes que procurase impedirlo alguno de los que, pasmados, me miraban, y amagada ya la punta en el pecho de Isabela, entrara hasta el corazón abriendo puerta, si ella, convencida ya tan claramente, no tomara el vaso, que se le echó a los pechos con tanto valor que estuve dudoso si era sabedora de lo que bebía, pues ¿qué mujer resuelta, en tal aprieto, se mostró jamás cobarde con la muerte? Bebió Isabela, sin dar más satisfacción; suspendióse la comida; trastornáronse las mesas; levantámonos todos, sin que los míos tuviesen palabras hechas con que reprehenderme, ni los de Isabela hallasen modos

para poder agravarme porque, aunque todos habían entendido mis razones el blanco a que tiraba, ni los unos ni los otros querían persuadirse a que fuesen verdades sino cuando mucho, recelos y sospechas, pero presto salieron de su engaño, pues ya Isabela, que se retiró mortal a otro aposento, a vista de un crucifijo, pedía al Cielo clemencia, confesando a voces, con descargos de su culpa, los rasgos de mi deshonra que, por no escucharlos, dándole la llave de mi aposento a su propio padre (que, abriendo presuroso, topó con don Fernando, que revolcado en arroyos de su sangre misma, dimanados de mil bocas y orificios que, con mi puñal, le abrí en el pecho, cuando os dije que había entrado a reñirle mis enojos) y dejando a la confesión de Isabela el declarar su merecido castigo, salí de la quinta en un ligero caballo, antes que algún confuso motín me fuese estorbo, pues siempre en casos tales, aunque la razón disculpa al que castiga, el dolor de quien padece suele hacer mil sinrazones.

Hecha un teatro sangriento dejé la quinta, pues don Fernando muerto a mis manos, como habéis oído; Isabela, muerta a las suyas, después que obró el veneno, representaban, cadáveres, una lastimosa tragedia, y lastimosa tanto que, cuando me acuerdo de aquel día, pedazos se me hace el corazón y fuentes mis dos ojos; y así, ahora os suplico que perdonéis la pintura, pues sabedores de lo sangriento del suceso, no tendréis necesidad que os refiera sentimientos y dolores, pues cuando no fuera yo el instrumento de tantas lágrimas, por ser tales como son, era fuerza lastimarse de solo referirlas. Quédense para conmigo en silencio y allá para con vosotros ponderadlas como es justo.

Caminé, pues, todo lo que al día le quedaba, hasta que me halló la noche seis leguas de la ciudad, en una alquería que, destiné, desde luego, a estarme oculto, hasta tener razón del estado de las cosas, para lo cual, no sin acuerdo, me dejé a Camacho que, entendido del paraje donde había de esperarle, se quedó a hacer inquisición de todo lo que pasaba. Las nuevas, pues, que

me trajo ya al cabo de quince días, en cuyas esperas ya la paciencia se apuraba, fueron tan adversas como yo me las temía, pues, por lo más me hacían relación del motín confuso que se había originado en la ciudad por mi sangriento castigo, pues, dividido el vulgo en diversos pareceres, eran más los votos que me culpaban que los que me favorecían. En fin, como mi agravio fue tan secreto, tan clara la venganza, las partes de don Fernando y de Isabela, poderosas, ausentes mis descargos, volcaron de tal modo mi justicia, Letrados mal entendidos y Procuradores bien pagados que, temiendo no dar en el bajo de una sentencia rigurosa, me escribió mi padre y me avisaron mis amigos, me ausentase de la ciudad algunos días, hasta que la cosa, entonces tan enconada y sangrienta, se redujese con el olvido del tiempo a más feliz estado. Sano me pareció el consejo y, en su conformidad, determiné irme a Sevilla, y de allí pasarme a Italia, con las galeras que entonces se preparaban para Nápoles, donde Su Majestad Cesárea esperaba el socorro de soldados y dineros. Mas dándome Camacho una carta de doña Ángela, que ya en la viudez de mi enemigo don Fernando volvía a repetir los llores de nuestros amores infelices, hube de mudar de parecer, llevado de sus discretas razones que, grabadas en lo blanco del papel, fueron las siguientes:

*Carta de doña Ángela a Lisardo.*

“Si viérades, señor Lisardo, las fuerzas que me he hecho para reprimir este amoroso impulso; si viérades el tropel de razones que en mi pecho se combaten, unas riñendo mi amor, otras absolviendo vuestros yerros; si viérades lo neutral que está el alma, haciéndose un mar de penas, sin saber si han de llorarse por el difunto esposo que vos me habéis muerto, o por vuestro valor noble, si noble me habéis vengado, estoy muy entendida, si esto viérades que ni juzgárades esta acción por desenvoltura, ni atribuyérades a imprudencia el arrojó de tanto amor. Yo soy la más interesada en la muerte que habéis hecho, y así vuestra contraria parte; mas hallo

en vuestro abono tantas descargos; hallo para conmigo tan clara vuestra justicia; miro en vuestro castigo tan vengadas mis ofensas que, aunque el pundonor de quien soy ha querido pintarme rigurosa en los estrados, no ha podido recabar conmigo que os acuse los que os acumulan yerros, pues quedara la conciencia escrupulosa si, por cumplir con ceremonias exteriores, se hallara envuelta en propias ingratitudes, llamando agravio el que me hicisteis favor, injuria lo que fue justicia, y ofensa lo que me ha sido beneficio.

Desde la noche infeliz que, por un descuidó, se originaron tantos yerros, forzada a llamar marido al que no quería, obligado a ser mi esposo quien no me amaba, y pared en medio la que con vos me robó mis gustos y con don Fernando despertó mis celos, pronosticó mi amor el fracaso sucedido, y adivinó el alma las dos venganzas que con un castigo habéis ya hecho. Sólo me pesa que, lo que es tan conforme a mi voluntad, dándoos la mano, sea declarado indicio de la culpa que no he tenido, pues si ahora nos casáramos, de los Jueces entendido nuestro antiguo amor, nos hicieran participantes de un mismo delito, sin haberlo sido aun de castigo tan justo, por lo cual os ruego, si ruegos míos valen con vos algo, que no sea vuestra ausencia fuera de España, sino a parte donde mi amor pueda comunicaros, hasta que la causa decidida y vuestros pleitos compuestos, merezca con vuestros brazos el laurel que, a fuerza de tanto amar, tiene merecido”.

Fue tanta la alegría que recibí con esta carta que, loco de contento, le di a Camacho mil abrazos, primicias de agradecerle haber sido portador de tanta dicha. Refrescáronse en el alma aquellos amores primeros; a cuya memoria comenzaron a borrarse los relieves de mi pena y, resuelto a obedecer a quien así me amaba, elegí por camino, después de barajados mil acuerdos, irme a Salamanca y, dejando la marcial milicia, sentar plaza de soldado de Minerva para que, a la sombra de los fuertes privilegios con que las Escuelas favorecen, y al abrigo de mil estudiantes compatriotas, que

unánimamente se socorren, pudiese esperar bonanza de mi contraria fortuna.

Dándole a mi padre cuenta y socorrido de todo lo necesario a persona de mi porte, ejecuté mis deseos, poniéndome en Salamanca en breves días, donde tomada casa desocupada de otros huéspedes, conmutado el adorno del seglar vestido en el aseo de ropas talares y acompañado de dos criados, fuera de Camacho, que en todo era el mayordomo, comencé a cursar las leyes, bien ajeno de que en tanta variedad de ellas había de haber derecho que admitiese alguna ley del amor; mas, como es tanta su tiranía, que avasalla voluntades de los más rígidos corazones y fomenta incendios amorosos en los pechos más fríos, por añadir nuevos cuidados a los que repasaba cada día a la luz de mis tragedias, tiróme una flecha de su dorada aljabas, abrasado rayo de la vista de una beldad peregrina que, abrasándome de repente toda el alma, me dejó sacrificado a su hermosura.

Topéme acaso una tarde con Teodora, asombro tan raro de belleza que, si no hubiérades visto lo hermosa que es, por mucho que mi pasión os la pintara, me quedara escrupuloso de no haber sabido engrandecerla. Dejo, pues, al silencio las pinturas que, aunque pueden ser disculpas en mi abono, no quiero vuelvan a encender muertas cenizas. Así como la vi, quedé tan traspuesto en ella que, quedándome inmóvil, cual helado mármol, le arrojé toda el alma por los ojos. Halléme, en fin, desde aquel instante de mí mismo tan ajeno, cuanto de ella enamorado, y viendo que mi vida consistía en conocerla, con el recato que pude, me dispuse a seguirla, hasta que la vi entrar frontero de mi posada. Sueño me pareció tan singular favor de la fortuna, dudoso estuve imaginando era fantasía y, desvelado en mil imaginaciones, me encerré en un aposento, por conferir a mis solas el remedio conveniente a tamaña enfermedad.

Era mi casera una honrada viuda que, con la renta de sus casas, y con el trabajo de sus manos, pasaba su vida honestamente, ayudada de una criada que la servía; como me viese,

pues, aquella tarde, no sólo melancólico sino despechado, obligóme tanto con sus piadosos ruegos que hube de darle parte de mis amorosas inquietudes, pidiéndola me informase del porte de aquella dama. Hízome tal relación de sus partes, exageróme tanto sus virtudes que, fomentados mis deseos, me dispuse a quererla por los fines, sin que el estar dedicada a la Religión me fuese estorbo, ni lo imposible de admitir mis galanteos me sirviese de embarazo, antes, como el amor tiene trazas para los imposibles, al punto elegí camino que facilitase mis empresas.

Trabé amistad estrecha con un hermano de Teodora, llamado Julio, que también como estudiante, cursaba las Escuelas, procurando de hallarme siempre a su lado en más de dos encuentros que reñimos, y para que con más seguro de mí se confiase, le hice sabedor, no sólo de mis tragedias, sino de la nueva correspondencia y finezas repetidas de doña Ángela, mostrándole para esto las cartas que por la estafeta me escribía, después que, como a amigo, le hube juramentado de la guarda del secreto. Creció de aquí tanto la amistad que, sin recelo que de mí tuviese, me vino a ser muy franca la entrada en su casa, hallando no mal semblante en unas tías suyas, que eran las custodias de la hermosura de Teodora; pero, aunque hallé a los principios la ocasión tan en mis manos, pues tal vez por medio del recato merecí escuchar palabras que la urbanidad hizo forzosas, no me atreví, con todo, en mucho tiempo a declarar mi pena, temiendo no perder los favores que entonces gozaba de barato; mas, porque no se quejase el amor de verme tan sufrido, quise, con algún disfraz, publicar mis ansias, escribiendo algunos versos que declarasen mi pasión y, cantándolos desde mis ventanas, a tiempo y ocasión que se lograsen, escuchándolos Teodora de las suyas que, aunque el pundonor no la hacía patente, tal vez la curiosidad la obligaba a que detrás de las celosías me escuchase. Los primeros, pues, con que hice la salva, fueron estos. Escuchadlos, porque veáis en ellos lo cobarde que anduve en declararme, cuan-

do escuchéis lo atrevido que me resolví a perderme:

*Loco pensamiento mío,  
abate, abate los vuelos  
que querer velar muy alto  
es de locos pensamientos.*

*A un grande imposible aspiras  
pues quieres volar al cielo  
cuando hay deidad que se enoja  
y hay rayos de dos luceros.*

*Castigado has de quedar  
la razón lo está diciendo,  
porque no se alcanza un ángel  
sólo por decir: "te quiero".*

*¿Qué me importa tu querer,  
qué sirve tu amor inmenso,  
si a una hermosura discreta  
no la sobornan requiebros?*

*Ya sé que dirás amante:  
pretendemos y callemos,  
más pretender imposibles,  
sólo es malgastar el tiempo.*

*Más ¡ay, pensamiento!  
que soy yo el que me abraso  
y te condeno.*

*Pensamiento: dad de mano,  
si os parece, a estos intentos,  
pues ya veo mi locura  
aunque estoy de amores ciego.*

*Mira que temo perderme,  
pues si enoja a la que quiero,  
se mueren las esperanzas  
con que ahora estoy viviendo.*

*Quédate en tu buena fe,  
no descubras, no, tu pecho  
que más vale amor en duda  
que no un desdén descubierto.*

*Si no sabes que te quieren  
no es tan malo el no saberlo,  
como saber que tu amor  
jamás ha de tener premio.*

*Para no oír tal sentencia,  
pensamiento, estate preso  
que, aunque es tormento el callar,  
con esperar no es tormento.*

*Más ¡ay, pensamiento!  
que yo soy el que me abraso,  
y te condeno.*

De esta manera, pues, comencé a descubrirme, pareciéndome que Teodora, por más que disimulaba, me entendía; pero, cansado ya de estos disfraces, que todo cansa, pues hasta las quejas que son el alivio de un doliente, si mucho se repiten son cansancio, procuré con menos enigmas manifestar mi pena. Valíme para esto de una criada de Teodora que, conociéndome en los ojos la enfermedad, se ofreció al remedio, aunque muy dudosa que alcanzásemos cabida en corazón tan enajenado de las cosas del siglo. Yo, que sólo pretendía que entendiese mi afición, para ponderarla después el estado en que me hallaba, buscaba con mil desasosiegos un rato de oportunidad para hablarla a solas, temeroso de fiarle a un papel

tan grave peso, pues aunque un alma en él se descubre más sin ahogos, todavía se queda escrupulosa de no poder responder a la cara que le hacen. Habla un papel, por veces que le lean, una cosa misma, y donde hay peligro de admitirse lo que pide, no es acertado medio el hacer tercero a un papel; además que lo que en él podía exagerarla, se lo repetí hartas veces al compás de un instrumento en estos versos que hice al verla aquella primera vez que os he contado que, porque veáis lo claros que estaban para quien en los ojos sé que me adivinaba los pensamientos, os los he de referir, sin pedir os más atención que la mucha que me dais:

*Lisis, después que te vi  
tan otro del que era soy  
que mientras más en mí estoy,  
juzgo que estoy más sin mí:  
acaso a verte salí  
cuando tú saliste acaso,  
y aunque miraste de paso  
tanto tus soles flechaste  
que allí el alma me abrasaste,  
y aquí sin alma me abraso.*

*Picaba el Sol aquel día  
y aunque la sombra busqué  
como en ella te topé  
el Sol y el calor crecía;  
toda la calle se ardia  
con tus divinos faroles,  
mas, viendo los arreboles  
de tus mejillas hermosas,  
dije: lindas son las rosas  
para defender los soles.*

*Pienso, Lisis, que me oiste,  
puesto que a mirar tornaste,  
y, de matarme, acabaste,  
aunque el soslayo me heriste:  
entonces, penoso y triste,*

*culpé a tus ojos de infieles,  
llamé a mis hados crüeles,  
mas tú, con aire gentil,  
revistiéndote de abril,  
desperdicaste claveles.*

*Como viste, pues, galante  
que de tu Sol, abrasados  
se iban quedando arrimados  
en cada esquina un amante,  
dijiste, como triunfante:  
cesen las justas querellas*

*Y, aunque tus hermosas huellas  
dejaron rastros de luz,  
hecho del manto capuz,  
enlustaste las estrellas.*

*¡Ay, Lisis, y cuál quedé  
ausente de tu beldad!*

*¡ay, Lisis, qué obscuridad,  
sin tus soles encontré!*

*Apenas sentaba el pie  
que no diese una caída:  
y pues eres la homicida,  
que mi vida tiene en calma,  
ya que me has robado el alma,  
vuélveme, Lisis, mi vida.*

¿Qué necesidad había de papeles, cuando a boca, si así puede decirse, la hablaba tan claro? Dolióse ya mi fortuna de verme padecer y púsome la ocasión tan en las manos que, asido de su melena, no quise desasirme hasta haberla logrado. Tenía Julio, bien lejos de la calle, su cierta correspondencia y, como tan amigo, le guardaba las esquinas muchas noches; y como una, entre otras, me avisase la criada un descuido de Teodora, de haberse dejado sin torcer la llave de su palacio y que así podía fácilmente hablarla, fingiendo el haberme quedado escondido dentro de la casa, cuyas puertas ella me tendría abiertas a cualquier hora.

Consulté esta dicha con Camacho, pues menos que con su ayuda no podía, sin quebrar obligaciones, llegar al logro de mis deseos. Halléle determinado a suplir mi ausencia en la calle donde Julio hablaba; y así, dejándole en mi lugar la noche que os he dicho, volví presuroso donde la criada con un postigo abierto, me hizo franca la entrada al cielo de mi hermosura. Reparéme un poco al pie de una escalera que, si cualquiera subida es temerosa, nunca más amenazado el precipicio que en quien sube a robar luces a un cielo. Previne a la memoria de razones, coloreé con disculpas el arrojó, armé de valor el miedo, aquieté el corazón, animé el alma, y así, prevenido, subí pisando sombras, hasta topar con la puerta que buscaba. Nuevos temores se hicieron allí grillos de mis pasos, nuevas valentías tuve necesidad de que me animasen. Entré lo más secreto que pude y vi, al primer encuentro, que a la luz de una bujía, no sé si animada de los soles de Teodora, estaba tan embebida en un libro, que lo que le divertía su leyenda sirvió de estorbo para que no me sintiese, hasta que, puesto a su lado, la sombra que la di, la hizo que reparase. Quitó la vista del libro, alzó los ojos a mirarme, estremecióse toda, fue a hablar y no pudo, bañóse de claveles, mostróse más hermosa, quiso desmayarse, provocóme a pena, iba ya a caerse, detúvela compasivo y, sacando de entre secretos suspiros blanduras de palabras, estas pude decirle, si mal encuadradas, bien sentidas:

- No hay tiempo, señora, aquí para dar muchos descargos cuando miro los temores que os ofuscan y contemplo los riesgos que me cercan. Básteme por disculpa el presente arrojado un abrasado amor que en vos me enciende, una inmensa afición que a vos me inclina. Mil veces con los ojos os he hablado y mil veces con el alma os he seguido, sin haber merecido en tantas veces la más mínima señal de correspondencia. Si me habéis entendido, bien lo habéis llamado; si ha sido castigarme, bien lo he padecido. Pues sabéis quién soy, asegurad vuestros temores, que nunca está el honor con guardas más seguras que cuando sangre noble le acompaña. Quereros sólo intento, como sepáis que os quiero; forzaros que me queráis, no lo imagino; pues esto tuviera de locura lo que tuviera de clemencia. El designio de entraros Religiosa no me ha de ser estorbo; pues, cuando mi casto amor no alcance vuestros brazos, en aquel estado estaré muy gozosos de serviros. Agradeced tanto amor sólo en dejaros servir, corresponded agradecida a tanto querer y dejad a mi cargo el peso de vuestro honor.

En tanto que yo hablaba iba Teodora desnudándose del susto, desenvolviéndose del sobresalto y asegurándose el árbol del valor. Atendió a lo que dije y, entre turbada y honesta, me respondió de tal modo que, si preso me tenía su hermosura, acabó de avasallarme su mucha discreción.

- ¡Ay, Lisardo! (comenzó a decir, deshojando el clavel de sus labios el ¡ay! de un suspiro) ¡Ay, Lisardo, y quién pudiera, sin romper obligaciones, dar cabida a tus ofrecimientos que, aunque ha poco que te he visto, harto tiempo ha sido, lo uno para entender tu afición y lo otro para pagarla de secreto, que no todo lo que se ama puede decirse! Desde la vez primera que, con desvelos, señas que son del amor, me dijiste que me amabas, te lo agradecí sin señas, por ver si me olvidarías, que agradecer el favor siempre es muy justo: mas, si no ha de pagarse sino con agradecimiento, bien es se calle lo propio que se agradece. Tus partes, tu nobleza, tu virtud, tu discreción tengo

entendidas, virtudes de que te dotó el Cielo. Mi hermano lo publica; tu proceder lo abona; yo lo creo. Mi estado, mi recogimiento, mi modo de vivir bien lo has sabido. Pues si tú no has de sacar fruto de tu querer, ni yo puedo lograr cuanto te quiera ¿para qué hemos de engolfarnos en peligros, cuando no hay esperanzas sino de muertos deseo? ¡Ea, Lisardo! pues eres entendido, no me inquietes; que, por más honesta que sea una correspondencia, ha de causar inquietudes. Si he de ir mañana a un Convento con voluntad libre ¿para qué quieres que deje acá prisiones de voluntad? Galantea otra hermosura, que pague más tu querer, pues de mí no has de sacar sino el serte agradecida.

Levantóse de la silla, pronunciando las últimas palabras, sin quererme dar lugar a más respuestas, antes pidiéndome con amorosos ruegos la dejase sola y me saliese de la casa, sin que nadie lo sintiese.

Viendo lo justo que era obedecerla, pues, para tamaño arrojó había hallado, en vez de rigor, tal clemencia; en vez de castigo, tal agrado, despedíme de ella sumamente agradecido. Bajé al patio, como quien baja a obscuras y, pensando hallar allí a la criada, que ya en pago de su diligencia la prevenía unos escudos, me hallé tan solo y tan embarazado en las sombras que, tentando por una y por otra parte las paredes, no me fue posible atinar con las puertas. ¡Qué de miedos, qué de horrores, qué de espantos me cubren el corazón cuando aquí llego! Perdonad, si lo que falta de mis tragedias lo refiriere interpolando con sollozos, pues fuera imposible aliñarse en el pecho las palabras, menos que deshechos los ahogos de una pena, o en lágrimas que desahoguen o en suspiros que diviertan. Confuso estaba, sin hallar salida, cuando, escuchando por un lado ruido de armas, oí una voz que dijo: *Abrid, y matadle*; y apenas pude repararme de este susto, cuando vi que, de repente, se abrieron las puertas, plantándose en el umbral un embozado. No tuve lugar entonces de sospechar si era traición de la criada, o si era Julio que, entendida mi cautela, venía a buscarme, por-

que en fracaso tal, en tal aprieto, harto hace un valor de hallarse vida, sin tener capacidad de hacer discursos. Aunque sin calor la sangre, titubeando los bríos y entorpecidas las manos, previne la espada, embracé la rodela y esperé que comenzase y en viéndome con menos temor y más apercebido, me dijo que le siguiese, que no era aquel puesto seguro para reñirse. Tiró delante y, pareciéndome forzoso, dispúseme a seguirle. Salí tras él, volviéronse a cerrar las puertas, hice de la necesidad virtud y resolvíme a todo lo que viniese. Fuimos atravesando calles hasta salir fuera de la ciudad y al cabo de ella, metiéndome por un callejón muy temeroso, pues sólo se compone de unas derribadas casas, cuya sombra aun de día atemoriza, llegamos a unos trascorrales y, volviéndose a mí, con voz profunda, me dijo estas palabras: *Lisardo, aquí han de matar un hombre; repara en lo que haces, y mira cómo vives.* Y diciendo esto, desaparecióse como sombra, dejándome tan helado que, a no ser permisión divina, como en los piadosos Cielos tengo confianza, allí juzgo que me hallaran muerto, pues sin aprovecharme todos los bríos, diera con mi cuerpo en tierra si el arrimo de una pared no me ayudara.

Mucho tiempo se pasó hasta cobrar aliento y, del modo que mejor pude y de la manera que podéis considerar en tal fracaso, me fui saliendo poco a poco de aquel puesto, que la prisa en los temores siempre es perezosa, pues la sombra menor la juzgaba cuerpo animado que me detenía. Con todo este espanto, pues, con este miedo, no me quise recoger hasta ir a la calle donde, ya os dije, en espera de Julio dejé a Camacho. Llegué a tiempo que no se sintió mi ausencia. Salió Julio de la casa de su dama, hícele a Camacho que se adelantase y, hablando en cosas bien diversas de las que me habían pasado, y el corazón sentía, nos fuimos divertidos hasta nuestras casas, donde despedidos con las amigables cortesías que otras veces, entramos a dar al sueño la poca parte que le quedaba a la noche.

Dormir con un cuidado mal se puede; y así, con un cui-

dado tal, como os he dicho, no hay para qué ponderaros del modo que dormiría; pues no sólo aquella noche, mas todo el día siguiente luché con tantos desvelos, me envolví en tantas imaginaciones, que ya me temí mortal, embarazada el alma de un melancólico accidente. Aumentábase la pena con el no comunicarla, que es grande alivio de un mal decirlo a quien lo ayude a sentir, que aunque en nada falte del cuerpo que atormenta, no lo siente tanto el alma descansando sus quejas en los que, advertidos, se lastiman.

Visitóme al punto Julio, visitáronme otros muchos amigos, la huéspedada lastimada, mis criados pesarosos, Camacho a mi cabecera, pero a nadie quise hacer dueño de este secreto, porque a Julio, que era el más amigo, no podía decirse, y a los demás era excusado, pues no era cosa para publicarse, y más cuando cumplí a mi gusto con todos, con las nuevas infelices que tuve aquel mismo día, de que era muerto mi padre y el estado de mis pleitos, no de buena data; bastante causa para cualquier melancolía y suficiente para cualquier sentimiento. Todos procuraban divertirme, mas ninguno me alegraba, sólo Camacho que, en parte, era el adivino de mis pensamientos, después que advirtió discreto que con una carta de doña Ángela, llena de finezas y ternuras me consolaba, hizo me dejasen solo y, mientras yo estuve conmigo mismo, apeando los batallados discursos de mis imaginaciones, y me resolví en creer que aquel hombre, espíritu o sombra, era inspiración y aviso divino, que no solicitase ni divirtiese aquella casta doncella en víspersa ya de esposa de Jesucristo; pues sólo este entenderse ajustaba a la razón de cualquier buen discurso, en tanto, pues, que yo daba esto por creído, y algún tanto arrepentido, me estaba disponiendo a una ejemplar enmienda, entró Camacho de hacer una diligencia, que aunque harto se la hubiera perdonado, se la agradecí entonces con mil almas. Sentóse sobre mi cama y díjome cómo adivinada mi enfermedad, iba ya resuelto a decirle a Teodora que no me matase, si no le saliera al paso la criada con un papel, que le

dijo me trajese. Ausentóse el corazón del repentino contento, alborozóse el alma con nueva tan dichosa, y amortiguando con olvidos cuantas tristezas me afligían, como si despertara de un pesado sueño y me hallara libre de aquellos presagios, como si fueran soñados, abrí el billete, que contenía estas breves razones:

*Teodora a Lisardo:*

“Para significaros tan muerto por mi amor, poco lo habéis mostrado, porque mostrándome con voz anoche tan propicia, bastaba a daros valor para sufrir la nueva lastimosa que habéis tenido. Cualquier pesar es justo que se sienta, mas no es razón que un pesar os quite la salud, cuando una voluntad como la mía previno a ese sentimiento. Poco os parece que valgo, según pondero lo poco que me estimáis cuando acabáis de decirme lo mucho que me queréis; porque no es estimación de un pecho amante hacer cama, menos que por rigores de la cosa querida; y básteos esta reprehensión, para que reparéis en lo deudor que sois a mi mucha voluntad”.

¿Qué antídoto para un alma doliente más sabroso? ¿qué más eficaz remedio en ocasión tan urgente pudiera verme? Porque sin exageración puedo afirmaros me hallé desde aquel punto tan otro del que estaba que, resucitando en el pecho muertas alegrías, me hallé al instante revestido de mil alientos. ¡Qué de gracias que le di a Camacho! ¡qué de albricias que sacrifiqué a mi amor! ¡qué de regocijos hizo el alma! Tanta fue la fuerza de estos extremos que yo mismo me temía redundase en locura; porque ni los frescos sentimientos de mi difunto padre, ni los crecientes avisos de aquella animada sombra fueron bastantes ni poderosos a que disimulase un solo punto los no pensados placeres: que a tanto obliga el demonio de un dios vendado que, haciendo gala de las dificultades, se entra como por su casa en los imposibles. Salté de la cama al punto, pedí a Camacho el vestido que, aunque quiso reportarme, temiendo mis enojos ayudó a vestirme. Púsome de corto y saliendo a un corredor, saludé a

mi huésped que, haciéndose mil cruces, comenzó a reñirme el desatino, porque, con el asombro de la antecedente noche, con el no haber dormido y con las otras causas de tristeza que se juntaron, era tanta la amarillez de mi rostro que, mirándome al espejo, yo mismo estuve por desconocerme, si bien el tal semblante me fui entonces propicio a mis deseos; porque haciendo la deshecha del que, frenético, se ve harto de una cama y como aburrido de ella se huye de su casa a veces, así yo, cruzando en cuatro brincos la calle, me pasé en casa de Julio, bien informado que él no estaba en ella, que era lo que yo quería; y aunque la hora no era sazónada, por cuando el Sol rayaba ya con sus rayos los umbrales del ocaso, hallé la ocasión mejor que pudo ofrecerme la fortuna. Hallé a mi Teodora en la primera cuadra, que entraba a caso del jardín, donde a la lumbre del Sol dejaba calentándose a sus dos ancianas tías y, postrándome a sus pies, sin más aguardar aliños en el recato ni el modo de hablar más ceremonioso, la dije:

- ¿Es posible, dueña mía, pues desde el punto que os vi lo sois del alma, que he sido tan dichoso, que he alcanzado favores tan celestiales, como los que hoy he recibido de esas angélicas manos? No otra pena, no otro sentimiento, no otra lúgubre nueva pudo quitar mi salud sino lo imposible de mereceros; verdad tan clara que, en la experiencia, podéis mirarlo, pues si anoche enfermé, ya esta tarde cobro la salud; si desde anoche peno, ya desde hoy vivo; si desde anoche me siento mortal, ya desde ahora me siento por vos resucitado.

Con esto la referí el susto de aquella sombra, bien disfrazado el caso de lo que había sido; porque, a decir lo verdadero. solicitara, en vez de amor, justos desvíos. Y ella, entonces, deshojando sobre el cielo de su cara nacaradas rosas, después que previno a la criada cerrase las puertas, me respondió entre honesta y amorosa:

- No puedo contradecir a la simpatía de nuestras estrellas, esto es, procurando, como ya os he dicho, quereros con las condiciones que casi me apuntáis a decir:

que os obliguéis a amarme, porque la menor acción o la menor palabra que. aun descuidada, se deslice de los límites honestos, será el fallo que os prive para siempre de mis ojos.

- Yo os lo juro en las aras de estas divinas manos - la repliqué al punto, yendo a tocarlas con el alborozo del placer y, huyéndolas esquivando, dijo:

- Muy bien lo cumplís si tan al principio os queréis tomar la mano.

A que yo la respondí:

- No, por favor, quería tocar vuestros cristales, si bien tocados me fuera mucho favor, sino por tan divinos procuraba fuesen testigos y jueces de este trato; mas, si es gusto vuestro, quédese amagada mi intención, sirviéndome de castigo el no haberse ejecutado, que teniendo ya vuestra afición de mi parte, que es el todo, no he de entristecerse con la esquividad de una mano, cuando puede ser desvío de vuestra misma vergüenza.

- Bien lo disimuláis - me replicó Teodora - idos con Dios, ya que he tenido suerte de este bien logrado rato que, confieso, la tendré siempre que os viere, con advertencia que os hago, que no aumentéis las visitas que, hasta ahora, habéis hecho con mi hermano. Hablaros a solas serán pocas veces, y estas, cuando yo os avise; escribidme cada día podéis, pues lo facilita la fidelidad de la criada, a la cual, por mano de Camacho, por más secreto, daréis vuestros papeles que. con la misma traza, os será portadora de los míos.

Con esto nos despedimos. sin dejarme ejecutar los extremos que hacer quise de besarle los pies, que no fue mala cautela, para verme sustentado de sus hermosos brazos.

Volvíme a mi posada el más contento del mundo, trocando ya desde aquella hora en placeres todas las melancolías. con que deshecha la enfermedad, manifesté a todos mi recuperada salud. Comencé a vivir, al paso que volvieron a nacer mis muertas esperanzas, escribiendo cada día mil elogios a mis dichas: de los cuales, unos, al compás mi laúd, llegaban a los oídos de mi querida prenda; otros, referidos en papeles, se lograban mejor en sus divinas manos. Mas como tiene la fortuna vinculada una mudanza a la ocasión que

menos se imagina, cuando yo pensaba que con un clavo tenía fija su rueda, en poco más de seis meses dio conmigo tal vuelta que de lo encumbrado en que me miraba, me miré abatido.

Solía yo ir en casa de Teodora con tanto desahogo como a mi propia casa, porque se había unido la amistad de Julio tanto con la mía que, viéndonos las más horas del día siempre juntos, y hallándonos los más días a una mesa, si había motivo para que algunos reparasen, no había causa para que de mi lealtad se tuviese sospecha; quiero decir que, ya que algunos presumiesen que entraba por su hermana, ninguno se había de atrever a pensar menos que por fin honesto. Con esta licencia y un poco de cautela, besaba las manos a mi dulce prenda las veces que hallábamos oportunidad, que ya que no sea de asiento, si dos que se quieren bien se buscan en medio de las dificultades, no les falta ocasión para poder hablarse. Pues reparando yo que, por causa de Teodora, se limitaban estas visitas y que, con fingidas causas, me regateaba aun los papeles, añadiéndose a esto estar más recogida, más dada a la oración, más recatada, sentílo sumamente, sin que el declararla mi sentimiento aprovechase; y, como una pesadumbre, por más que se disimule mal se encubre, advirtiendo Julio en mi desazón, y apretándome mucho por la causa, le dije, y fue con poco reparo:

- Siento mucho, amigo Julio, que cuando estáis entendido de quién soy, de las causas que en Salamanca me tienen, de la amistad que profesamos, y del decoro y respeto que guardo a vuestra casa, lleguen a decirme que mi señora Teodora, y hermana vuestra, sentida por todo extremo de mis entradas y salidas, se retira siempre que entro a veros, manifestando muchos disgustos y enfados.

Iba a proseguir colérico y, riéndose Julio, tomóme por la mano, y atajóme con decir:

- No hagáis caso de niñerías semejantes, que ni mi hermana habrá sentido cosa que a mí me da gusto, ni el sentirlo ella ha de alterar nuestra amistad; y si ha sido presunción vuestra de verla más retirada que otras veces, estar ya en vísperas de irse a un Convento

lo causa y os puedo jurar por ella que no hay en esto otra cosa.

En estas quejas y satisfacciones estábamos cerca de las Escuelas una tarde y no tan secretos que no fuese entendida nuestra conversación de un corro de algunos caballeros de la primera tijera, que, muy atentos, nos estaban censurando las acciones que, como después supe de Camacho (que, a lo socarrón, los estaba oyendo) estos fueron los despertadores de mi amigo Julio y, yéndonos mano a mano hasta su casa, me dejé rogar mucho para acompañarle aquella noche en la mesa, y creo que dijo a Teodora mis reparos, pues merecí ver el cielo de su cara al tiempo del despedirme, que fue más presto que otras veces, por un aviso que le llegó a Julio de unos amigos que querían hablarle. Díle por esto lugar, recogíme a mi aposento y, estándome Camacho haciendo relación de las murmuraciones, de las risas y desprecios de aquellos caballeros, que os dije nos habían escuchado, llamó Julio a la puerta, abríle al punto, víle demudado y me adivinó el alma lo que quería decirme.

Echamos fuera a Camacho y pidiéndole con ruegos me hiciese sabedor de su venida, me dijo de esta suerte:

- Confieso, Lisardo, que a no estar tan satisfecho de vuestro honrado proceder, y de las demás virtudes que siento os acompañaban, que me castigara corrido de no haber andado con la advertencia que piden obligaciones de una hermana. Cosas acaban de decirme, y cosas he escuchado, que para cumplir con quien soy, vengo a ejecutar el último remedio; esto es: que me habéis de dar palabra de casaros con Teodora, si ella gusta, que no siendo gusto suyo, y metiéndola luego en un Convento, se desmentirán todas las sospechas, y gustando ella, ya que se descubra algo de verdad en los recelos, con casaros se borran todas las murmuraciones.

- Plugiera al Cielo (le respondí al instante) mereciera yo la dicha que me ofrecéis, pues por mucho que ganábais, venfais a quedar muy perdedor. Esta es mi mano que, con mil almas os la ofrezco; mas, hállome tan ajeno de alcanzar tal gloria, miro en vuestra hermana tan diferentes designios, ha-

llo tanta falsedad en las que me aclaráis sospechas que, por vuestra parte (como habéis de verlo) y no por la mía, porque soy quien gano, habéis de ver la falta de llegar a obedeceros.

Esto dije, sosegado, y dejando el asiento con iras de que me llené furioso, proseguí diciendo:

- Y porque conozco ya la parte de donde ha salido la nueva de vuestro enfado, por el alto Cielo os juro que, antes que amanezca el día habéis de ver a vuestros umbrales cuatro o seis lenguas de infames murmuradores.

Con este arrojito, con todo este despecho, tiraba a la puerta afuera, vomitando iras y fulminando enojos, hasta que más en mi acuerdo juzgué ser fuerza dejarme obediente a las justas peticiones con que Julio me rogaba no saliese. En todo le obedecí, despidiéndole en todo tan gustoso que, con nuevos abrazos, volvimos a confirmar nuestra amistad crecida. No pudo ser tan secreto el pesar que recibí con estos que se desvelan en registrar vidas ajenas que no llegase a oídos de mis muchos camaradas que, en motín confuso querían romper por todo a fuego y sangre; mas, considerando que venía a redundar en desdoro de Teodora y que cada cuchillada en lenguas maldicientes había de ser nueva boca que publicase más recelos, pedí que lo dejásenos de reñir, hasta que nos diese campo la ocasión que, aunque no hay mejor castigo que en un maldiciente, hay casos en que importa dejarle con la vida, porque no desdore más la fama lastimada.

Con el nuevo aparato, con la nueva prevención con que vi al tercer día que se publicaba verdadera la entrada de Teodora en el Convento, me fue fácil conocer no quería mudar del prometido estado. Harto lo sentí, considerando que Julio se lo había dicho y sentíalo mucho más, advirtiéndome que ni aun por un papel había querido darme parte de su resolución. Esto sentí con grande extremo, fomentado mi enojo del saber por su criada que su Religioso tío le había afeado, y aún a sus tías reñido, haberme dado tan libre entrada en su casa. Haciendo mil discursos y fraguando mil qui-

meras estuve todo un día, sin saber ya qué hacerme para verme con Teodora, hasta que dejándome llevar de este deseo, me dispuse colérico al arrojo, que en no hallando el amor razón o camino para alcanzar aquello que pretende, con vendarse los ojos disculpa su sinrazón.

Era ya la víspera de la ausencia de Teodora; era la última noche que aquel sol divino había de hacer cielo la esfera de su casa; veíame, no sólo olvidado sino casi aborrecido; hallábame inocente para tanto rigor; no hallaba modo para dar a entender mi sentimiento. Pues ¿qué podía hacer un amante en tantas dificultades? Dejé que la noche acabase de cubrirse con su negro manto; aforréme bien de una malla y de un colete, púseme un pistolete en la pretina, tomé mi espada y rodela y, haciéndole a Camacho que me siguiese, saltamos por los jardines a la casa de Teodora, y llamando yo a una ventana, que conocía ser del aposento donde la criada dormía, hubo de darme puerta, vencida de mis ruegos y razones. Ocúltame en su aposento hasta que todos se acostasen, haciendo también que Camacho se escondiese en un desván secreto y, apenas juzgamos que todos estaban sepultados en sueño, cuando me hallé con Teodora que, confusa del ruido y temerosa de una maldad, se vino al aposento donde yo estaba; llamó a la puerta, apagamos la luz, entró dentro y, antes de que me hallase oculto a vista de una luz, me llegué a la sombra de sus divinas luces, toméla sus blancas manos y con tiernos suspiros, después de asegurados sus temores, la supliqué que me escuchase dos palabras en su aposento, donde satisface tanto mi arrojo. Y con tantas veras, acompañadas de algunas lágrimas, la referí mis quejas, formadas justamente de su olvido. Con tanto amor la pedí que, aunque entrara en el Convento no me olvidase, pues sabía lo casto de mi querer, que alcancé de su piadoso pecho tomara en fe de mi lealtad una sortija, que la engasté yo propio en un cristal de los cinco de su mano, con que ya me despedía el más contento del mundo, a no atravesarse un tropiezo que pudo costarme la vida.

Fue el caso que, disparándose el pistolete, en aquel punto despertó toda la casa y, sin poder valerme, topé con Julio que, con la espada desnuda, me salió al encuentro. Enmudeció de verme, no pude de corrido hablarle, mirámonos dudosos, hasta que viéndonos Teodora suspensos los aceros, se puso entre los dos y, con varoniles bríos y con razones prudentes, de tal modo desmintió mi atrevimiento, haciéndole creer a Julio que ella me había llamado para reñirme las murmuraciones de su fama, por ocasión de mis galanteos, quedándose por convencido, me despedí libre de todos sus rigores, si bien desde entonces reparé que no me tuvo Julio en el predicamento que solía; que una amagada ofensa, por mucho que se reboce, siempre se mira agravio en ojos del ofendido.

Entrada que fue Teodora en el Convento, con la ostentación que a no ser prolijidad os refiriera, procuré de andar modesto muchos días, de modo que ni el visitarla diese algún recelo, ni el sentir su ausencia fomentasen aquellas sospechas antiguas. Aguardé, en fin, hasta donde pudo esperar mi amor que, cansado ya de esperar, comencé con disimulos a solicitar visitas y a encuadernar papeles, que todo me fue fácil con la industria que acudía Camacho a hacer su oficio; de suerte que, ya tal vez acompañado de Julio, y ya muchas veces llamado de secreto, eran pocos los días que dejaba de quemarme a los soles de Teodora, cuya ausencia, los días que la había, suplían harto bien sus sazonados billetes. Cuatro meses pasé plaza del más feliz devoto, pues de las felicidades, la mayor para un amante, es gozar de la hermosura que adora sin peligro de celos que le inquieten; y como hallé tanta gracia en mi querida prenda, tanto se arrojó a hacerme dueño de su voluntad, que mientras me llamó suyo, jamás conocí los celos. Siguióse a esta bonanza el presagio de mi fatal ruina, que en el mar de este mundo hasta la dicha que se está gozando, suele ser anuncio del peligro venidero. Comenzó Teodora a mostrarse tan celosa, por haber

sabido de Camacho que doña Ángela me escribía, que, no contenta con mil seguridades que le ofrecí, con otros tantos juramentos, buscó trazas tan sutiles para examinar mi amor, que fue causa de los males que lloro, de los castigos que temo y de los portentos que iréis desde aquí escuchando.

En tanto que en mis nuevos amores, divertido, cursaba en Salamanca las Escuelas, se fenecieron mis pleitos en mi patria, mostrándoseme toda Córdoba tan propicia como antes y muy deseosa de verme sin destierros. Adelantóse a darme estas nuevas la solicitud de doña Ángela que, por la posta, me despachó un correo, pidiéndome por su carta luego al punto me partiese, para lo cual me señalaba día veinte entonces de aquel mes, con apercibimiento que a veinte y siete del mismo me había de hallar en una quinta espaciosa cerca de Córdoba, donde me estaría esperando con moderado aplauso, para celebrar mi casamiento. Acompañaba estas razones con mil finezas, dignas por cierto de mejor correspondencia de la que han tenido. Ya veréis en la confusión que se hallaría mi amor, tan neutral en determinarse, mirando por las dos partes deudas y obligaciones que, sin saber qué hacerme, me resolví en buscar algunas trazas, con que entretenida Teodora, pudiese secretamente ir a visitar a doña Ángela; mas logróse poco aquella industria, pues no sé por qué camino, o con qué modo, sospechosa ya Teodora de mi ausencia, me envió a llamar un día y, más cariñosa que otras veces, me dijo:

- Libre ya, Lisardo, de un ejército de celos que ha días que me han traído casi a puntos de mi muerte, confiada que tu amor siempre, como casto, ha sido verdadero y, como firme, ha de ser resuelto y determinado, muy enamorada, tal me miro, muy resuelta, tal me considero, muy tuya, tal me constituyo, me arrojo desde este punto a los brazos de tu amor, en los cuales, hallando la cabida que deseo, sin que el pundonor me resista, sin que el recato me estorbe, he de celebrar mis bodas, ofreciéndote la vida con mi mano. Pensando yo que eran las ofertas juego,

la respondí:

- A saber, querida dueña, que mi amor había de alcanzar toda esa dicha, necesidad tenía de reparo, porque no me matase el regocijo; mas como sé que es vuestra intención muy diversa de lo que razonáis, no quiero morirme creyendo lo que no ha de ser, sino vivir gozoso para oír las gracias y donaires con que me engañáis.

- No son engaños (replicó Teodora), cuando, tan sin rebozo, te hago dueño de mi voluntad, si no es que tu amor cobarde quiere buscar desaguaderos para huir de mis amores.

Diciendo esto aplicó un lienzo a los ojos que, arrasados ya de lágrimas, no pudo, aunque quiso, reprimirlas. sin dejarse verter más de seis perlas, y acabado el paréntesis del lloro, feneció de esta suerte la razón:

- Si eres hombre, Lisardo, para entrar una noche acá dentro, allí veremos si es engaño lo que yo te digo, o si es fingido lo que tú me quieres.

Tan confuso quedé oyendo estas palabras, tan suspenso me vi solo en un punto que, juzgando era sueño lo que por mí pasaba, hice más de tres reparos mirando si dormía y, libre ya de la suspensión, comenzaron a guerrear en mi pecho la dicha de la oferta, con el estorbo de la partida. Aquí fue el amontonarse los respetos, aquí fue el barajarse las razones, unas poniéndome en las manos triunfo de amores que juzgué imposibles para gozados, ya que sí para queridos: otras, poniéndome delante de los ojos constantes finezas de doña Ángela, deudas no para olvidadas, cuando por tantos títulos debidas. ¿Qué peregrino errante en una obscura noche pudo hallarse más atajado, puesto entre los dos caminos, donde el temor de errar en la elección es rémora que detiene todo cuanto las potencias determinan? Bien conocía Teodora los rasgos de mi inquietud, bien miraba las dudas que revolvía, hasta que fingiendo todo lo turbado, y todo lo confuso, ser por hallarme incapaz de la dicha singular que me ofrecía, me resolví en darla gusto en todo cuanto ordenase, aunque por ello se arriesgara mi vida entre mares de peligros. Con juramento la ofrecí en aquel instante mano y palabra de esposo, que no me acuerdo si lo

hice por ceremonia de colorear, así el arrojó de quebrantar la clausura, que ya que un delito se cometa no es desacierto cercenarle las causas que le agravan. Señalamos noche, que allí aplaudí dichoso, siendo casi la misma que pensaba antes estar en brazos de doña Ángela y, despidiéndonos con las ternuras y caricias que podéis considerar ya en tal extremo, me fui a mi posada, fabricando nuevos modos y caminos para salir victorioso de empeños que, al paso que me brindaban felicidades y gustos, me estaban pronosticando montones de desgracias.

Presurosa vino la aplazada noche que, aunque el amor la juzgaba perezosa por lograr sus gustos, bien conocí que mi fortuna me la trajo aprisa, para atemorizarme con cuidados. Salió tan oscura y negra, envuelta en pabellones de algunos densos nublados que, verdaderamente, parecía que todo el cielo salió arrastrando bayetas; noche, en fin, la más oportuna que pudo desear un pecho enamorado para salir de rebozo a vistas de sus amores. Prometiéndome en tanta obscuridad feliz suceso, me armé lo mejor que pude y, como hay casos en que la compañía más leal es sospechosa, no quise que en semejante empresa me acompañase Camacho, que desdora más a veces un testigo de un delito que el mismo delito por atroz que sea, estándose secreto. Fingí que iba a acompañar a Julio, como acostumbraba, e hícele que se quedase en mi mismo aposento, hasta que volviese. Con esto, en siendo las diez, no quise esperar la hora, que eran las doce, sino poco a poco viendo el tiempo tan propicio, comencé a caminar hacia el Convento, que estaba algo apartado de mi casa. La obscuridad era tanta que a mí mismo no me veía, y para no caer más cada paso, vino a obligarme a hacer báculo la espada, con que pude ahorrar de algunos tropiezos. El silencio de la noche era tan profundo que, a no ir arrimado a las paredes de las casas, pensara muchas veces que estaba, no en medio de una

ciudad tan populosa, sino en algún inculto bosque fuera de poblado. ¡Ay, amor, a cuánto obligas a los mortales, pues sin temer presagios de los Cielos, les haces romper por todo, hasta que los ves llorar su precipicio! Prométoos que ahora vuelvo a cubrirme de sudores, nuevos espeluznos me amedrentan y nuevos miedos parece me acompañan. Ayudadme atentos, no desfallezcan los bríos con narración tan penosa. Llegué a las últimas calles, y las mismas si os acordáis que os dije, me hizo atravesar aquella embozada sombra que al principio de mis amores me pronosticó ruinas con firmes desengaños, y apenas aquí llego cuando, inopinadamente, oigo un confuso ruido de espadas y broqueles y siento como una tropa que iba siguiendo mis pisadas; alargué más el paso, pensando entonces serían estudiantes que, ocasionados de la noche irían también buscando su aventura, mas poco aprovechó mi diligencia, pues corriendo tras mí me iban ya al alcance y me alcanzaran, sin duda, si con alguna advertencia, al revolver de una esquina, no me encubriera entre unos corrales y, al emparejar con ellos, oí que dijo uno en alta voz: *¡Lisardo es, matadle!* y repitiendo todos: *¡muera, muera!*, movieron un tropel de cuchilladas y, a poco rato, escuchando una voz, que lastimada y triste dijo solamente: *¡Ay, que me han muerto!*, escaparon corriendo todos a toda prisa, dejando la calle en aquel sordo silencio que antes estaba.

¿Qué tropel de miedos, qué ejército de espantos me embarazaría entonces toda el alma? Pues según todas las señales que había escuchado y visto, yo era propiamente el que dejaron muerto, que lo quedé tanto del temor, que pienso hubiera tenido por ahorro que allí me matasen, para no haber tragado tantas muertes como permitió el Cielo que padeciese. Procuraba moverme, y no podía, porque aprisionados los pies del mucho miedo, no acertaban a dar paso. Quería hablar, y hallábame impedido, porque, atada la lengua, aun para quejarse, no podía encuadernar palabras. Mirábame a mí mismo, y estaban tan turbados

los ojos, que no me conocían. Tentábame con mis manos y dudaba si era yo Lisardo. Así me estuve hasta que me dejó el temor con algún brío para irme degollando poco a poco con otros sustos mayores. Volví a salir por la parte que había entrado, procurando presuroso huirme de aquel puesto, mas apenas doy cuatro o seis pasos, cuando tropezando con un bulto me hallo tendido sobre un difunto cuerpo, frío cadáver, que, en sangre revolcado, provocara a dolor al pecho más animoso.

Aquí confirmé verdad lo que juzgaba sueño; aquí miré cumplido lo que juzgaba fantasía, y aquí hallé verdadero aquel aviso de que en aquella parte habían de matar a un hombre; y aquí, finalmente, volví a resolver las dudas de si era yo el difunto, y no muy descaminado, pues juzgando aquel cadáver ser mi cuerpo, sólo me contaba ya por alma en pena. Confirmaba este recelo ver que, cuando le mataron, me oí nombrar por mi propio nombre y aumentábase esta duda mirándome sin sentido en un mar de confusiones, y más cuando, determinado a salir de ellas, iba a mirar el rostro del herido, y escuché atento un tumulto de gente que se iba acercando, y hube de dejar por entonces el examen de estas sospechas, temiendo en no caer en manos de la Justicia, que hallándome con el difunto en las manos, sin prueba que pudiera hacer en mi favor, fuera posible con afrentosa muerte darme el castigo debido a mis arrojos.

Temeroso, pues, de dar de un peligro a otro mayor, salí de la calle a toda prisa, al mismo tiempo que, dando el reloj las doce, mostraba de la noche la mitad de la carrera. Rodeé por otra parte y, aunque desviado, procuré irme acercando al Convento, deseoso de avisarle a Teodora estos avisos, para elegir conformes camino más seguro, cuando de improviso oigo que las campanas en lúgubres clamores comienzan a publicar la muerte de aquel desdichado. Estoy por certificaros que me asustó más esta novedad que todo el pasado susto, porque dobles y generales, y a tal hora, o se ha de creer ser el muerto persona de importancia, y aun con todo se ex-

cusan, o se ha de tener por cierto ser agüero infeliz de algún horrendo fracaso. Al compás de estos temores llegaba casi a vista del monasterio y, atento, escucho que por la vecina calle se oían funerales voces que, en canto triste daban a entender ser algún entierro de algún muerto. Encubríme en una esquina y vi pasar a la luz de algunas hachas un grande acompañamiento de eclesiásticos revestidos de sobrepellices y roquetes, con su Cruz y manga negra delante, sin que de todos ellos, con ir tantos, pudiese conocer a ninguno. A la postre llevaban entre cuatro un difunto tendido en un pavés, y cubierto con una bayeta negra. Acabaron de pasar; y, como me hallaba tan metido en miedos, ya me parecía entonces que, de puro temor, cobraba aliento, y así, reparándome un poco y acompañado de todo el valor, quise curioso saber el fin de tan tristes y lamentables presagios, y apenas acabamos de pasar una gran calle, al cabo de la cual estaba el monasterio donde yo iba, cuando mirando desde lejos, abiertas las puertas de la iglesia y toda ella poblada de mil luces, vi que entraron todos dentro, aumentándose allí mis congojas y cuidados y ya consideráis lo crecido que serían, pues apenas me acababa de deslizar de una confusión cuando me precipitaba en un mar de confusiones; apenas escapaba temeroso de un asombro, cuando me hallaba descuadernado en un bajfo de sustos. Llegué también a la iglesia, donde antes de entrar me detuve un poco, tragando salivas entre neutrales discursos y atropellando ahogos en varias determinaciones, porque ya que un valor se trague a un miedo ha menestar reparar mucho un valor en arrojarse a miedo visto entre un escuadrón de miedos.

Si entraré, si no entraré, me estuve a la puerta un rato, atendiendo desde allí al orden y concierto con que la clerecía, dividida en dos coros, comenzaron las exequias, después que pusieron el pavés en medio, rodeado con algunas luces y, pareciéndome que en cánticos, aunque fúnebres, tan santos, no podía haber fantásticas visiones que me atemoriza-

sen, me resolví a entrar dentro, y así, con el mejor aliño que la modestia puso aderezarme con el vestido de ronda y armas que llevaba, me entré por un lado lo más secreto que pude; quitéme el sombrero; tomé agua bendita, signéme muchas veces e hincado de rodillas al altar, entre temblores mortales, dándose dientes con dientes, apenas pude acertar a decir un Pater noster; fue la causa que todos clavaron en mí los ojos al punto que me vieron, hasta que viendo yo al cabo de rato que ya nadie reparaba y que ninguno me impedía, animándome algo más quise saber, ya de un golpe, todo aquel suceso, porque quedarme con semejante duda fuera llevar achaque bastante para morirme.

Arrodillado, pues, de la manera que estaba, me acerqué un poco al último de los cantores que estaban a aquella banda y tirándole de la ropa, y él inclinando el cuerpo para oirme, le pregunté con mucha cortesía quién era aquel difunto que enterraban y respondiome, dando primero un suspiro:

- *Este es Lisardo, el estudiante.*

- ¿Qué Lisardo? le repliqué, palpitando ya el corazón en nuevas y más crecidas angustias. Y díjome:

- *Lisardo, el de Córdoba, que vos conocéis como a vos mismo.*

Aquí fueron los verdaderos temblores; aquí sí que acometieron bien los miedos; aquí fue tentarme el pecho para ver si estaba herido; aquí el mirarme a la luz de las candelas a ver si tenía cuerpo; aquí el temer; aquí el sentir; aquí el llorar; mas, dudoso todavía, si como suele acontecer, se habían engañado en tener por mí al difunto, alentando la voz de entre el desmayo, volví a preguntar a otro que estaba al lado de aquel que me había respondido; y oyendo que en palabras formales me daba la razón misma, les repliqué a los dos mirasen que se engañaban, porque yo sabía que no era el muerto Lisardo. La cual réplica, apenas hube hecho, cuando dando una palmada aquel que presidía, y haciendo pausa el funeral oficio, mirándome severo, me dijo con grave voz estas palabras:

- Caballero, todos los que estamos presentes somos almas que, ayudadas con las ora-

ciones y limosnas de Lisardo, salimos del Purgatorio, a cuyo favor, reconocidos, venimos a enterrarle y a hacer por él a estas exequias, porque está su alma en duda de salvación. Mas pues vos nos impedís, diciendo que no es muerto, cesará el oficio, y vos lo perderéis.

Esto dijo y, al punto, matándose las luces, cesando los clamores y desapareciendo todos, caí en tierra desmayado al ¡ay! de un triste quejido, que no fuera valor en lances tales alentarse la vida, escuchando divinas amenazas que al más bárbaro pecho le postran y le humillan.

Vuelto en mi acuerdo al cabo de un grande rato, me hallé en la iglesia solo, sin más luz que la lámpara encendida con cuyos resplandores y reflejos examiné, inquirí, rastreeé y revolví toda la pieza, sin ver que la ocupase otra persona, si no es la mía. Del fúnebre aparato no hallé nada, porque todo, como sombra, lo hallé desvanecido. Y satisfecho así del celestial aviso, deshaciendo el corazón en vivas lágrimas que, al compás de suspiros ardientes, las di puerta por los ojos, comencé a hacer tantos sentimientos, acusándome ante Dios de mi amagada culpa, y ofreciéndole en satisfacción mil enmiendas al proceso de mi vida que, temiendo volver a desmayarse (tal era mi sentir, tanta mi pena) procuré aliviarme del dolor, hasta buscar lugar más oportuno, que aun para llorar un desdichado la pena que le aflige ni se le concede todo tiempo ni le dan todo lugar.

Despedido con el alma de Teodora, mudado ya el amor con que iba a verla en voluntad más fija, me salí de la iglesia sin cuidar de que las puertas se cerrasen, que ni mi miedo tenía ese lugar, ni el testimonio del caso pedía tal diligencia. Las dos serían ya de la mañana cuando llegué a los umbrales de mi puerta. Abrió a mis golpes Camacho y, abrazándole apretadamente, comencé a decirle entre mil lloros:

- ¡Ea, amigo mío y leal criado y compañero! Quédate con

Dios, que ya es muerto Lisardo, yo propio le vi matar, yo propio acompañé su entierro, yo propio he asistido a sus exequias. Ya no hay Lisardo, Camacho amigo, ya desde ahora no me verán más tus ojos, ya para salvarme me parto a hacer penitencia.

Estas y otras razones le dije, mezcladas en lágrimas, quedándose el fiel criado tan asustado y lloroso que, en una gran pieza, no pude desasirle de mis brazos. Acudieron los demás al ruido que, informados de mi pena, y vista mi determinación, añadieron al dolor lágrimas y sentimientos. Mas, porque la dilación no me estorbaba, animándolos a todos y consolándolos lo mejor que pude, en rato breve dispuse de mis cosas, repartiendo entre todos los criados, así joyas como alhajas, contentando a mi casera, no sólo con la paga sino con otras muchas dádivas, a que se mostró agradecida, con mucho dolor de mi mudanza.

Esto dispuesto, en tanto que envié a que, con toda prisa, me buscasen postas, escribí a Teodora una carta llena de lágrimas y suspiros, dándole cuenta por mayor de mis presagios y convidándola, del mismo modo, a que enmendase sus acciones. Este carta dejé en manos de Camacho, mandándole que él propio la llevase, en siendo de día, al monasterio y le contase a Teodora lo que había visto.

Con esto, y con dejarle una breve orden que llevase a Córdoba a mis hermanos en que, con ruegos piadosos, les pedía que, tomándose mi hacienda, dispudiesen gran parte por mi alma en misas y limosnas y favoreciesen a doña Ángela en todos sus menesteres, pues les constaba lo propicia que me había sido en todas mis adversidades, pasé a la casa de mi buen amigo Julio y, haciendo se levantase, y volviendo a romper las fuentes de mis ojos, le referí el suceso, si bien callándome mi culpa, porque esto sólo se reservaba para el juez de mi conciencia, díjele mis propósitos y la prisa con que me resolvía a la ejecución y, lloroso también de ver mi pena, y sin querer ser estorbo a tales inspiraciones, consolándome con consejos saludables, no

fue posible que le detuviese sino que, tomando un caballo, me acompañó más de dos leguas de la ciudad, donde nos despedimos con tantos sentimientos, que los abrazos solos sirvieron de razones, porque añudados los ahogos no nos permitieron más palabras.

Llegué por la posta hasta Plasencia y, de allí, enderecé mi viaje a aquestos montes y habiendo despedido los dos criados que traje conmigo hasta el principio de estas malezas, troqué mi vestido, que trafa muy bueno de camino, con el de un peregrino pobre que topé acaso en una estrecha venta, que llaman de la Magdalena, el cual, sin duda, es el mismo que vos, Enrico, habéis dicho que enterrásteis y a quien algunos forajidos, codiciosos de la buena ropa, dieron muerte, sino es que algunos deudos de Teodora, recelosos de mí, vinieron a matarme y, engañados, le mataron. Sea, en fin, como ello fuere, el muerto fue aquel peregrino y el que tenéis presente es Lisardo que, habiendo andado perdido cuatro días por esas asperezas, buscando lugar acomodado en que acabar mi vida, después que en una horrenda cueva encontré otro penitente, quiso mi buena dicha que diese con Enrico que, animándome con las tragedias de sus mocedades, me trajo hasta este puesto a que os contase las mías. Sumamente agradecido al hospedaje que me habéis hecho y el cariño que todos me habéis mostrado, me partiré de esta caserfa antes que el padre de la luz corone con sus rayos las puntas de estos montes. Buscaré lejos de aquí algún abrigo donde, sin que Teodora me encuentre ni yo la vea, acabe retirado el curso de mi vida, para ser ejemplo al mundo con mis penitencias, sin dilatar la satisfacción a mis futuros castigos. Así me mostraré obediente a los avisos del Cielo; así corregiré mis mocedades; así purgaré mis delitos, y así daré a conocer lo provechosas que son las memorias de la muerte.

Tan contentos quedaron los oyentes de la variedad de los trágicos sucesos de Lisardo, como lastimados y confusos de tantas penalidades padecidas. Diéronle lugar que repo-

sase, viendo que ya huían las estrellas temerosas de los golpes que la noche daba para despertar el día que, apenas se mostró de luz vestido en los brazos de la hermosa aurora, cuando Lisardo, sin que nadie le sintiese, se huyó de todos, quizás porque no estorbasen sus designios. Sintióse mucho su ausencia en toda la alquería y, viendo eran frustráneas las diligencias en buscarle, ofreciendo por él mil bendiciones, se retiró cada uno a su ejercicio, con deseos de quedar aprovechados con semejante ejemplo.

Mas no hubieron pasado quince días sin que llegase al paraje Julio, hermano de Teodora, que, como engañado, pensó (como queda dicho) que había muerto a Lisardo en aquellas malezas, y llegando a Salamanca, como no hallase a su hermana, fue tanto su sentimiento que, desesperado y loco, sin admitir visitas ningunas, se hizo todo a los extremos. Ofreció grandes pagas a quien le diese noticia de Teodora y, como el interés abre montes cerrados, codicioso el criado que había ido con ella, por medio de un Religioso le contó todo el suceso. Volvió Julio con estas nuevas en su acuerdo y, ansioso de saber si era verdad que Teodora moraba penitente, dispuso su jornada a Guadalupe; visitó devoto aquella santa casa; habló con el Prior que era su amigo, djóle su intento después de referidas sus tragedias, y él le ofreció ayudarle en cuanto se le ofreciese. Era ya notoria la vida penitente que hacía Teodora por aquellas soledades, y la fama, que siempre es pregonera, había esparcido algunas noticias de la beldad que habitaba aquellos montes, por cuyo rostro enderezó Julio los pasos de su designio. Llegó, pues, a la alquería de Feliciano una tarde al caer el Sol, casi al mismo punto que Enrico con su Leonor llegaban a las casas, a cuya presencia venerable, rindiendo obsequios, solicitó favores. Enrico, que entendió las cortesías, le dijo que no era el dueño, como pensaba, sino huésped también del que no despreciaría darle albergue. Salió Feliciano a esta sazón y, cortés y comedido, hizo sus ofrecimientos, quedando Julio tan pagado de todos, que quiso echarse a sus pies.

Entraron en la casa donde, bullicioso el dueño, comenzó a dar prisa a sus hijas y mujer para prevenir la cena y aliñar aposento al nuevo huésped, cuando lo interrumpió todo otro suceso extraño. Oyeron suspiros tristes y gemidos compasivos, como que se acercaban al pajizo albergue. Cada cual se puso atento, apercibiendo oídos al cuidado. Llegó a llamar a las puertas el que gemía y, conociendo en el modo, que era persona de casa, salieron a abrirle y dieron con Lisardo que, cargado en sus hombros del penitente Eginio, venía lastimado a darle refugio en la dolencia que le aquejaba. Alegráronse infinito en verle, dándole mil norabuenas a su llegada, menos Julio que, al punto que le vio el rostro, se retiró adentro, donde, cubierto de un sudor frío, se rindió a un desmayo. No se advirtió en ello, como andaban de tropel las alegrías y gozos, y el que menos de la casa, abrazado de Lisardo, no cuidaba de otra cosa. Con presteza suma, entre Enrico y Feliciano tomaron a Eginio y lleváronle a una cama, previniéndole sustento y aplicándole remedios al dolor. Dejáronle con algún alivio, habiendo dicho Lisardo mil elogios de su heroica penitencia, causa para que todos le tuviesen en grande veneración. Ya, cuando desocupados del repentino gozo y del cuidar del doliente, trataron de servir a Julio, atendieron en verle desmayado. Abrió la pena en todos confusiones, y más en Lisardo que, conociendo a Julio, y advirtiéndole ya que, de haberle encontrado procedía aquel éxtasis, con un profundo suspiro se abrazó de él y, a fuerza de sus lágrimas y llanto, le tornó en su acuerdo. Atónitos estaban todos, mirando tales extremos, hasta que Lisardo les dio razón que era Julio el que miraban, con que quedaron suspendidos de la suspensión de entrambos, pues Julio pensaba que había muerto a Lisardo cuando quitó la vida al peregrino, y Lisardo imaginaba volvía a matarle Julio. ¿Qué suspiros, qué quejas, qué lamentos recíprocos no se esparcirían? ¿Qué imaginados sustos no embazarían a todos, ignorando cada cual los designios del contrario? Quien más lo quería saber no acertaba a preguntar. A todos lados hacía cara el dis-

curso, unos sospechaban mucho mal de aquel encuentro, otros presumían paz feliz de la venida. Enrico, prudente en todo, se mostraba puesto entre los dos, el iris de la amenazada tempestad y, por deshacer las dudas, que a todos tenían confusos, tomó a Julio por la mano y sacándole a otra pieza le preguntó su designio, después que le hubo hecho relación cómo Lisardo no era muerto, cómo pensaba, y que el trueque de los vestidos le había engañado, pagando un desdichado peregrino ajenas culpas. Satisfizo Julio en que su venida a aquellos montes era sólo por buscar a Teodora y saber de ella la causa que la había movido para, con tanta nota y disfame haberse ausentado de su patria. siguiendo al mismo que había causado su afrenta y que, habiendo encontrado a su enemigo, si antes amigo caro, cuando le tenía por muerto, se hallaba en mayores confusiones, despertándole su afrenta nuevos modos de venganza.

A esto satisfizo Enrico con palabras graves y severas, diciendo no fuese inquietud de dos almas que, sin más culpa que haberse querido bien, eran émulos de los ermitaños de Tebaida, granjeando a penitencia el gran Reino de los Cielos. Contóle lo que sabía de boca de Lisardo y lo que había escuchado de la misma Teodora, con que más quieto Julio comenzó a mudar de intento en lo que su agravio le despertaba venganzas, y así, pidió a Enrico, por merced, le descubriese el lugar donde moraba su hermana, con empeño que le hacía de no desazonar sus santos propósitos, antes sí de imitar sus penitencias.

- Pláceme - dijo Enrico.

Y volviéndole a llevar donde todos aguardaban, después de haberles hecho tomar asientos, mandó a su hija Leonor, que en el fúnebre tono que solía hiciese relación de la estancia y penitencia de Teodora. Obedeció al punto la doncella, y haciendo prólogo un suspiro, cantó con gravedad de aquesta suerte:

Yace de Guadalupe  
 (cristal que en sombras frío  
 recoge de las sierras los relieves,  
 sin que el arroyo ocupe

plazas que son de río,  
 por más que sierpe desarrolle nieves)  
 en graves, más que leves,  
 descuadernadas peñas,  
 yace, pues, una gruta  
 no de verde cicuta  
 ni laurel coronada, que las breñas  
 cuando el rayo del Sol la hiere en llamas  
 apenas se guarnecen de retamas.

Adorno y compostura  
 de aquesta horrenda cueva  
 son dos pelados y caducos riscos,  
 cuya suprema altura  
 tan alta se releva  
 que al Cielo tocan ya sus obeliscos.  
 Chamuscados lentiscos  
 y robles casi secos  
 son de nocturnas aves  
 facistol, donde graves  
 cantan su soledad con tristes ecos,  
 hasta que su armonía  
 queda suspensa al despertar el día.

Entonces se levanta  
 la triste tortolilla  
 a llorar la viudez que ya la asiste:  
 lamentaciones canta,  
 porque hasta una avecilla  
 canta de requiem en estando triste;  
 las plumas, que se viste,  
 no las pule ni aliña  
 que como penas suma,  
 remítelo a la pluma  
 para dar a entender cuanto escudriña,  
 pues un mal bien sentido  
 les pone al alma y al vestido.

Si miramos lo interno  
del lúgubre vacío,  
todo es horror y espantos, sombras todo,  
pues ni el nevado invierno  
ni el caluroso estío,  
han penetrado de su albergue el modo.  
Cuando con más apodo  
hacen mil sabandijas  
casa su arquitectura,  
se ve que una rotura  
es el cuartel de pardas lagartijas,  
a quienes con sus mañas  
guadapolvo les tejen las arañas.  
También tiene su cuarto  
la culebra que, astuta,  
del sapo y del escuerzo se mantiene,  
el pintado lagarto  
por techos de la gruta,  
madriguera a sus hijos les previene.  
La víbora no tiene  
más que un albergue estrecho,  
donde romper parida  
el estambre a la vida,  
pereciendo forzada a su despecho,  
y el régulo atrevido  
con armas de su vista busca nido.  
En este albergue estrecho,  
en esta inculta cueva,  
y en aqueste paraje obscuro y triste  
está Teodora, haciendo  
una vida tan nueva  
que, con virtudes viste,  
la gracia que la asiste,  
la adorna de mil gracias.

Visos angelicales  
son patentes señales  
que está libre y exenta de desgracias:  
que un lloro repetido  
siempre tiene el perdón del Cielo asido.

Pasa tan penitente,  
pasa tan solitaria,  
que por regalo sale a ver el día.  
Dale una pobre fuente  
bebida necesaria,  
si clara cual cristal, cual hielo fría.  
Yerbas que el monte cría  
la administran sustento  
que, aunque una pastorcita  
que lejos de allí habita,  
con pan y algún regalo de alimento,  
si alguna vez lo toma,  
se lo deja a algún bruto que lo coma.

Un saco es el vestido,  
tan roto ya y deshecho  
que la tostada carne apenas cubre;  
un cilicio tejido  
la ciñe espalda y pecho  
hasta que ya los huesos la descubre,  
Todo el dolor que encubre  
manifiestan los ojos  
que, en lágrimas rasados  
casi sin ser llorados  
le da a las flores líquidos despojos,  
que quiere complacerlas  
el fruto que le da pagando en perlas.

La bella arquitectura  
del cuerpo cristalino,  
que solía afrontar la misma nieve;  
la faz serena y pura  
que, con pincel divino

pulió naturaleza en su relieve,  
 si a verla el Sol se atreve,  
 la mira tan trocada  
 que, ni se ven cristales,  
 jazmines ni corales  
 sino una estatua seca y arrugada  
 que, sin más arreboles,  
 aun no son ojos los que fueron soles.  
 Su dormir ordinario,  
 es oración devota  
 que dura la más parte de la noche;  
 y cuando, temerario,  
 los caballos azota  
 el gran Titán, después de uncido el coche,  
 antes que desabroche  
 las luces que atesora,  
 dejando el duro lecho,  
 mar de lágrimas hecho,  
 se levanta Teodora  
 y, en santos ejercicios  
 el día ocupa, desterrando vicios.

Aun no dio lugar que acabase Leonor la canción fúnebre un repentino alboroto de voces, grita y estruendo, que se oía en lo profundo de un valle, voces desentonadas, como que pedían guía. Suspensos todos, nadie se atrevía a salir del cortijo a ver la causa, hasta que Feliciano los mandó a sus hijos y criados inquiriesen con recato desde puesto seguro lo que ser podía; y, apenas se habían alargado como veinte pasos, llevando algunas teas encendidas, cuando hallaron dos monjes jerónimos, uno en una mula, y otro a pie que, a toda prisa, trepando por la maleza, venían pidiendo socorro a grandes voces. Era la causa que, en otra mula, traían una mujer que, lastimada y llorosa, se quejaba, y en pos de ellos les venía dando alcance una tropa de gente no conocida. Cobraron valor a vista del asilo, y más cuando su-

pieron estaban ya en la alquería de Feliciano, a cuyas puertas y con nuevas lumbres estaban en espera los caseros y los huéspedes. Arrojóse allí el monje de la mula y, apeando con sus brazos a la afligida dama, llegó a saludarlos a todos, cuando, repentinamente, los unos y los otros se hallaron atónitos y confusos, tan pasmados como muertos. Fue el caso que el monje era el Prior de Guadalupe que temiendo prudente que Julio, como mozo noble y afrentado, podía hacer algún desatino con su hermana, por más que la hallase santa y penitente, por estorbar, pues, algún fracaso, tomando con un compañero sendas mulas, se había adelantado aquel día en busca de la cueva de Teodora, por guardarla en parte en donde estuviese segura. Como topó, pues, con Julio, quedóse el Prior pasmado; Julio, de ver al Prior se quedó confuso, sin reparar en Teodora, porque ni el rostro ni el traje decían con su hermana. Teodora, de ver juntos a Julio y a Lisardo, se cubrió de un sudor frío y se abrazó, para no caer, con su secretaria Leonor, la cual, con su padre Enrico, que fueron los que más pronto la consolaron aparte con halagos y caricias. Lisardo, aunque vio tan desemejada la que idolatró belleza, por las señas que había escuchado, conoció ser Teodora la que miraba y, compasivo y lloroso, se hizo todo al dolor, todo al desmayo.

En estas aperturas se miraban todos, sin que atinase ninguno a hablar palabra, cuando para más aprieto, llegó a la misma casería la tropa que ya dije venía tras de los monjes, que eran no menos que doña Ángela y media docena de criados bien apercebidos de escopetas, y entre ellos Camacho, el criado de Lisardo que, como llevase a Córdoba las nuevas del designio de su amo, y doña Ángela, celosa y muy enamorada, no las creyese, se resolvió de la manera que he dicho a inquirir personalmente la verdad del caso, que una mujer con amor, arrostrará mayores riesgos. Como hubiesen, pues, andado cuatro días vagueando por aquellas malezas, buscando cuevas y grutas donde podía morar su ama-

do penitente, y aquella tarde, al cubrir el Sol sus luces divisasen a lo lejos los dos monjes que hemos dicho que salían acaso con Teodora de su oculta cueva, comenzaron a seguirlos desapoderadamente, pensando sería Lisardo alguno de ellos. Como hubiesen, pues, llegado a las casas con alboroto y tropel, y hallasen toda la gente en la confusión que queda referida, apeándose doña Ángela de su cuartago, llegó con despejo y brío; y habiendo hecho una salutación cortés, preguntó qué paraje era aquel en que se hallaba y si hallaría acogida para pasar la noche con su gente. Mientras preguntaba esto, con la admiración que causó su bizarría en cuantos la miraban, como conoció Camacho a su dueño, aunque tostado el rostro y tan desemejado de los ayunos y penitencias, se abalanzó a él, dando de placer mil alaridos, nueva confusión y pasmo a todos los circunstantes.

Doña Ángela también se fue para Lisardo con los brazos abiertos, pidiéndole cariñosa estimase su fineza y la pagase su extremada voluntad. Rechazó Lisardo el favor, hizo desvío al halago, huyó el pecho a las caricias y dijo, grave y severo:

- Ya, doña Ángela, os escribí mi designio de acabar mi vida penitente, y a mis hermanos encargué que, con parte de mi hacienda, os socorriesen para el estado que quisiéredes elegir. Otra hermosura, cual vos, que a ayunos y disciplinas véis aquí marchita rosa, pálida azucena, por querer elegirla por esposa, cuando ya estaba dedicada a Jesucristo, causó tantos horrores en mi alma, me puso en tales aprietos, que me vi enterrar difunto y asistí a mis exequias. Dama noble, principal y rica, arrepentida también del amoroso deseo que nos embelesó a entrambos, se hizo juntamente al yermo, donde, como otra Pelagia, es el dechado de toda esta soledad. Aquí ha muchos días que moran Egiño y Enrico, que están presentes, sin que ningún estorbo les haya contrastado sus deseos. A Teodora y a mí nos sigue la desgracia, pues entendiendo ser eternos en estas malezas, en esta noche sola, que por traer a Egiño de su gruta algo doliente, aporté

a esta casería, he topado con su hermano que no sé a lo que viene, y os he visto a vos, que es lo que más he sentido, porque quien ya está del mundo enajenado, no quisiera jamás encontrar cosas del mundo, y así, pues aun en este yermo no dejan vivir a un triste, no sé a qué paraje echarme que me dejen.

Retiróse Lisardo, diciendo estas palabras y con otras semejantes reprehendió Teodora a su hermano Julio haber venido a inquietarla. Hízose capaz el Prior, por boca de Enrico, de toda la historia y, como hombre docto y entendido, habló con Lisardo, trájole adonde estaban todos e hízoles una exhortación devota, animándolos a la vida más perfecta, que es la religión monástica, pues allí se resigna la propia voluntad y se camina al Cielo por más derecho camino. Trajo en apoyo de estas razones tan vivas palabras tan eficaces que, todos de común acuerdo, siendo Enrico el capitán, como el más anciano, se resolvieron a tomar los hábitos de monjes, y reformar con ellos la vida penitente.

Teodora y doña Ángela pidieron también el hábito de Religiosas, a las cuales se llegó Leonor con mucho alborozo y gusto de su padre Enrico; las dos hijas de Feliciano se les ofrecieron para servir las. Camacho y otros de los criados de doña Ángela quisieron, tan fieles como devotos, seguir el piadoso rumbo de los amos. Con que, alborozado el Prior de ver tan bien logrado su viaje, en llegando la mañana, dispuso con Feliciano la jornada a Guadalupe, a donde ya había despachado al compañero, escribiendo a su Convento lo que pasaba, para que los frailes y nobles de la villa saliesen a recibir tan santos penitentes.

Había en aquella sazón en Guadalupe grandes señores que iban a visitar aquel santuario y, entendidos del suceso, salieron también a honrar la fiesta.

La entrada fue lucida con el notable concurso de la gente. Asignóse día para darles los hábitos a todos, que fue el día de la Natividad de la Reina de los Cielos, publicándose fiestas generales por toda la co-

marca. Hubo muchas invenciones de fuegos, máscara, y encamisada la noche precedente, corriéronse toros, gansos y sortija, coronándose la fiesta con autos y comedias. Con artificiosa retórica de divinas y humanas letras se simbolizaron en contemplación de Ángela y Teodora, apasionados extremos de mujeres valerosas.

Y por que el lector curioso divierta el gusto de estos trágicos solitarios, en que irá algo lastimado, estamparé aquí algunos de los que he elegido mi ingenio, por más serios y sabrosos.

F I N.





DIPUTACION DE ALBACETE